

TEMAS DE CÁTEDRA
TRADUCCIONES

U
T
/

**EL PLATO
DEL ANGEL
Y OTROS
RELATOS**

LAURA PARIANI
ADRIANA CROLLA [EDITORA]

ediciones UNL



**El plato
del ángel
y otros
relatos**

Laura Pariani

Adriana Crolla

(editora)

Valeria Ansó

Alberto Anunziato

Adriana Crolla

María Luisa Ferraris

Gabriela Romairone

(traductores)



Consejo Asesor
Colección Cátedra
Miguel Irigoyen
Bárbara Mántaras
Gustavo Martínez
Isabel Molinas
Héctor Odetti
Ivana Tosti

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sadrán
Coordinación diseño
Alina Hill
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
Laura Prati
Diagramación interior y tapa
Laura Canterna

© Ediciones UNL, 2022.

Pariani, Laura
El plato del ángel : y otros relatos /
Laura Pariani; editado
por Adriana Cristina Crolla;
prefacio de Adriana Cristina Crolla.
1a ed. –Santa Fe: Ediciones UNL, 2022.
Libro digital, PDF – (Cátedra)

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Adriana Cristina Crolla ... [et al.]
ISBN 978-987-749-302-3

1. Literatura Italiana. 2. Traducción.
3. Literatura. I. Crolla, Adriana Cristina, ed. II. Título.
CDD 850

© Valeria Ansó, Alberto Anunziato,
Adriana Crolla, María Luisa Ferraris,
Laura Pariani, Gabriela Romairone, 2022.
—

Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial



Índice

| | |
|--|-----|
| Prefacio | 6 |
| Traducción y traducción para Laura Pariani <i>Adriana Crolla</i> | |
| El plato del ángel | 17 |
| Traductores: <i>Adriana Crolla, María Luisa Ferraris, Alberto Anunziato y Valeria Ansó</i> | |
| Ayer es hoy 1 | 18 |
| <i>Sobre el partir</i> | 21 |
| Ayer es hoy 2 | 26 |
| <i>Sobre el tiempo que pasa</i> | 34 |
| Ayer es hoy 3 | 37 |
| <i>Sobre la edad de oro</i> | 41 |
| Ayer es hoy 4 | 48 |
| <i>Sobre la familia abandonada</i> | 54 |
| Ayer es hoy 5 | 60 |
| <i>Sobre la lejanía</i> | 68 |
| Ayer es hoy 6 | 76 |
| <i>Sobre lo difícil de entenderse</i> | 83 |
| Ayer es hoy 7 | 90 |
| <i>Sobre las dudas nocturnas</i> | 97 |
| Ayer es hoy 8 | 100 |
| <i>Sobre la rabia de los abandonados</i> | 104 |
| Ayer es hoy 9 | 109 |
| <i>Sobre la muerte</i> | 113 |

| | |
|--|-----|
| Ayer es hoy 10 | 122 |
| <i>Sobre la Gran Madre y las pequeñas madres</i> | 125 |
| Ayer es hoy 11 | 132 |
| <i>Sobre la herencia</i> | 137 |
| Ayer es hoy 12 | 139 |
| <i>Sobre lo imposible</i> | 143 |
| Ayer es hoy 13 | 144 |
| | |
| Tiruruqué | 147 |
| <i>Traductora: Adriana Crolla</i> | |
| | |
| El huevo de Gertrudina | 152 |
| El color del silencio | 152 |
| La voladora | 222 |
| <i>Traductora: Gabriela Romairone</i> | |
| | |
| El Delta | 241 |
| <i>Traductora: Adriana Crolla</i> | |
| | |
| Sobre la autora | 247 |
| Sobre las traductoras y el traductor | 248 |

Prefacio

Traducción y tra-dicción para Laura Pariani

Adriana Crolla

El porqué de la traducción

Hace muchos años tuve la suerte de conocer a Laura Pariani. Primero a través de su libro, iniciático para mí, en cuanto a pensar desde «el otro océano» las problemáticas de la inmigración italiana en Argentina. Leí *Quando Dio ballava il tango* (Rizzoli, 2002) recién salido de su cocina. No solo celebré el modo como la autora se apropia de los procedimientos estructurales de *Cien años de soledad* para organizar la compleja matriz genealógica. Además de conmoverme con sus historias, tuvo un fuerte impacto en mi lectura la mirada sesgada y decididamente «otra» con que narradora y protagonistas van organizando el relato de una saga (que dura cien años) de seis familias italianas emigrantes y su secular red de viajes, estancias y regresos entre Italia y la Argentina.

Ya en aquel momento, y luego de conocer a la autora en persona, entrevistarla y compartir una amistad que me honra, pude com-pasionarme con las particulares vicisitudes familiares y personales que determinaron para ella un destino «argentino».

Siempre pensé que ese libro, como otros donde Pariani reconstruye la parte de la historia, literatura y cultura argentina que le toca, merecían ser traducidos al español y en nuestro registro rioplatense. Porque nos hablan de una Argentina que conocemos, desde una mirada es/trábica (Crolla, 2009b, 2014), doblemente extranjera y local. Y porque leerlos nos ayuda a comprendernos mejor y entender desde una perspectiva a la vez propia y extraña, procesos que nos identifican y que enhebran las aristas de nuestras complejas identidades multiversas.

Para mi sorpresa, *Quando Dio ballava il tango* no fue traducido en Argentina sino en España, y por la traductora catalana Patrizia Orts, quien vive en el Cantón Ticino (Suiza). Orts me confesó que se había sentido interesada en traducirlo porque hablaba de migración y de vivir entre lenguas: «Observo a diario lo que sucede con el idioma de los que, como yo, “no viven en su propia casa”» (Orts, 2006). Por ello recurrió a la editorial valenciana Pre-Textos y entusiasmó al editor Manuel Borrás, quien, si bien le dio carta libre, le indicó que no quería un libro «argentino». Debí entonces limitar los argentinismos a los diálogos o monólogos, procurando siempre «no caer en el exceso». Para subsanar su propia extranjería y la de sus lecturas, recurrió a informantes argentinos y destinó este registro solo para los personajes inmigrantes de segunda generación y aquellos de primera que hubieran emigrado hacía mucho tiempo. Como su traducción iba dirigida a lectores europeos, incorporó al final del libro un glosario de términos argentinos.

En cuanto a las canciones y expresiones en dialecto, respetó el pedido de Pariani de mantenerlas, si bien incluyó la versión traducida al español a pie de página.

En la misma entrevista, Patricia Orts mencionó que a Borrás le entusiasmaba publicar esa traducción porque: «la editorial Alfaguara lo había rechazado poco antes diciendo que contenía incluso errores históricos y ¡que era intraducible!».

Me sorprendí al pensar en la cantidad de textos, con mayor complejidad lingüística que el trilingüismo de Pariani, que Alfaguara publica en traducciones en nuestro país. Supuse que había otras razones. Y lo pude corroborar en un encuentro con el Lector de Alfaguara en Argentina, durante un congreso de Literatura Comparada en Río de Janeiro en 2007, quien me reconoció haberlo desestimado porque en el libro se hablaba del proceso migratorio de un modo «diferente y crítico», alejado del gusto del público argentino, reduciéndose con ello el volumen probable de compradores.

Lo que el Lector de Alfaguara no había evaluado apropiadamente, y así se lo manifesté, es que una historia tan «argentinamente localizada», traducida con tonalidades peninsulares, aseguraría a la editorial un número fugaz de lectores hispanófonos europeos gustosos de bucear en nuestras mitologías. Pero para esta zona del mundo traducirlo «a la española» constituiría una pérdida permanente de esa cuota de mirada ex/estrábica, complementaria y problematizante que propone la escritura de Pariani a los rioplatenses. Efecto de cercanía permanente que nos hubiera dado la posibilidad de «leer» mejor las complejidades del proceso migratorio y su incidencia en la construcción de nuestra compleja y variada identidad local. Otra razón también expuesta en mis alegatos, es que su opinión estuvo demasiado contaminada por lo que Buenos Aires y su modo de interpretar, imaginar y codificar impuso unitariamente al resto de un extenso país que no saturó sino potenció las divergencias, sobre todo en lo que se relaciona con las vicisitudes migratorias, tan claramente perfiladas en el libro de Pariani. Es por ello que leer la versión traducida en España de *Quando Dio ballava il tango* nos obliga a experimentar un doble proceso traductivo: del italiano al español peninsular y de este al rioplatense. Se generan así en la lectura numerosos momentos de «extrañeza» y se cumple entonces con lo que Scheleiermacher define como traducir para que el lector haga el esfuerzo de acercarse al texto, en vez de facilitar que el escritor venga a nuestro encuentro.

La misma escritora nos aporta otro dato que corrobora nuestro rechazo a las decisiones editoriales que debemos sufrir en nuestro país, otrora tan cosmopolita y enorme cantera de tradiciones de traducciones que alimentaron el universo editorial hispanófono:

“En cuanto a la cuestión de la traducción de algunos libros míos en Argentina te cuento esto: en 2006, estando en casa de amigos a quien había regalado El país de los sueños perdidos que recoge entrevistas de argentinos de apellido italiano (entre

ellos Gabriela Romairone), me sucedió encontrarme con un editor de la casa editorial Losada. Esta persona hojeó el libro que contenía varias fotografías viejas que me fueron concedidas en el Archivo Fotográfico del Estado Argentino en Buenos Aires y que mostraban habitantes de conventillos y manifestaciones obreras y paros de inmigrantes italianos a comienzos del S. XX (por ejemplo el paro «de la escobas»). Me dijo textualmente: «En Argentina fotos que representan un grado tal de miseria no podrían ser publicadas. Lo podés hacer porque ves a la Argentina con una mirada extranjera, Yo me sentí profundamente ofendida y le respondí: “Pero ¿cuál mirada extranjera?”. La gente que está en la fotografía es italiana, es mi gente. Mi mirada es la de una italiana bisnieta de un jovencito de 14 años que hacia 1870 hizo tres veces el viaje “golondrina” como emigrante estacional en los buques que atravesaban el Atlántico”. Todo el sur de Europa está compuesto de familias que conocieron la emigración y saben lo duro que fue: mirar las fotos que narran nuestro pasado no puede más que hacernos bien. La memoria es sana, el olvido es enfermo.» (Pariani, Mail, 25/09/2021)

Por necesidad didáctica y con el deseo de poner al alcance de los alumnos de mis cátedras de literatura italiana traducida la escritura de Pariani, decidí hace unos años, encarar la traducción de otro libro suyo y para ello elaboré con un equipo inter-cátedras un proyecto de publicación que no prosperó. Reelaborado, fue presentado en una convocatoria del gobierno italiano y en otra de una editorial privada, siempre sin suerte. Entonces, decidí presentarlo para la colección Cátedra de la editorial de la Universidad Nacional del Litoral.

Otra circunstancia injustificada, quizás como una consecuencia más de la decisión de Alfaguara, es la no publicación de la traducción que la profesora y traductora Gabriela Romairone de la Universidad de La Plata, realizó en 2004 de otro libro multi-

premiado de Pariani: *L'uovo di Gertrudina* (Rizzoli, 2003).¹ Para subsanar en parte esta incomprensible omisión, decidimos incluir en esta edición dos cuentos de ese texto, que tienen como protagonistas a monjas que migraron a la Argentina en diferentes épocas y contextos políticos, pero compartiendo, se podría decir, loables vocaciones de servicio que determinaron sus trágicos destinos.

En «El color del silencio», Romairone reconoce haber elegido el voseo para la voz de la narradora cuando le «habla» a sor Assunta porque entiende que este registro da el tono de intimidad necesario para esos diálogos, donde se intenta contar una historia que parece imposible, por la distancia de espacio y tiempo. El diálogo menipeico entre el alter ego de la escritora y la monja refleja un esfuerzo compositivo para dar voz a los pensamientos y experiencias de viaje y estadía junto a los sacerdotes salesianos en Tierra del Fuego, que sor Assunta blindó tras un muro de silencio hasta su muerte.

1 La traductora ratifica nuestras propias impresiones: «Esta traducción contó *a posteriori* con la lectura y sugerencias del escritor Roberto Raschella, a quien siempre le voy a estar agradecida. Él avaló el texto en diferentes editoriales, habló por teléfono, me facilitó contactos. Todo fue en vano. La recepción fue buena y, en algún caso, no escatimaron elogios y pedidos de disculpas. Dejaron también entrever esperanzas y esto alargó los tiempos de espera y postergó la entrega en otra editorial. Pero, en definitiva, las excusas fueron similares: no contaban con fondos, no dependía de ellos porque la editorial respondía a capitales extranjeros. La impresión que me quedó fue que el mercado editorial en Argentina es pequeño y fuertemente dependiente. Las decisiones se toman en España o en Colombia, algo raro cuando se quiere publicar en Argentina para un público local... Es cierto que circuló hace unos años una edición traducida de *Quando Dio ballava il tango*, pero fue una edición muy limitada, traducida en España y costaba encontrarla en librerías. Laura Pariani, una escritora que tanto se ocupó de nosotros sigue siendo básicamente desconocida en nuestro país. Algunos profesores la han promocionado, es cierto, dentro de los círculos en los que se lee en italiano. Fuera de ellos su obra no tuvo la misma suerte». (Romairone, 08/08/2020)

También, como reconoce la traductora, porque Pariani tiene incorporado el voseo por sus propias vivencias con la Argentina. Lo que se complementa con la estrategia autobiográfica del relato, en tanto Pariani conoció la historia de sor Assunta y su voluntaria mudéz, por fuentes que se conservan en una casa de recogimiento para ancianas monjas salesianas situada en la localidad de Crociera, al comienzo del promontorio de Orta San Giulio.

Es por ello que Pariani decidió viajar a la Argentina y Chile para investigar las trazas todavía visibles y poder darle un sentido a aquella liminar decisión. Romairone comenta:

Fue una experiencia autobiográfica. Pariani estuvo investigando en Buenos Aires y luego viajó a Punta Arenas y a ella siempre le escuché decir «vos». Además, en una traducción que emplea palabras como «computadora» en vez de «ordenador», me pareció que el uso de «vos» era el adecuado, aunque solo en esa situación. En cambio, cuando hablan personajes chilenos o la propia Assunta, me pareció que debía mantener el «tú». En «La voladora» esto fue más fácil porque la acción transcurre en Buenos Aires y se escucharía muy mal a un torturador argentino usar el «tú». Esta fue la elección cuando hice la traducción hace muchos años atrás y la mantengo ahora. (Romairone, 08/08/2020)

Otra decisión interesante y decidida en acuerdo con la escritora, ante la inexistencia de variedades dialectales en el español y en el rioplatense, fue la necesidad de generar en los lectores una idea de lejanía y cultura popular y para ello Romairone recurrió al español antiguo para traducir las canciones: «en ese momento, para lograrlo, releí el *Mío Cid* y algo del romancero español».

La traducción de *Il piatto dell'angelo*, fue encarado por un equipo de cuatro especialistas en literatura y lengua italiana, pertenecientes a cátedras y espacios académicos diferentes de las universidades donde comparto la enseñanza de la literatura y la lengua italiana: el profesor y traductor Alberto Anunziato, coequiper en *Traducción Literaria* del Traductorado de Italiano de la Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER) y Valeria Ansó, en *Literatura Italiana I*, del Profesorado y Traductorado de Italiano y en *Literaturas Francesa e Italiana* del Profesorado de Letras de la UADER y en la cátedra homónima del Profesorado y Licenciatura en Letras de la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Con la escritora, Profesora en Letras y especialista en Italiano, María Luisa Ferraris, además de haber dictado juntas hace muchos años, literatura italiana en la UNL, hoy compartimos funciones en el *Portal de la Memoria Gringa* y en las comisiones directivas de la Asociación de Mujeres Piemontesas de la Argentina (AMPRA) y del Centro Piemontés de Santa Fe.

En conjunto acordamos determinados criterios de traducción: 1) la elección del voseo, en un español no demasiado neutro, pero sin caer en el pintoresquismo del lunfardo o del cocoliche, en atención a la fuerte impronta local y dialógica del estilo de Pariani, a fin de permitir una mayor familiaridad a los lectores rioplatenses; 2) el mantenimiento del artículo delante del nombre por ser de uso en el registro popular italiano y trasplantado por la inmigración. Si bien es incorrecto su uso en el español, todavía se escucha en vastas zonas lingüísticas, en especial en la Pampa Gringa; 3) especial atención al estilo trilingüe de la escritura (italiano, dialecto, español). En este sentido, se adoptaron las cursivas para destacar el español en el original y en las expresiones dialectales, para las que se incluye su traducción y notas explicativas a pie de página; 4) la conjunción subordinante «que» se usa en aféresis, habitualmente en la variedad coloquial del español con valor explicativo o causal. En algunos casos se corresponde con el italiano: «*Sposami, ché voglio vivere per sempre con te*» = «Cásate conmigo, que quiero vivir siempre con vos»; «*Seguimi in twitter, ché ti seguio anch'io*» = «Seguime

por twitter, que yo también te sigo». En esta traducción se lo mantiene por encontrar correspondencia con la forma «ché» (aféresis de *poiché*, *perché*, *sicché*, *cosicché*) que la autora elige como elemento distintivo de su estilo y como marca de un uso antiguo y literario del discurso; 5) se mantuvo una especial adecuación lexical y semántica en el juego pendular entre lo más culto y lo más coloquial. Para la perfecta interpretación y traducción de enunciados en dialecto o léxico coloquial recurrimos en última instancia a la autora. Si bien contamos en un primer momento con el auxilio de hablantes nativos amigos, a los que agradecemos la gentil colaboración: Marco Franzoso, Giovanna Bonaccorsi, Maria Paola M. in Guastavigna y Giulia Francescon.

Esos mismos criterios apliqué para la traducción de los cuentos *Tirurué* y *El Delta*. El primero lo leí por primera vez en una agenda almanaque de 2003, que me obsequiara la escritora. Una versión en coautoría con el escritor Enrique Butti, que me fue imposible recuperar, fue publicada hace muchos años en las páginas literarias del diario *El Litoral* de Santa Fe. Al confirmarme la escritora que el cuento tampoco había sido publicado en otros espacios en Italia, he decidido traducirlo nuevamente por su valor testimonial y la belleza poética de la anécdota en relación con el destino argentino de la escritora.

Finalmente, agradezco a Laura Pariani el envío especial de *El Delta* para ser traducido e incluido en este libro. Este texto es un fragmento del relato «In un'urna d'acqua» (*En una urna de agua*), publicado en septiembre de 2020 en la revista *Civiltà Appennino* editada por Donzelli Editore (pp.159–183). El número monográfico sobre «Le vie dell'acqua» (Los caminos del agua) incluye textos de escritores de la talla de Laura Bosio, Guido Conti, Donatella Di Pietrantonio, Carlo Grande, Giuseppe Lupo, Raffaele Nigro y la misma Pariani.

La historia corresponde a sus recuerdos en el Delta del Tigre en Argentina durante su estancia en 1966.

El porqué de la tra-ducción

Derrida define a la traducción como una «transformación regulada de una lengua a otra, de un texto a otro» (1976:29). Transformación operada sobre la materialidad verbal de la palabra en sus constelaciones morfo-sintácticas, semánticas y culturales y en la materialidad de un texto, dado que las palabras, aisladas de un contexto, solo proponen lo que la denotación habilita, mientras que adquieren su plenitud semántica situadas en un entramado textual y en relación con el cotexto y contexto que las contienen.

En recorridos previos asocié la «transformación regulada» de Derrida a un juego de similitudes fónicas entre traducción/ tra-dicción y tradición (Crolla, 2009a). Y sostuve que traducir es a veces trans-decir una tradición cultural preexistente y en otros casos fundar una nueva. Ricardo Piglia (1980) reconoce que Sarmiento, para respaldar su autoridad cultural, inaugura la tradición argentina con una traducción libre y errónea en el *Facundo*, de la cita *On ne tire pas des coups de fusil aux idées*, que el sanjuanino atribuye a Fortoul, aunque en realidad pertenece a Diderot. Al partir de atribuciones erróneas y falsas citas, afirma el crítico, la marca civilizadora que Sarmiento pretendió instaurar, constituyó una marca cultural definitivamente corroída por la barbarie.

Pero también es posible pensar que las licencias que Sarmiento se tomaba para sus traducciones, sus «transformaciones reguladas o tra-dicciones culturales», más que una marca de apropiación bárbara de la cultura de origen, sean un rasgo definitorio de la manipulación que la cultura argentina, en iconoclasta irreverencia, operó sobre la tradición europea para fundar la propia. Tal como hará Borges un siglo después al construir una nueva tradición propiamente argentina basada en el juego de falsas atribuciones, inexistentes autorías y un entramado de paródicas remisiones para abjurar el peso del original y de las tradiciones anteriores.

Los estudios de recepción comparada de obras traducidas nos ayudan a comprender cómo un texto extranjero mediatizado por la traducción genera un efecto de lectura heteroespacial y heterotemporal al obligar a la comunidad receptora a nuevas condiciones de recepción e interpretación. Es irrefutable que la presencia de todo texto extranjero traducido conmueve los cimientos del sistema receptor, en tanto inaugura nuevas tradiciones de lectura, que serán más o menos impactantes, según la cantidad de producciones que vayan conformando el corpus, el valor y peso de la crítica que la acompañe. Y por supuesto, según condiciones materiales y decisiones editoriales que faciliten y promuevan su producción, recepción y circulación.

Un factor de indudable peso en un sistema literario —en la intermediación entre productor y receptor, que opera en muchos casos en modo invisibilizado—, es el de las decisiones y acciones de los académicos y didactas de la literatura. Y sobre todo de quienes enseñamos literaturas extranjeras mediatizadas por la traducción. Ya que nuestras elecciones inciden para posicionar la mejor versión de una traducción que a su vez puede originar una inolvidable lectura. Y, en el mejor de los casos, enriquecer el mercado con nuestras propias traducciones, ayudando a desechar otras por incompetencia del traductor, por lejanía cultural o por bastardeo debido a intencionalidades espurias de editoriales de dudoso valor.

En el caso de la literatura y estudios sobre la migración en Argentina, *falta recorrer un vasto camino para fundar una tradición a través de la acción «transformadora» que aportan las traducciones. Tradición que contribuya a la conformación de una biblioteca de textualidades es/trábricas* (Crolla, 2009b; 2014) con miradas propias y originales sobre los procesos migrantes que nos gestaron.

Este libro pretende ser un engarce más.

Referencias bibliográficas

- Crolla, Adriana** (2004). Laura Pariani en la trastienda de su escritura. *El hilo de la fábula*, 4, 137–148.
- Crolla, Adriana** (2005). Extremos escriturales de lo real en *L'uovo di Gertrudina* de Laura Pariani. En Crolla, A. (comp.) *Realidad y fantasía en las letras italianas* (pp. 246–257). Ediciones UNL.
- Crolla, Adriana** (2009a). La traduzione attraverso la tradizione e la tra-dizione culturale: il caso letterario argentino. *Heteroglossia*. 9, 1–32. Ediz. Università di Macerata.
- Crolla, Adriana** (2009b) «Viajes de "indentidad/es es-trábicas" en la memoria escrituraria italo-argentina» en (Silvana Serafin ed.) *Ecos italiani en Argentina. Emigraciones reales e intelectuales*, Campanotto editore, Udine, Italia. 21-36.
- Crolla, Adriana** (2014). Retratos de miradas femeninas es/trábicas en *Il piatto dell'angelo* de Laura Pariani. En Silvana Serafin (ed.) *Ritratti di donne. Studi dedicati a Susanna Regazzoni*. (pp. 113–124). La Toletta ed.
- Derrida, Jacques** (1976). *Posiciones*. Pre-textos.
- Orts, Patrizia**. Entrevista brindada a Adriana Crolla vía mail. 24/04/2006 (mimeo).
- Pariani, Laura** (2002) *Quando Dio ballava il tango*. Rizzoli
- Pariani, Laura** (2003) *L'uovo di Gertrudina*. Rizzoli.
- Pariani, Laura** (2005) *Cuando Dios bailaba el tango*. Pre-Textos. (Trad. Patricia Orts).
- Pariani, Laura** (2013) *Il piatto dell'angelo*. Giunti.
- Piglia, Ricardo** (1980). Notas sobre Sarmiento. En Revista *Punto de Vista* n° 8. Buenos Aires, 15–18.
- Romairone, Gabriela**. Entrevista brindada a Adriana Crolla vía mail. 08/08/2020 (mimeo)

El plato del ángel¹

Laura Pariani

*Madre, tampoco yo te veo,
porque ahora te cubren las sombras
congeladas del menor tiempo
y la mayor distancia,
y yo no sé buscarte,
acaso porque no supe aprender a perderte.
Pero aquí estoy, sobre mi pedestal
partido por el rayo,
vuelta estatua de arena,
puñado de cenizas para que tú me
inscribas la señal,
los signos con que habremos de
volver a entendernos.
Aquí estoy, con los pies enredados
por las raíces de mi sangre en duelo,
sin poder avanzar.
Búscame entonces tú, [...]*

Olga Orozco, *Si me puedes mirar*

¹ Pariani, Laura (2013) *Il piatto dell'angelo*. Firenze: Giunti Editore [Traductores: Adriana Crolla – María Luisa Ferraris – Alberto Anunziato – Valeria Ansó].

Ayer es hoy

1

Madre, cuando me paro frente a la casa donde naciste, la primera ingrata sensación es la de ser una persona sin pasado, nacida ya más que sesentona en este asiento de auto, como si me estuviese inventando una historia de familia nunca ocurrida en realidad. De hecho, del viejo patio —la pileta con bombeador del cual el agua salía con chorros intermitentes, la lonja de tierra donde los lirios y los caracoles crecían junto a las babas plateadas de las lagartijas, la morera esquelética, la ropa íntima extendida sobre el pasamano, el olor familiar de los animales en los establos— no queda nada: tanto cemento reciente ha cancelado mi vida y tu infancia. Y sin embargo sé que estaba aquí... Un sobresalto de la memoria: de cuando me contaban en la escuela que el tiempo es como un río. Tonterías. El tiempo es como el cielo —este «cielo de Lombardía, tan bello cuando es bello, así de espléndido, con tanta paz»²— de modo que los recuerdos no son como peces que nadan contra corriente, sino gorriones que se elevan en busca de la libertad. Con estos ojos de la memoria entro en la cocina de la casa que antes existía aquí. Todo como entonces, indemne a cada transformación: una pieza angosta, casi como una estrecha caja en la que, adosados al muro más largo, está la cocina a leña, el aparador donde reina el enorme aparato de radio con el tormento de la agujita que pega saltitos sobre una selva de números, la mesa, tres sillas de paja, la piletita con un espejito rectangular oxidado, colgadas en la pared varias fotografías en marcos ovalados. Exactamente como antes.

² Manzoni, Alessandro (1842) *Los novios – I promessi sposi*, cap. XVII.

Eso es, somos dos, la nona y yo, pero la mesa está preparada para tres comensales. El plato del ángel, dice la vieja Giovanna, refiriéndose con estas palabras a la tradición de agregar un plato en la mesa en los días de fiesta, para quien está lejos, pero podría llegar de improviso. El plato del ángel reservado seguramente para un hombre muy bello —un Júpiter padano de cabellos oscuros y revueltos, nariz recta, pómulos altos, boca sensual— que preside desde la más grande de las fotos y que me mira fanfarrón: el nono Cesare, que partió para América en 1926 y jamás regresó, el por siempre esperado. Por lo que, aunque pueda parecer paradójal, en casa, nadie más que un ausente, exige la mayor devoción.

Por tanto, hoy es fiesta, pienso, mientras me siento delante de mi sopa, como se puede pensar con agudeza en los sueños, aunque no tengo la más mínima idea de lo que estamos celebrando. En este momento, desde la puerta vaivén, te asomás, madre. Jamás te vi tan joven, pero sé que sos vos. Tenés trece años y llevás el mismo vestido que lucís en una fotografía de la época en la que tú y Giovanna pensaban partir para América para reencontrarse con Cesare. Intuyo que estás por realizar un gesto fatal. Te sentás de hecho a la mesa, con un arrebato airoso te liberás la frente de un bucle de cabellos rubios y comenzás a sorber del plato del ángel. A las palabras de reprimenda de Giovanna —¡Ese plato no se toca!— te veo sobresaltarte, esforzarte por contener la rabia que incubás desde hace mucho tiempo, apretando los dientes, ya que de otro modo brotaría fuera de la boca, los dedos que empujan nerviosamente la cuchara. ¡No soporto la injusticia! gritás torciendo la boca. La injusticia a la que te referís es, lo comprendo claramente, tu condición de hija abandonada por un padre emigrante... Dos arrugas burlonas se te pintan en la frente. Te veo completar el gesto despreciativo de tomar una cuchara de sopa, acercarla a la fotografía del bello Cesare —el que partió y no quiso regresar— y dejar deslizar el contenido por la pared. Te

escucho decir que ese hombre no es un ángel: es un ausente injustificado, un nadie aderezado de nada.

En este momento la bocina de un auto me rescata, la realidad se recompone a mi alrededor, las cosas reasumen el gris runrún de lo cotidiano. ¿Soñé, recordé, vi?... Pero si, como se dice, los sueños nos llegan para traernos las voces de los muertos y darnos algo para hacer, a modo de reparación, con lo que hemos dejado de lado, me pregunto qué cosa exige de mí esta visión. ¿Tengo que escribir de ti, madre?

Siempre te lamentaste por haber tenido como sola herencia de tu padre un mísero reloj de bolsillo, con una tapa plateada y la figura de dos caballos desbocados. Yo, en cambio, solo recibí de vos cuando te fuiste, esta vieja historia enmarañada de dolores y rencores.

Sobre el partir

Muy de mañana. La cabeza dolorosamente vacía y en la garganta la ronquera del despertar. Todavía está oscuro cuando Marina sale del hotel con su marido. La Paz todavía duerme. La multitud vocinglera y colorida que ayer por la tarde abarrotaba las ramblas del Prado ha desaparecido. Solo algunos harapientos yacen apoyados al muro, protegiéndose de la helada nocturna con algunos cartones.

Una combi espera a los dos milaneses. Piero se sorprende. Debe haber un error: ayer, antes de irse a dormir, cuando se dio cuenta de que no podía convencer a Marina de que renunciara a viajar hasta el pueblito de Lita, la empleada que cuida a su madre, pidió a la dirección del hotel que le consiguiera un remise con chofer, por lo que no se esperaba este vehículo. Seguro es un error.

El chofer se llama Vicente: veinticinco años, copiosa pelambreira negra, rostro oscuro, nariz ganchuda. Sonríe y tranquiliza a Piero: ningún error, solo este modelo estaba disponible. Habla lentamente en un italiano bastante comprensible, intercalando cada tanto palabras españolas e inglesas.

Marina está contenta: mejor, tendrán más lugar. Piero se alza los hombros: está bien, tomemos entonces este: lo esencial es que vaya de prisa de modo de terminar la cuestión lo más rápido posible y regresar a La Paz por la tarde.

La mujer se sienta junto al guía. Piero en cambio elige ir al fondo del vehículo: arroja el bolso de viaje en el asiento de al lado, bosteza, tiene sueño todavía porque anoche se acostaron tarde. Pregunta al joven chofer cuánto tiempo les llevará. El muchacho responde sonriendo que para llegar al altiplano del lago Titicaca, donde está su meta, debe estimarse más de un par de horas. De todos modos, en cuanto al camino no hay problema: conoce la región, dado que sus abuelos son originarios de la zona.

Piero hace un gesto de alivio. Perfecto, antes de mediodía terminamos, murmura dirigiéndose a Marina: quizás los parientes de Lita querrán que nos quedemos a almorzar, es probable, pero antes de comer sus porquerías, los invito a todos al restaurante, así damos una buena impresión, y pegamos la vuelta inmediatamente para estar de regreso a La Paz al atardecer, justo a tiempo para descansar un poco y cenar; y mañana, sábado, logramos alcanzar a Gino y Dani en las Yungas, que el año pasado en Canarias nos divertimos un montón, Dani suele ser tan simpática... Luego, el domingo, de allí vamos directamente a hacer la excursión al famoso glaciar que tanto nos recomendó la agencia de turismo: pensá, está a cinco mil quinientos metros, pero se llega sin problemas con una 4x4. Y al final, el martes, nos vamos a Oruro en avión, a festejar el carnaval, parece que es un espectáculo inolvidable.

Dejando atrás el barrio de Sopocachi, el vehículo enfila hacia las curvas cerradas que llevan a El Alto. Atraviesa una periferia de casas sin revocar, techos incompletos, calles bacheadas. Vicente explica que los bolivianos más pobres dejan las casas sin terminar para evitar pagar los impuestos a la propiedad, que solo deben pagarse después de techar. ¡Y sí! El arte de arreglárselas no tiene límites.

Los traqueteos y sacudones se multiplican, porque Vicente ha tomado un atajo. La mujer se da vuelta hacia su marido, sabiendo que cualquier cosa le provoca a Piero el mal del camino. Y de hecho él está ya despotricando que esto no es un atajo: es un sendero para mulas... La aparición de una manada de burros en fila india, además de muleros que hacen pis contra un muro iluminados por los faros del vehículo, parecen darle la razón.

Marina ríe al observar las muecas del marido.

Maldición, ¡de qué reírse! masculla Piero entre dientes. Buen comienzo: este chofer maneja como un loco...

La cornisa empinadísima y sin barandas le provoca vértigos. O quizás es por culpa de la altura, que después de unas pocas vueltas se pasa de tres mil quinientos metros en el centro de La Paz a cuatro mil cien en la zona del aeropuerto. Seguramente ahora Piero va a sentir dificultad para respirar, suspira Marina, a causa del precipicio que el vehículo acaricia. Ella, en cambio, no se cansa de contemplar maravillada la ciudad que allá abajo titila con lucecitas anaranjadas en un velo de nubes.

Llovizna. En un cruce próximo al aeropuerto de El Alto avanzan a bocinazos los primeros autobuses destartados. La combi se coloca al lado de un colectivo donde desde la ventanilla delantera se asoma peligrosamente un muchachito que anuncia el destino a los eventuales clientes que esperan en el andén.

Es impresionante la cantidad de personas que ya abarrotan las calles a pesar de que todavía está oscuro. En un contenedor de basura alguien encendió un fuego: es un vendedor de tortillas y salchichas pronto a su tarea. Las mujeres del mercado comienzan a acomodar las cestas con su mercancía en las veredas donde, a cada cien metros, arden acumulaciones de basura que emanan un humo acre y grasoso.

Vicente dice que muchos en La Paz no tienen residencia fija: llegados desde el campo en busca de fortuna, como sucede en todas las capitales de la América Latina, sin tener un lugar apropiado *donde dormir, vagan sin pausa* y por ello las fogatas son, junto al alcohol bebido en grandes cantidades, una manera de sobrevivir al frío de las noches, que en estas alturas es naturalmente muy intenso, no importa la estación del año. Entre las cinco y las seis es cuando *el frío recrudece...* Luego, señalando un vehículo de vigilantes privados parado en un cruce, Vicente agrega que a menudo hacen guardia cerca de las fogatas extorsionando a los sin techo. Si no *sacan los bastones*.

Piero hace un comentario sarcástico sobre los raterismos de los países sudamericanos, pero sus palabras caen en el vacío, porque inmediatamente la combi se topa con un accidente entre un autobús y un camión. En un instante se forma un embotellamiento impresionante en el que quedan atrapados. Piero se pone frenético: la sensación de estar atrapado entre aquella cantidad de vehículos, sin posibilidad de fuga, lo pone loco. Blasfema, pero no hay nada que hacer: imposible encontrar la salida. Marina saca de su bolsa una cámara fotográfica digital y comienza a sacar fotos.

Vicente baja una ventanilla para llamar a una vendedora de salteñas que está sentada en cuclillas en el borde de la acera. La mujer se acerca al muchacho quien le compra un par, y ofrece una también a Marina. Piero intercepta el gesto e impone a su mujer rechazar la oferta.

Por favor, Marina: nada de comida comprada en la calle, dice Piero sacudiendo la cabeza. Te lo dije y repetí tantas veces: aquí de la higiene no saben ni siquiera qué es, por lo que las consecuencias de la cagadera están aseguradas.

Se necesita más de una hora y media para liberarse del caos infernal de El Alto. Finalmente, ya es de día, pero Vicente conduce a media marcha porque ahora diluvia: casi que se hace imposible distinguir los bordes de la acera.

El joven guía comenta que el verano austral es para Bolivia la estación de la lluvia: acá es capaz de llover más de ciento cincuenta días *seguidos*.

Vamos bien, rechina Piero.

Marina se ha dado cuenta del sufrimiento del marido; para él todo es un drama. Encoge la espalda: hace mucho tiempo que no tienen unas vacaciones importantes juntos, solo una decena de días veraniegos en Jesolo con un grupo de conocidos de su ambiente milanés. ¿Cuándo habremos dejado de hablarnos? se pregunta.

Cada tanto, detrás de la cortina de agua se entreven casas aisladas, grupos de mulas o llamas. La combi se topa con una cola interminable, precedida de un convoy de transportes que llevan una carga importante. Un muro de vehículos lentos y chirriantes, imposible sobrepasarlos por la presencia de un acompañamiento policial. Imposible también cambiar de itinerario: camino directo al Titicaca hay solo este. La puta que lo parió, resuella Piero ni siquiera muy a voz baja: otra hora más a paso de hombre... Al final el convoy para en un pueblito. El policía hace seña de adelantarse. Bajo el velo de agua los grandes camiones parecen extraños fantasmas.

A trechos, cuando la lluvia disminuye, la larga y recta carretera le parece a Marina una nítida herida oscura en el amarillo altiplano.

Ayer es hoy

2

Ayer

emigraban de Italia directo a la Mérica. Cientos de miles, millones. Hubo quienes, como el Togn, se escaparon para evitar el largo servicio militar. Otros, como el Peppino, porque estaban hartos de la guerra: primero la Abisinia, luego la Libia, y Rodas, y los «crucchi»,³ mañana quizás contra quien, los gobiernos de verdad se dan el gusto en declararse la guerra unos contra los otros, por eso mejor escaparse, si no se termina muerto. Hubo quien, como el Víctor, tuvo problemas con los cinta roja por una riña a cuchillos, y por eso de un día para otro tuvo que cortar la cuerda con la furia de una liebre cazada, sin tener tiempo siquiera de saludar a su anciana madre Gina. O quien, como el César, se escapó de noche porque era buscado por los fascistas por su fe en la anarquía. La boca le dolía: cavernas ensangrentadas en las encías donde había recibido los puños. Con apretujones llenó una alforja: una valija habría llamado demasiado la atención. Recomendó a la joven esposa: esto no puedo llevarlo conmigo, quemálo o hacélo desaparecer, no digas a nadie que me fui, hacé de cuenta que no pasa nada, que tengo solo una semana para estar seguro en la frontera, ni bien pueda te mando un mensaje, ¿eh? El espejo oval del ropero reflejaba el terror de ambos. Un beso veloz a la Giovanna llorosa y a la recién nacida que eras, madre. Volveré pronto, sus últimas palabras. Y con aquella promesa —una de esas que mean los perros— bajó las escaleras y desapareció en la noche sin mirar atrás.

3 «Crucco/crucchi»: alemán/alemanes. Nombre con el cual durante la guerra de Albania los soldados italianos llamaban a los habitantes de los Balcanes. En sentido lato: alemanes, dado que croatas y alemanes fueron aliados de los fascistas italianos. El vocablo deriva de la palabra serbocroata *Kruh* (pan). Por extensión, los «crucchi» serían comedores de pan.

Ayer

con rabia salieron de sus casas, de sí mismos, del propio mundo. Hubo quien se fue por el hambre voraz⁴ que atormentaba las vísceras. Miles de campesinos miserables fueron convencidos por los discursos cautivantes de los agentes de emigración que los domingos llegaban en sus carruajes a la salida de la misa grande, cuando los colonos se juntaban para fumar sus pipas en la plaza de la Iglesia. Estaban bien vestidos, sacaban sus relojes con cadenas de oro de sus bolsillos, que decían haber hecho fortuna en la Mérica. Con modos graves y ojos de comadreja invitaban al jefe de familia a la hostería a beber un vaso *gratis et amoredèi*.⁵

Señores, ¿quieren o no forrarse los bolsillos?⁶ sermoneaban los agentes. Los espera la Mérica donde cada uno tiene para comer todos los santos días, que allí los campesinos no son pobres colonos sin tierra como ustedes, sino que pueden ser propietarios. Entonces, ¿qué esperan para partir? ¿Los asusta atravesar el océano? Se trata de un viaje que más cómodo imposible. Ninguna fatiga, estarán holgazaneando en la cama durante tres semanas, sin contar que la comida en el barco es propia de señores: tres platos de carne, arroz, queso, caldo y café. ¿Qué más pueden desear?

Por eso cada colono, al regreso a su casa con la fantasía inflamada y encontrándose delante de un magro plato de polenta y mejunje de bazofias, se volvía loco: si esta tierra es de los patronos, que se la queden, estoy harto de estar aquí para sufrir hambre y esperar que cambie el viento de la suerte, ¡que en Italia la fortuna te la debo siempre!

4 *Sgagnósa*: regionalismo jergal en el uso lombardo: hambre.

5 Gratuitamente. Por la gracia y el amor de Dios. *Gratis et amore*. (Del lat. gratis et amore [Dei] 'de gracia y por amor [de Dios]'). Loc. adv. «gratuitamente» (de gracia, desinteresadamente).

6 «Riempirvi le saccòcche di palanche: riempirvi le tasche di soldini». Palanca s. f. [derivado del español «blanca»] nombre de una moneda antigua de cobre de poco monto. Uso popular extendido al plural para indicar dinero.

Así, sin decir ni pum ni pam ni esta boca es mía, metían su vida en una valija de cartón y partían. Gente de todas las edades: treintañeros con el cabello apelmazado al bies, los de cuarenta con los bigotes retorcidos a la moda del rey, pero en su mayor parte eran jovencísimos, de catorce o quince años apenas, con granos, todavía sin barbas. Abandonaban el pueblo en grupos, en septiembre cuando terminaban las tareas estivales en el campo; iban a pie hasta Génova, banda rumorosa que atravesaba las aldeas cantando las canciones de la «ligera»:

*Y una estación la haremos a pie
y aquella otra caminaremos*⁷

Llevaban tres castañas todavía verdes en los bolsillos como talismán, en las espaldas una frazada para pasar la noche en los establos y una alforja con algunas pocas cosas junto al pasaporte.

En Génova un último trago para darse coraje en el «Bodegón de la rampa», asomado a un estrecho callejón. Consumidos por la fatiga, muertos de sueño. Evocando ancestrales fantasías de barcos que se hundían engullidos por monstruos marinos. Preguntándose entre sí por qué habían tomado la decisión de dejar Italia:

Porque mi primo Onofrio ya se fue a la Mérica y me dijo de partir también yo, *anca mi*.⁸
Porque dicen que en la Mérica no hay patrones y la tierra es de quien la trabaja.

7 Versos de la canción *La lingera di galleria*, del repertorio de los hermanos Bregoli di Pezzaze, Brescia y referida al trabajo en las minas. Canciones que emergen durante el período del Imperialismo después de la unificación de Italia (1870–1914), con fuertes tonos político–social de las clases populares que comienzan a tomar conciencia de su rol histórico, de la organización obrera en vertiente socialista y anarquista y haciendo visible la lucha por la tierra, el trabajo, los derechos y la libertad. También la experiencia migratoria como fenómeno, masivo y doloroso. Met. Canciones de protesta.

8 *anca mi*: yo también (dialectalismo).

Porque en mi pueblo, *porca putana*, nos casamos con las miserias: cru cru hace el cuervo, con la excusa de hacernos buenos cristianos el cura nos quería acostumbrar a estar como Cristo cuarenta días y cuarenta noches sin comer.

Porque en casa somos catorce, y la mayor parte mujeres *cacanido*.⁹
¡Porque Santa Necesidad no tiene patria!

Ayer

subían al barco: quien con la valija de mimbre con un solo un traje de recambio y un codeguín, envuelto en un pedazo de papel, quien, con un acordeón en bandolera, quien, ya informado por un pariente que había partido antes, llevando a sus espaldas un colchón enrollado para dormir al aire libre bajo la luz de las estrellas y no en el hedor de la bodega, revolcado con cientos de otros en pabellones oscurecidos por los vómitos. Los sorprendía el tamaño de la nave, más alta que la iglesia del pueblo donde habían nacido. Desde el puente cada uno miraba la costa alejándose, estremeciéndose en el cuello del saco, maldiciendo el puerco destino y la patria maldita; prometiéndose regresar para enterrar de envidia al patrón que le había negado un préstamo para la dote de la hija, el arrendatario que le había chupado el alma en el trabajo, el cura que no había dicho ni una palabra de consuelo cuando murió la esposa dando a luz a dos gemelos, un Estado que se acordaba de los paisanos solo para el servicio militar

Ayer

afrontaban el negro océano, tan diferente de cualquier otro río o lago conocido. De una vastedad que espantaba. Mientras los días pasan, de uno en uno y se llegaba a

⁹ *Cacanido*: adjetivo. Étimo de caca + nido. Literalmente: «que solo cagan en el nido» Sentido figurado: inútiles, que no aportan ningún rédito al nido: a la familia.

treinta días de rostros verdes por el mal del mar, noches desesperadas rezando para no terminar en la boca de los peces. Con el cansancio de quien tosía, de quien sollozaba, de quien sacudía la cabeza con un mutismo de idiota. ¿Qué estará haciendo ahora la mamma? Y la Angioletta que se dejó besar la última noche detrás del muro del cementerio, ¿me estará recordando como me prometió? Alguno no lo lograba y su cadáver era arrojado al mar, para evitar epidemias.

Ayer

alguno, como el Niculín y el Renzo, hicieron el viaje como polizones porque no tenían documentos: escondidos en la bodega, con el temor de que un marinero los descubriese, conteniendo la tos, estornudos y conatos de náusea hasta que no aguantaban más y se vomitaban en los pies el contenido del estómago, *oh Signùr di puarìtt, che quell di àlter al gh'ha i curnitt.*¹⁰

Hoy

emigran a Italia sobre todo las mujeres, en un recorrido completamente inverso. Vienen del altiplano del Titicaca, de las periferias de Quito, de los estrechos senderos de Cuzco, de las chabolas de Bogotá. Muchas tienen trenzas de cabellos negros y abundantes, todas con la carne bronceada y los ojos de almendra.

Hoy

vienen a Italia en un viaje aéreo que casi siempre dura dos o tres días porque conviene fragmentar el trayecto en varias paradas para que cueste menos. Un fatigado

¹⁰ *Il Signore dei poverini, perchè quello degli altri ha le corna* (para los pobres ese Señor, Dios, para los ricos el Diablo). Expresión en dialecto lombardo. Trad. Giovanna Bonaccorsi.

vía crucis de un aeropuerto a otro. Para Josefina: La Paz–Santa Cruz de la Sierra–San Pablo–Roma; para Heralda: Guayaquil–Quito–Miami–New York–Milán; para Ignacia: La Paz–Lima–Ámsterdam–Milán. El récord lo tiene Graciela: Buenos Aires–Asunción–Ihdo Sal–Argel–Moscú–Roma.

Hoy

las obliga la necesidad. Raquel partió porque con un hijo de diez años ¿qué más podía hacer? En Potosí, donde vivía, los varones mueren jóvenes, que la única posibilidad de trabajo es la mina. Una vez alguien le contó que en el tiempo de «Había una vez» su ciudad era riquísima: casi toda la plata del mundo provenía de la montaña de Cerro Rico, una enorme pirámide roja perforada por ochocientos kilómetros de galerías. Debe ser verdad si lo dicen, pero Raquel, sin embargo, tiene que hacer esfuerzo para creerlo, porque la Potosí que conoce es un lugar donde apenas se vive. Que, si tuviera que describir el lugar donde nació, tendría que hablar de chozas que se escalan en una empinada pendiente, con improvisados negocitos donde en desorden son expuestos cascos de mineros, picos, pilas para las lámparas, cartuchos de dinamita...

Amalia partió, en cambio, porque un aluvión le llevó la casa durante la última estación de lluvias. *Que llueva que llueva la vieja de la cueva*¹¹ cantaban los chicos del lugar, que cuando se es niño el alma baila, no se da cuenta de lo peligrosa que es la violencia de una inundación: con el agua torrenciosa que arranca de raíz los árboles y arrastra cadáveres con el vientre hinchado, con nubes de mosquitos furiosos y olor a podrido; modificando las orillas, destruyendo pueblos *todos tapaditos de agua*; obligando a la gente a ponerse en manos de la autoridad, a hacerse transportar en

11 Las palabras y frases en español en el original se transcriben en itálicas a fin de hacer visible el bilingüismo original.

lanchas, a dejarse acomodar en barracas lejanas... Gladys y Lita, amigas de una vida, partieron juntas, porque ambas habían quedado solas, con dos hijas a cargo, después de que sus maridos se les escabulleran, que el cielo les caiga encima a esos dos *hijos de puta*... Ana Clara se largó engolosinada por una prima que hace tres años vive en Turín: hay tanto trabajo, le escribió, si venís el párroco te encuentra una familia donde acomodarte, vas a ver *la guita que se gana*. Que Ana Laura necesita tanto el dinero: quiere construir una casita para su familia con agua corriente y electricidad. Basta con la pocilga donde vivió hasta ahora, con ollas para recoger al agua que gotea del techo cuando llueve y el tamborileo en el aluminio... María Pedra se fue porque el marido perdió un brazo en un accidente: ahora que no puede trabajar como antes, le toca a ella encontrar el modo de mantener los tres hijos y los padres ancianos.

Hoy

parten las mujeres porque para ellas hay mayor posibilidad de encontrar empleo, como acompañantes de ancianos o camareras o sirvientas: todos trabajos femeninos. ¿Qué vas a ir, Felipe, si el único oficio que conocés es cultivar arvejas y castrar corderos? En las plazas de Roma el maíz no susurra al viento ni pastan los rebaños. ¿Qué vas a ir a hacer, José, si sabés solamente pescar en el Paraná? ¿Dónde vas a ir a practicar la pesca en Milán que no tiene ni siquiera un pedazo de río así de chico y sobre los canales que había tiraron asfalto? Mejor que te quedes vos en América a cuidar a los hijos mientras tu mujer va a Italia a conseguir dinero. Después, cuando regrese rica, *todo se va a arreglar*.

Hoy

las que migran son miles de mujeres solas, determinadas a consumir los siete pares de zapatos de hierro de los que hablan las fábulas. Lo lograremos: cuántas veces Lita y Gladys se repitieron esta frase en los días que duró el viaje. Prácticamente sin dormir. Comiendo galletas secas, hundiéndose en confidencias y recuerdos. En la larga parada de siete horas en el aeropuerto de Lima, mientras acampaban sobre los incómodos asientos de plástico rojo en un corredor ventoso, lloraron. Que, bajo las luces de neón, entre las informaciones que repite monótonamente en inglés el alto-parlante, la gente tiene poco cielo en los ojos. El mundo parece malhumorado, casi hostil: la lluvia golpetea en las vidrieras, las antenas de los techos arañan las nubes, los motores escupen humo, el frío muerde. Entonces, para darse un poco de ánimo, cantaron. Primero *despacito*, tímidamente, después con voz cada vez más segura:

Déjala al agua correr,
déjalo al verde brotar,
déjalo al triste que lllore,
llorando se ha'i consolar...

Tanto que poco a poco contagiaron a otras pasajeras en tránsito y entre todas hicieron un coro: *Déjala al agua correr, déjalo al verde brotar*. Que tristeza no es llorar sino más bien no tener nada por qué llorar. Esto es la nostalgia, que ya sentían por la Bolivia abandonada hace unas horas, y que se transforma en esperanza: vamos a Europa, *a conquistar el mundo, a arrancar la plata*, mandaremos tanto dinero a casa a nuestras hijas.

Ayer y hoy
lejos es aquí.

Sobre el tiempo que pasa

En la radio se escucha una cumbia. Vicente intentó varias veces apagar el botón, pero sus clientes parecen encerrados en sus pensamientos. Marina echa un vistazo más allá de la ventanilla empañada y, cuando la lluvia disminuye, se esfuerza por sacar fotos; Piero sigue fumando nerviosamente, visiblemente descontento. En el asiento del medio hay una bolsa llena de paquetes, un pequeño diccionario «Español/ italiano», un mapa de ruta que Marina compró ayer en un puesto del Prado; habría sido mejor dejarla en el hotel, ¿para qué se la trajo consigo? total con esta lluvia no se ve nada... repite en español una frase —*Hola, soy yo Marina Colnaghi, mi marido se llama Piero, nosotros conocemos a Lita*— que se ha aprendido de memoria.

Suena el celular. Piero se precipita a atender.

Ah, sos vos Dani... No, lástima que el celular no tiene buena señal. ¿Ya llegaron a las Yungas? ¡Qué afortunados!... Ah, ¡qué envidia! Aquí en cambio es el diluvio universal... ¿Que dónde estamos?... Estamos en el Altiplano: alquilamos un auto con chofer, vamos a casa de los parientes de Lita, la acompañante de mi madre, te lo expliqué ayer noche, ¿no? Casi estamos en zona, o al menos eso espero. De todos modos, nos vemos mañana seguramente, Buena jornada, diviértanse, ustedes que pueden... y sí... Hasta luego...

Cuelga suspirando: Dani dice que ya están en las Yungas, que la selva es maravillosa y que la jornada es bellamente cálida. Pensá, hotel cinco estrellas, con la piscina termal en forma de herradura...

Después de un instante de silencio vuelve a plantear sus dudas sobre la visita a los parientes de Lita: quizás no están haciendo bien en presentarse sin haber hecho una llamada para anunciarse. Cierto, él sabe que el mes anterior Lita se los advirtió en una

carta, pero ¿si no la hubieran recibido?... Te imaginás: llegamos y estos se caen de la higuera, quizás ni siquiera están en casa.

Marina quisiera replicar, pero se da cuenta que entre el ruido del limpia parabrisas y el de lluvia, debería alzar la voz: la presencia de Vicente la frena.

De improviso, a pocos metros de distancia, entre la cortina de lluvia emergen como fantasmas un asno y una carreta. Vicente frena bruscamente. Los dos pasajeros son lanzados hacia adelante. Piero maldice, mientras el celular se cae. Intenta reencenderlo, pero el aparato no funciona más, puta, puta, puta.

En la frenada la bolsa de los regalos se abrió. Asoma un sobre de plástico transparente con fotografías. Marina recoge una que se ha caído: se ve a su suegra junto a Lita en un almuerzo de cumpleaños. Era el 2004, los primeros meses en que Lita trabajaba en Milán como acompañante de la madre de Piero, que sufre de Parkinson.

Marina contempla la foto con una pequeña mueca. La imagen de Lita la preocupa vagamente. Las dos mujeres no se ven seguido porque Marina va muy a los saltos a casa de su suegra con la que nunca se llevó bien. A pesar de esto Marina se dio cuenta del modo cómo su marido se sentía atraído por la joven empleada boliviana. Vivió ese descubrimiento como una humillación, pero no hizo escenas. En un primer momento detestó a Lita, pero después se dio cuenta de que la boliviana no devolvía los embates de Piero. Y sin embargo para Piero ninguna relación es nunca seria; ahora, por ejemplo, hace un tiempo que mariposea con Dani, hasta en presencia de su pareja, Gino, que entre otras cosas fue testigo de su boda. Seguro que por eso está tan molesto, piensa Marina: el viaje al pueblo de Lita parece una pérdida de tiempo a su marido porque le impide estar en compañía de esa zorrita de veintiséis años en una estación termal... Es por esto mismo que ella insistió: la visita a los parientes de Lita es la ocasión para estar un día entero a solas con Piero, sin la pareja de amigos con

quienes organizaron las vacaciones, y por ello meterle palos en las ruedas a un mariposón de cincuenta y dos años en búsqueda de escapadas amorosas.

En este momento, con respecto a Piero, Marina no sabe qué siente. Experimenta la urgencia de retomar en mano propia su vida, quizás afrontar la dolorosa decisión de separarse. Hace ya diez años que están casados, y algo entre ellos no funcionó desde el principio... Él está muy pegado a la farmacia que dirige, y ella dejó su puesto en una agencia de viajes para ayudarlo en el trabajo, pero se encuentra haciendo algo que no le interesa ni la estimula, como vender cremas de belleza y bálsamos para cabellos dañados o dar consejos sobre dietas hipocalóricas y tratamientos contra la celulitis. Y, sin embargo, cuando dejó su trabajo para ayudar al marido, estaba convencida de que hacía una buena elección... Cómo he cambiado, piensa Marina. Tiene la impresión de estar viéndose fríamente desde afuera. Quizás envejecer es simplemente esto: analizarse, ver desfilar todas las personas con las que estuviste en las distintas épocas de la vida, preguntarte si vale la pena tratar de tenerlas cerca.

Ayer es hoy

3

Ayer

el Antonio, el Víctor, el Renato, el César desembarcaron de las naves con un respiro de alivio. En la cabeza una gran excitación y el deseo de hacer rápidamente fortuna. El saco oscuro, el pañuelo al cuello, la camisa de fiesta conservada con cuidado a lo largo de la travesía oceánica solo para ser exhibida al desembarcar; los cabellos tirados hacia atrás, los bigotes peinados. Miraban la nueva tierra con ojos estupefactos, como quien no sabe qué le espera: en el corazón un miedo mortal que trataban de esconder; el escaso dinero cosido dentro de un pañuelo. Se aturdían rápidamente por la locuacidad de un fotógrafo ambulante: Gente, háganse una fotografía para enviar a casa, en Italia, para que sus enamoradas puedan ver con sus propios ojos que llegaron a la Mérica; y otra para tenerla con ustedes, para acordarse, en los años venideros, de este momento en el que cambió la vida.

Dócilmente se dejaban poner en pose, con el fotógrafo que les enderezaba un hombro, alisaba un pliegue del saco, giraba algún grado un rostro: prueben a decir la palabra Italia, así la boca toma una expresión más redonda y agradable, y sobre todo no se rían: una fotografía es una cosa seria, debe mostrar cómo quieren ser recordados por *i seculòrum*, lo que requiere compostura, *cara la mia gente*.

Ayer

era larga la fila de los controles sanitarios y de los documentos. Encerrados por una semana bajo las enormes bóvedas del Hotel de Inmigrantes de Buenos Aires, descu-

brían que ninguno tenía una clara idea de cómo sería la vida en la Mérica: dicen, mi primo me escribió, escuché contar... Todos masticaban noticias imprecisas de un país inmenso y vacío en mano de los indios sin Dios, con el temor de que se cumpliera el proverbio de los antepasados: Quién habla de oídas, espere la desmentida... Y después, de noche, la nostalgia se les subía a la garganta. El Martino con la cabeza entre las manos: ¿Qué estará haciendo ahora mamá en Italia? El Higinio juntando las manos como si orase: ¿La Teresina se acordará de escribirme? ¿Me será fiel? El Armando tirado sobre un banco soñaba por primera vez con los tres hijos que habían quedado en el pueblo con los abuelos; sin saber que los soñaría cada noche durante los once años que le quedaban por vivir, como un peso doloroso en el corazón. El César fumando y dando una patada a un perro pelado que escapaba aullando: ¡Oh querida Giovanna, ¡cuánto me haces falta, como si fueses mi único alimento posible!

Ayer

los emigrados se sentían oprimidos por la sensación de haber cortado para siempre los puentes a sus espaldas. Porque la mayor parte de ellos, delante del intendente del propio pueblo, había aceptado firmar un documento de renuncia de regreso a Italia: El suscripto declara no solicitar asignación de repatriación gratuita a cargo del Real Gobierno en caso de no lograr encontrar trabajo y ocupación en el exterior o de tener que regresar al país por otra causa...

Hoy

Gladys, Lita, Celia, Raymunda, Susana bajan del avión trastornadas por el cansancio. Todas con la visa turística que dura tres meses y no permite trabajar. Conscientes de lo complicado que es en Italia obtener documentos regulares y un permiso de empleo. No obstante, se verá, San Expedito proveerá. Por ahora es mejor no pensar.

Hoy

los controles en el aeropuerto son severos. Dos muchachas son llevadas a una habitación para una inspección corporal. Quién sabe, quizás tenían en la valija algo ilegal. A Lita, en cambio, le va bien, sin problemas el policía le ha inscripto en el pasaporte la visa de entrada. *Gracias señor...* Y entonces ¿Por qué ahora, finalmente llegada a la Estación Central, después del trayecto en tren Malpensa–Milán, se siente tan asustada? Se apoyó en un murito esperando a Gladys, que fue a llamar por teléfono a un conocido dispuesto a alojarlas los primeros días. Se sacó los zapatos por el terrible dolor de pies, qué locura haberse puesto zapatos de charol con tacos altos pensando dar mejor impresión a su llegada a Europa. Observa los pies de las mujeres que le pasan delante, zapatos de toda forma y color, cómo parecen caminar seguras... Entonces esta es Milán. Esto húmedo, este gris, mil gotas de bruma en la aureola de los faroles, la gente que baja corriendo al subterráneo sacudiendo los paraguas como los perros cuando salen del agua... Debería sentirse más bien orgullosa de haber llegado hasta aquí a ganarse la vida, saber arreglarse sola, jactanciosa como los hombres que van donde quieren ir. En cambio, está allí al lado del murito, *paradita, asustadita*, con un gran deseo de llorar. Bolivia está irremediablemente lejos. ¿Qué hora será ahora en casa? ¿Qué estarán haciendo sus niñas, Carmen Rosa que tiene doce años y Alicia que tiene solo dos años?... ¿Habrán cenado ya? ¿Obedecerán a la abuela? ¿Se acordarán de hacer algún mimo al perro que, pobrecito, mientras Lita cerraba la valija parecía todo abatido, como si comprendiese que su patrona estaba partiendo... ¿Qué vine a hacer aquí donde no conozco a nadie?... Inmersa en sus pensamientos, necesita poco para que se vuelva real el cincuentón que le ronda entorno como una mosca culera, susurrándole invitaciones: Qué hacés aquí tan sola, dónde pensás pasar la noche, conozco un lugarcito, no es lejos, sabés que te haría yo, no me digás que no

te gusta yo sé que a todas las chicas como vos les gusta... Aunque no entiende el italiano, Lita comprende muy bien el sentido de estas frases insistentes y hace una señal de no, con expresión de fastidio replica: *Yo no habla in italiano*, como le enseñó Gladys. Hasta que, por fortuna, llega la amiga que con decisión manda a freir papas al inoportuno e, imperativa, ofrece a Lita un pañuelo: Basta de llorar, *querida*, sonáte la nariz, volvé a ponerte los zapatos que dentro de poco vienen a buscarnos los amigos de los que te hablé, nos darán una cama en la parroquia y después en los próximos días nos encontrarán una casa donde trabajar, dale, encendé un cigarrillo, que se te pasa... Y diciendo esto le ofrece un paquete que acaba de comprar; como se ofrece un caramelo a una niña que llorisquea después de haberse lastimado una rodilla.

Sobre la edad de oro

La lluvia ha disminuido notablemente. El rumor del limpiaparabrisas que ha acompañado obsesivamente todo el viaje, se hizo más lento y soportable. Vicente indica con la mano una cumbre: explica que es Kalasasaya, un antiguo templo observatorio: se trata de un sitio arqueológico extraordinario, donde está ubicada la famosísima Puerta del Sol. Pregunta a los dos italianos si tienen deseos de visitarla.

Marina se entusiasma rápidamente con la idea: cuando estudiaba Letras, seguía con pasión las conferencias de Historia de las religiones antiguas; además ayer, en el museo de La Paz, vio algunas interesantes fotografías de este sitio arqueológico.

Te aseguro, Piero, que eran imágenes impresionantes, dice Marina. Por otro lado, ¿qué apuro hay? Tenemos todo el día por delante: en el fondo, con los parientes de Lita ninguno fijó un encuentro a una hora determinada.

Sin esperar una respuesta del marido, le hace señas a Vicente para desviar y alcanzar el ingreso de las ruinas.

Piero contiene a duras penas un movimiento de rabia. ¿Sitios arqueológicos? No, gracias, no son para él. Ya ayer a la mañana se mantuvo alejado del museo de La Paz. Y después en algún lado, quizás en la agencia turística, vio imágenes de la Puerta del Sol: monolitos negros, lúgubres. Se puede imaginar qué placer pasearse entre aquellas grandes piedras, en medio del barro después de la lluvia: seguramente nos ensuciaremos los pantalones, nos romperemos los zapatos... Pero sobre todo, lo pone mal el hecho de que Marina haya tomado la decisión de visitar las ruinas sin escuchar su parecer. Pero bueno, ella es así, piensa solo en sí misma, refunfuña para sí irritado.

Busca por eso las palabras justas para hacerle cambiar de idea.

Por favor, Marina, haceme caso, sugiere Piero a media voz: si nos paramos llegaremos tarde... Además, sabés que los sitios arqueológicos son a menudo una desilusión de escombros deformes.

Pero, Piero, ¿qué decís? se encoleriza Marina.

Entre las ruinas caminan separados como dos extraños; las capuchas de las camperas sobre la cabeza. De paraguas ni siquiera hablar: el viento es demasiado fuerte y los daría vuelta.

Un guía local explica a los dos italianos las características del templo pirámide de Akapana, que se levanta a su derecha: siete escalones, hasta la cima donde se abre el pozo central en forma de cruz, que alimentaba canales internos para llevar el agua a cada nivel del edificio. Cuenta que se trata de restos de una ciudad anti-quísima, uno de los mayores enigmas arqueológicos con los cuales se han encaprichado los estudiosos; a partir del nombre: Tia, que significa margen, e Huanaku, voz del verbo disecar, Margen seco. El mito dice que Tiahuanaco fue construida en una sola noche, continúa el guía. Edificada con enormes piedras transportadas a vuelo al sonido de una trompeta: todo habría sucedido, según la leyenda, quince milenios atrás y los cálculos recientes sobre los alineamientos astronómicos de las dos puertas del templo de Kalasasaya indican sorprendentemente el año 10500 a.C., época en la cual el lago Titicaca llegaba hasta allí. Las leyendas, continúa el guía, refieren que en los comienzos del mundo el Creador, Apu Kon Titi Wira Cocha, apareció sobre el lago Titicaca, en el lugar llamado Tiahuanaco, y fabricó los hombres con el material más abundante, la piedra. Estas figuras escultóricas, de hombres y mujeres, fueron colocadas luego por el Creador en las Pacarinas, que son quebradas umbrosas donde el sol no penetra, o bien venas profundas de las cuales surge el agua... El nombre viene del verbo «pacariy» que significa surgir, nacer, amanecer: para la cultura andina, lugares de comunicación privilegiada entre el Mundo de Acá, Cay Pacha, el Mundo de Arriba,

Janan Pacha, y el Mundo del Secreto, Ucu Pacha. Después el Creador dio a cada estatua un nombre y, en el momento en que eran nombradas, las figuras de piedra se animaban transformándose en hombres y mujeres de carne y hueso.

Marina contempla las ruinas con visible emoción: las mitologías siempre le han fascinado.

Los dos italianos se internan entre los grandes monolitos levantados en la explanada de Kalasasaya: gigantes severos de piedra, enormes madres negras que abrazan junto a sí figuras estilizadas de niños y parecen derrumbarse en tierra con todo su peso. El silencio es impresionante, roto solamente por las repentinas ráfagas de viento que por momentos se lleva la voz del guía.

También Piero, siguiendo de mala gana la visita, debe admitir la grandiosidad salvaje del paisaje. La voz de Marina es un susurro cargado de maravilla: entonces según la mitología andina aquí habría estado ubicado el Edén, la cuna de la vida humana, el Paraíso terrestre...

Piero resopla con una mueca de suficiencia. No comparte ni comprende la emoción de su mujer. La única cosa que, admite, lo desconcierta es el hecho de que desde hace milenios el lago Titicaca se haya retirado de esta parte del altiplano, dejando detrás de sí el desierto. Contempla con sorpresa las grandes avenidas adoquinadas que descendían al puerto, los muelles y los canales de Tiahuanaco que yacen ahora en completo abandono; murmura entre sí algo que el guía interpreta como una apreciación.

Finalmente ha aparecido el sol y el cielo inesperadamente se hizo de un azul puro y transparente, con pequeñas nubes blancas y algodonosas. Las piedras oscuras del sitio arqueológico toman un extraño matiz azulado. Marina se demora fotografiando a las hijas del guardia, cosiendo sentadas entre los monolitos. Polleras con franjas de

estridentes colores verdes, azules, rosa. Las tres aureoladas por la luz intensa del altiplano, con el infaltable sombrero de fieltro negro en la cabeza.

¿Viste, Piero, qué bellísimos ojos?

Las tres niñas devuelven a los turistas una tímida sonrisa. La mayor, diez años, es también la más oscura y regordeta. La pequeña, que seguramente no tiene más de cinco años, es toda piel y huesos. La mediana tiene una mirada astuta de zorrilla. Marina está encantada con el gesto solemne y experto con que enhebran la aguja, aquellas arruguitas de concentración que se forman en sus frentes.

Parecen tres angelitos, dice Marina.

Piero mira fijamente contrariado a su mujer, ceñudo. Ella finge no darse cuenta y continúa tomando fotografías. Las tres niñas se ponen en pose, levantando el sombrero sobre la frente riendo y deletreando la palabra *whisky*; deben haberla aprendido de los turistas norteamericanos. En efecto, inmediatamente después, alargan la mano para pedir un dólar, a modo de recompensa.

Marina, sorprendida por el pedido, bruscamente busca la billetera en la cartera, extrae unos euros y sonrojándose los extiende a la más grandecita.

Será también el paraíso terrestre, comenta Piero entre dientes, mirando de costado: de todos modos, estos angelitos el valor del dinero lo conocen a la perfección.

Llegan a un pequeño pueblo de construcciones bajas, casi de gnomos. Techos oblicuos y sin terminar. Entre una casa y otra hay una maraña de cables eléctricos conectados caóticamente a los palos de la luz. La plaza está ocupada del lado sur por un tosco refugio para ómnibus, con veredas en mal estado; sobre el techo de zinc alguien ha pintado con pintura negra: «*Te espero mañana*». Quién sabe desde cuándo está allí ese escrito.

Sobre el lado este está la iglesia construida con grandes rocas torcidas, probablemente extraídas del sitio arqueológico que la combi ha dejado atrás hace media hora.

A ambos lados del ingreso vigilan dos grandes figuras de piedra negra, seguramente de idéntica proveniencia. Del resto, perros callejeros y un miserable mercado en cuyo convulso interior se venden desordenadamente lubricantes para auto, galletas y Coca Cola; sobre la puerta, un cartel: «Se alquilan vestidos de novia». Sobre todo ello, pesa un desagradable olor a cloaca.

Después de la exaltación de la visita a las grandiosas ruinas de Tiahuanaco , Marina es asaltada por la inquietud que se siente junto a la cabecera de una persona irremediabilmente enferma. Sacude desoladamente la cabeza: cierto aquí no ha quedado la mínima huella del Edén.

Bajo la lluvia que ha vuelto a caer, se extiende un mercadito silencioso. Al modesto reparo de paraguas y tiendas improvisadas, una barahúnda de cestas de porotos y bolsas de papas. Sobre un mostrador, dos pollos flacos y desplumados. Sobre el fuego encendido en una lata hierve una pava metálica.

Marina desciende y con la fotografía de Lita en mano, se acerca a uno de los miserables carros para pedir información. La reciben rostros cansados de viejas que mastican coca con una ostentosa indiferencia. Ninguna de ellas alza la voz para invitar a la extranjera a comprar algo, como sucedería entre los vendedores calurosamente inoportunos de cualquier otro mercado del sur del mundo. Marina se siente perdida, con la desagradable sensación de la imposibilidad de comunicarse: estos rostros son tan distantes y cerrados...

Marina extrae del sobre otras imágenes de Lita, tomadas en Milán recientemente: más grandes y más claras. Una de las mujeres a quien se dirige le hace una señal con la mano, indicando el otro lado de la plaza, donde está la iglesia. Luego se vuelve hacia el fuego y agrega agua a la pava.

Cuando los dos italianos atraviesan la plaza, directo a la iglesia, las miradas de todas las vendedoras los siguen.

Parado delante de la iglesia, entre los dos grandes monolitos negros de la entrada, Piero irritado prueba otra vez con el teléfono celular. Ninguna señal. Marina mientras tanto empuja el portón.

Hace el signo de la cruz por hábito, pero se detiene a la mitad mirando un grupito de viejas en fila ordenada delante de un confesionario: todas se vuelven a mirar fijamente a los recién llegados y comienzan a cuchichear por la sorpresa. El cura está sentado en su escaño en el confesionario; la mujer que se está confesando está arrodillada del lado de afuera, visible a todas las demás. Habla en voz alta, exhibiendo públicamente sus propios pecados.

Quizás es sorda, piensa Marina. O quizás aquí se usa así. Curiosa esta cosa... Le vienen a la mente los años de su infancia, las confesiones del sábado a la tarde en su parroquia; la intimidad de la oscuridad del confesionario, los penosos pinchazos de la madera en las rodillas desnudas, el secreto del sacramento desplegado como límite infranqueable hasta para el poder constituido.

Ahora la vieja se levanta y con las manos juntas, la mejilla hinchada de quien está masticando coca, se aleja por la nave recitando la plegaria recibida en penitencia. Otra anciana se adelanta, pero la ventanilla del confesionario se abre y se asoma el cura: pequeño, delgado, más bien seco, pero con los labios gruesos, la nariz chata y los cabellos negros extrañamente rizados; en el rostro tiene una expresión de curiosidad hacia los dos extranjeros.

La fila de las pecadoras ondea siguiendo los movimientos del cura que avanza hacia la pareja de italianos. Piero masculla las pocas palabras que conoce en español y le muestra las fotografías de Lita; Marina intenta agregar alguna explicación tropezando en la lengua extranjera con una pronunciación aproximada. Luego los tres salen al atrio.

La lluvia cae ahora violentamente sesgada. La campera de Marina se infla al viento. Con la mano, el curita indica a los forasteros una dirección.

Ayer es hoy

4

Ayer

había algunos, los más jóvenes, los imberbes, que partían desde Italia a fines de septiembre, cuando en los campos terminaba la estación de los trabajos agrícolas. Desembarcaban en Buenos Aires llevando en el bolsillo solo el contrato con el agente de emigración, sin saber una palabra de español. Descubrían entonces que el viaje no había terminado todavía, más aún, estaba por comenzar la parte más dura: faltaban aún ochocientos kilómetros para llegar a Santa Fe, centro de la producción cerealera. Otra vez estaban obligados a embarcarse sobre carros destartados que se dirigían al norte o bien en un vapor que remontaba lentamente el curso de un inmenso río turbulento que se llamaba Paraná. Parece casi increíble que pudieran lograrlo, ellos que no conocían otra cosa que su propio estricto dialecto; ellos que cuando debían expresar el concepto de una distancia enorme decían siempre: «lejos como Milán»; aun aquellos que en el pueblo habían sido siempre considerados un poco retardados, por el comportamiento y por el andar irregulares. Viajaban verdaderamente con el instinto de las aves migratorias y llegaban puntualmente a destino, justo justo para Navidad, a tiempo para la estación agrícola austral. Un trabajo de bestias, de sol a sol por tres meses, en los distintos latifundios de la llanura argentina. Finalmente, para Pascua, enrollaban la propia frazada y, con el bártulo sobre los hombros, emprendían el recorrido inverso, para llegar a Italia en junio, preparados para otra cosecha. Volvían distintos, con algún dinero en el bolsillo y sobre todo con el aire de quien ha visto el mundo. Prontos para volver a partir después de seis meses... Esta emigra-

ción estacional, de Italia a la Mérica, se afianzó a fines del siglo XIX sobre todo en Lombardía y en Piemonte. La llamaban con un nombre poético: *hacer la golondrina*, trabajo golondrina. Definición delicada para una vida infernal traqueteada entre dos hemisferios, dos lenguas, dos mentalidades. Hubo quien realizó esta experiencia tres veces, comenzando a los catorce años. Cada vez que volvían al país natal eran menos muchachos, menos hijos, menos paisanos, hasta que, uno a uno, los jóvenes elegían asentarse del otro lado del océano y eran declarados desertores del servicio militar, cerrándose entonces toda posibilidad de un retorno a la patria. De ese modo desaparecían, tragados por la inmensidad misteriosa de la pampa. No era el fantástico reino de las maravillas, la tierra que se abría delante de sus ojos, sino un horizonte selvático de llanuras vacías. Un gran desierto verde donde el silencio se rompía solamente por los gritos oprimentes de los grandes buitres o por el silbido rabioso del viento, hasta que caía velozmente la oscuridad, sin traer paz, porque aquel cielo de estrellas jamás vistas más que serenar los ánimos infundía la convicción de una distancia infranqueable. Con la impresión de que el espacio era como el tiempo, que aleja y no permite los regresos.

Ayer

los emigrantes terminaban por encontrarse en lugares sin alma, porque no tenían historia, que el Luigi, el Cesare, el Luciano, el Salvatore y otros miles, atravesaban sintiendo tinieblas en el corazón. Otra que tierra para conquistar: comprendían que eran solamente una legión de gente asustada, aterrorizada por la soledad. ¿Cómo vivir, en efecto, una vida nueva, cuando cada uno había abandonado las únicas cosas que cuentan en la vida: un país, la familia, la comunidad de los amigos, las fiestas, ¿la lengua materna?... El mejor vino se había convertido en vinagre y los villorrios que construyeron no eran más grandes que aquellos que habían dejado: casuchas pequeñas y

calles de barro, con simples vallados para delimitar las minúsculas parcelas de tierra que lograron hacerse asignar. Porque desafortunadamente descubrieron pronto que también en Mérica la tierra tenía dueños.

Ayer

algunos se dejaban tentar por la gran ciudad logrando establecerse a la buena de Dios en Buenos aires, en los barrios de la periferia entre inmigrantes provenientes de la misma región, en *conventillos* todos iguales: que, pasado el alto y estrecho portón de entrada, había tres *patios* de tierra, uno detrás del otro, hacia los cuales se abrían las habitaciones. *Cuartos* oscuros donde se vivía amontonados, sin otra ventilación que la de la puerta. Al fondo del tercer *patio* había dos letrinas comunitarias, la pileta para lavar sábanas y pies, una serie de parrillas para cocinar, un corral para cabras y gallinas. En resumen, pocas cosas a disposición. Cada uno tuvo que ingeniárselas. Hubo quien hizo camino tocando el organito en los nacientes locales donde imperaba un ritmo obsesivo que llamaban tango, transpirando toda la noche por el almidón de la pechera blanca debajo de la chaquetita negra remendada. Otro se vio obligado a ganar moneda a moneda limpiando tripas en los frigoríficos, con los músculos endurecidos por el frío, y con el desagradable olor de sangre y mierda en la nariz. Otra que país de jauja.

Ayer

cada familia italiana daba a la Mérica su contribución de jóvenes. En cada casa había una bella muestra de fotografías sacadas al otro lado del mundo, acomodadas sobre el aparador como en improvisados altarcitos: imágenes de hermanos, padres, novios, maridos, que se habían perdido en lugares de nombres exóticos: Chacabuco, Tucumán, Jujuy, Cochabamba... Retratos coloreados a mano, realizados en estudios

fotográficos delante de un telón pintado; con breves mensajes con faltas gramaticales: «Cara madre vengo a farvi sapere che sto bene in salute, come ne spero di voi», «Se l'anderà bene vi ciamerò», «Pregate il Signore di darmi la sorte», «Datemi riscontro come la va in familia»...

Hoy

las sudamericanas llegan con escasas y vagas informaciones. Terminan por dormir, como Geralda, en las camas de una pensión de mala muerte, donde nadie pide documentos, en medio de un oscuro ir y venir de rostros cavados por las tribulaciones de la clandestinidad, mientras las vibraciones de los trenes subterráneos provocan fisuras en los tabiques. O bien, como Marlène, sobre los catres de un refugio de Caritas: el resplandor de los faros, que también de noche gobiernan las sombras sobre el cielo raso, y los campanilleos del tranvía en la curva la llenan de miedo, así que a la mañana se encuentra con los ojos embarrados de insomnio. O en Brescia sobre colchones extendidos en el piso cada noche en el sótano de un taller de corta y cose, donde de día trabajan quince muchachas, bajo luces que no se apagan jamás; no se puede ni siquiera asomarse a las ventanas todas cagadas por las palomas. Raymunda sobre un divancito en Turín, en un pequeño cuarto que es un agujero, con el papel de desempleados que se despega por la humedad y una lamparita de pocos watts que parece agigantar la desolación; huésped de una prima lejana que es planchadora. Porque es necesario resolver lo más pronto posible la cuestión de encontrar un empleo, y en ausencia de documentos regulares están obligadas a confiarse en *el boca en boca*, en conocidos de conocidos.

Hoy

van a trabajar a prueba como domésticas o niñeras. Tenés que ser gentil. Sonreí siempre. Recordá que, si te hacés la difícil, te echan y toman a otra en tu lugar. Hay miles que aceptarían. Consideráte afortunada. Tené paciencia si son exigentes, si son maleducados, si gritan, si te tratan con altanería. Ellos tienen el cuchillo por el mango.

Hoy

Gladys se ocupa de los niños de la señora Bernasconi, el Lele y el David, y para hacerlos dormir a la noche, con melancolía feroz, canta las mismas canciones de cuna que le gustaban a sus hijas. Mariamar es doméstica en la casa de la señora Matilde que lleva pantuflas y bata por horas y pone a todo volumen discos de Ópera. Orquídea asiste a un ciego que dice sí y no, dos palabras al día, permaneciendo hasta la noche mirando el vacío con pupilas brumosas: está inapetente y displicente, es necesario embocarlo como a un decrepito lactante: «Sea valiente, *señor* Mario, le preparé las albóndigas *que le gustan mucho*, abra esta boca mezquina que no quiere comer»... Cayetana cuida una anciana paralizada: de día empuja su sillón hasta los jardincitos o al supermercado, a la noche la pasa de la silla de ruedas a la cama — suerte que la enferma es delgada como un palo— ojearse hasta con su sombra: debería limitarse solo a cuidarla, pero le toca todo: cocinar, pasar la aspiradora y la cera, sacudir las alfombras, planchar las sábanas, almidonar el cuello de encaje que la señora cambia todos los días. Y la *sciura*¹² no la pierde de vista ni un momento, controla piojosamente la compra contando muchas veces el dinero del vuelto, como si tuviese miedo de que le roben; y al final, con un chasquido fiscal de la lengua contra el paladar, logra siempre encontrar el error, la falta, el pecado.

12 Señora. Lombardismo.

Hoy

todas las emigradas que terminan siendo cuidadoras están habituadas al ronquido de los viejos, al olor acre de los toscanos, al hedor del amoníaco en las sábanas meadas, al silencio de las tardes, a las manías de la ventada abierta o de los calefactores demasiado calientes, a las poleras en las cuales los enfermos se esconden como en un caparazón, a sus movimientos de crisálidas, a sus caprichos si no se encuentran las pantuflas escocesas, a las muecas de mitades de caras deformadas por isquemias. Se han resignado a sentirlos gritar en el sueño, a cambiar pañales, a limpiar la caca, a lavarlos con esponjas, a secarlos con talco, a llevarlos a pasear por el corredor sosteniéndolos por el cabestrillo de la manga, al campaneo lacerante del despertador electrónico para la pastilla de la media noche... No es nada, el mundo va así, ahora se usa de este modo, el año es largo y los días son densos. Han aprendido a morderse la lengua y a prepararse cada tanto *un mate*, como si se tratase de un rito de propiedades taumatúrgicas. Agregar agua al hervidor y esperar que se caliente en el punto justo: ¿qué más se puede hacer en este *lagrimarumvälle*¹³?

13 *Lagrimarumvälle*. Muchas expresiones campesinas provienen del «latinòrum» (plegarias escuchadas en las misas del domingo). Esta proviene del *Salve, regina* (*Salve María* en latín): *in hac lagrimarum valle* = in questa valle di lacime (en este valle de lágrimas). (Anotación de la autora)

Sobre la familia abandonada

Cuando Marina desciende, queda por un momento perpleja contemplando la casa escuálida que tiene enfrente: la fachada descolorida con una pequeña galería elevada por tres escaloncitos, un cobertizo inclinado que cubre el recinto de las cabras, el techo dominado por una banderola de metal que chirría con el viento, un patio que bajo la lluvia se transforma en un pantano. Es como si entendiese de golpe porqué Lita se fue de allí. Todavía con la mano sobre la portezuela, tiene casi un gesto de miedo: la atraviesa la idea de que quizás Piero no tenía toda la culpa de no querer venir hasta aquí.

Un movimiento detrás de las cortinas de las ventanas, que se apartan. Unas caras. Los han visto. Ya es demasiado tarde para volver atrás.

Se abre la puerta de la terraza. Primero aparece una niña de seis siete años, con las trencitas oscuras, abrigada con una polera demasiado grande para ella, y arriba un jumper de lana a cuadros. Después una adolescente exageradamente gorda, con pantalones informes y un pullover algo mustio; la cabeza envuelta por un foulard de fantasía a modo de turbante. La pequeña tiene una mirada curiosa; la grande parece desconfiada, quizás contrariada. En la forma de los ojos oscuros y en algunos rasgos del rostro, las dos recuerdan las facciones de Lita.

Finalmente aparecen un perrito maltrecho y un hombre; huesudo, estrecho de hombros, grandes bigotes, alrededor de cincuenta años; es el único con una expresión vagamente sonriente. Abre el paraguas y se acerca al vehículo mientras que el pequeño mestizo comienza a ladrar excitado.

Marina recita la frase aprendida de memoria.

Hola, yo soy Marina Colnaghi, de Italia. De Milán. Mi marido se llama Piero. Conocemos a Lita, dice tropezando entre las palabras.

El hombre sonrío a medias, el ceño fruncido; estrecha la mano a los dos italianos. *Nicolás*, dice el boliviano señalándose a sí mismo.

Después, sin que nadie se lo haya pedido, abre la portezuela del vehículo para tomar el bolso de viaje que ha quedado sobre el asiento. Tiene modales un poco rudos pero parece gentil. Con un movimiento de la cabeza hace señas a los extranjeros para que lo sigan a la casa rápidamente, dado que llueve a cántaros. Marina no se lo hace repetir dos veces y corre a repararse bajo la galería.

Piero se despide de Vicente dándole cita para dentro de un par de horas: es seguro que la cuestión no tomará más tiempo. Es ya la tarde: el tiempo de un saludo, quizás un café. Entonces se precipita también él hacia la casa, alzando los bordes del saco sobre la cabeza para repararse del aguacero.

A la entrada el hombre que se ha presentado como Nicolás, hermano de Lita, hace los honores de la casa. La niña y la muchacha gorda, en efecto, callan, cohibidas.

Alicia y Carmen Rosa, dice apuntando el dedo primero hacia la pequeña y luego hacia la adolescente.

Los dos italianos sonrían: he aquí entonces las hijas de las que Lita habla continuamente. Marina se muerde el labio; siente imprevistamente la cabeza vacía, como si no supiese más qué decir.

Nicolás introduce a los huéspedes en una estrecha habitación. Muebles anticuados, un olor rancio. Sobre la pequeña cama una vieja: largos cabellos grises, la piel surcada de arrugas sobre el rostro huesudo que parece todo—nariz, una boca casi sin dientes.

Apenas ve a los dos huéspedes, la madre de Lita comienza a gemir y luego estalla en lágrimas. Besa la mano que Marina le extiende para saludarla.

Lita, ¿dónde está Lita? continúa repitiendo la vieja con vos pastosa: *¿Lita ha vuelto?*

La pequeña Alicia se refugia entre los brazos de la abuela que, como una gallina clueca, la estrecha contra sí. En la cabecera de la cama, Carmen Rosa y Nicolás

callan. Un silencio pesado roto por pocas palabras incomprensibles que la madre de Lita apenas susurra en el dialecto del altiplano.

La niña se vuelve hacia los dos forasteros.

La abuelita sufre porque mamá todavía no volvió, dice como si fuese una obviedad.

Nicolás frunce la frente; intuye que probablemente los dos italianos no han comprendido las palabras de Alicia, pero murmura igualmente una imprecación a medias y, colocando un dedo sobre los labios, hace señal de silencio a la niña. Una mirada como diciendo: delante de los extraños no debemos mostrar nuestros dolores.

Dejan a la vieja y todos se trasladan a la cocina. La habitación está azulejada hasta la mitad, con una mesa de madera cubierta por un lustre amarillento, el armario con un enorme despertador repiqueteante, sartenes sucias amontonadas en la pileta. Delantales colgando de ganchos en la pared y un par de fotografías de marcos ovalados; una pequeña guitarra depositada en un rincón. Sobre la cocina económica hierve la pava. Al lado, sobre el piso, hay un balde de carbón y una palangana rebosante de desechos de habas y cáscaras de papas.

Con un gesto Nicolás invita a sentarse a los dos italianos. Luego, a una indicación del hombre, la muchacha gorda saca del aparador una botella de chicha y tres vasitos adornados con campanitas pintadas. Sin decir una palabra, sirve el licor.

Marina se siente cada vez más incómoda. La chicha tiene un sabor desagradable y, a pesar de que la ventana está abierta, en la habitación se estanca un olor acre que le irrita la nariz. Para romper el silencio que se hace pesado, señala a la vieja, cuya cama se entrevé desde la puerta del dormitorio que ha quedado abierta.

También Piero tiene una madre anciana, dice Marina. Hay que cuidarla. Lita es muy buena en esto. Una óptima cuidadora...

Se interrumpe de golpe dándose cuenta de que ha hablado en italiano por lo que, probablemente, el hombre y la muchacha no han entendido lo que dijo. Intenta repetir la frase en inglés pero se bloquea en la mitad... Maldición, ¿dónde ha dejado el diccionario? Debe haber quedado en el vehículo. Nicolás asiente de todos modos, como si hubiese comprendido.

En la cocina humeante el silencio se hace casi incómodo. Piero enciende nerviosamente un cigarrillo y balbucea alguna frase convencional de desagrado acerca de las malas condiciones de salud de la madre de Lita. De pronto el rostro de Marina se ilumina. Se golpea la frente con la mano: casi se olvidaba de los regalos.

Toma el bolso de viaje, abre el cierre y comienza a sacar los paquetes cuidadosamente cubiertos con papel dorado y moños; los distribuye con premura.

Para Carmen Rosa. Para Alicia. Y este es un chal para la abuela... Además, para todos hay un pan dulce. El último paquete que saca del bolso de viaje es, en efecto, un pan dulce milanés, de los que se compran en el supermercado durante las ofertas de fin de año, en una presentación dorada con una botella de espumante dulce.

It is a culinary delicatessen, deletrea Piero. From my country. Very good... We usually eat for Christmas when all the family is gathered...

Nicolás hace aflorar una mueca de sonrisa y dice que pueden hablar en italiano: él lo habla, aunque mal, porque ha trabajado algunos meses en Italia.

Piero y Marina quedan con la boca abierta.

La pequeña Alicia aferra con excitación su propio paquete, lo tantea para adivinar el contenido, lo desenvuelve con manos febriles. Se trata de un bello pullover de lana de angora: rojo y con capucha; hay también una muñequita de trapo y un jueguito electrónico. Mira interrogativamente a Marina e Piero. Este toma el aparato electrónico y lo enciende. Alicia sigue con atención los gestos del hombre y prueba hacerlo por sí misma.

Carmen Rosa tiene incómodamente su paquete entre las manos, sin osar abrirlo. Cuando descubre que tiene encima los ojos curiosos de Marina y la mirada enojada de Nicolás, se decide a abrirlo: dentro hay una caja de productos de belleza y un par de pantalones ceñidos, luminosos de brillantina, evidentemente algo estrechos para las medidas excesivas de la muchacha. Marina contiene a duras penas una sonrisa desconsolada: ¿cómo pudo Lita mandar a la hija un regalo tan inadecuado?

La adolescente hace un gesto impaciente, le tiembla la boca, parece que estuviera por llorar. Da vuelta la cabeza.

Tengo que trabajar, balbucea.

Sale de la habitación como si tuviese apuro.

Nicolás vierte el té de coca en tres tazas. Parece esperar algo. Pregunta a los italianos cuántos hijos tienen.

Marina, que está mimando con los ojos a la pequeña Alicia entusiasmada con la novedad del juguete electrónico, reacciona con desconcierto, respondiendo que no tiene hijos. Luego, frente a la mirada abiertamente sorprendida de Nicolás, vuelve la cabeza hacia Piero como pidiéndole ayuda. Pero el marido no la está mirando, fija la mirada delante de él en el vacío, mete las manos en los bolsillos en busca de quién sabe qué cosa. Marina se esfuerza explicando que no han buscado tener hijos: los dos, ella y Piero, tienen tantas obligaciones, que...

Advierte las mejillas calientes, a punto de enrojecer. ¿Pero qué le pasa? ¿Por qué da explicaciones a un desconocido? Se le traba la lengua. Sacude la cabeza, contrariada, se muerde el labio. No puede más con esta habitación y la situación que se ha creado. Como si le faltase el aire. Mordisquea la cadenita de oro que lleva al cuello, sintiendo la necesidad de regresar velozmente a la ciudad para zambullirse en la vivacidad de la gente de La Paz: tiene razón Piero, quién sabe cómo se estarán divirtiendo ahora Gino y Dani.

Su marido, bufando le indica nerviosamente el reloj. Por fin, dado que Marina parece no haber entendido el mensaje, dice bruscamente que se está haciendo tarde: ¿Cómo harán para llegar a la ciudad antes de la noche? A gatas se contiene de levantarse discretamente para echar un vistazo desde la ventana imprecando entre dientes contra Vicente que no ha regresado todavía del pueblo.

Finalmente sienten acercarse el ruido de un motor que chisporrotea. A buena hora. También Marina exhala un suspiro de alivio.

Ayer es hoy

5

Ayer

partían jurando regresar, pero no era fácil mantener la promesa. Sobre todo no se podía volver antes de haber acumulado una pequeña fortuna, o, como se decía entonces «haber hecho la Mérica». Pero pronto comprendían que lo que reluce no es oro, y que por tanto ninguno se haría jamás rico: era pura ilusión el sueño que los había alejado de Italia. No habría sucedido jamás lo que se habían imaginado: poder disponer de una tierra propia cuyos límites se perdían en el horizonte; poder exhibirse los domingos hinchándose como pavos en la vastedad de un chaleco bordado, con el mismo aire de superioridad que frecuentemente envidiaban en el patrón en Italia.

Ayer

las familias abandonadas en el pueblo se quedaban esperando el año de la Buena Pipa. San Nunca y San Jamás.¹⁴ Así pasó con la *mamma* del Carlambrogio que, el domingo antes de que partiera, mientras todos brindaban por su viaje, lo llamó aparte, con una expresión en su rostro que no era ciertamente festiva. ¿Quién lo sabe? Quizás las mujeres comprenden mejor cuándo hay que festejar y cuándo no; y esa mujer adivinaba que no volvería a ver a su hijo. Por eso lo arrastró a un ángulo debajo de la escalera y, en la penumbra, le dio a escondidas un pañuelo atado por las puntas.

¹⁴ La cultura cristiana ha ofrendado cada día del año a un santo. Pero «San Mai e San Più» son santos inexistentes, por lo que ese día nunca llegará.

Le dijo que era el dinero para usar en caso de no tener suerte; dinero de toda una vida, ahorrado centésimo a centésimo. Y le hizo prometer que continuaría yendo a la misa, al menos para Pascua... Así también le sucedió a la novia del Alvaro quien, la noche antes de que él se fuera, aceptó que las manos del joven la husmearan, quitándole los elásticos de las medias, pellizcándole la carne de los muslos, hasta la sangre de esa cosa que una se da cuenta de tener solo en el instante en que la pierde: se quedó esperando una carta del Alvaro durante diez años, apretando con la boca un pañuelo embebido en agua y alcanfor. Dale que dale, la cuchilla desgasta la funda, y así los pulmones se le disolvieron a furia de escupir en una fuente esmaltada... La misma cosa le pasó a la Teresa, abandonada con un hijo en pañales. Perdió la leche, el niño murió. Después de un año y medio dejó de recibir cartas desde Chacabuco y no supo más nada de su marido. Enflaqueció hasta que su ciclo se interrumpió. Dejó de soñar, decidió morir a los treinta y dos años —y digo «decidió» porque, cuando se es golpeado en lo profundo de la autoestima, solo la muerte pone fin a las tribulaciones...— Misma historia para la Berta que durante mucho tiempo mantuvo la casa refulgente de modo que si su marido volvía no encontrase *mort l'fògh*¹⁵ y frías las coles. Pero, cuando después de tres años él dejó de escribirle, la Berta envejeció de golpe, arrugas hasta en el alma. Todo le daba fastidio en goga y magoga;¹⁶ no sopor-

15 «Non trovasse mort i'l fògh e fredde le verze»: «apagado el fuego y fría la comida» (referido a la sopa de coles que cuando se enfría no es ya buena). Proverbio dialectal.

16 «In goga e magoga» = en ese desastre. Expresión dialectal tomada del Apocalipsis, pero escuchadas en la misa. Como ya se ha explicado son expresiones campesinas que provienen del «latinòrum» de las plegarias parroquiales. En el *Grande Dizionario della Lingua Italiana* se registra desde el 1600 «andare in Goga e Magoga» en sentido originario de ir a un país lejanísimo e inhóspito (similar a ir a «a ca del diaul», o sea sin cabeza ni cola. De *Il Cittadino. Quotidiano del Lodigiano e del Sudmilano*. <https://www.ilcittadino.it>

taba estar sola, sin pan y sin torta. Rezaba todas las noches a la Virgen: que regrese, porque tenía necesidad de sentirse mujer. Una persona que no lo ha experimentado no sabe lo que se sufre. Quien esperanza no tiene, mejor que se muera: y por eso se fue también ella antes de los cuarenta años. Muerta por falta de vida.

Ayer

cada mujer abandonada en el pueblo por un hombre que emigraba se encerró en su dolor sin confiar sus lamentosos sufrimientos a las otras que compartían la misma suerte. Lo mismo sucedió con la Santina, la Carmela, la Ginetta, la Sterina: ninguna estaba dispuesta a aceptar haber sido abandonada para siempre.

Ayer

a la Giovanna le quedó solamente la oportunidad de contemplar la foto del día de su casamiento con el Cesare. Un bello primer plano con la dedicatoria: PARA SIEMPRE: que ninguno de los dos sabía aquel día que el tiempo que tenían destinado era menos de un año. Una fotografía desgarradora, con la belleza de la juventud y la seguridad de un futuro transparente. Quizás estos dos no habrían usado esas palabras para definir sus propios sentimientos, el día en que el fotógrafo los inmortalizó: cuando se es joven y feliz no es necesario encontrar palabras para lo que es obvio y natural. Fue después de la noche en que el Cesare escapó perseguido por los fascistas, cuando la Giovanna se quedó con la recién nacida en brazos, y tuvo necesidad de encontrar aquellas palabras —amor, promesa, futuro— para sobrevivir. Repitiéndose continuamente que todo terminaría para bien, que la fuga del Cesare terminaría bien, que se reencontrarían. Pero el silencio de una semana —siete días como en la Creación— en los que el Cesare al irse tanto había prometido, duró meses, años... Mientras tanto la

niña —que eras vos, madre— prendida al seno de la Giovanna, bebía la leche negra de la angustia. Hubo noches en que la Giovanna tuvo la impresión de que el mundo se le venía encima. Que la vida terminaba.

Pasó horas revolcándose en el lecho ahora demasiado grande, temblando de dolor al pecho. Poco a poco la vida se le fue achicando: se afeó con arrugas precoces. Aprendió palabras nuevas como ausencia, desilusión, derrota. Remendó cada noche la tela de Penélope. Se dejó envejecer.

Ayer

la niña —vos, madre— vio día tras día los ojos de la Giovanna vaciarse de vida. De noche te acurrucabas en el colchón cerca de ella para consolarla —así estaremos más calentitas— mientras el cansancio se transformaba en un peso que pesaba en la frente. Te dormías de repente, hasta que en la mitad del molesto sueño te despertaba un rumor, que no podías interpretar en un primer momento: el jadeo de una persona que aspira aire a bocanadas. Que la Giovanna se había despertado sobresaltada, había buscado en vano al Cesare con palmadas, sintiéndose precipitar en la soledad como en un pozo, oyendo por enésima vez el eco de sus pasos mientras descendía la escalera y se alejaba en la noche. Y por eso se largaba a llorar sacudiéndose en sollozos contenidos. Y por eso no osabas moverte, te quedabas así inmóvil hasta que la espalda te dolía. Y sentías crecer en tu interior una gran cólera contra el Cesare que no regresaba.

Hoy

las mujeres sudamericanas parten convencidas de que volverán. Dejan sus países, maridos, novios, hijos, padres ancianos. No tienen elección: para tomar la decisión de

partir deben arrancarse el corazón. De modo que sus afectos, abandonados en patria, aprenden sobre la propia piel que el vocablo emigración tiene siempre otro nombre, más preciso, más duro: se llama abandono, separación, laceración.

Hoy

Ramón, el marido de María Pedra, espera que regrese pronto. Habiendo perdido un brazo en un accidente, tuvo que conformarse con trabajar en modo informal, de revendedor de diarios. Se lo encuentra cada mañana por las calles de El Alto voceando los títulos. Una sola mano debe bastar para dar el ejemplar, recibir la moneda, dar el vuelto. Sus días comienzan al alba, cuando el gerente distribuye las copias de los diarios. Si hiela al alba a cuatro mil metros de altura, Ramón se entuba en la campera, se calza hasta las orejas el gorrito de lana, que si llega muy tarde arriesga encontrar solo revistas, y entonces la ganancia disminuye. Cuando la mañana termina, pasa por el Correo Central para controlar si ha llegado carta de María Pedra, pero la esposa escribe muy poco. ¿Se habrá olvidado de él?

Hoy

los tres hijos de Raimunda —Marcos, Ginés y Modesto— encontraron un trabajito en la terminal de autobús de La Paz. Cada uno con su carrito, cargan valijas, paquetes, bolsas de compras, empujando incómodos de un andén al otro en medio al tumulto de camiones y ómnibus, saltando obstáculos entre puestos de pullovers, canastas con pescados disecados, pirámides de *videocassette* pirateados, bolsas con granos, cajas de *gaseosas*. Entre un pedido y otro persiguen a las palomas o juegan a las bolitas o al *tappo*.¹⁷ A cada punto conquistado, rien mostrando los faltantes de los dientes delan-

17 Jugar con las tapitas plásticas de las botellas en vez de las bolitas.

teros; la nariz cerrada al hedor de los olores de la basura. Cada tanto se dan permiso para hacer un recreo y beber una taza de una bebida caliente perfumada con limón y clavo de olor, o quizás una corridita divertida persiguiendo una pelota rayada o una cebolla que rueda. Una caja vacía abandonada en una esquina se convierte por un momento en un vagón de tren donde agazaparse, respirando el olor de las hojas de coca que antes lo llenaban. ¿Qué hacen ahí dentro? *¡Eso no se hace!* Grita la nona que los controla sentada en un banquito, envejecida por las ropas de luto. Bruscamente Marcos, Ginés y Modesto se ponen serios. ¿Cuándo vuelve la mamá? Preguntan. Pero la nona solo sacude la cabeza.

Hoy

el marido de Ana Clara se gana la vida como lustrabotas delante de la entrada de un edificio público en Lima. En bandolera la caja con las pomadas, el taburete bajo el brazo. Desde que su mujer está en Europa, se ve obligado a llevarse los niños consigo al lugar de trabajo. Las niñas son muy pequeñas, tres y cuatro años; se quedan jugando en un rincón de la acera, dibujando con tiza el contorno de una casita, habitación por habitación: la que papá construirá cuando su mamá vuelva de Torino con tanto dinero. El mayor, Marcelo, que tiene ya siete años, ha aprendido las astucias del trabajo del padre: ya conoce la diferencia entre un zapato *pobretón* y un calzado decente, le basta un miradita para individuar el cliente que puede dejar una buena propina. Entonces se mete con todo con el cepillo: un ruido seco con el trapo al aire, y luego perfeccionada la lustrada.

Hoy

Carlos, el marido de Raquel, sigue trabajando en la mina. Como todos hacen en Potosí. Aquí la fila delante de los túneles es siempre larga. Que, trabajando de minero,

se logra ganar 80, hasta 100 *bolivianos*, más o menos diez euros, una tentación muy fuerte para quien, como albañil, al máximo llevaría a casa solo 20 *bolivianos*. Son tantos los que cada día descienden a la oscuridad de las tripas del Cerro Rico, aun sabiendo los riegos: dedos cortados, piernas rotas, posibilidad de morir aplastado por el derrumbe de una galería, sofocados por gases venenosos o destrozados por una explosión. Que en las minas nadie pasa los treinta y cinco años; tanto más que, si te salvás de los accidentes, la silicosis la tenés asegurada. No hay alternativa. A menos que estés dispuesto a emigrar. Por eso Raquel se fue, para que al menos el hijo de diez años tenga la posibilidad de una vida diferente. Y sin embargo cuando en la noche padre e hijo se encuentran para una cena desolada en la casa vacía, se sienten solos y lloran. Pero peor son los días de fiesta, que Carlos no tiene ganas de encontrarse con nadie: se queda delante del televisor, sin peinarse, sin limpiar la casa, olvidándose hasta del hijo.

Hoy

Lola, la hija mayor de Gladys, encontró un trabajito en el cementerio: entre cruces y hierro oxidado, tumbas recientes y capillitas derruidas. Trapos, carretillas y sudar aceite por los codos¹⁸ son sus herramientas. Se ocupa de las flores de las tumbas, cambia el agua de los floreros, arranca el yuyo, mantiene los setos, saca brillo a las plaquitas «*Que en paz descanse*». En la espalda, un poco inclinada por el peso, lleva una escalera de mano; tres veces más alta que ella, la usa para subir a limpiar los vidrios de los nichos. *Una limpieza de lápida, 8 bolivianos*; para una plegaria, la tarifa es de 1,50. A veces siente pena ante una señora vestida de negro, los ojos mojados casi febriles,

18 «olio di gomito»: trabajo duro, con gran esfuerzo y fatiga. Como si los codos al trabajar sudaran aceite.

junto al ataúd de un niño: pequeño, blanco, con las manijas doradas; entonces se pone atenta y, con los ojos cerrados, con voz más compuesta que siempre Lola recita el *réquiem eterno* reglamentario. Al final de la mañana, sin embargo, interrumpe el trabajo para ir a la escuela. Estudiar es esencial, repite en las cartas su madre. Por ello Lola estudia italiano, porque un día quisiera partir también ella para Italia a ver a su mamá. Por la noche, aun a las diez si le toca el último turno de la escuela, regresa cansada a su casa. Viéndolo de afuera, el lugar donde vive con su abuela y su hermanita no parece mucho, pero dentro es un espacio ordenado y limpio, con la luz azulina de la TV en blanco y negro, el ropero donde se conservan los vestidos de Gladys, las cortinas para separar las camas, los almanaques con modelos rubias en autos de lujo, la caja con las camperas *Felpe*, a estrenar, que mamá mandó como regalo la última Navidad. Que si a Lola se le preguntara qué cosa quisiera hacer de grande, respondería: ser más blanca, trabajar en una película, dormir hasta el mediodía, casarme con un italiano que tuviera auto.

Sobre la lejanía

Los tres hombres se desloman sobre la combi. Vicente intenta encender el motor. Nicolas y Piero empujan bajo la lluvia que comenzó a caer copiosa. Desde la ventana, Alicia y Carmen Rosa observa el esfuerzo agitado de Piero que putea impaciente. La más grande se da vuelta hacia el interior de la casa para no mostrar abiertamente como se le escapa la risa, Marina está al reparo de la terraza de brazos cruzados, fumando.

No obstante los esfuerzos de los tres, el vehículo no arranca. Piero está fuera de sí: justo aquí tenía que ocurrir, la *madòsca*, con todo lo que tenía programado.

Vicente está perplejo, no sabe cómo excusarse, dice que nunca le había ocurrido, promete que volverá al pueblo para buscar un mecánico. Nicolás sacude los hombros, casi con una sonrisa de comprensión, *los autos de hoy, todos de plástico*, se sabe, no hay más como los de antes.

Piero, empapado, se pone frenético. ¿De qué se ríe esta gente? ¡No hay de que reír! ¿Y ahora qué? No se puede dormir en un lugar así. Además de que el retraso hace peligrar el programa de viaje con Gino y Dani: todo organizado hace meses, boletos, visitas, horarios. Con esto se descompaginan todos los planes, masculla entre dientes.

Visto que Nicolás lo mira impasible, como si no hubiera entendido, Piero se impacienta; *Travel schedule! Time keeping essential! People are waiting for me in town!*

Nicolás, como que no lo hubiera escuchado o todo le resultase indiferente, regresa a la casa el bolso de viaje de Piero que lo sigue con el ceño fruncido. En la cocina carga de agua la pava, invitando a Marina a sentarse.

Vicente, con un sombrero prestado, se fue al pueblo a buscar un mecánico y un alojamiento para la noche.

En tanto Nicolás enciende un cigarrillo: *no hay problema*, los dos italianos podrán dormir aquí, la habitación de Lita está disponible. Conduce a Piero y Marina hasta un dormitorio en la parte posterior de la casa. El ambiente es pequeño y parece más angosto aún porque una cama matrimonial lo ocupa casi por entero. El tapizado está deslucido, el conjunto resulta pesado por los motivos de flores coralinas de las cortinas y el cubrecama. Sobre una tabla de planchar está apilada la ropa de cama. Cerca de la ventana, un armario y una cómoda con espejo donde se han colgado fotografías y tarjetas postales de Milán. Sobre un estante la estatuita de una Virgen negra debajo de una campana de vidrio.

Nicolás se va sin decir nada, cerrando detrás de sí la puerta. Marina suspirando se sienta en el borde de la cama. Prueba su dureza con la mano.

Qué problema, murmura. ¿Y ahora qué hacemos?

Piero se sienta agachado en el otro lado, busca el celular en el bolsillo, masculla una enésima puteada porque no hay manera de hacerlo funcionar, parece muerto. Va hacia la ventana, corre la cortina; en la lluvia que cae copiosa entrevé en el patio una pila que parece de estiércol. Ya cae la noche.

Marina se sacó solamente los zapatos y se acostó vestida, tirándose encima una colcha colorida de lana. Piero da vueltas todavía un poco por la habitación, hasta que con un silencio desdeñoso se tira en la cama; parece cansadísimo. Ninguno de los dos habla. Cada uno mira el techo con un desconsuelo sin palabras.

Afuera se escucha la lluvia caer con fuerza. Cada tanto algunos relámpagos iluminan las paredes.

Marina se vuelve hacia su marido invitándolo a calmarse: inútil perder la cabeza, seguramente mañana se soluciona todo.

¿Pero qué querés que puedan arreglar? ¿Viste cómo viven? Qué clase de lugar... ¡Mirá los muebles!

Marina sonríe para sí. En cierto sentido la decoración de esta habitación le recuerda la casa donde creció de niña: habitaciones llenas de roperos oscuros y macizos con las manijas altas, que parecían caer sobre ella como monstruos, armarios que olían a los licores hechos en casa y que en la noche gemían por los gusanos, cajones donde su madre conservaba desordenadamente cofias, trenzas cortadas, anteojos rotos, abanicos. Reliquias de los muertos de la familia, con un leve perfume a polvo y alcanfor.

Un ligero golpe en la puerta. Piero tiene los ojos cerrados y esconde la cabeza en la almohada, haciéndose el dormido. Marina dirige la mirada a la puerta donde se asoma la pequeña Alicia.

¿Puedo entrar? pregunta.

Luego, sin esperar la respuesta, la niña se desliza en la habitación en puntas de pie y se dirige a la cómoda: se mueve como una sombra, sin necesidad de encender la luz, sin golpear nada: abre un cajón y saca un par de medias largas de lana roja. Piero cierra los ojos aún más fuertes. La pequeña se acerca a la cama, aprieta la perilla del velador. Como para observar mejor a los desconocidos venidos desde Italia, se inclina hacia Marina: la cara de la niña está cerquísima, casi la roza con sus negros y lacios cabellos, el ocre rosado de la oreja, los pequeños incisivos nuevos.

¿Duerme de verdad? susurra Alicia señalando a Piero.

Marina alza los hombros y sonríe sin saber qué responder. La pequeña le señala una fotografía en la mesita de luz, que muestra a Lita abrazando a las dos niñas.

Es mi mamá, dice con cierta satisfacción.

Por un momento parece que la foto cobra vida, parece escucharse el respiro afanoso de Lita que trata de alzar al mismo tiempo a Alicia y Carmen Rosa, las carcajadas de las hijas...

La niña se sienta en la cama y canturrea un relato infantil:

*Hacen rin, hacen ran
los maderos de San Juan,
piden pan, no le dan,
piden queso le dan hueso,
y les cortan el pescuezo...*

Marina sonrío y le hace una caricia a Alicia que la acepta como una gatita, devolviéndole una mueca simpática.

En el baño la cadena no funciona. Nicolás lo advirtió ya: hay que arrojar antes de salir un balde lleno de agua. Marina se moja la cara. El cuarto está desordenado: en el botiquín con espejo, arriba de la pileta, jaboncitos baratos, medicamentos, un pincel de barba y una afeitadora. Extendidos para secarse en uno de los ángulos, pañales de tela, como en el pasado en Italia se usaban para los niños, cuando todavía no existían los descartables. De nuevo vuelve a recordar la casa de su infancia, aquella pequeña pieza, mal calefaccionada con una estufita a leña, donde ella y su hermano solían bañarse juntos en la tinaja de madera, llenándola con sus cuerpos en crecimiento apretados uno junto al otro.

En el pasillo, mientras regresa del baño, la mujer lanza una mirada a través de una puerta que está apenas abierta. Es una pequeña habitación con camas cuchetas —sábanas en desorden, en el piso un recipiente de agua jabonosa que humea, los juguetes desparramados, una cesta de ropa blanca.

Con la espalda apoyada en una de las columnas de la cochera, Carmen Rosa está amamantando a un recién nacido. Marina la mira confusa, la joven está completamente calva. Carmen Rosa se sobresalta y la mira fijo apretando un pezón entre los dedos. Después, lanzando una especie de gruñido rabioso cierra la puerta con una patada.

Marina regresa sobre sus pasos. El marido se levantó y se está poniendo los zapatos.

No te imaginás lo que acabo de ver...

Piero escucha un poco confuso. Lita no contó jamás que Carmen Rosa tuviese una hija. Quizás Lita ni siquiera sabe que Carmen Rosa fue mamá, comenta.

Comienzo a sospechar que Lita quizás sabe bien poco de la situación actual de la familia, suspira Marina.

Poco después se asoma Nicolás a la puerta de la pieza anunciando *que la cena está lista*.

En un ángulo del pasillo, sobre un cajón, dos gallinas adormiladas. Marina, al pasarles al lado, se sobresalta. Después, dirigiendo la mirada hacia la puerta cerrada donde un poco antes ha entrevistado a Carmen Rosa, la mujer pregunta a Nicolás sobre el recién nacido.

Wawa, mujer, la corrige Nicolás. Hija de Carmen Rosa.

¿Pero no es muy joven Carmen Rosa para tener hijos?

El hombre se alza de hombros, explica que la joven perdió los cabellos durante el embarazo, quizás por falta de calcio. Es una pena, porque tenía un *pele* tan hermoso, como Lita.

Con titubeos, Marina pregunta quién es el padre de la recién nacida. Nicolás responde que es un muchacho que ahora está haciendo el servicio militar.

Cuando regrese, quizás habrá matrimonio. Mientras tanto Nicolás alza los ojos al cielo, como diciendo: al menos lo espero.

Marina quisiera continuar el tema; siente curiosidad por el hecho, también porque Lita no le había dicho nunca que era abuela. Pero el hombre ha ya abierto la puerta de la cocina y dice con premura que *la cena se enfría*.

La cocina está ordenada y preparada con bastante cuidado, probablemente por el mismo Nicolás que ahora se pone un delantal y se coloca cerca del fogón.

Piero se sienta en la cabecera, Marina a su lado. A sus espaldas la puerta abierta de la habitación de la vieja; se la siente suspirar y llorisquear desde el lecho. A la izquierda está la ventana, del otro lado ya está completamente oscuro. Por los vidrios surcan gotas de vapor. Afuera se alcanza a ver una cerrada bruma que rodea con una aureola lechosa una lámpara encendida en el cruce de la carretera. Sobre el aparador el televisor transmite un programa de juegos, la recepción es pésima, las imágenes casi arenosas.

Llega Carmen Rosa, arrastrando los pies. Tiene de nuevo la cabeza cubierta con un foulard. Se acomoda en un banquito, junto a la hermana. Al lado hay un plato vacío.

Es para Lita, explica Nicolás. Lo llamamos el plato del ángel.

Cuando hay una cena especial, se coloca un plato más en el caso de que llegase alguien que esperamos hace tiempo.

Luego Nicolás sirve una sopa. Los platos humean. Una vez llenos, se saca el delantal y se sienta en la otra cabecera. Pregunta a Marina, un poco ansioso, si le gusta.

La mujer murmura que está exquisita, pero su expresión no es muy convincente; probablemente no alcanza a descubrir cuáles son los ingredientes y trata de contener el propio disgusto a la vista de las patitas de pollo que se asoman repugnantes entre las hojas de apio y las numerosas rebanadas de cebolla.

Se puede comer también fría con queso *humacha*, quesito de cabra, explica Nicolás. También agregar *chile*. *Si usted quiere, yo lo preparo.*

Marina niega con la cabeza y vuelve a cargar la cuchara. Detestó siempre las patitas de pollo, recuerda con repulsa que su madre lo mordisqueaba con gusto, como si se tratase de una exquisitez, Y sobre todo no soportó jamás que su madre exigiese a sus hijos que también lo probaran. Les reprochaba: No pueden decir que no les gusta, si no lo han probado...

También las hijas de Lita toman la sopa en silencio.

Alicia está visiblemente contenta: se ha puesto su vieja polera de lana fibrosa y la campera nueva con la capucha que la hace parecer una pequeña Caperucita Roja. Cerca, a mano, tiene el juguetito electrónico y divide su atención por igual entre el regalo y la televisión. Da vueltas a la sopa para enfriarla y lleva a la boca lentas cucharadas, tragando rumorosamente y espiando a Marina con aire alegre.

El silencio de Carmen Rosa es decididamente hostil: tiene los ojos fijos en su plato soper, ostentando indiferencia.

Marina la mira con insistencia. Para ella Carmen Rosa es una sorpresa: el cuerpo deformado, decididamente obeso, los pómulos prominentes y encendidos, los ojos furiosos, esa especie de turbante colorido que le esconde la calvicie, un agujero en los dientes...

Como Alicia, a pesar de las miradas penetrantes que la hermana mayor le dirige, no termina de tragar rumorosamente, Carmen Rosa se impacienta y le tira un manotazo.

¡Acabala! Parecés un chancho, brama la muchacha intimándola a limpiarse la boca antes de beber, ¡Qué papel estás haciendo delante de los dos italianos!

Después del sopapo, estira los dedos como para colocarse un guante demasiado estrecho.

Piero y Marina se miran un poco incómodos. Se sienten intrusos, más o menos soportados con buen ánimo por los otros; o quizás ignorados como se hace con los niños que no comprenden todavía los códigos de los adultos. Ambos hacen fuerza para sonreír.

Nicolás, en tanto, se alzó de nuevo para traer a la mesa un plato del cual se siente muy ufano. Anuncia con satisfacción que se trata de una *panza rebosada*.

¿Panza? ¿Qué es?

Mondongo en pedazos, frito y pasado por chile amarillo.

Marina mira el plato con expresión infeliz. No hay mayor sentido de extranjería que la que se siente frente a una comida muy lejana de nuestras costumbres... Piero se da cuenta y le guiña un ojo.

Ayer es hoy

6

Ayer

tenían nostalgia de su casa. Se sentían terriblemente solos en la Mérica. En los negocios alrededor del puerto de Buenos Aires, entre bolsas de papas y carcasas de vaca, sobre todo cuando soplaban el viento húmedo y caluroso del norte, el chisporroteo vivaz y lascivo de las habituales canciones se transformaba en una música nostálgica.

Con el codo en la mesa mugrienta

y la vista clavada en un sueño

piensa el tano Domingo Polenta

en el drama de su inmigración.

Canzoneta de un pago lejano

que idealiza la sucia taberna

y que brilla en los ojos del tano

con la perla de algún lagrimón.

E la Violeta la va la va la va la va la va la va

la va nel campo e se insognaba

che era 'l sò gingìn

che sognandola *estaba...*

Ayer

los inmigrantes italianos iban los sábados a la noche a un *perigundín* clandestino. En la entrada, un bastonero hacía pagar a cada uno un peso, por seis minutos de baile

con una mujer. Cuando terminaba el tiempo —señalado por el compás producido por la mano del bastonero— había que dejar a la bailarina o pagar otra ronda. Claro que no era como hacer el amor, pero apretar entre los brazos a una mujer y refregarse junto a ella, o sea, «franelearla», era mejor que nada.

Ayer

cuando lograban hacer juntos algo de dinero, el Togn, el Piero y el Alfonso entraban en un verdadero burdel. Entonces, que muera la avaricia, buscaban una puta gordota en cuyo pecho hundir la cabeza y la llevaban a una de las piezas de atrás. Montaban las muchachas con ardiente voracidad, pensando en sus esposas o novias lejanas. Alguna vez la puta sentía piedad de los ojos extrañados de estos tanos empantanados en modos y lengua, y entonces sacaba de debajo del colchón una botella de grapa: para conmoverse mejor, que el alcohol ayuda a desahogarse con lágrimas. Pero la cosa que más extrañaban era dormir con una mujer. Porque esa es la intimidad más grande. No hacer el amor sino dormir en el mismo lecho abrazados por horas, cuando la cadencia de la respiración se hace profunda, solo entonces, respirando el olor de la piel y de los cabellos, conscientes del cuerpo del otro, se siente a pleno la infinita piedad del amor. En cambio, durante la noche los acompañaba el ronquido pesado de los compañeros de trabajo, con los que compartían la pieza; o la tos de los tísicos, o el pedorreo de los culos, que tronar de culos es salud de cuerpo. Y era mejor si se podía gozar de una cama solo para uno hasta la mañana, porque durante ciertos meses, para ahorrar dinero para mandar a Italia, el Cesare por ejemplo aceptaba el sistema de «cama caliente». En ese caso, el patrón alquilaba a los italianos la cama por horas. El inmigrante podía dormir cuatro horas, después se lo despertaba y en la cama todavía caliente se acostaba algún otro que había tenido que esperar su turno en el patio.

Ayer

sentían nostalgia hasta de la magra comida italiana. Comían, eso sí, que al fin de cuentas esta única cosa resultó verdad: el hecho de que en la Mérica la carne era abundante y se podía finalmente saciar el hambre sufrida desde la cuna. Comían bifes como si cumplieran con un ritual antiguo y solemne, masticando lento, para hacerse fuertes, que la carne hace sangre. Pero a veces, sobre todo durante la noche, la boca se llenaba de un gusto a leche y polenta. O de arroz al azafrán. O de ciertas *formaggelle*¹⁹ frescas, condimentadas con tres fetas de pepino, sobre todo cuando se salía sudado del mata-dero y el aire de enero temblaba por el calor.

Ayer

se necesitaba poco para entender que la Mérica, ninguno se la habría hecho. Se consolaban esperando que los sacrificios sirviesen al menos para algo: para que la madre en casa pudiese comprarse un par de zapatos nuevos, para que el hijo pudiese estudiar, para que la hermana tuviese la dote.

Ayer

los primeros tiempos escribían con frecuencia. Querían saber cómo se las arreglaban los parientes dejados en la otra parte del mar; les hacían saber las sorpresas de la nueva vida; se vanagloriaban de las ganancias hechas y las perspectivas futuras. En sus palabras no había malicia ni ganas de engañar, solo vergüenza por no haberse hecho todavía ricos como lo esperaban en casa. Cartas con una grafía insegura o mensajes escritos por escribientes profesionales que exhibían pomposas frases de

¹⁹ Formaggelle. Tipo de queso blando colado en canastitas de madera. Variante de la ricota y típico de toda la Lombardía occidental.

circunstancia y mentiras piadosas. Del otro lado, las mujeres abandonadas en Italia hacían escribir al maestro o al sacerdote, en esa lengua desconocida que era el italiano, que «estamos bien», que «la cosecha de papas nos salvó del invierno». Claro que no podían dictarle a un extraño los dolores de su áspera soledad femenina.

Ayer

el Cesare, madre, no hablaba jamás de vos en sus cartas. Solo en el renglón final, que la Giovanna te leía en alta voz, dejaba caer alguna recomendación para que estudiases, te comprometieras con la vida y obedecieras a los grandes: «para no hacerle más difícil la vida a la *mamma*.» ¿Pero quién hacía la vida más difícil a quién? te preguntás con rabia... Para después concluir con la frase de rigor: «Ustedes, queridas mujer e hija, están siempre en mi corazón». Pero ¿qué sabía de vos ese padre desconocido? Cuando un padre emigra, el hijo que queda en la patria se convierte en un huérfano: no puede hablar ni confrontar más —ni menos pelear— con una persona ausente; no podrá jamás intercambiar con el otro los chimentos del día, ni más tarde, compartir con él las memorias: ¿te acordás el día en que me caí de la bicicleta? ¿te acordás cuando tuve paperas?

Hoy

las inmigrantes venidas de tan lejos tienen nostalgia de sus casas. Se sienten terriblemente solas. A veces, para hacer callar el sentido de pérdida, pasan la tarde libre con un hombre en un hotel–alojamiento.

Hoy

Orquídea tiene encuentros amorosos con Ricardo, el hijo del ciego que cuida. Cuando este viene a ver a su padre, los sábados por la tarde, hacen el amor con

premura y en silencio, mejor esto que nada. Luego, cuando se va, Orquídea saca del monedero la foto de sus niñas y las besa. La mañana después, se mete las pantuflas de varón que Ricardo usó la noche anterior y descubre que ha dejado sobre la silla una camisa sucia. Evidentemente antes de regresar ha tenido cuidado de cambiarse: no sea que la mujer se dé cuenta de lo que ha hecho en las horas que estuvo fuera de casa. Imbécil... Se siente siempre cansada y deprimida... Con un gesto mecánico enciende Radio Latina, emisión milanesa para sudamericanos

*Recuerda cuando pusiste
tu mano sobre la mía
y llorando me dijiste
que jamás me olvidarías.*

Hoy

Sebastiana no ríe más: el viudo que tiene que asistir alarga la mano para palparla, es insistente, aburrido, le propuso ocupar la parte derecha de la cama que la difunta dejó vacío. A veces acepta. ¿Por qué lo hace? No lo sabe. Quizás por miedo a perder el puesto: la paga es buena.

Hoy

el corazón de Mariamar se sobresalta cuando la señora Matilde pone a todo volumen un disco de ópera. Escuchá, esto es Pucini, le dice con voz didáctica. Pero para Mariamar es solo una pelea entre un hombre y una mujer, como ella y su marido en Guayaquil, cuando discutían continuamente porque él no quería que ella partiera para Europa. De noche tomó la costumbre de tomar una pastilla para poder dormir rápido y soñar con las plantaciones de bananeros a lo largo de la playa. Así se ausenta y se protege.

Hoy

Marlène cuida una vieja agria que tiene Alzheimer, que pasa el día sentada en el diván delante de una telenovela, sin prestar atención al desarrollo de los hechos, y cuando le da la gana le arroja un escupitajo con bronca desde sus incisivos podridos. Marlène tiene miedo de sus gritos, pero se da coraje. Debe lograr mandar a Cuzco dinero para que su hermano pueda continuar estudiando y su madre pueda comprarse nueva dentadura: el placer de treinta y dos dientes que mastiquen perfectamente, que no lastimen, que se puedan quitar para reposar las mandíbulas... En la foto que se ha hecho en un puesto del subterráneo tiene el rostro contraído en una expresión exhausta.

Hoy

Isidorangela llora todas las noches, de día se le ha dado por hablar sola. No soporta la estrechez de los ambientes de Milán, habituada como está a la vastedad del altiplano boliviano, donde la sombra de la tardecita se arrastra subiendo sobre las laderas y la noche engulle los balidos de las cabras y las llamadas de los pastores. La echaron del trabajo: estaba muy distraída. La semana anterior terminó en el hospital porque se emborrachó. La repatriarán con certificado de regreso obligatorio.

Hoy

Lita está preocupada porque no le escriben seguido desde su casa. Quisiera regresar cada tanto a Bolivia, para volver a abrazar a las hijas, pero el viaje cuesta *una barbaridad*, y además tiene miedo de quedar frenada en el control de los documentos porque no posee un permiso oficial de permanencia. El período de prueba pasó hace mucho, y Piero, el hijo de la señora Colnaghi, no la ha puesto todavía en regla. Cada tanto escribe alguna tarjeta postal a las hijas con el Duomo y el Castillo de los Sforza. Le gustaría desahogarse y contar la verdad sobre su vida actual, encerrada en un pequeño depar-

tamentito de Porta Romana. Una carta que diga: «Queridas hijas, Italia no es flores y rosas. Es cierto, hay bienestar si lo comparamos con nuestra situación, pero la gente no ríe jamás. Todos corren, *tontos que van y tontos que vienen*, ninguno tiene tiempo para charlar entre vecinos, hacerse compañía en la noche. Por ejemplo, el lugar donde vivo: el apartamentito de la señora Colnaghi es minúsculo, hay de todo —electrodomésticos, televisor, agua caliente— pero tiene olor a cerrado, a viejo. De noche en el edificio hay un silencio que provoca miedo. No es el silencio al que estamos acostumbrados en el altiplano: acá viven todos juntos, unos encima de los otros, pero es como estar solos. Desde los apartamentos vecinos, ni el griterío de una discusión, ni el llanto de un bebé, una voz que cante. Parece un edificio de muertos. Porque aquí en Milán son todos viejos... La señora Colnaghi está siempre refunfuñando o mandando, nunca contenta, no escucha nada. Ni siquiera se da cuenta si estoy cansada». Pero son verdades que Lita no puede escribir a nadie, mucho menos a sus hijas, a una Carmen Rosa que es mentalmente todavía una niña... También Lita se acostó con algún italiano, sabiendo que se trata de historias sin futuro: lo hizo solo para sentirse menos sola y menos extraña en esta tremenda ciudad. Lita lo sabe. Entonces ¿por qué le sube la angustia cada vez que piensa en eso?

Hoy

Raymunda extraña sobre todo el sabor picante de las comidas bolivianas. ¡Cómo le hace falta el pimiento *putaparió!*, sobre todo de noche cuando suena la campanita de la señora Bedìn, porque es la hora de preparar la diaria desabrida sopa de fideos. Y ella, que fumaba en el balconcito, entra sin aliento: *Ya vengo, ya vengo...*

Sobre lo difícil de entenderse

La cena está terminando. El pan dulce, fuera de su paquete y cortado en fetas, se encuentra en el plato del centro de la mesa en medio de los restos, los platos sucios, las migas. También en el plato del ángel Nicolás ha puesto una feta.

Piero descorcha el espumante y sirve a todos para beber. Alicia aferra su vaso y se traga el contenido de un trago, tan rápido que escupe el vino desde la boca y la nariz salpicando la servilleta. El tío ríe. Carmen Rosa en cambio se irrita todavía más y lanza otro manotazo a la hermana menor, siseando entre los dientes un exabrupto —*¡Tarada!*— que hace sobresaltar a Marina.

Alicia sin embargo parece no hacerle caso a la rabia de Carmen Rosa y sigue riendo jugueteando con la hebilla roja de su trenza. En la televisión se ve un dibujo animado, con *Sailor Moon*, la niña espacial. La pequeña es la única que presta atención al programa. Tiene los ojos más brillantes que siempre, quizás por el poco de alcohol bebido, que es una noche muy diferente al resto: hay dos italianos que conocen a la mamá, los regalos, el pan dulce; en la TV pasan el dibujo animado preferido y ninguno se preocupa por interrumpir para cambiar de canal, mientras que otras noches a esta hora ya habría sido mandada a la cama... Se da vuelta hacia Marina con aire entre divertido y misterioso.

Las chicas somos especiales, dice sonriendo.

Nicolás se alza de la silla para tomar la pequeña guitarra parada en un ángulo. Hace sonar algunos sonidos distraídamente. Parece sudado, tiene la frente brillante.

En la mesa larga humea una taza de té de coca hirviendo. El perro ladra con la cola parada, reclamando golosamente las sobras.

En la pieza de al lado Alicia enciende la luz de la mesita de la nona. Dos sombras en el muro: la de la cabeza de la vieja y la de la niña, sentada en la cama, que le enseña el juguete electrónico. La nona mira al vacío farfullando algo que parece una plegaria.

La niña regresa a la cocina.

Nicolás ha dejado la guitarra. Pregunta a Alicia si la nona necesita algo. La niña, indicando lo que queda del pan dulce, dice que la nona querría también un pedazo, pero se comprende de lejos que es ella la que quiere una porción más.

Carmen Rosa manda una mirada de reojo a la hermanita: ¡A dormir! Es la hora.

Alicia le devuelve una mirada suplicante, pero la muchacha es inflexible. Luego, visto que la niña no se mueve, la hermana mayor la aferra del brazo y la sacude.

¡Enseguida! No te lo tengo que repetir.

Alicia lanza una mirada a Nicolás, suplicándole que le diga a Carmen Rosa que no tiene todavía sueño: *no puede obligarla, no es la mamá...*

Pero el hombre permanece en silencio, sin intervenir.

Piero se pone nervioso, no da más con esta velada lentísima de discusiones entre hermanas y lamentos de la vieja en la habitación vecina. Santo Dios, qué lugar... Se levanta y propone salir a dar una vuelta para tomar un poco de aire, aprovechando una tregua de la lluvia.

Nicolás le responde que no hay mucho que ver en el pueblo. De cualquier modo, lo llevará hasta el bar.

Antes de salir Marina acompaña a Alicia a su dormitorio. La ve desnudarse y meterse entre las sábanas. La niña le muestra un libro: se sobreentiende que pide a la italiana que le lea algunas páginas. Se trata de *Alicia en el país de las maravillas*, en versión española. La mujer lee el episodio donde la protagonista bebe la poción y se

hace pequeñísima. Naturalmente, la lectura de Marina, dado el desconocimiento de la lengua, es aproximativa y los errores de pronunciación provocan en Alicia una gran hilaridad. Se adormece apretando la mano de la mujer.

Los tres llegan al único bar abierto en el lugar, donde encuentran a Vicente. Este presenta los dos italianos a un hombrecito gordo que les da la mano. Piero y Marina tienen un aire descolocado, que basta un pequeño cambio de latitud para que un ser humano no se reconozca hermano de los fraternos. En tanto el viejo que maneja el local les sirve a todos un vaso de un líquido oscuro donde danza una feta de naranja. Marina lo prueba con desconfianza: el color y la consistencia es la de la sangre caliente. Pregunta qué tipo de bebida es. La respuesta de Nicolás, que se trata de *api*, jugo de maíz, no la tranquiliza para nada.

En torno, la gente en las mesas toma sopas humeantes —la cabeza sobre los platos— y bebe *chicha*. En un estante el televisor con un programa mejicano que tiene como trasfondo risas pregrabadas. En una mesita del rincón dos hombres juegan a una especie de dominó en un mutismo concentrado. En el centro del local una gran estufa contribuye a espesar el aire.

Vicente trata de explicar a los italianos que el hombrecito es un mecánico: él *good mechanic*, mañana viene a casa, *pulmino* rápido en condiciones.

También Nicolás tranquiliza a Piero que da finalmente un suspiro de alivio y hasta paga una vuelta de *singani*, una especie de grapa con un aroma insólito, pero agradable. Querría hasta ofrecer una segunda, pero el boliviano sacude la cabeza.

Basta *singani*,²⁰ dice Nicolás. Cuando yo muchacho²¹ tenía *estómago de hierro*. Ahora ya no. En el tiempo de la dictadura me *pescaron* detrás del Cementerio de La Paz, mientras regresaba de una repartija de panfletos de la oposición. *Material de clandestinidad. Bajo la acusación de subvertir el orden*, me llevaron a la Comisaría *como un terrorista*. Tenía todavía conmigo seis volantes y un oficial *me ordenó que me los comiera uno por uno...*

Ante la mirada perpleja de Piero y Marina, intenta traducir: *Me ordenó comerlos, pena la fusilación*. Al primer papel *lo tragué casi sin problemas*, Pero con el segundo *mi boca ya se había secado*. Pero, a furia de patadas en la boca del estómago, me los tuve que tragar a todos, los seis. Después me dejaron. *Durante una semana no entré al baño*, y siempre con una sed, algo jamás vivido antes. Desde entonces el estómago no me funciona muy bien.

En la puerta, cuando están por salir, los frena un viejo que despotrica en la lengua del altiplano, con una sonrisa amarga.

Apenas fuera, los golpea una racha de aire helado, pero por suerte ahora no llueve. Piero y Marina se abotonan la campera hasta el cuello, con las manos hundidas en los bolsillos. Preguntan qué cosa decía el viejo.

Nada importante, responde Nicolás en tono neutro. Hablaba de cosas de antaño.

20 Singani es una bebida alcohólica boliviana, con denominación de origen protegida, de la familia del aguardiente de uvas. Es originaria de la zona de los valles de los departamentos de Tarija, Chuquisaca (Cinti). Principal ingrediente en cócteles tradicionales bolivianos como el Chufly, Poncho Negro y el Yungueño.

21 La elisión del verbo en el original y las estructuras paratácticas sugieren falta de competencia en italiano en el habla del personaje.

Cuando no se veía gente blanca en la zona. Cuando los indios eran esclavos sin derechos, sin propiedad de la tierra, obligados a trabajar como pongos y mitanes.²² Cuando las dictaduras se sucedían una después de otra... Y sí, el pueblo de la Bolivia ha sido desafortunado... Los tres se apuran en la bruma... que sube espesa de la tierra impregnada de la lluvia de hace unas horas. Un paisaje desnudo, sin árboles. El perro, que los siguió hasta el bar, los acompaña trotando alegre y metiendo el hocico en los escasos yuyos espinosos que cada tanto costean la calle. Nicolás va primero con la linterna, porque fuera del pueblo las farolas son escasas. Escarba en el bolsillo de su campera, saca un paquete de cigarrillos y les ofrece a los visitantes. A cada pitada, la llama saca de la oscuridad sus rostros.

¿Pero cómo hicieron? pregunta Marina. ¿Cómo pudieron soportar la barbarie de la dictadura por tanto tiempo? ¿Cómo hicieron para resistir?

Nicolás se alza de hombros.

Se siente el resonar de sus pasos por el asfalto de la carretera. El boliviano, dándose cuenta de que Marina camina casi plegada en dos por el viento frío que le lastima la cara, se saca la bufanda y se la mete con energía alrededor del cuello. Comenta riendo que el viento del altiplano es *muy bravo*.

En la cocina ya no hay nadie. Todo en orden, el piso de mosaico ha sido limpiado, los utensilios lavados y puestos en pila. En una palangana ha quedado un poco del

22 Servidumbre indígena en Bolivia durante la colonia en entidades públicas y privadas con «contratos laborales» de tipo feudal y que continuó con ligeras variantes durante la República hasta las postrimerías de la revolución de 1952. Los servicios personales de indios andinos más conocidos en la región aymara eran la mita, el postillonaje, el pongo, la mitani o coci (cocinera), el pulpero, la tienda *warmi*, la *servire*, el *marajaqi*, etcétera.

agua con jabón para los platos y cubiertos. Los tres se sacan las camperas. Tienen los rostros enrojecidos por la caminata bajo el viento.

Nicolás enciende el fuego de la pava, busca las tazas y, al no encontrarlas, enjuaga tres llenándolas de agua y vaciándolas en la pileta. Las mete arriba del mantel todavía mojadas. Sirve el té de coca con lentitud.

En las piezas de al lado hay una atmósfera tranquila. El único rumor es el borboteo de la estufa y el tic tac del gran reloj sobre el aparador.

El boliviano hojea un álbum de fotos sobre la mesa. Este es el día de mi diploma en la escuela profesional, esta, en cambio, es la inauguración de mi taller artesanal con un socio, pero ahora los muebles que se importan del Brasil cuestan menos... esta otra fotografía es mi cumpleaños dieciocho.

Marina mira los cabellos más largos, una guitarra, una sonrisa delicada que anticipa la tristeza contenida en el presente.

Luego imágenes de Lita. Adolescente, con las amigas: tres muchachas semidesnudas que se bañan en el río. Salud y belleza. Una gran sonrisa de esperanza... La última fue sacada hace algunos meses: Lita con un saco sobre la espalda, mientras fuma en la baranda de un balconcito de un edificio de departamentos de Milán, porque la señora Colnaghi no soporta el humo del cigarrillo.

Marina pregunta cómo Lita no le había dicho nada del hecho de que Carmen Rosa había tenido una hija.

Nicolás sonrío. Comienza a hablar muy lentamente. Su italiano es siempre un poco aproximativo, pero en el conjunto bastante claro.

Carmen Rosa no se lo quiso decir, explica Nicolás con amargura. No quiso decirle a Lita. *Carmen Rosa sostiene que son cosas suyas*, que es su vida. Y él no puede entrometerse *en asuntos* entre madre e hija. Y además, no serviría de nada escribirle a Lita, solo la angustiaría. Que Lita está tan lejos.

De improviso, el respiro jadeante de la vieja, casi como de una persona sofocada por una mordaza, llega hasta la cocina. Nicolás se asoma a la puerta de la pieza, da una mirada con semblante preocupado.

Piero y Marina se miran suspirando con un poco de preocupación, ¿por qué Lita no le había dicho que la madre estaba tan grave?

Nicolás llena de nuevo las tazas. Con lentitud exagerada. Quizás toma tiempo para encontrar las palabras justas: dice de haberle informado a la hermana Lita, pero que quizás la carta todavía no le llegó... Relata que es carpintero y vive en Copacabana, en el lago Titicaca, a un poco más de una hora de distancia. Antes se las arreglaba muy bien con su trabajo, pero ahora es un desastre para llegar a fin de mes. Hace cinco años fue a Italia a trabajar como albañil. Pero se trataba de trabajo en negro, clandestino. Por eso regresó a Bolivia sin esperanzas. En ese momento partió Lita: para las mujeres es más simple; encuentran trabajo más fácil como acompañantes. Pero después *mamita se enfermó*. Confiesa haber tenido la idea de regresar a Italia y explicar en modo más claro la situación a Lita, pero ahora viajan solo los que tienen mucho dinero, todo el país está parado... Piero y Marina han visto La Paz, ¿no?

Nicolás se mesa los bigotes. Tiene los ojos brillantes, quizás por el alcohol tomado en el bar.

A mí no me molesta, suspira, que alguna pueda vivir mejor que los demás, si es en modo modesto. Pero la América Latina en estos momentos es un lupanar económico... Tengo miedo *por las hijas de Lita, por cómo están creciendo*. Por eso ha venido hace dos semanas. Para no dejar solas a las sobrinas *con una vieja que está por morir de un momento a otro*. Tanto más que Carmen Rosa *ya tiene suficiente* trabajo con la niña pequeña, tan *debilucha* como es. Se dice amargado, preocupado del futuro que se prevé: ¿Deberá, diosanto, hacerse cargo de las dos sobrinas, ahora tres? De improviso la luz se apaga. Sucede siempre a esta hora, explica Nicolás; esta noche, por cualquier cosa, tendrán que tener una lámpara arriba de la mesita de luz.

Ayer es hoy

7

Hoy

el marido de Fabricia se lamenta porque la mujer, que trabaja como cuidadora en Mestre, le escribe raramente, aunque había prometido hacerlo cada semana. Lo roen las dudas: ¿le será fiel o se habrá encaprichado con algún italiano lleno de dinero? Mientras tanto le salieron mechones blancos en el pelo. Además, comenzó a beber: el domingo se toma todo el alcohol que soporta el estómago y de lo único que tiene ganas es de golpear a los hijos. Una vez al mes se pone un buen traje y desciende a la ciudad para desahogar su deseo sexual, porque un macho no puede estar sin una mujer. El corazón herido arroja hiel, y por eso se promete cada vez, que cuando ella vuelva al Ecuador, le dará una buena paliza, para hacerle pagar todo lo que él sufrió.

Hoy

la madre de Gladys recibió de Milán una fotografía reciente de su hija: casi irreconocible con pantalones muy ajustados, la remera escotada, los cabellos rizados y teñidos de rubio. Una cosa para quedar con la boca abierta. Es cierto que Gladys en la carta le explica que mantener la trenza boliviana en Milán significaría hacerse notar excesivamente, mientras que la estrategia de mimetizarse es la única que sirve para vivir en una gran ciudad europea: «Así que me dije: basta del peinado de siempre, no estoy más en el pueblito, en Italia se usa así y me adapto. De hecho, desde que me teñí de castaño claro, la gente me mira de otro modo...». *Quién sabe*, piensa su madre, dando vueltas la foto entre los dedos: puede ser que Gladys *tenga razón*, es necesario

adecuarse a las costumbres del lugar en que se vive. Pero ¿cómo hará su hija cuando vuelva a Bolivia? Aunque volviese con un montón de dinero, ¿cómo la juzgarían aquí en el pueblo? Ninguno querrá casarse con ella.

Hoy

al hermano de Marlène le vino una úlcera en el estómago, tiene que tomar leche, pero no logra contener la rabia: su hermana volvió de Italia a pasar las vacaciones en Perú, pero parece otra persona. Se ha vuelto engreída, viste pantalones como un varón, fuma, y hasta es capaz de alzar la voz. Pero ¿quién se cree? Si bien trajo dinero, Marlène sigue siendo la hermana menor. Esperemos que se vuelva pronto a Milán, porque aquí en el pueblo es un escándalo.

Hoy

la hija de Lita maldice a la madre lejana. Nunca osó escribirle para contarle sus problemas actuales. En principio calló su obesidad porque se avergonzaba; temía que la bella Lita pudiese retarla por no haber hecho el esfuerzo de ponerse a dieta. Después, poco a poco, ocultar a la madre lejana sus propios problemas se volvió un hábito. Y por eso ni siquiera le mandó fotos recientes. La rabia del abandono parece intoxicarla. Que la suya no es solamente la desilusión de haber recibido de Milán regalos inadecuados a su talla actual. Esta es simplemente la clásica gota que rebalsa el vaso, confirmando el tamaño de la ausencia de su madre, fuera de su vida. Para Carmen Rosa la lejanía de Lita se transformó en un nudo profundo, negro, alquitranado, que araña las vísceras. Y cuanto más le aprieta más se pone furiosa. En cambio, para la pequeña Alicia la ausencia de la madre no es tan dramática. Cuando Lita se

fue, lloró²³ mojado la cama por algunas semanas y después se resignó. Lita falta ya desde hace cuatro años, una eternidad. Que Alicia, con seis años, está en la edad en la que no se pregunta: se acepta la vida así como es. La abuela tomó el lugar de la madre en sus afectos. Lita es ya para Alicia una fotografía descolorida sobre la cual cada tanto se puede fantasear.

Ayer

en la misa el cura repetía que cada uno lleva su cruz, y mientras tanto los cinco hijos del Teodoro crecían sin padre. En el pueblo los llamaban «los huérfanos de la Mérica», pero nunca obtuvieron un verdadero certificado de defunción. De todos modos, la gente murmuraba que él había construido una nueva familia en Mar del Plata.

Ayer

la mujer del Franquino lloraba a mares, porque de Mendoza le llegó una áspera carta de reprimendas de parte del marido: alguien del pueblo le informó que habían visto a su mujer bailar con otro en la fiesta patronal. «Vos no sos digna —escribió el Franquino— no quiero saber más de vos, no te voy a mandar más ni una lira.» Y así, por aquella acusación anónima, ella quedó sola, viuda blanca, sin poder casarse otra vez, porque en Italia estaba prohibido el divorcio. Corrió la voz agrandada, en el pueblo la aislaron, porque cuando las cosas comienzan a ir mal, hasta las gallinas ponen los huevos fuera de casa. Nadie le dirigió más la palabra, como si no la viesan. Y quizás era así de verdad, porque los fantasmas no tienen ni siquiera sombra... Partió para el viaje más largo, tomándose una botella de lavandina.

23 «caragnare» = en dialecto lombardo llorar con insistencia. Como hacen los niños pequeños. Llorisquear.

Ayer

la mujer del Renato, que había partido nueve años antes para Santa Fe con la promesa de volver pronto, recibió una carta en la que el marido le informaba que había formado otra familia y que tenía tres hijos: «Ahora, siendo que la mujer con quien vivía murió, te pido que vengas a Mérica, que tengo necesidad de una persona que críe los niños». La vida es como un mazo: hoy te golpea la cabeza y mañana también... Ella, de todos modos, digirió los malos tragos de la vergüenza y partió para Santa Fe, dispuesta a asumir el cuidado de los hijos de otra y de un marido que por nueve años la había ignorado. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¿Negarse? ¿Quedarse sola en el pueblo contemplando cómo pasan los años? Si se hubiese quedado en Italia habría sido deshonrada para siempre.

Ayer

el Alfredo, después de diez años de emigración pasados en Buenos aires, decidió mantener la promesa que había hecho antes de partir a su novia, la Pina: «Apenas tenga un poco de *danée*²⁴ te mando el dinero para el pasaje». Obvio que mientras tanto él tuvo otras experiencias con mujeres americanas, mientras ella en el pueblo — donde la vida privada es siempre pública, espacio severo de intimidades expuestas— se había mantenido fiel bajo el rígido control de la familia y de la pequeña comunidad. De todos modos, el Alfredo, la mañana prevista para la llegada del barco de Italia, estaba en el muelle. Temblaba en la nerviosa espera; continuamente sacaba del bolsillito la fotografía de la Pina, que casi se había olvidado que aspecto tenía. A lo mejor se había vuelto gorda y gris como él. Le daba vueltas la cabeza, sentía el desconcierto en las vísceras. De golpe se dio cuenta de que no podía soportar la idea de casarse con

24 «danée»: dineros, ahorros. Lombardismo.

una mujer, que para él después de diez años, se había vuelto una absoluta extraña: no soportaba la idea de vivir en la misma casa con ella; y tener que dormir en la misma cama estaba fuera de discusión. Pero ¿cómo podía explicarle a la Pina, que lo esperó diez años y que atravesó el océano por él? No tenía ni siquiera el coraje de mirarla a la cara. Hizo giro–march y escapó. De la Pina no se supo más nada en el pueblo. Desapareció. Esto es lo único que podría decirse de ella.

Ayer

el hijo del Carletto no había visto nunca a *sopà*²⁵ que se fue a Mérica dos meses antes de que él naciera. Después de siete años el padre escribió a su mujer para que le enviase el niño a la Argentina: explicó que había encontrado un puesto como albañil y que el hijo, aunque niño de siete años, podía ganarse algún dinero; por eso en la carta adjuntaba el dinero necesario para el viaje, naturalmente solo para el niño: que dinero que das a la mujer es dinero perdido, el que le das a un hijo varón lo recuperarás... La mujer deshecha en lágrimas acompañó al pequeño Mattia a Génova y llorando esperó para saludar el barco que se alejaba llevándose el único afecto que le quedaba. El niño hizo la travesía solo, en el laberíntico vientre de la nave. Pero en la dársena del puerto de Buenos Aires nadie lo esperaba y nadie conocía la dirección que Carletto llevaba escrita en la carta. Por eso el niño fue internado en un hospicio de caridad.

25 «*sopà*» = *sò* (suo) + *pà* (papà) / «*topà*» = *tò* (tuo) + *pà* (papà) / *mepà* = *mè* (mio) + *pà* (papà) = contracción de pronombre posesivo y sustantivo en una sola palabra. Muy difundido en una gran parte del área padana.

Ayer

el Olindo mandó al pueblo dinero para que su mujer y sus hijos varones se reuniesen con él en Mérica: la mujer porque era carne de contrato, los hijos varones porque eran brazos que podían conseguir el pan. Nada de dinero en cambio para las hijas mujeres: que quedaron en Italia con los abuelos y los tíos, ya que *figliole sono tagliole*.²⁶

Ayer

vos, madre, crecías con los abuelos, que la Giovanna tenía que trabajar, sola como había quedado. Obrera en una fábrica textil de Busto Arsizio, no le quedaba mucho tiempo para ocuparse de vos, cuando volvía a la noche cansada del trabajo. Tocaba a los abuelos suplir la ausente con afecto y dolor contenido. Te acompañaban en los juegos, te contaban historias, te enjugaban las lágrimas cuando te caías, te protegían en tus traviesas desobediencias, te llevaban de la mano al mercado o al círculo de las bochas en la plaza, te enseñaban a desplumar las gallinas o a construir espantapájaros contra los mirlos que picoteaban los pequeños higos violetas y que no lograban madurar jamás en el rincón del patio. Con gestos que envolvían tus días de redes amorosas, como si todo estuviese bien. Si al compararte con otros niños, preguntabas dónde estaba *topà*, te respondían que estaba trabajando en Mérica y que pronto la familia se reuniría de nuevo. Pero una niña sabe, entiende rápidamente si los adultos le están mintiendo. Y por eso te fastidiaba que en los días de fiesta se pusiese la mesa con el plato del ángel, como si fuese verdaderamente posible que la puerta se abriese con la llegada sorpresiva del Cesare... Una mañana —debía ser de domingo, porque la Giovanna te peinaba las trenzas y no los abuelos— mientras entre un golpe y otro

26 Proverbio. Sentido: las hijas son un peso, te esclavizan y entrampan de por vida porque para casarlas hay que darles la dote.

del peine te obligaban a recitar las oraciones en voz alta, en el momento en que la Giovanna te impuso un avemaría que propiciara el regreso del Cesare, te rebelaste. Te bajaste del taburete, te volviste hacia la Giovanna y gritaste: ¿!Por qué perdemos tiempo rogando por algo imposible!? Sabemos muy bien las dos que él no volverá jamás... La Giovanna quedó paralizada un instante, con el rostro lívido, como una persona herida que hubiese perdido mucha sangre; después te dio una bofetada.

Sobre las dudas nocturnas

Marina se revuelve, como cuando no se ha digerido bien o como cuando, de niños, se espera un suceso importante. Enciende la linterna que le dio Nicolás e ilumina la foto de Lita sonriente que abraza las hijas como para confortarlas. Mientras tanto Piero ya se durmió. Le arropa las frazadas, con un gesto materno de ternura un poco amarga. Al amanecer se despierta por unos pasos en el corredor y por el llanto de la recién nacida. A tientas se levanta y se aproxima a la puerta de la habitación: la madre de Lita va a tropezones hacia el baño.

¿Dónde tienen escondida a Lita? la siente gritar, mientras las dos gallinas que dormían en un rincón comienzan a revolotear despavoridas. Para evitar verse comprometida, cierra la puerta. Pero aún detrás de la puerta advierte la venida de Nicolás que intenta con dificultad volver a la vieja a su cama. Murmura para sí que por suerte mañana ella y Piero estarán lejos de esta casa de locos.

No vuelve a acostarse enseguida. Va a la ventana. Pega el rostro al vidrio helado, pero no se ve nada: afuera hay una total oscuridad. Solo el rumor estrepitoso de la lluvia. Fuma un cigarrillo con avidez, se dirige a la cama tirando las frazadas hasta la cabeza y se vuelve hacia la pared. Nada que hacer, el sueño no viene. Inquieta, enciende de nuevo la lámpara. Hurga en el cajón de la mesita de luz. Solo chucherías: postales, fotos, cupones con descuentos de productos de belleza baratos, estampillas italianas recortadas de los sobres, cartas. Se levanta, abre una puerta del ropero. Sobre un estante, dentro de una caja, hay un par de muñequitos de *pelouche*. Al costado, una pila de buzos de gimnasia; sobre las otras un conjunto rosado con el diseño de Jessica Rabbit.

Ayer a la noche, mientras leía la fábula para Alicia, le vino a la mente su madre que narraba las historias con voz monótona, como si le pareciera derrochar el tiempo; solo por momentos asumía un gesto más animado: cuando, en la narración de los siete zapatos de hierro, representaba a la abandonada. Entonces parecía transformarse en la figura negra de la protagonista velada, ponía una mano sobre el corazón y con una voz que era un expresivo lamento, pronunciaba el párrafo fatal: ¡Vendré una vez más y luego nunca más!... Le parece haber conocido poco de su madre: solo una viuda cuyo velo negro sofocaba cualquier otra expresión de sentimiento.

Mira el muñequito que Alicia debe haber olvidado aquí. Lita al menos tiene dos hijas por las cuales vivir y luchar.

Se siente oprimida por un descontento creciente. Su madre, cuando le sobrevenían los momentos sombríos, solía decir que tenía «le *patùmie*²⁷ estampada en la cara». Expresión que Marina hizo suya, si bien nadie pudo jamás explicarle con precisión de dónde derivaba la palabra *patùrnìa*. Una vez un amigo que se jacta de ser un apasionado de creencias populares expresó la hipótesis de que proviene del cruce entre el verbo «padecer» y el nombre del planeta Saturno, que según el lugar común influye negativamente en los comportamientos humanos. Quién sabe... En compensación, Marina sabe muy bien qué es la *patùrnìa*: una mezcla de aflicción e irritación, que la asalta imprevisamente cambiándole el humor y arrastrándola a una letanía de pensamientos negativos que se aferran entre sí en un círculo vicioso. Y, repasando ahora el día apenas transcurrido, logra también individualizar el momento en el cual la *patùrnìa* se le vino encima: fue cuando Nicolás le preguntó cuántos hijos tenía.

27 «Patùrnìa»: humor gruñón (malhumor) y melancólico. Se ha decidido dejarlo sin traducir por la fuerza expresiva y bisémica del sustantivo en italiano.

Piero se despierta, pregunta a su mujer qué está haciendo alzada, por qué no duerme. Le pide que apague la lámpara y vuelva a la cama:

Dále, todavía es temprano.

Pensaba...

¿En qué?

¿Por qué no quisiste que tuviéramos hijos?

Marina, ¿te parece que tenemos que hablar justo ahora de estos temas? ¿Por qué no te acostás y te hacés un lindo sueño, como todas las personas normales a esta hora?

Piero se da vuelta, bostezando da por concluida la conversación. Marina apaga la luz.

Decir que mi madre y yo teníamos una relación áspera es decir poco, susurra para sí en la oscuridad, pero lo bastante claro como para que Piero pueda escucharla... Son detalles que ya le explicó miles de veces: que su padre murió cuando ella era muy pequeña; que si piensa en su familia se da cuenta que pasó momentos felices solo con su hermano Andrea, casi a escondidas de una madre que parecía no interesarse por ninguno de sus hijos, concentrada solamente en su luto de viuda... Quizás por esto Marina siempre deseó tener hijos propios: para poder inventar con ellos una relación materna distinta de lo que había vivido.

Piero, que se quedó escuchándola en el silencio fingiendo que dormía, salta sentándose en la cama. Con rabia sacude violentamente a Marina tomándola por los hombros.

¿Querés terminar sí o no con esta cantinela? le escupe en el rostro. ¿De verdad pensás que un hijo habría resuelto tus problemas? Me parece que de verdad estás mal de la cabeza. ¿Qué tenés en la cabeza? ¿Aserrín?

Marina se gira hacia el otro lado. Siente solamente un gran cansancio, una necesidad terrible de olvidar las palabras hirientes usadas por Piero.

Ayer es hoy

8

Hoy

Emerenciana escribe a sus hijos que en Milán va todo bien, que frecuenta la escuela para aprender el italiano, que hasta ha recibido un premio por su perfecta pronunciación. Que los extraña tanto. Que manda besos... Calla el hecho de que la señora para quien trabaja la tiraniza y encuentra todos los pretextos para no darle jamás un día libre. No es que Emerenciana pretenda un día entero: le alcanzaría solo la tarde del domingo para poder ir a Plaza del Duomo —y desde ya que para llegar al centro del barrio Gallateres necesita más de una hora— para poder encontrarse con sus compatriotas. También calla sobre el hecho de que la *sciura* sostiene que en Sudamérica la pobreza existe solo porque ninguno está dispuesto a deslomarse.

Hoy

el hijo que Lucilla llevó consigo desde Ecuador hace seis años, se convirtió en un adolescente rabioso. Los primeros tiempos —tenía nueve años— no lograba insertarse en la escuela de Lambrate, no hacía más que lamentarse del frío y de los modos antipáticos de los milaneses; de noche dormía en el divancito de la cocina, entre los restos de la cena en la mesa y el altarcito de la virgen de yeso, para rezarle por los deseos imposibles. Ahora se niega a continuar los estudios como la madre quisiese. Se hizo tatuar en el brazo los cuernos del diablo, se hace llamar Joker y se compró un cuchillo mariposa, porque admira la banda de los *Mara Salvatrucha*.

Ayer

el Sandrino y el Beppe escribían a Italia que en la Mérica se comía y que el sueldo era bueno. Callaban el hecho de que tenían que trabajar más de dieciséis horas al día. Sobre todo, callaban el hecho de que en el *conventillo* donde se alojaban había obligación de regresar antes de las 10 de la noche, sino encontraban el portón clausurado. Por eso, cuando a alguno le venían las ganas de quedarse a charlar con algún compatriota encontrado por casualidad, para llegar a la cama tenía que saltar la pared exterior. También pasaba que los niños, si se demoraban jugando afuera, encontraban el portón cerrado y se veían obligados a dormir en la calle. Inútil protestar que cada uno debía tener el derecho a regresar cuando se le cantaba, que solo el trabajo es del patrón pero el tiempo es del Sacrosanto Dios.

Hoy

Gladys se asombra de que la señora Bernasconi vote a la Lega y vaya al mismo tiempo a misa todos los domingos, que sostenga ser obediente a los preceptos cristianos de la caridad y la limosna a los necesitados, pero que no esté dispuesta a ser generosa con ningún otro. Sostiene que los pobres de hoy no saben conservar su puesto. Y los negros son vagos, los chinos mafiosos, los rumanos delincuentes, los hebreos traicioneros. Y cuidadito con el extranjero lejos de su patria...

Ayer

los inmigrantes italianos en Argentina no hablaban jamás de los controles severos en sus cartas, de la rudeza de la *Ley de Residencia*. Pero para los patrones mericanos, los tanos eran perezosos y a los trabajadores que osaban hacer huelgas los *vigilantes* les hacían un particular sello indeleble en las manos, de modo que fueran indivi-

duados inmediatamente y no lograran por mucho tiempo obtener otro trabajo... Todas amenazas que pendían sobre la cabeza de quien se atrevía a protestar.

Hoy

Lita se siente sobrepasada por los continuos lamentos de la señora Colnaghi. Empieza a encontrar dificultades para hablar en español, es que en el fondo le ocurre que conversa en su lengua solo los domingos a la tarde en el centro, cuando por un par de horas encuentra a otras acompañantes sudamericanas, sentadas en los escalones del Duomo para impregnarse de la monotonía gris del cielo y las palomas entre las piernas. ¿Está perdiendo la lengua? Probablemente, está bien que así sea: que todo lo que soportamos sobre las espaldas debe consumirse para que la vida siga adelante. Esta expresión que le vino a la mente —consumirse— tiene algo de terrible, si en vez de aplicarla a los objetos la usamos para lo que se refiere a nuestra vida: «La vida se consume como una vela», está escrito en un libro que tomó en préstamo de la biblioteca la semana pasada... Qué cómico: le parece escuchar resonar la palabra en la mente, casi como masticándola en la boca. Desde hace un tiempo las frases en italiano se le quedan particularmente impresas, como si alguien se las susurrara dentro... Se recupera: no pensar en eso, Lita, sino todo comienza a vacilar.

Ayer

nadie en Buenos Aires quería a los italianos como vecinos. Los diarios porteños los describían como sujetos fáciles para las riñas y la borrachera: «En fecha de ayer, hacia la medianoche Luigi Simontacchi, cavador de zanjas de 50 años, habitante de un *conventillo* de *calle* Estados Unidos, a la vuelta del trabajo fue agredido por un connacional, un tal Pietro Lovati, de 21 años, que le extrajo el monedero». «En fecha de hoy,

hacia las 11, un tal Carlo Mainini, desocupado, de 24 años, habitante de un *conventillo* de *calle* Brasil, hombre de instintos brutales, le dio dos puntazos al primo, Cosme Malosetti, de 26 años, obrero panificador en huelga...»

Hoy

Carmen Rosa, hija de Lita, no tiene casi ganas de hablar de la madre ausente. Para ella Lita está demasiado lejos, disuelta en el olvido. Aprendió a vivir sin ella. Hubo un tiempo, al inicio, cuatro años atrás, apenas después de su partida, en que no hubo momento sin que hablase de ella. Desde hace un tiempo ha dejado hasta de nombrarla. Que se llega a un punto en que se está tan ansioso, cansado, dolorido, que se deja de hablar lo que nos hace mal.

Ayer

vos, madre, creciste teniendo bajo los ojos la espera suspirante de la Giovanna. Pero después ella calló: porque cuando de la persona lejana tenés solo unas pocas anécdotas para contar, siempre las mismas, cuando empezás a darte cuenta de que no hay más nada para decir, terminás eligiendo el silencio. Como también hiciste vos, madre. Que yo recuerdo tu negativa a mis pedidos de explicación sobre la ausencia del Cesare. Tu infaltable respuesta: que sobre ciertos argumentos era mejor extender un velo, que comprendería una vez adulta. Por mucho tiempo intenté adaptarme a tu voluntad, aprendiendo el arte de no mostrar reacciones, de no hacer confidencias con nadie, de mirar el plato del ángel haciendo de cuentas que no estaba. Quizás sí te diste cuenta, madre, de que vos y la Giovanna me entregaban como herencia el indecible rostro de vuestro luto. Así que, cuando hoy combato sola contra mis miedos, me parece todavía sentir sus voces que me aconsejan que de «ciertas cosas» es mejor no hablar.

Sobre la rabia de los abandonados

Llueve todavía abundantemente esta mañana. En pie, delante de la ventana de la cocina, Marina apoya la nariz sobre el vidrio, como si fuese una niña, y suspira. Qué tipo de lugarejo.

Permea sobre la casa un profundo silencio, que el balido de las cabras y el graznar de ciertos pajarracos que encontraron protección debajo del techo de la galería, más que disipar, solidifican y acumulan.

Descubre a Carmen Rosa atravesando la galería en una corrida: la muchacha lleva un rompeviento sobre un camisón de franela; en los pies medias verdes y zapatones desbocados, quizás del tío; aguanta con fatiga un balde lleno de carbón. En la cabeza el habitual foulard.

La estufa está borboteando. Sobre los vidrios gotas de vapor resbalan turbias.

Carmen Rosa entra en la cocina castañeteando los dientes por el frío: está mojada. Gira el interruptor de la luz y la iluminación sorpresiva parece entristecer aún más la estancia. Va a poner el balde cerca de la estufa. Parece no darse cuenta de la presencia de Marina. Se lava las manos en la pequeña piletita, el agua salpica la tierra. Acomoda el foulard en la cabeza porque se le ha resbalado de un lado. Tiene ojeras profundas que revelan que no durmió lo suficiente. Se pone a reavivar la llama. Toma una cacerola y vuelca la leche, la pone a calentar. Abre la puerta del pasillo, y llama a las dos gallinas modulando: Pi... pi... pi... Las aves entran alertas a la cocina. Un puñado de granos rueda por las baldosas del piso. La muchacha se asoma a la puerta de la habitación de la nona, escucha su respiro pesado, luego regresa sobre sus pasos y comienza a preparar el mate.

Marina finge no mirarla, pero advierte que la muchacha la mira de reojo: las mujeres logran verse aún a través de la espalda. Entonces se da vuelta y se pone a calentarse la cola con la estufa. Marina se arriesga a decir en un pésimo español que el lugar está *muy tranquilo*.

La muchacha se ríe.

Podés hablar en italiano, responde. Explica que algo comprende, aun cuando su pronunciación es mala.

Ante estas palabras Marina reacciona: ¿Cómo es que no lo ha dicho antes? ¿Cuándo es que Carmen Rosa aprendió el italiano?

La hija de Lita parece mucho más tranquila que la noche antes: probablemente en la noche ha reflexionado mucho. Explica serenamente que hace tres años que estudia italiano.

Mamá dijo que nos lleva a Italia en el futuro. Por eso empecé yo *solá solá*, después con una vecina que trabajó en Italia durante siete años, en Nápoles. De modo que yo lista para cuando mamá nos mande a llamar. Pero hasta ahora no lo ha hecho. Nosotras aquí, *abandonadas*.

El rostro se le animó. Las líneas se la contraen como las de un bebé que está por llorar. Una mueca de muchacha infeliz, que ya no puede más.

Sale de la habitación y regresa con la recién nacida en brazos, alza una tela que tapaba un objeto voluminoso que ahora se revela como una cuna. Coloca allí con delicadeza a la niña, la cubre con una sobrecama pesada. La pequeña se queja un poco: no es un verdadero llanto, solo una advertencia, como si estuviese aburrida. Carmen Rosa mece la cuna con un gesto lento y delicado, la pequeña parece mirarla fijamente con los ojos muy abiertos. La muchacha dice satisfecha que su niña es muy inteligente: mira todo y *aprende*.

Marina le responde sonriendo que la recién nacida le parece demasiado pequeña para ver algo. Explica que solo a los ocho meses los bebés comienzan a enfocar las imágenes.

Pero Carmen Rosa no está de acuerdo.

¿Cómo vos estar *segura*? Replica agresivamente: *nadie sabe*, ninguno puede estar dentro de la cabeza de otro, menos todavía en la cabeza de una niña recién nacida.

Marina se acerca, mira a la pequeña, se esfuerza por ser conciliadora y pregunta cuántos meses tiene.

La muchacha responde secamente que tiene dos meses y que se llama Daiana: no le deja hacer nada, absorbe toda su energía y *por la noche* llora... *Una persona* no puede *saber* de verdad lo que es el cansancio hasta haber tenido *un bebé*.

A medida que habla, en su voz resuena una sorda vehemencia.

Marina está avergonzada. Piensa en todo aquello que durante la noche pensó sobre la relación madre-hija. No sabe qué responder. La conversación se termina.

La pequeña tiene las mejillas sonrojadas: probablemente es culpa de la estufa, demasiado cerca de la cuna, y del peso de la sobrecama en la que Carmen Rosa la ha hundido. Por eso marina arriesga, a modo de consejo: que quizás sería mejor alejarla de la fuente de calor.

Carmen Rosa rebate exhaltada que la ropa caliente es la mejor medicina: así por lo menos asegura su nona. Después, dándose cuenta de que Marina alargaba una mano, como si quisiese acariciar a la bebé, le aleja el brazo con brusquedad.

Daiana es mía. *No me gusta* que otra persona la toque. *No me gusta* que otro la mire. La nona dice que le hacen daño. Que los ojos *de algunas personas pueden* arruinar la vida de los niños... Así protege a Daiana poniendo todos los días un diente de ajo entre sus pañales.

Marina se sorprende, frunce el ceño, responde que eso es superstición: estamos en el 2008...

Carmen Rosa se molesta.

¿Y qué? Replica sarcásticamente: *también el tío Nicolás* piensa lo mismo. De hecho le ha atado a Daiana un lacito rojo *para la buena suerte* en la manito izquierda y él la ha obligado a sacárselo; entonces se lo puso en el tobillo, así no se da cuenta.

La muchacha lleva la pava a la mesa. Llena dos tazas con el mate. Del aparador saca dos cestitas con fetas de pan cortado. Se ajusta por enésima vez el foulard en la cabeza; se palpa el cráneo y, como dirigiéndose a sí misma, se pone a hablar de otra cosa, casi en tono caprichoso. Dice que, *en cuanto le crezca de nuevo el pelo*, se va a teñir de rubio. *Rubio, rubio, rubio...* De rojo no. Una amiga le contó la horrible historia de una mujer que se teñía de rojo, y después la tintura le pasó a través del pelo al cerebro.

Beben mate en silencio. Marina mordisquea una feta de pan; no sabe qué decir, busca las palabras más apropiadas para preguntarle qué quiere que le cuente a Lita una vez de regreso en Milán.

Nada de nada, sacude la cabeza Carmen Rosa. ¿Qué hay para contar? Absolutamente nada. Lita está en Italia y *no va a volver*. Carmen Rosa siente que no regresará.

Pero cada mes les manda el sueldo, replica Marina.

La muchacha aprieta los puños palideciendo; responde secamente que la cosa no cambia nada: Lita se olvidó de ellos. Se ajusta rabiosamente en la cabeza el foulard que se cayó para atrás.

Marina está como perdida. Le surge una pregunta: ¿Será Carmen Rosa una madre mejor que Lita? ¿Carmen Rosa ama a esta pequeña Daiana que no hace más que dormir y que la hizo calva y fea?... De esto Marina duda, no le parece que la relación entre Carmen Rosa y Daiana nazca con los mejores auspicios. Carmen Rosa es tan joven, insegura, está tan sola. Y, si la nona muriera, estaría todavía más sola, con la responsabilidad de dos niñas, Alicia y Daiana, todo sobre sus espaldas. Quizás Nicolás podría ocuparse de Alicia, llevándosela con él a Copacabana, quizás en una suerte de

adopción. Pero es difícil que un hombre de su edad, con una vida ya definida, con sus hábitos y con los problemas económicos que actualmente afligen a Bolivia, en su minúsculo alojamiento de soltero de Copacabana, pudiera hacerse cargo de una muchacha madre de dieciséis años y una recién nacida... Suspira, no espera tener que defender a Lita delante de su hija. Balucea algo como: Sé que tu madre las ama, que lo está haciendo por ustedes. Tratá de ponerte en su lugar...

¿En su lugar? explota Carmen Rosa. ¡Pero si apenas puedo estar en el mío!

Ayer es hoy

9

Hoy

Carmen Rosa, la hija de Lita, no cree en las promesas de su madre. Los primeros tiempos esperaba con ansia que la llevara a Milán. Por eso se había puesto a estudiar italiano, para prepararse a enfrentar lo mejor posible la estadía en Europa. Pero la prolongada ausencia de Lita y su propia maternidad la postraron. La verdad está cansada de las cartas que cada tanto le llegan desde Italia: «Tesoritos míos, mis chiquitas, pronto voy a volver con tanto dinero», o «Pronto las voy a traer acá, a Milano»... Cansada de la seguridad de Lita de que sus «nenas» la aman aun desde tan lejos. Intentó escribirle a Lita, contarle su verdadera situación, pero después enterró las cartas en el fondo de un cajón debajo de una pila de ropa de cama, como para esconderlas de sí misma. Que, sin un intercambio constante, el recuerdo muere.

Ayer

también vos, madre, anidaste rabia contra el ausente. Cosa que al final te llevó a declarar en voz alta el desprecio ante las lágrimas suplicantes de la Giovanna y, consecuentemente, por todo amor *tout court*. A odiar la felicidad de las parejitas que tonteaban: espiabas los jóvenes enamorados, los seguías a escondidas, los apuntabas con la gomera cuando se apartaban mientras se daban besos con chasquidos húmedos y deseosos. Desde la infancia que no soportabas el hecho de no poder amenazar a quien te ofendía con un simple: se lo voy a contar a mi papá... Rabia de ser como la hija de un NN. Furor lívido e inmenso de mañanas, tardes y noches,

despecho por no poder disfrutar los días de fiesta cuando se ven todas las familias reunidas. Te cargaste este rencor por cuarenta años.

Ayer

la Giovanna evitaba hablarte de las convicciones políticas que habían obligado al Cesare a partir. Quizás porque el fascismo imperaba: mejor esconderte, mamá, que tuviste un padre anarquista. Fuiste, como todas tus coetáneas, una *Piccola Italiana* con el gorro tejido en seda negra, la camisa mangas largas en piqué blanco, la pollera negra, las medias largas blancas, los zapatos negros con el cordón abrochado, los guantes blancos de hilo. Sin embargo vos sabías, mamá, cómo pensaba tu padre, un tío te lo había contado. La revelación no te había conmovido o empujado para su lado: te pesaba que tu papá se hubiera escapado sin resistir, sin luchar, sin morir como héroe. Participabas de las reuniones fascistas: ese mundo soldadesco, que no confiaba en las madres, era un refugio donde las lágrimas estaban prohibidas, donde nadie esperaba tristemente a alguien que hubiera huido. Te rompías la cabeza o te peleabas valerosamente con la manada de los varones más duros, los «huérfanos de la Mérica», que se sabe: los huérfanos nunca son niños. Y por eso, con posturas de adulto se reían de los compañeros debiluchos; con deseos espasmódicos fumaban provocativamente tabaco nacional; en manada, miraban en primera fila y sin pestañear el matadero del cerdo colgado por el pescuezo a una viga del granero... Después, en el '39, finalmente el Cesare dio señales de vida con dinero para el viaje en barco: la Giovanna y vos podían alcanzarlo en la Mérica. Pero cerraron las fronteras. Y vos no perdonaste a tu padre por haber esperado tanto... Finalmente vino la guerra, y él no estaba. Vinieron la ocupación, las bombas, la oscuridad, el frío intenso de los inviernos sin carbón,

la necesidad tuya de dejar la escuela para ponerte a trabajar, y él no estaba. Pero siempre la Giovanna lo invocaba en ayuda —¡Si solo el Cesare supiera! ¡Si el Cesare estuviera aquí!— como sin él no se pudiera hacer nada bueno o no existieran perspectivas de ningún tipo. ¡Si solo el Cesare! Repetía la Giovanna, levantándole altarcitos. Y en cada oportunidad estas invocaciones te hacían rechinar los dientes... La guerra fue larga, trabajabas en la oficina —guardapolvo azul, manga al codo, cuello duro con ballenitas— en los almacenes de Gondrand²⁸ de Busto Arsizio: así, en las cercanías de la estación ferroviaria, y cada día de trabajo era interrumpido por las sirenas que anunciaban los bombardeos americanos. Vos te negabas a descender a los refugios donde los demás buscaban la ciega seguridad de la madriguera. Elegías permanecer en la oficina con compostura, afirmando que no te importaba morir. Comías cuando había de comer, dormitabas cuando era la hora de dormir. Eras un buen soldado. Solo cuando la Giovanna invocaba al Cesare reaccionabas, te tapabas las orejas o estallabas en risas... Terminó la guerra, pero el Cesare no regresó: evidentemente del otro lado del océano tenía algo que lo tiraba más que una esposa abandonada veinte años atrás y una hija conocida solo por fotos. Vos te comprometiste, te casaste sin un padre que te acompañara al altar, nació yo: una hija a la que exigir con severidad y con dureza que fuera como vos y que sobre todo, despreciara las lágrimas y el amor.

28 Gondrand: compañía de logística de cobertura a nivel internacional. En general, los almacenes se encontraban situados cerca de las estaciones del ferrocarril y dado que los norteamericanos bombardearon durante tres años Italia del norte durante la Segunda Guerra Mundial, todas las estaciones y sus alrededores eran lugares extremadamente peligrosos. (Datos brindados por la autora)

Hoy

yo relato la noche de mis personajes, pensando en el sueño inicial del plato del ángel. En los sueños que tengo cada noche: de mí, pequeña, soñándote a vos, mamá, que soñás. Y quién sabe, quizás alguien me está soñando, nos está soñando a todos... Con la montaña de dudas que a veces me asalta: ¿se pueden narrar las raíces?

Sobre la muerte

Nicolás y las dos sobrinas están al lado de la cama de la vieja. En un silencio tenso. Desde la cocina Marina espía la escena con la puerta abierta, mientras Piero en la ventana espera nerviosamente la llegada del mecánico.

Carmen Rosa intenta darle una cucharada de mate a la abuela, que aprieta los dientes. La vieja empuja la mano con fastidio, quejándose de que la nieta tiene mal olor, casi repugnante.

Carmen Rosa se molesta, deja la cuchara y la taza sobre la mesa de luz. ¿Por qué la abuela le dice esto? Extiende indignada la mano bajo la nariz de la hermana, casi para obligarla a oler: *Decime si tengo mal olor.*

Alicia hace gesto de no con la cabeza. Parece desconcertada.

Nicolás suspirando sugiere a Carmen no enojarse, que simplemente se trata del olor de la muerte: la abuela se lo siente encima.

No pasaron ni diez minutos, de hecho, que la vieja deja de jadear de repente, expirando con los ojos abiertos. Alicia y Carmen Rosa se echan atrás con angustia. Nicolás se acerca a la cama: aprieta las mandíbulas de la madre y le pasa una mano por la cara, como si quisiera dibujar en sus labios una sonrisa. Luego le baja los párpados.

Nicolás le pide a Marina que por favor les dé una mano a las sobrinas, mientras va al pueblo a hacer la denuncia del fallecimiento y a contratar los servicios para el funeral. Se sube a una bici y se aleja, seguido por un perro al galope.

Piero está de mal humor: ¿justo ahora la madre de Lita tenía que morirse? ¿No podía esperar a hoy a la tarde? ¿Ahora qué van a hacer? No queda otra que irse rápido, apenas llega el mecánico.

La expresión indignada de Marina le revela cuan inconveniente le parece una idea como esa.

Maldiciendo, Piero da vueltas alrededor de la casa para encontrar un punto en el que el celular tenga señal: es absolutamente necesario avisar a Gino y Dani de los «contratiempos» ocurridos.

El empresario de pompas fúnebres —un blanco, panza prominente, mejillas flácidas, boca redonda, rulos colorados— sale de la habitación de la muerta y se acomoda en la mesa de la cocina. Apoya un gran bolso negro sobre el banco y extrae folletos plegables con varias muestras de madera de precios diferentes.

Nicolás lo examina e indica con el dedo la última, la madera menos cara.

El empresario esboza una media sonrisa, como si se lo estuviera esperando.

Bueno, don Nicolás. Usted ama las cosas simples, la sobriedad... Y ahora pensemos en las flores: ¿tiene preferencias?

Da vuelta al folleto: también aquí muchos tipos con precios diferentes. Carmen Rosa y Alicia dan vuelta entre las manos el papel y se lo pasan al tío, mientras el empresario, tomando la iniciativa, explica que existe una posibilidad *muy conveniente*: una coronita de rosas de plástico, perfectas, la diferencia con las rosas verdaderas es casi imperceptible, sin contar que va a durar por muchos años sobre la tumba, *prácticamente hasta la eternidad*.

Nicolás hace un gesto de asentimiento.

El otro está satisfecho. Pregunta si pensaron algo para el anuncio fúnebre. Pero Nicolás niega con la cabeza y explica que los pocos parientes y amigos están todos avisados; agrega que el funeral será rápido mañana a la mañana, domingo, a las nueve: el cura lo decidió así, ya que al mediodía tiene que estar en un encuentro diocesano en La Paz.

Mientras tanto el empresario ha sacado del bolsillo una pequeña calculadora y hace cálculos rápidamente.

Marina escuchó, se acerca a Piero y le murmura al oído. El marido, entonces, carraspeando, se adelanta declarando a Nicolás que, en cuanto al dinero, no hay problemas.

Podemos pagar nosotros, explica Piero: de esta manera Marina y yo sabemos que interpretamos también los deseos de Lita.

El empresario, escuchando hablar en otra lengua, para la oreja. De una mirada evalúa al extranjero y entiende la situación. Olfatea el negocio, se da vuelta y, sonriendo, mira al italiano: We could also make a video of the ceremony so we could send it to the family which is far away. I believe that they would like it and that it would make them feel better about not having being able to attend the funeral... Even here we do have different prices...

Carmen Rosa se dio cuenta de que el tío suspira con alivio y le tira la manga. Está indignada por el hecho de que él permita a Piero pagar los gastos del funeral. Dirigiendo una mirada torva a los dos italianos, masculla entre dientes que la familia tiene a disposición el dinero enviado por Lita.

Pero Nicolás susurra que aquel dinero puede servir para otras circunstancias.

Razoná, le suplica. *No tenemos mucho*, la plata que tenemos sirve para las compras más urgentes... *Somos pobres...*

¿Somos pobres? Carmen Rosa se enfurece. La declaración del tío es evidentemente recibida por la sobrina como una marca en la frente, insoportable; tanto más delante de dos extraños como Piero y Marina, los patrones para los que trabaja Lita, las personas que de alguna manera son responsables de la lejanía de Lita. Como si la pobreza fuera un virus que se infiltró en la sangre de su familia, una enfermedad de la que no hay escapatoria. Es por eso que Carmen Rosa odia las palabras del tío: las rechaza porque son el símbolo de todo aquello que ha debido sufrir. Dice que también Lita estaría de acuerdo con ella.

La muchacha se va azotando la puerta. De la habitación de al lado se escucha gritar que tienen la plata.

No somos pobres... ¡No somos pobres! ¿Entonces para qué sirvió que *mamá* emigre?

Carmen Rosa vestida de negro se toca la garganta y dice que tiene un nudo *en la garganta*. El tío le hace una caricia, le explica que no debe tener miedo de llorar si eso la hace sentir mejor.

La casa está invadida por muchas personas, sobre todo mujeres, venidas para el velatorio. En la gran cocina donde Carmen Rosa con inquieta rapidez sirve litros de mate para todos los presentes, también Piero se ve obligado a apretar muchas manos de ancianos vecinos de casa y aceptar muchos besos mojados. El empresario fúnebre se lanza hacia Marina en un tentativo de conversación. So you come from Italy. Bella Italia. Ah, do you know Italy? Oh no, but everyone knows: macaroni, pizza, sole mio.

Sobre la mesa cubierta por un mantel bordado, *tortillas*, quesitos de cabra, pescado seco, papas y choclo hervido, una fila de botellas de cerveza y *chicha*: cada uno de los participantes de la vigilia fúnebre contribuyó con algo de comer, bebidas o cigarrillos. El aroma de las comidas llega hasta la habitación donde yace la muerta —las manos enlazadas sobre el ombligo con un rosario— y donde amigos y parientes van y vienen, entre conversaciones susurradas de frases hechas: *la vida es así, quién puede decirle cuándo le va a tocar*, la muerte no mira a ninguno a la cara...

Entre los presentes está también el curita flaco que, con el cuchillo, corta una salchicha dura como una piedra llevándose el filo a la boca, una feta después de la otra.

Una señorona, seguramente la vecina mencionada por Carmen Rosa unas horas atrás, aprieta la mano de Marina más fuerte de lo que a ella le gustaría. Le explica en un italiano

pintoresco que trabajó como cuidadora en Nápoles: ¡Qué tragedia Lita tan lejos! *Vita mariòla*,²⁹ cuando *màmmeta* muere, Lita está lejos cuidando la *màmmeta* de otra persona. . .

Marina se ubica en un rincón, revuelve los bolsillos para buscar un encendedor, lo encuentra, enciende un cigarrillo. Está visiblemente pálida y cansada.

Alicia, con una cinta negra que le ata las trenzas, se acerca a ella y con la nariz aplastada contra el vidrio mira fijo un punto lejano afuera de la ventana. De repente gira indicando a Marina la veleta de hierro, que sobrepasa el techo y se bambolea golpeada por el viento. Le susurra que a veces de aquella zona llegan las cigüeñas y traen niños *colgados del pico*, como ocurrió a Carmen Rosa.

El empresario de pompas fúnebres, con una botella en la mano, se acerca a Piero. Nice ceremony. A good memory. Would you like some chicha? Pregunta sirviéndole un vasito. Piero solo la prueba.

I am not used to drink. I don't like the taste of chicha.

El hombre mira a Piero con una expresión escandalizada: Chicha is not a taste for the palate. It is Bolivia. . .

Absorta en sus pensamientos, Marina contempla el plato del ángel que fue llenado por cada manjar. Piero se le acerca y le agita una mano delante de los ojos preguntándole si está despierta o durmiendo de pie. La esposa se sacude. Confiesa que la jornada la ha cansado. Agrega que el velatorio le ha hecho recordar la muerte de su abuela.

29 «vita mariola» (napoletano): vida ladrona, vida que te despoja de los sueños. La vecina, que ha trabajado como acompañante en Nápoles, conserva en su habla términos del italiano regional de la Campania. Lo mismo para *màmmeta*: diminutivo afectuoso de *mamma* en napoletano.

Era ella que se ocupaba de nosotros los niños, explica Marina, cuando la depresión hundía a mi madre en uno de sus habituales períodos de mal humor y dolor de cabeza... Reinaba en la cocina, la recuerdo mientras amasaba sobre una mesa grande de madera enharinada, golpeaba la masa y la extendía con el palo de amasar... Al principio intentaron esconderme que estaba muerta, me decían que estaba enferma, internada en el hospital. Tenía siete años, pero no lograron engañarme. Bastaba ver la desolación de mi madre para entender que la abuela nos había abandonado.

La mayor parte de la gente se ha ido; quedaron tres mujeres que en la habitación de la muerta rezan el rosario en voz alta. En la cocina, los dos italianos están en silencio, no sabiendo bien qué hacer. El hermano de Lita suspira, sirviéndose el fondo de una botella de cerveza. Confiesa que está preocupado sobre todo por Alicia: los últimos tiempos fueron difíciles para la niña porque Carmen Rosa, cansada y nerviosa como está, le da órdenes continuamente: *hacé la tarea, no salgas. Siempre lista para criticar a su hermanita: porque habla muy fuerte, come muy rápido...* Carmen Rosa no soporta nada en estos tiempos.

Es interrumpido por la llegada de la niña, con el jueguito electrónico en la mano. La pequeña se le sube a las rodillas. Nicolás le pregunta cómo está.

Mi niña está triste, constata con voz temblorosa. Sin embargo, él quisiera verla *contenta*.

Alicia tiene lágrimas en los ojos, porque la hermana mayor le gritó diciendo que los juegos molestan a la abuela.

Dice que este juego le molesta a la abuelita.

Nicolás acariciándole la cabeza dice que ya no hay nada más que moleste a la abuela.

Hay silencio en casa. Alicia sola en un rincón, aprieta contra sí el chal de la abuela como si fuese una muñeca para acunar. Cada tanto hunde la cabeza en la prenda de la vieja y la huele, como si estuviera todavía impregnado de su olor. La cosa parece hacerla feliz, porque sonrío.

Piero se fue a dormir. Quedaron solos en la cocina Marina y Nicolás. El hombre está sentado con aire de extremo cansancio: pasa las manos sobre las rodillas y mira el piso sin decir nada. Luego, repentinamente, empieza a llorar, la cabeza reclinada hacia adelante, con gemidos ahogados.

Marina, que no se lo esperaba, se sobresalta. Ese llanto la conmueve, le estruja el estómago. Se acerca a Nicolás y le apoya una mano en el hombro. Le llega a la garganta el olor acre de la estufa que funciona mal. Por eso, dado que ya no llueve, abre las ventanas para airear la cocina: más que nada acá adentro, hoy se fumó mucho. Presta oído a un extraño lamento que viene de afuera; pregunta qué es.

Nicolás sonriendo explica que se trata del viento entre las cosas del Tiahuanaco: por esos lugares se dice que las piedras cantan.

La mujer sorbe un té de coca. Le parece que la conversación haya serenado a Nicolás, por eso continúa haciéndolo hablar pidiéndole otras informaciones sobre el altiplano.

En Tiahuanaco una guía me explicó que antiguamente el lago Titicaca se extendía hasta el sitio arqueológico y que según la mitología aquí hace mucho tiempo estaba el Paraíso terrestre... Pero en la memoria de ustedes bolivianos ¿quedó algo de las antiguas historias?

Nicolás, exhalando una larga bocanada de humo, cuenta que según la leyenda, cuando el Creador dio vida en este lago a la primera pareja, a Adán y a Eva, no existían todavía ni el Sol ni la Luna.

Marina sonríe con un ademán de suficiencia: si había oscuridad, ¿cómo podía vivir y crecer el género humano?

No hablé de *oscuridad total*, rebate Nicolás. Solo dije que no habían sido creados todavía ni el sol ni la luna. Había una particular fuente de luz, la de Titi, el puma, el tigre luminoso que vive en la cima más alta de las montañas que circundan el altiplano: un monte que se llama Titi-Kaka, roca del tigre, nombre que luego pasó al gran lago.

¿Un tigre luminoso, sustituto del sol y de la luna? Marina permanece incrédula: Por favor, Nicolás, quería conocer la historia de esta localidad, pero no las fábulas.

El hombre frunce el ceño.

Un aymara no dice mentiras, responde con desdén. Un aymara no miente nunca. Tres leyes tiene solamente el pueblo del altiplano: *Ama sua, ama lulla, ama kella*; que quiere decir: no ser perezoso, no ser ladrón, no ser mentiroso. Tres leyes simples, reducidas a la médula como todo aquello que corresponde a una pequeña comunidad.

Repite otra vez tercamente su saber: que esta noche, si está sereno, también Marina podrá ver el tigre de luz y deberá retractarse.

Piero ronca nerviosamente. Marina se despierta en medio de la noche. Mira alrededor un poco sorprendida por la luz que inunda la habitación: no hay luz eléctrica a esta hora, son las dos de una noche sin luna, y sin embargo en la habitación cada objeto es bien visible. Se levanta castañeteando los dientes. Va a la ventana, abre los vidrios: el miedo al frío punzante es vencido por la curiosidad de descubrir de dónde proviene la extraña luminosidad. La sacude el silencio perfecto de la noche: un vacío sereno en el que el alma se expande. Sale de su boca un estridente «Oh» maravillado: sobre la cima del monte, que hace un rato Nicolás le señaló, brillan las siete estrellas de la constelación del Tigre, *Choq'e Chinchay*. La luz que emanan —la siente entrar en

los huesos, fluir en el cerebro— es tal, que no tiene necesidad de lámpara para ver con claridad los mínimos detalles del patio.

Susurra para sí que Nicolás tenía razón: el Adán y la Eva nacidos en el Titicaca podían prescindir del sol y de la luna. Después vuelve a la cama, pero durante toda la noche no deja de ser consciente de la luz de las estrellas.

Ayer es hoy

10

Ayer

el Eusebio, que había trabajado en el puerto de granos de Santa Fe, decía que lo que más le dolía era no poder volver a Italia para dar el último saludo a la madre muerta. Ya que, aunque no había recibido noticias oficiales, él tenía la certeza de que la María ya no vivía: se lo decía la fotografía suya que tenía en la billetera. Que cuando de noche contemplaba la foto de *somà* para darle un beso, tenía la impresión de que la fisonomía de la María había cambiado: la mirada más distante y triste, los párpados caídos... Se la imaginaba tendida en el lecho, con un pañuelo envolviéndole la cara, con los zapatos negros de fiesta en vez de las chinelas de siempre. Y entonces le rezaba un Avemaría. Que de lo que le habían enseñado de chico en catecismo no recordaba nada, pero el Avemaría le había quedado en la mente palabra por palabra, quizás por los miles de rosarios desgranados por *somà* después de la cena, acaso porque había aprendido a usar esa oración para medir el tiempo de cocción de los huevos, o acaso porque la Madonna tenía el mismo nombre que *somà*, razón por la cual bastaba la invocación a María para dejar su alma casi en paz.

Hoy

la muerte —con acompañamiento de tubitos metidos en la boca y hedor a vísceras— es omnipresente en el trabajo de las sudamericanas en Italia. Porque, en la mayoría de los casos, se ocupan de cuidar viejos y enfermos que no hacen más que esperar la muerte, minuto a minuto, con lentitud irritada, espantados de la sombra que les socava las mejillas y les afila las narices, de las manos que se transforman en garras, de las

piernas que se ablandan, de las manchas que devastan la piel. Las ciudades italianas, para las acompañantes sudamericanas que allí trabajan, son un cúmulo de aparatitos para medir la presión, de inyecciones, de enemas, de papagayos a vaciar, de sillas de ruedas; una selva de hospitales y farmacias.

Hoy

Ave María, Dios te salve, María, llena eres de gracia, recita Susana con fervor junto a la anciana de la que se ocupa. Podría también recitar: *Ave Pacha Mama, Madre Cósmica*, que nos proteges piadosa. Que así, desde la época en que Dios era hembra y los seres humanos hablaban el mismo lenguaje de la naturaleza, se reza en los Andes donde nació Susana. Porque allá arriba, si uno se tiende con una oreja apoyada en el suelo, se puede sentir todavía en el vientre de la tierra el susurrar de los muertos moviéndose en su sueño eterno, como niños en el vientre de su madre.

En las ciudades italianas, en cambio, no se escucha la voz de la Pacha Mama, no hablan las raíces, la tierra está completamente cubierta de asfalto y alfombras... De todos modos, es conmovedor, piensa Susana, que haya sido siempre bajo forma femenina y materna que la gente de todo el mundo haya descrito la compasión hacia los débiles, *ahora y en la hora de nuestra muerte, amén*.

Ayer

el no poder ser sepultado en Italia era la angustia más fuerte de un emigrante. ¿Cómo hace un muerto para descansar en paz si no puede encontrar el camino a casa ni siquiera en la noche de los fieles difuntos?... La pena más temida era la de terminar en un cementerio perdido en la pampa: un paisaje chato, sin árboles, donde el cielo gris parecía más bajo que de costumbre, casi apelmazado con la tierra. Tumbas precarias, aradas por las bestias salvajes que olían la carne de los muertos y la buscaban...

Que los peores eran los peludos, los armadillos, capaces de excavar en profundidad: no había cadáver que se salvase.

Hoy

Manuelita cuida a la Señora Bianchini que tiene visiones de arañas y alimañas inmundas. «¡Me suben por las piernas!», grita la vieja y la acompañante corre a frotar los pantalones del pijama a golpe de cepillo, para calmarla... «¡Allá, bajo la mesa, está escondido un sapo!», grita la enferma sacudiendo con disgusto la cabeza, y Manuelita obediente friega el piso con la escoba... Dos años y medio pasados en litigar con pesadillas de una vieja que no se da cuenta de que las sombras y la oscuridad están dentro de ella y no en los objetos que la rodean. Después, la Señora Bianchini muere y Manuelita es despedida sin indemnización, porque trabajaba en negro.

Ayer

acompañé a la Giovanna a la municipalidad a retirar un documento. Era en la época en que el Registro Civil no estaba computarizado y los formularios se llenaban a mano. A la pregunta de la empleada sobre su estado civil, mi abuela respondió sin dudar: «Viuda», como si el Cesare no estuviera vivo, aunque en el otro lado del mundo... Recuerdo que la línea de puntos sobre el recuadro me pesó, como pesan ciertos huecos de silencio.

Ayer, hoy

me fui de casa joven, moriste joven, madre: no tuvimos mucho tiempo para entendernos. Escribí esta frase y luego la borré varias veces. Ahora la dejo, porque me parece que restituye la verdad sobre los tiempos de esta historia.

Sobre la Gran Madre y las pequeñas madres

Esta mañana Piero no consiguió levantarse de la cama, tenía escalofríos y fuertes dolores de estómago. Es una lástima que no haya ido al cementerio, piensa Marina, porque hoy el altiplano resplandece: el cielo es de un azul luminoso y, en la lejanía, la montaña del Edén tiene un increíble color azafrán.

En el pequeño cementerio, el rito fúnebre es muy rápido. Un sacerdote bajito desgrana un breve discurso, del que Marina capta algunas palabras como «*alma*», «*culpa*», «*memoria*», «*eterno reposo*». Más allá de eso, la mujer sigue la ceremonia bastante superficialmente: educada en el catolicismo, pero no practicante, Marina ya no sabe rezar. Distraídamente balbucea un *requiem aeternam*. Solo un movimiento mecánico de los labios mientras la atención divaga. Su mirada no consigue apartarse de un gran monolito negro que representa a una madre gigantesca que estrecha contra sí a su hijo, como una de esas enormes piedras que dos días antes en Tiahuanaco la emocionaron, dándole la impresión de un símbolo potente. Pero entonces se erguía como una gran madre venerable, parecía agrandarse en una colosal respiración protectora. Es que Marina, como todos, se fascina por todo lo que permanece. Este monolito, en cambio, caído en una esquina del cementerio, le parece una imagen de la grandeza derrotada. Como un cadáver inmenso hundiéndose en el barro, signo de la fragilidad de todo, de una muerte que puede atrapar de improviso.

La fila de tumbas es flagelada por un viento frío que gime. El viento hace cantar las piedras, dijo Nicolás ayer a la noche, pero a Marina más que un canto le parece el último lamento por lo que resta de un Edén golpeado por el rayo.

A la vuelta del cementerio, Piero está peor. El médico del pueblo, por suerte, ha venido rápido. Nada grave, tranquiliza: probablemente le ha hecho mal algo que ha comido o bebido en el velorio. Prescribe ayuno y reposo, al menos por hoy. Como Piero pasará la tarde en cama, Vicente y Nicolás proponen a Marina ir al santuario de Copacabana para la bendición dominical de los «viajeros»: podrá visitar la iglesia, Nicolás aprovechará para pasar por su casa y cambiarse la ropa, Vicente hará bendecir la combi, que buena falta le hace, considerando la secuela de desgracias que ha marcado este viaje por el altiplano.

La combi avanza lentamente por la orilla del lago Titicaca. El azul intenso del cielo y del agua se alterna con el verde amarillento de las cañas de totora que, desecadas, sirven para fabricar las típicas embarcaciones de los pescadores. Entre el pueblito de San Pedro y San Pablo, el viaje se interrumpe para hacer una breve travesía en una balsa a motor. Marina aprovecha para bajar a estirar las piernas. La embarcación está atestada de mujeres con el traje típico: polleras largas bordadas a franjas y bombín negro sobre las espesas trenzas.

Pasado el estrecho, el vehículo enfrenta un camino en subida por paisajes del fin del mundo: pendientes empinadas sobre el lago, pequeñas terrazas escarpadas con cultivos de habas, caravanas de llamas. Mientras tanto, Vicente explica a Marina que lugares como esos, donde hay barrancos, cráteres y aguas profundas, son *Pacarinas*, lugares sagrados. Hacen una parada en el borde de un despeñadero para permitir que Marina tome fotografías. La mujer pregunta qué es un montículo de piedras claras rodeado de botellas y latitas, cerca de donde pararon. Le explican que se trata de una *apacheta*, una especie de altar para las oraciones a la Pachamama.

Nicolás enciende un cigarrillo y, luego de haberle dado una pitada, lo introduce entre las piedras como si quisiese darles de fumar. En un brasero improvisado con una

lata vacía quema algunas hojas de coca. Agita el recipiente delante de Marina y Alicia, para darles también a ellas la posibilidad de aspirar el humo; finalmente se dirige a los cuatro puntos cardinales, canturreando:

*Ay con mi lindo ay tabaquito,
ay con la yerba del buen querer,
ay con la yerba,
ay del sol,
ay con la yerba,
ay de la luna...*

Es el momento de una pequeña libación con el ritual de la *tinca*: Nicolás introduce tres dedos en un vaso de papel en el que sirvió cerveza y luego hace un movimiento con los dedos salpicando gotas de la bebida en los cuatro puntos cardinales: ofrenda de fe a los poderes invisibles que anidan en los montes y en el lago. Luego da el vaso a Marina y la invita a vaciarlo de golpe. Gestos antiguos: así se hace desde milenios. Quizás sea por la fascinación del lugar, suspendido entre el cielo y el abismo, pero la mujer tiene la misma sensación de liberación de los límites personales que experimentó la noche anterior cuando sintió la luz del Tigre luminoso penetrándola e inundándole el corazón.

De nuevo en la combi. Luego de una curva, aparece un monte con forma de pan de azúcar, sobre el semicírculo perfecto de la bahía de Copacabana, con el santuario de la Virgen Negra. El camino desciende en pendiente hacia el lago y lleva derecho hacia la plaza, delante de la gran iglesia colonial donde se amontonan ya decenas de automóviles, camiones y furgones, todos con los motores apagados, esperando la bendi-

ción dominical de los vehículos. Vicente se acomoda en la larga fila. Faltan dos horas para la ceremonia: tienen el tiempo del mundo para visitar el santuario.

Si afuera el blanco de la cal ciega, el interior de la iglesia resplandece con centenares de velas en torno al retablo dorado, en cuyo centro se destaca la estatua negra de Nuestra Señora de la Candelaria, Patrona de Bolivia, vestida como una princesa incaica. La fila de los peregrinos es larga y frenética: tiempo para una oración y ya salir, caminando hacia atrás, explica Nicolás, para no darle la espalda a la Virgen Reina.

Pero todavía no terminan. El hermano de Lita lleva a Marina a la parte posterior de la iglesia. Una puertita escondida lleva a un antro oscuro y despojado: una especie de túnel de roca negra que corre paralelo al santuario. En el fondo brilla otra estatua de la Candelaria: el rostro negro, con gesto de dulce aceptación, que parece susurrar palabras de consuelo. Que no se trata solo de una imagen sino una presencia real, capaz de escuchar y responder con un milagro, lo dice la actitud de las personas que llenan la oscura caverna: todas con los brazos extendidos en cruz, en el signo de la Gran Madre.

En el espacio angosto y oscuro de la gruta se extiende una mesa de piedra, como la de una pescadería, sobre la que decenas de personas encienden velas votivas. Los rostros y los gestos apenas se perciben a la luz vacilante de las llamas. El murmullo de los pasos en el piso húmedo y el rumor de las oraciones dan la idea de un leve chapoteo.

Nicolás, cuando la cera de la vela que compró comienza a derretirse, toma la mano de Marina. Ella deja que él le introduzca los dedos en los espacios entre los suyos, que ensancha y cierra. Nicolás le hunde el dedo índice en la cera y la ayuda a trazar en la pared la inicial de su nombre. Solo entonces Marina se percata de que por la roca húmeda de la gruta corre una fila de dibujos pálidos de cera de varios colores: figuras simples —una casita, un corazón, la huella de una mano— que representan un exvoto o un pedido de ayuda.

En la penumbra observa algunas mujeres acurrucadas en el piso con el bombín sobre los ojos, como si durmieran. Quizás han venido hasta aquí desde toda la Bolivia o del vecino Perú, para practicar un culto antiguo inmune a las divisiones artificiales dictadas por las fronteras, a pedir a la Gran Madre por un amor, el hombre lejano, una maternidad deseada desde hace mucho, el propio cuerpo dañado, el huerto que languidece. Escuchan con los ojos cerrados, que en esta oscuridad de antro oracular, la Virgen negra responde quizás con un susurro.

Por un instante Marina siente un escalofrío, un temor reverencial que quizás provenga de otras épocas del mundo, cuando los seres humanos todavía podían escuchar la voz de la divinidad.

En la plaza, la atmósfera de feria popular se ha ido acentuando. Marina y Nicolás se acercan a Vicente y Alicia, que mientras tanto lustraron y adornaron la combi como si fuese un altar: con guirnaldas de flores de la Santa Rita y de bignonia, cintas coloreadas de papel y de lana, velitas. En el centro del parabrisas Vicente puso una lámina en la que se funden las imágenes de la Virgen Negra con la de la Pacha Mama.

Nicolás destapa una botella de cerveza y rocía la trompa del vehículo: riachos de espuma corren por las juntas de goma, se deslizan por el vidrio y por la parrilla del radiador, goteando sobre el asfalto. Es la *ch'alla*, la ofrenda de alcohol, un ritual quechua para la Gran Madre. Entretanto, está comenzando la bendición. Un frailecito blanco pasa de un vehículo a otro con una cazuelita de agua bendita, usando un ramito de rosas rojas para esparcir. Al terminar comienza una espectacular explosión de bocinas y bombas de estruendo. Y un brindis de cerveza ofrecido a los participantes, que nadie debe quedar afuera de la fiesta, ¡que todos beban!

Alicia ríe, Vicente y Nicolás ríen: la Pacha Mama no los dejará solos. A su alrededor ríen las vendedoras de flores, de velas, de sopa de quinua y chauchas. Ríe toda la plaza. Hasta Marina es contagiada por la algarabía. Que reír acompañado es mejor que hablar la misma lengua: o quizás la risa sea el maravilloso lenguaje originario.

La italiana bebe cerveza sintiéndose culturalmente torpe. Piensa que seguro los europeos han elegido otro camino para progresar, pero quizás no han logrado ser más felices.

Volvieron de Copacabana cansadísimos. Afortunadamente, Piero está mejor, aunque en cama. Igualmente, mañana por la mañana partirán temprano hacia La Paz donde podrán encontrar, si es necesario, asistencia médica más adecuada. Marina se acuesta temprano aunque no consigue conciliar el sueño: lo vivido en el día le da vueltas en la cabeza.

En su duermevela Piero advierte que Marina lo llama. La voz de la mujer tiene un tono tan insólito que lo despierta. Pero no responde enseguida.

Piero ¿estás despierto?

Siente que ella se ha acercado y que le pone una mano en la espalda. Luego un silencio que parece definitivo: quizás ya se ha dormido.

Escuchá, Piero, yo quisiera...

Marina se ha apoyado sobre el codo y se ha interrumpido a mitad de la frase, como frente a un pensamiento que no consigue tomar forma. En ese instante la ventana se abre de golpe por una ráfaga de viento y un estruendo sordo que llega de Tiahuanaco, a muchos kilómetros de distancia, invade el dormitorio. Las piedras del Edén cantan, piensa Marina con una leve sonrisa.

Escuchá, Piero, quizás pareceré tonta, pero quisiera... Escuchá ¿no te parece que podríamos hacer algo por ellas, por Alicia y Carmen Rosa?

Ahora es Piero el que se levanta para sentarse en la cama, tratando de descifrar la mancha oscura del cuerpo de Marina en la penumbra de la habitación.

Piero, ¿no sería lindo?

El tono de voz con el que Marina pronuncia esas palabras lo turba. Suspira, se vuelve a acostar y balbucea que está cansado.

Ayer es hoy

11

Ayer

el tuyo, madre, no era un simple dolor, sino un resentimiento que rebosaba e inundaba el mundo entero. Echabas toda la culpa al Cesare, tu padre ausente. De él dependía si eras infeliz. Pero también el Cesare —como todos los hombres que ayer dejaron sus familias al otro lado del océano sin posibilidad de retornar a la patria— sufrió. No hay, sin embargo, una palabra que resuma la condición del Cesare. Vos, madre, perdiste un padre, por ello te definiste huérfana. Pero el Cesare te perdió a vos, aunque no haya una palabra que defina su luto: hasta en el diccionario falta la palabra para definir a un padre que pierde a sus hijos. El dolor del Cesare no puede nombrarse. Hay un vacío.

Hoy

las inmigrantes en Italia padecen no solo la fatiga del trabajo en una tierra extraña sino también la nostalgia y hasta un cierto sentimiento de culpa... Su dolor tampoco tiene nombre. Aun justificando la lejanía —lo hago para que mi familia tenga un futuro mejor, para que mis hijos puedan estudiar o comer carne todos los días, para que puedan comprarse un auto o un celular— viven como mujeres que solo pueden ofrecer a sus hijos leche negra. Como en el cuadro de Segantini, *Las malas madres*, donde una mujer pende de los cabellos de una rama espinosa sobre un fondo helado, casi como si fuera un fruto que destila veneno, Pero Lita, Gladys, Raymunda y las otras no son las «madres desnaturalizadas» que abundan en los cuentos.

Ayer

los emigrados italianos se cansaron de inventar en las cartas una fortuna imposible. Comenzaron a espaciar los mensajes y finalmente no escribieron más. Aprendieron a olvidar. Los rostros de las esposas, las enamoradas, los hijos, los afectos que en los primeros tiempos de separación los habían hecho palpar de nostalgia, incluso las palabras de la lengua materna, todo comenzó a borrarse. Dieron vuelta la página, se volvieron mericanos bajo otro cielo.

Ayer

el Firmino, que había dejado en Italia esposa y tres niños, volvió a formar familia en Mendoza y trajo al mundo otros tres hijos argentinos, a quienes dio los nombres de los que había dejado océano de por medio. De vez en cuando se le escapaban las lágrimas, sin motivo aparente. A quienes preguntaban el porqué, les respondía que sentía nostalgia por los tres *hermanitos* dejados en Italia. Pero no decía la verdad: que no se trataba de hermanitos sino de tres hijos italianos abandonados. La culpa lo torturaba... Uno de sus hijos mericanos

hoy

me cuenta la historia del Firmino comenzando con estas palabras: «Mi padre era un hombre muy triste».

Ayer como hoy

está el sufrimiento profundo de quien parte y el del que queda. Pero el que parte pierde, quien se queda pierde más. Por eso la Lita tiene más ventaja respecto a su hija Carmen Rosa. No solo porque es más grande y por eso más corajuda, sino también

porque quien parte tiene una energía y una esperanza superior del que se queda, del que es abandonado. Por esto, vos, madre,

ayer

partiste. Tenías cuarenta años cuando decidiste viajar a Buenos Aires. Todos te decían que era una decisión extraña. ¡Habrased visto! ¿Que una mujer abandonada alzase la cabeza? ¿Por qué querías buscar al Cesare? Después de todo era un desconocido. ¿Por qué ir a desenterrar un hombre que nunca fue un padre, del cual no tenías ni el recuerdo de una mano que te acariciase la cabeza o de espaldas que te hubieran hecho caballito? Porque tenía tu misma sangre, respondías, y ese viaje te nacía de las entrañas Porque era lo único que valía la pena hacer en la vida. Porque querías mirar de frente esa tierra maldita que te había robado el padre... Fue un hecho realmente extraordinario, fuera de toda norma: ninguna mujer del pueblo lo había jamás intentado. Yo te seguí en lo que, a mis quince años, me pareció una gran aventura: el concepto de exilio era para mí, en aquel tiempo, una noción vaga, que la patria era el mundo entero. No me daba cuenta todavía que estaba repitiendo en ese momento el paso que antes de mí habían cumplido todos los que habían partido buscando la Mérica. O mejor, no había comprendido todavía que emigración es separación de las familias y sobre todo no había experimentado aún lo que se siente vivir en un país extranjero, hablar otro idioma con un acento que no será nunca perfecto, confundir en la mente lugares y palabras.

Comencé a entenderlo solo el día de la partida, que recuerdo minuto a minuto: el tumulto en el puerto de Génova, un tumulto de gente, baúles, valijas, grúas en movimiento, que completan la carga del transatlántico *Augustus*... Recuerdo las altas bóvedas del puerto, el control del pasaporte y de la documentación sanitaria, luego la salida al sol, la lenta subida por la pasarela, el acomodar las valijas en el camarote.

Faltaba poco para el mediodía cuando los altoparlantes avisaron que las pasarelas iban a ser retiradas y que para los visitantes había llegado el momento de descender. Vuelvo a vernos, tú y yo, abriéndonos camino con esfuerzo por el puente lleno de gente... sí... me asomo por la balaustrada para dar un último saludo a los parientes que quedaron en el muelle. Y justo en ese momento la pequeña orquesta del barco que comienza a tocar

*Ciao ciao, bambina,
un bacio ancora
e poi per sempre
ti perderò...*

Una gran confusión. Ya levantaron la pasarela. A mi alrededor todos agitan pañuelos. Unos empleados distribuyen serpentinas, desde todos los rincones del puente los brazos se lanzan para arrojarlas con desesperación a los parientes que están abajo en el muelle mientras las manos de amigos y parientes se extienden para alcanzar las serpentinas que he lanzado... El significado de la partida de un transatlántico se concentra entero en la imagen de esas tiritas de papel coloreado que unen por unos minutos a quienes parten y a quienes se quedan. Pronto las chimeneas del barco empiezan a resoplar, suena la sirena. El transatlántico se separa del muelle, las serpentinas se cortan, siento que algo se rompe dentro mío, en las entrañas. Y vos llorás, madre: es la primera vez en mi vida que te veo llorar. Pero yo, esa mañana de hace casi cincuenta años, solo podía darte la mano, apretártela, no tenía palabras para consolarte.

Ves, en aquel momento, mientras el transatlántico *Augustus* salía del puerto y Génova se iba perdiendo de vista, sentí por primera vez con claridad que la nostalgia es

una impotencia: como un brazo que no llega a tocar nada concreto. Después, cuando llegué a América, te vi no solo como madre. No solo como quien exigía obediencia, prohibía, callaba o me daba un sopapo. Eras otra: una persona que esperaba poder empezar de nuevo y en esos días hasta lo declarabas abiertamente. Traeré de vuelta al Cesare a Italia, decías, la Giovanna lo volverá a ver, seremos una verdadera familia.

Sobre la herencia

Lunes a la mañana. Desde la puerta abierta del cuarto de la abuela, se alcanza a ver el lecho vacío. En la cocina, Piero y Marina beben a sorbos el mate. En una esquina su bolso de viaje está listo. Alicia bebe ruidosamente de la taza, de vez en cuando palpa el juguetito electrónico.

Nicolás entra sacudiendo la campera empapada. Sonriendo dice a Piero que pronto vendrá Vicente.

Carmen Rosa parece más nerviosa que lo usual. Se acerca a la cuna donde duerme Daiana, sacude a su hija para despertarla, le da algunos golpecitos. Viendo la cara asombrada de Marina, balbucea a modo de excusa que ya es hora de amamantarla.

Marina no puede contener un gesto de desaprobación, le dice que los niños saben regularse mejor que nosotros. Si duermen, lo mejor es dejarlos reposar tranquilos.

Carmen Rosa replica secamente que la niña es suya: por eso lo que ella decide no se discute. Luego se va al que era el cuarto de la abuela con Daiana en brazos. Cierra violentamente la puerta la que sin embargo vuelve a abrirse. Se sienta sobre el que fue el lecho de la anciana y comienza a desabrocharse el suéter para amamantar. Su rostro está ceñudo. Mientras amamanta a Daiana refunfuña y lanza miradas feroces a Marina, quien, de pie en la cocina, la mira boquiabierta. Carmen Rosa dice en voz alta que le molesta que miren a «su» bebé mientras ella la amamanta. Resopla y se la agarra con la niña porque en su desesperación por chupar agita las manitos y los pies.

Mirando a Marina, grita que, si pudiera pedir un deseo, quisiera que Daiana volviera a su panza.

Sería lindo, ¿no? Si Dios nos hubiera hecho distintos. Si los bebés pudieran estar en la panza *de la mamá mucho pero mucho tiempo*, y luego nacer cuando ya son grandes... *¿No es cierto?*

Alicia y Carmen Rosa ya no llevan luto. Miran desde la ventana a Piero y Vicente ocupados junto al vehículo. La niña aprieta la mano de la hermana, le pregunta cuán lejos está Milán. A la respuesta de Carmen Rosa, que está lejísimo, Alicia sigue:

¿Y no pueden llevarnos? pregunta con ansia: si la combi es tan grande, hay mucho espacio también para ellos.

Carmen Rosa mira a la hermanita con tristeza: no, los dos italianos no nos pueden llevar a Italia, no es una cuestión de espacio... Para viajar se necesitan pasaportes, en la frontera no nos van a dejar pasar, *porque no tenemos documentos*.

Pero Alicia no se da por vencida: ¿no podrían, las dos, acurrucarse debajo de los asientos? ¿O quizás en una valija grande?

Carmen Rosa lanza a su hermana una mirada burlona. ¿Es posible que no entienda que son demasiado grandes para esconderse? Pero Alicia no se convence. Piensa en la historia de *Alicia en el país de las maravillas*, a ella le basta un sorbo de poción mágica para volverse tan minúscula como para acurrucarse en el bolsillo de una campera.

Si lo hiciéramos como Alicia en el país de las maravillas, suspira Alicia con la inocencia de la fantasía... Esconderse en un bolsillo. Que seguro que en los bolsillos *los policías no van a mirar*.

La niña suspira. El rezongo de la hermana le cae en lo profundo del corazón con toda la amargura de la realidad. Se saca un broche rojo de las trenzas y lo hace girar nerviosamente con los dedos. Se acerca a la campera de Piero colgada en el respaldo, la acaricia.

Ayer es hoy

12

Hoy

Lita va hacia la puerta ventana del balconcito, la abre y enciende un cigarrillo. Dentro de poco deberá preparar la sopa de fideos para la señora Colnaghi. A lo lejos, más allá de la placita detrás del edificio, se siente el traqueteo de un tranvía. *El mundo sigue andando*. Aunque ella no estuviera —si, por ejemplo, partiese de Milán y volviera a casa; o incluso si desapareciera— la vida, allá fuera, continuaría: los transeúntes que corren a casa para cenar, la parejita que se besuquea, el viejo que pasea su perro, los chicos que vuelven del gimnasio con los bolsos en las espaldas, los árboles despojados de hojas. En esta placita de Milán que es cualquier sitio y todo sitio. Las caras de los que pasan, con el correr de los años se irán arrugando, la muchachita será abandonada apenas le confiese al novio que está embarazada, el perro terminará debajo de un tranvía, el viejo se enfermará y ya no podrá salir para su paseo de la tarde. Como todo se marchita a simple vista, piensa Lita: Milano me hace mal, estoy agria, cuando vivía en Bolivia no era así... Pero ellos, allá afuera, no están todavía perdidos. Esos chicos que sueñan con llegar a ser campeones no están todavía perdidos. El jubilado que acaricia su perro mestizo como si fuera el perro más hermoso del mundo, y quizás para él sí lo es. Los árboles que ahora están pelados, en primavera se llenarán de hojas... Por un instante piensa en este mundo con ternura, como si sintiera dentro de sí la suavidad de los ricitos rubios que la chica echa hacia atrás cuando besa a su enamorado, la caricia del jubilado en el lomo del perro, un brote sobre un tronco, la primera estrella de la noche. Es necesario seguir adelante, piensa.

Hoy

la pequeña Daiana no sabe todavía que no tendrá una vida fácil. Fue concebida por casualidad, en uno de esos amoríos de quinceañeros, que surgen del deseo sexual o del miedo a estar solo. Creció en la panza de Carmen Rosa, chupándole el calcio y la vitalidad. Cuando la bolsa se rompió, llegó la bienvenida cruel de la cachetada en la colita, el frío del agua de la canilla en la cabecita, el paño de lana que le secaba los mechoncitos de cabellos negríssimos. Se encontró en los brazos de una Carmen Rosa asustadísima: pezón en la boca y vía, a chupar. Las vecinas se alegraron o suspiraron, alguien la alzó bien alto, el mundo era desagradablemente luminoso, alrededor un remolino de rumores. La hermanita de la mamá le dio un pellizco, solo para ver su reacción. La pesaron: dos kilos y medio, valía poco. La pusieron en la tibieza de la cuna con la aspereza del pañal y lo duro del alfiler de gancho. Le sacaron la primera foto donde lloraba... ¿Qué puede hacer una pequeñísima Daiana por una Carmen Rosa que se siente culpable y torpe? Una Carmen Rosa nerviosa porque llorisquea en vez de dormir. Una Carmen Rosa que la masajea con chicha para hacerla más robusta. Una Carmen Rosa que le pone un diente de ajo para defenderla del mal de ojo... El mundo por ahora no es más que el olor agrio del ajo, un dolor agudo porque se golpeó la frente contra un armario cuando Carmen Rosa la levantó distraída, el frío de una moneda apretada contra el chichón.

Hoy

Alicia merodea alrededor de las valijas de Piero y Marina, que están por partir. Sería lindo esconderse en el bolsillo de su impermeable, como haría la Alicia de las maravillas; viajar escondida hasta su ciudad donde trabaja la mamá, poderla abrazar, dejarse acariciar por ella... Ahora que no está la abuela, Alicia tiene miedo.

Ayer, casi hoy,

la primera noche que pasamos en Buenos Aires fue para mí totalmente angustiante. Recuerdo nítidamente el departamentito en el tercer piso de un residencial en la esquina de avenida Córdoba y calle San Martín, donde nos alojamos. Me vuelvo a ver asomada detrás de la balaustrada del balconcito de la esquina, mirando una ciudad silenciosamente espectral. Que el día antes fue el golpe del general Onganía y hay estado de sitio y el semáforo vigila esta noche una esquina desoladamente desierta. De repente, percibo un estruendo sordo más allá de los muros del convento de Santa Catalina: con un sexto sentido, más preciso que el oído y la vista, intuyo que está por suceder algo espantoso. De hecho, desde el fondo de la avenida que sube por el Bajo aparece un tanque militar, luego otro, otro más todavía: avanzan con lentitud hasta llegar debajo del balcón en el que me escondo en la oscuridad. Uno de los tanques gira amenazadoramente el cañón hacia las casas contiguas. Miro como hipnotizada. Me estremezco, con la intuición de que no me esperan días fáciles. Una voz angustiada grita dentro mío, tendría ganas de entrar en el dormitorio y preguntarte, madre, qué vinimos a hacer aquí, qué hacemos en este país que siento extranjero y hostil, decirte que todavía estamos a tiempo, el barco zarpa dentro de tres días, quizás logramos encontrar un lugar para volver a Italia rapidísimo... Pero, cuando dejo el balconcito y entro en la habitación, me limito a tirarme en la cama, volteando la cabeza hacia la pared, sin decir nada. Que no encuentro palabras para explicarte mi desaliento. Y sé que si hablase no me lo perdonarías jamás.

Ves, madre, a veces en sueños, después de tantos años, revivo aquella noche con perfecta claridad. Como si aquel momento hubiera dividido netamente mi vida en dos: de un lado, la infancia, los sueños, la inocencia, Italia; del otro, los días oscuros que me tocará recorrer, el tiempo que me queda por vivir. Esa noche permanece en mi corazón como un abismo.

Ayer

al día siguiente de aquellas horas de inquietud comencé a escribir, por primera vez, un diario. Para no esconderme nada a mí misma. Para no estar obligada a hablar con vos. Refugiándome en la escritura con la pasión de quien tiene miedo de tener que lidiar con secretos que pesan. Después, cuando encontraste el cuaderno lo destruiste, y, es más, me obligaste a rescribir un informe domesticado de aquel viaje.

Ayer

aquellas palabras, que dieron vueltas en mi memoria por años, vuelven. El círculo está por cerrarse, madre.

Sobre lo imposible

El mecánico se limpia las manos con un trapo, después de cerrar el capó. Vicente enciende el motor y hace la Ve de la victoria con los dedos.

Para evitar la incomodidad de los adioses que se eternizan, Piero y Marina van rápidamente hacia la combi con el bolso de viaje. Nicolás, Alicia y Carmen Rosa están en la puerta.

Suben. Marina, en el asiento del copiloto, hace un último gesto con la mano, sonriendo. El vehículo se aleja. Los contornos de la casa de Lita pierden nitidez en la pantalla del vidrio rayado por la lluvia que está empezando a caer de nuevo.

Sigue el ruido monótono del limpiaparabrisas y la panorámica de la ruta larga y recta. Piero trata de relajarse. Mete la mano en un bolsillo para buscar los cigarrillos y encuentra el broche rojo de las trenzas de Alicia, envuelto en una hoja de cuaderno enrollada. Se lo muestra a Marina.

¡Mirá lo que me puso esa bobita en el bolsillo!

Sacude la cabeza, baja la ventanilla y lo tira.

Marina mira boquiabierta al marido.

¿Pero qué hacés? ¡Era el broche de Alicia!

Abrió los labios, la voz es un hilo, el enojo se le endurece en la boca... Viendo que Piero se encoje de hombros y se ríe, siente que le falta el aire. Un relámpago: la idea de pedirle a Vicente que pare y volver a recogerlo... Sí, pero ¿quién lo encontraría en esta inmensidad de piedras, bajo la lluvia... que ha vuelto a diluviar?

Apoya la espalda contra el asiento, cierra los ojos.

Ayer es hoy

13

Ayer

vos, madre, te animaste a hacer lo que las abandonadas de tu época no osaban hacer: fuiste a enfrentar a quien partió y no respetó las promesas. Exigías que dejase la casa y la vida que había construido, la mujer extranjera que lo había acompañado por cuarenta años. Exigiste que volviera a Italia con la mujer legítima, viuda blanca por un tiempo igualmente largo. Sostenías que el Cesare te debía este sacrificio, como reparación. Habías vivido preparándote para esto. Toda tu vida te habías sentido ofendida, ocultando un deseo de revancha: habías soñado el momento del ajuste de cuentas con el Cesare, lo habías esperado como se espera el momento oportuno en las vueltas de la vida. Y escribo estas palabras como si solamente ahora me diese cuenta plenamente de la enormidad de tiempo que significan cuarenta años.

Hablabas de resarcimiento, pero yo tenía la impresión de que la palabra justa era venganza. Alardeabas de tu odio hacia la otra y se lo reprochabas al Cesare de manera visceral. No querías admitir que él no había tenido elección, te habías acostumbrado a interpretar su decisión de quedarse en América como traición a una promesa. Solo una noche, sentada frente a la mesa redonda de aquel departamentito de Avenida Córdoba, te vi vacilar, ante la duda de estar cometiendo vos también una injusticia. Nuevamente vi brillar las lágrimas en tus ojos, mientras me pedías un consejo.

A menudo me pregunto por qué te dirigiste a mí, que en el fondo era solo una chiquilina. Ahora lo sé: porque vos y yo siempre fuimos iguales. En los rasgos físicos por cierto no, salvo quizás en la sombra negra de los ojos, pero sí en la sed de justicia

y la crueldad contra nosotras mismas. Que, como solo las personas con el mismo grupo sanguíneo pueden donar sangre, así entre almas puede haber ayuda solo si son fundamentalmente iguales: vos lo sabías.

Pero en aquel tiempo yo no lo entendía: había un abismo entre nosotras, a causa de mi edad y por nuestras experiencias diferentes, madre. Entre salvar a la Giovanna o a la Rosa, naturalmente la elección para vos era obligada. Yo, en cambio, no habiendo sufrido en mi piel el peso del abandono, veía la cuestión de manera diferente. Sin contar que era pequeña: quince años son realmente pocos para asistir sin pestañear a la separación forzada de un hombre y una mujer.

La otra, la Rosa, yo la conocí: me mandaste a conocerla, porque no querías encontrarla personalmente. Me encontré ante una persona temerosa ante la perspectiva de perder a «su» hombre. Me sentí hundir en lo incómodo y la soledad.

Me vienen a la mente dos historias que me contaban en casa cuando era niña: cuentos terribles y opuestos, de amor y desamor de parte de las madres. En la primera fábula un joven, queriendo darle a la mujer amada la prueba de su amor absoluto, mataba a la madre, le arrancaba el corazón del pecho y corría a dárselo a su novia, pero de camino resbalaba, caía en una fosa y se quebraba las piernas, en ese momento el corazón de la madre asesinada cobraba voz y preguntaba con ansiedad al hijo asesino: «¿Te has hecho daño hijo mío?». En la segunda, en cambio, en la cabecera de la cama de un joven gravemente enfermo había una madre doliente que invocaba a Dios para que la hiciera morir en lugar de su hijo; pero cuando la Parca entró en la habitación y levantó la guadaña sobre ella, se echó para atrás y, es más, apuntando el índice hacia la cama del hijito gritó: «¡Parca, que el enfermo es él!». Por años este último cuento me aterrorizó: me imaginaba con todo detalle la consternación en los ojos del hijo, la sensación de angustia que debía haberlo invadido

al ver el índice materno apuntado hacia él. La historia parecía decirme confusamente que entre padres e hijos es difícil toda herencia positiva: que quizás solamente en la infancia podemos tender una mano esperando aferrar otra —la mano de mamá o de Dios— pero después, siendo adultos, si se tiende una mano, llorando o rezando, se encuentra solo el vacío. Las manos que quisiéramos que nos salvaran, o por lo menos nos consolaran, no existen: la soledad es completa.

Aquel viaje a América nos dividió, madre: la soledad en que me hundí me ha acompañado toda la vida. Y tuve que llegar a ser más vieja de lo que vos llegaste a ser para poder contar, aunque con restos de reticencia y dolor, el momento en el que me alejé de vos.

*Ayer es hoy,
lejos es cerca.*

Por eso ahora me inclino hacia vos para un abrazo. Hoy que tu voz de tanto en tanto es la mía. Hoy que he envejecido tanto que, si vos regresaras del más allá, sería tu hermana mayor. Hoy que he escrito estas páginas para jugar con el tiempo, como si preparara un plato del ángel, madre, para vos.

Tirurué¹

Traducción: *Adriana Crolla*

A veces, sobre todo cuando de noche camino insomne de una habitación a otra, me parece escuchar un crujido rítmico que me sigue. Creo que es por culpa de las altas bóvedas de la casa medieval donde vivimos. Intenté hablarlo con Nicola que, como buen pragmático, lo explica en relación con los problemas de mi reciente sordera, y quizás tenga razón, tendría que hacer una visita al médico.

Sin embargo la otra noche, escuchando aquel extraño murmullo, pensé en un potente batir de alas y me vino a la mente un nombre, Tirurué, que había absolutamente olvidado.

Tirurué... ni bien pronuncio esta palabra, siento otra vez mi cuerpo de quinceañera, apenas llegada a la Patagonia. Recuerdo mi desconcierto de aquellos días, cuando mi nono me puso un fusil en las manos diciéndome: «Aquí no es como en Europa. Aquí uno está solo, y habrá ocasiones en que no podrás pedir ayuda a nadie. En ese caso esta cosa podría salvarte».

Es verdad que la Patagonia era otro mundo para una quinceañera apenas llegada desde Italia: demasiado viento, demasiadas piedras, demasiada soledad, demasiado de todo. La cabeza me explotaba a veces, me faltaba el aire si pensaba los kilómetros desde casa a donde había recalado. Que mi nono vivía en un mundo aislado; los únicos vecinos eran, a una decena de kilómetros, un pueblito mapuche enraizado en las piedras, y, más al norte, la villa blindada de un alemán que tenía un pasado que esconder.

1 *Tirurué* en *Smemoranda* 2003, Roma: Gut Ed.

Quizás por esto, para que la soledad de ese desierto de piedras me pesara menos, me fue dado Tiruqué: era un pequeño halcón de la familia de los caracara; mi nono lo había traído a casa herido, dejándolo luego a mi cuidado. Lo alimentaba con pedacitos de carne cruda y aprendió lentamente a volar. Un día después de otro terminó por habituarse a mi presencia: me reconocía, saltaba sobre mis hombros, me daba largas charlas silbándome en los oídos cuando le hacía mimos acariciándole las plumas oscuras y suaves del pecho. Lo recuerdo en el acto de extender el ala para acicalarse las plumas con el pico, o cuando, haciendo saltitos por delante mío, me miraba primero con un ojo y luego con el otro, torciendo la cabeza.

Poco a poco se había repuesto, con las alas que se hacían más grandes y orladas de blanco, se abandonaba a largos vuelos, pero regresaba siempre a mí. Fui yo quien le dio el nombre de Tiruqué, por el sonido que repetía silbando.

Se convirtió en el compañero de mis caminatas; me hacía sentir a veces una privilegiada, como aquellos señores de castillos medievales de los libros de aventuras que tanto amaba, aquellos antiguos caballeros que circulaban por los bosques con los halcones aferrados al brazo. Tanto más que me habían dicho que en la mitología mapuche, cada pájaro rapaz era sagrado, un símbolo del dios del viento, al que se le hacían libaciones de tabaco y cerveza.

Tiruqué y su lento y rítmico batir de alas, cuando se alzaba en vuelo... ¡Cuánto tiempo que no había pensado en eso!

Sucedió una tarde en que me había alejado demasiado de la casa de mi nono, adentrándome en un sendero apenas visible entre las piedras. Con manchones de nieve en los laterales sombreados de la pendiente. No tenía armas conmigo, el fusil me daba fastidio: me pesaba, no me sentía cómoda. Perdida en mis habituales sueños, con los ojos abiertos, parlotando sola con amigos inventados; y naturalmente con

Tiruruqué, que volaba alto y majestuoso sobre mí, en círculos y a veces desaparecía tras el perfil de un montículo de rocas para reaparecer después.

No creo que hayan visto jamás los desiertos de Neuquén: tierra dura y estéril, el cielo azul y vacío, más cercano que en cualquier otra parte del mundo, que parece que se pudiera tocar. Cantinas de piedras donde domina el viento, cuyo dios es representado por los indios del lugar con aspecto de halcón. Y si hubiesen visto a Tiruruqué lanzarse hacia ustedes batiendo lentamente sus grandes alas, seguro hubieran comprendido el porqué.

De pronto, en una parte del sendero donde había perdido de vista al caracara sentí un disparo detrás de la colina. Corrí, presintiendo lo peor. En un recodo, sobre una ancha piedra negra, Tiruruqué estaba tendido, con las alas en cruz. Un poco más arriba un hombre, campera de piel, botas negras, gorro con visera, anteojos oscuros. Me sobresalté cuando, como en una película, metió las manos en el cinto y sacó una pistola de cierto tamaño.

Recuerdo el tono de su voz dura, más bien ronca, acento extranjero: «Quieta, no te muevas. Por aquí no se pasa. Si avanzas, disparo».

No dudé en creerle, pero por uno de esos extraños misterios de la mente humana no sentí ni una pizca de miedo. Conservo nítida la escena en la mente: el hombre con la pistola, el caracara tendido sobre la roca, en los vértices de un triángulo. Fue en ese instante que sentí el sonido —tiruruqué... casi un lamento de notas debilísimas— que provenía del caracara, el que evidentemente no estaba muerto. Fue un instante: como si todo aquel valle perdido, las cimas nevadas de los volcanes andinos, el viento, las rocas negras y rojas, se introdujeran mágicamente en el triángulo para romperlo.

Naturalmente no hice estas reflexiones en aquel momento. Apenas las hago ahora, lejos de toda amenaza. Entonces, simplemente, respondiendo a un impulso insensato, del que no me habría creído capaz, desobedecí y avancé hacia la roca donde

el pájaro yacía sangrante. «Este caracara es mío» dije, y temblando, lo tomé delicadamente entre mis brazos.

El hombre me estaba apuntando, pero no se movió. Y entonces se me ocurrió otra loca acción, que, pensándolo ahora, me da vértigos. Porque alcé los ojos hacia el hombre con la pistola y luego de haberlo mirado con desprecio, pregunté en tono inquisitorial, como si fuera una señora de un castillo medieval que, ofendida, indagara a un intruso en sus posesiones: «¿Qué hace dando vueltas armado, por estos lados?» Frase que ahora me resuena, y estoy segura que así fue, como la cosa más absurda y peligrosa que podría haber dicho. Pero en aquel momento desde el alma, desde el más escondido pliegue donde se esconden las palabras que pueden terminar por perdernos, me salió la pregunta.

El hombre respondió que era un guardián. Un policía privado. Comprendí de inmediato que se trataba de uno de los guardaespaldas del famoso alemán que ninguno en la región osaba nombrar. Lo que sirvió para volver a inflamar mi rabia.

Un hombre grande y gordo que amenaza con una pistola a una muchacha de quince años, mastiqué entre dientes. Un prepotente que dispara por juego a un caracara. Un gringo que no respeta a un animal sagrado... Vergüenza. Acusaciones llenas de veneno, masculladas con rabia mientras me alejaba con voluntaria lentitud, porque no quería darle al tipo la satisfacción de pensar que yo le tenía miedo. Empantanándome un par de veces en las piedras que afloraban en la nieve, pero apretando fuertemente contra mí al caracara helado que respiraba con fatiga. Sintiendo el ojo del hombre fijo en mis espaldas. Imaginando la pistola apuntando.

Tiruqué murió un par de horas después, había perdido mucha sangre. Aquella tarde permanecí en pie por un rato frente al espejo de mi habitación, intentando recuperar el calor, tratando de volver en mí y al control de mi cuerpo, que el miedo me había robado.

Confieso que antes de que oscureciera tomé el fusil y disparé como una loca en el patio contra el objetivo que mi nono me había construido para ejercitar.

Con la rabia de una persona herida. Con los ojos que las lágrimas me hacían arder. Recuerdo todavía con nitidez, como si hubiera ocurrido una hora atrás, los golpes del percutor y como de pronto me sentí mejor: el calor iba retornando. A Tiruqué lo enterramos bajo un peral: «Cuando en la primavera despunten los primeros brotes y el viento pase acariciándolos, seguramente se sentirá su voz» dijo mi nono para consolarme. Pero la primavera siguiente yo ya no estaba allí.

No podía dormir, salí a caminar bajo el pórtico de arcadas de nuestra vieja casa, apenas iluminado con la primera luz. Volví a sentir este cauto rumor, como un murmullo rítmico. Y pensé en el batido de las grandes alas de color oscuro que la sombra de las columnas disimulaba. Imaginé que Tiruqué seguía mis pasos en una suerte de fidelidad más allá de la muerte. Caminé en el alba con su acompañamiento silencioso.

El huevo de Gertrudina

Traducción: *Gabriela Romairone*

El color del silencio¹

Por ello, si bien en diferentes estados de ánimo el hombre se complace en simbolizar con el blanco tantas cosas delicadas o grandiosas, ninguno puede negar que en su más profundo e ideal significado, la blancura evoca en el alma como un extraño fantasma.

Herman Melville, *Moby Dick*

La luz oblicua del día invernal abandona la pequeña celda blanca. La vieja monja levanta la cabeza de una hoja que apenas ha terminado de leer. Todos la han abandonado; ¿cuánto tiempo será necesario todavía para que ella misma termine de abandonarse?

Se queda inmóvil sin distraer los ojos de la ventana, mirando el día transformarse en noche. Aprieta entre los dedos un pañuelo con el que se ha secado las lágrimas, la sombra poco a poco la envuelve.

Llaman a la puerta, entra una monjita muy joven que se asombra por la oscuridad que reina en la habitación. Enciende la luz y advierte: «Sor Assunta, hay una llamada para usted. Sus parientes...».

¹ «Il colore del silenzio» en *L'uovo di Gertrudina*, Parte I, cap. I, Italia: Rizzoli, 2003, pp. 11–81.

[Traducción: Gabriela Romairone].

La vieja monja abre la boca para hablar, oye al reloj de la iglesia dar las cinco y no responde; los labios entreabiertos. Desde hace meses todo le provoca cansancio: las visitas ocasionales, el minúsculo horizonte más allá de la ventana donde su vista se siente prisionera. «Apaga la luz» dice al final.

La joven la mira con sorpresa, la mano insegura se niega a moverse; luego obedece. Hay un breve momento en el que los ojos de las dos mujeres se acostumbran a la oscuridad. La joven monja repite: la llamada, los parientes están todavía en línea...

«Dile a esa gente que no quiero hablar. No tengo nada más para decirle a nadie. Eso es todo», la voz de la vieja es incolora.

Cuando después de un momento de duda la otra sale de la celda, sor Assunta sacude la cabeza y mira nuevamente la hoja que tiene entre las manos. Murmura un nombre. Desde hacía mucho tiempo no se sentía así sola y extenuada: de ahora en más tendrá la edad de su silencio.

En la cabeza continuaba rondándome esta escena, mientras iba hacia el punto más meridional del continente sudamericano. A mi alrededor solo el frío, un viento que obligaba a cerrar los ojos; por momentos asomaba el sol, pero era glacial. En el desmesurado pedregal llamado Península Brunswick, bajo un cielo sombrío que bajaba hasta aplastar la tierra, me pareció de repente que hablar de alto y de bajo, de lejos o de cerca, no tenía más sentido. Caos, era la palabra que me afloraba en la mente; el silencio de la soledad originaria, los brazos que se cerraban para preservar el poco calor del cuerpo. Pues me sentía míseramente pequeña entre aquellos valles en los que no formaban una mancha de color ni siquiera los rebaños de ovejas que pastaban mechones de hierba floja.

El camión trajinaba por senderos que se distinguían apenas, entre líquenes y hierba encrespada, levantando detrás de sí una nube de polvo. Una zorra nos escudriñó

cautelosa, unos ñandúes encogieron el largo cuello, asombrados. Más allá de una alta mina de carbón a cielo abierto, surgió el mar del mismo color acerado del cielo; el deslizarse de los dorsos negros de los delfines australes; un viento que al verlo parecía azulino. Y además, pingüinos hasta donde se perdía la vista: nadaban ágilmente como peces, emergían en grupo de las aguas como materializándose por obra de magia; y pronto se transformaban en rechonchos pájaros desgarbados listos a bailotear en fila india hacia la costa arenosa perforada por madrigueras. Más allá, sobre una roca aislada, una pareja de lobos marinos, secándose el pelo brillante de sus corpachones, nos dirigió perezosamente la mirada, con la calma de los inmortales.

Hice dedo en el km 12 del camino en las entrañas de Otaway. El chofer estaba asombrado, dijo que allí nunca llegaba nadie. Me preguntó de dónde venía, y al sentir que nombraba a Italia, chasqueó la lengua complacido: evidentemente, para quien como él vivía en el estrecho de Magallanes, Europa era una especie de legendario y remoto El Dorado. Contó que varios de sus amigos habían escapado a Italia durante los años de la dictadura, me señaló incluso cinco o seis nombres, casi con la esperanza de que yo hubiese tenido ocasión de encontrarlos o frecuentarlos.

Algo turbada respondí que no, en Italia no conocía a ningún chileno que se llamase así; lo noté desilusionado.

El camión dejó el último tramo de cemento del camino y comenzó a alejarse hacia desiertas colinas de arena negra. El frío me atería y claro, no facilitaba la conversación, pero el hombre me ofreció con gentileza agua caliente de su termo para prepararme un *nescafé*. Después de una hora me hizo bajar junto a una subida, indicándome la dirección a seguir y gritándome un augural «Que te vaya bien...».²

² En español en el original.

La pendiente era un páramo, como aquellas montañitas de cartón de los pesebres de cuando era niña. Un sendero tortuoso trepaba hacia el alto despeñadero de Punta Santa Ana. Veinte minutos de piedras resbaladizas y me encuentro por fin a las puertas de Fuerte Bulnes, al que en 1843 los chilenos erigieron en la bahía más meridional como símbolo de su expansión en las tierras árticas: toscos hospedajes de turba y de troncos, una armería, una iglesita y una prisión cercada por palos afilados. Prácticamente abandonado, quedó como un fantasma para vigilar el agua helada del Estrecho, tan transparente está, casi vacía, que dejaba ver en el fondo marino, como si estuviesen a pocos metros de profundidad, un centenar de restos de naves jamás llegadas a destino.

Además de un par de araucarias enclenques, con las ramas aplastadas a tierra a punto de parecer pulpos verdes, descubrí que en Fuerte Bulnes vivían un hombre, Macario, y su hijo José, un muchachito de doce años: pregunté si podían alquilarme una habitación. «Me voy a quedar un par de días» dije. No hubo necesidad de otras explicaciones, en esos lugares la gente no acostumbra a hacer preguntas. A lo sumo ese hombre me podía juzgar como a una turista excéntrica: una de esas personas que van hasta el estrecho de Magallanes a buscar las emociones de los libros de Chatwin.

Yo, en cambio, había llegado hasta allí solo por sor Assunta. Podía ver su Misión desde la ventana del cuarto que me habían asignado: la isla Dawson, desde siempre llamada «la maldita», relucía de nieve delante de mí, más allá del Estrecho. Abominablemente blanca como la ballena de Achab.

No sé bien qué fue lo que me empujó a escribir la historia de sor Assunta; en el fondo la suya había sido una vida oscura, sin ninguna gloria, toda silencio y secreta

expiación. Pero, lo saben también ustedes, en las mitologías locales o familiares hay personajes sobre los que se adensan ecos de habladurías, y que, justamente por la indefinición con la que son veladas piden, de alguna manera, exigen ser contadas. Tanto más que sor Assunta ha muerto ya hace tiempo; y la voz de los difuntos, desde los abismos de aquella infinitamente lejana dimensión a la cual son relegados, se torna muy exigente en los oídos de quien está dispuesto a escuchar.

Se trata de una Misionera nacida en un pueblo vecino al mío; anciana parienta de un amigo. La mayor parte de las personas que me han hablado sobre ella la han encontrado una sola vez en la vida, cuando volvió de Sudamérica al final de los años cuarenta, pero de aquel único encuentro todos conservan recuerdos muy vivos: evidentemente ejercía sobre quien la iba a ver una fascinación misteriosa que debía venirle de las habladurías sobre aquella parte de su vida pasada entre los hielos y las islas más inhóspitas del mundo, en la Tierra del Fuego.

El amigo que me habló por primera vez de ella cuenta que, cuando lo llevaron a lo de sor Assunta, en un pequeño convento de Torino, era muy pequeño, de cuatro o cinco años. Recuerda el locutorio oscuro, las pesadas vigas de madera que armaban una espesa tela de araña confusa en el techo, cuadros de mártires que daban miedo en las paredes. Si quiero, puedo imaginarme a la vieja monja con un rostro cortado por arrugas profundas, inclinada sobre el niño, para hacerle ese tipo de preguntas que habitualmente los parientes ancianos hacen a sus bisnetos: ¿Eres bueno o haces llorar a tu ángel de la guarda? ¿Dices las oraciones antes de dormir?

Hace algún verano, en los trabajos de reestructuración de su casa junto al lago de Orta, en un viejo armario, mi amigo encontró una foto de juventud de sor Assunta, tomada poco antes de que partiera para Sudamérica, y me la mostró; estaba en un

sobre, junto a una carta, o debería decir mejor, la copia violácea en papel carbónico de una carta escrita desde Punta Arenas —¿pero dónde estará el original?—, pocas líneas para contar la meta de su misión: «El 18 de noviembre, justo el día de mi cumpleaños, comenzaremos a remontar con la goleta el estrecho de Magallanes. El Padre B. dice que, si el viento es favorable, en veinticuatro horas estaremos en la isla Dawson».

De los parientes de mi amigo he escuchado acerca de sor Assunta los más desconcertantes comentarios, pero por ahora no quiero adentrarme en ellos. Este atardecer me basta con evocar su voz: la he escuchado en una grabación antediluviana que al inicio de los años cincuenta un investigador de historia oral recogió en el convento en el que ella transcurría sus últimos años. Una de esas voces que turban y, una vez oídas, no se olvidan más: increíblemente frágil y al mismo tiempo glacial. Como un cristal de nieve. La comparación se me ocurre solo ahora, pensando otra vez en el vacío de la habitacioncita de Fuerte Bulnes donde, apenas hospedada, acomodé sobre la mesa de ciprés, delante del ventanuco desde el que se veía la isla Dawson, la computadora portátil y el *Moby Dick* de Melville.

La vida sobre aquel espolón rocoso flagelado por el viento y sin agua potable no debía ser muy diferente respecto del período en el que sor Assunta vivió en la isla. Macario, el hombre que me alquiló la habitación, pasaba el día alimentando la chimenea con turba y la estufa con kerosén. Otra cosa allí no se podía hacer: en los momentos en los que aparecía el sol, en el aire enrarecido y seco se veía sobre la otra orilla del Estrecho el azular de algunos volcanes nevados; en caso de niebla, se oía simplemente el ritmo de la marea. Un mundo en el que nieve, mar y cielo se conjugaban, con infinitos matices de gris, negro y blanco, como en una vieja foto: para quien, como yo, venía de Europa, cualquier referencia a lo conocido había desapare-

cido; tenía la impresión de estar en otro espacio, todo tan en calma que daba escalofríos; habría incluso podido creer que vivía en un sueño, pues la calma era demasiado perfecta, irreal. Más allá no se podía ir, el continente terminaba. Más lejos existían solo islas que eran tumbas de hielo; como aquella en la que eligió vivir sor Assunta.

«A veces, en estos últimos meses, seguía al Padre T. en la playa de Cabo Virgen para recoger baldes de fósiles. Después de mucho andar, comenzaban a darme tristeza estas interminables búsquedas para el Museo. Se me ocurre preguntarme, querida mamá, si hice bien al insistir que me mandaran justamente aquí. Terminé por encerrarme a la tardecita a coser en mi habitación: también ahí dentro el tiempo pasaba lento, pero al menos el lugar era más tibio y la atmósfera menos deprimente; la estufa funcionaba, y el trabajo de costura calmaba el dolor de cabeza que se ha convertido casi en una constante aquí en Punta Arenas. Pero ahora partiré para la Misión en la isla, como ya os dije, la fecha ha sido decidida».

«Mamá adorada, confieso que tengo miedo por lo que me espera. Rogad también vosotros a la Señora de Oropa que me dé la fuerza para afrontar con coraje la gran prueba que el Señor ha querido de mí».

Esta página en papel carbónico es una de las pocas noticias ciertas que poseo de sor Assunta. La he releído muchas veces tratando de recoger todos los matices de la turbación que el *Fin del Mundo* podía suscitar en una joven piamontesa de fines del siglo XIX. En Corconio, en la vieja biblioteca de su casa, he encontrado también varios relatos de aventuras y de viajes, pues eran muchos en su familia los que se apasionaban con grutas, montañas, exploraciones. Algunos de esos libros están anotados por Assunta, con la fecha en la que le fueron regalados. En una de las últimas páginas de un librito anónimo de fines del siglo XIX, *Maneras de viajar en el interior de América*

Meridional, junto a una violeta seca había una anotación en lápiz: «¿Cuánto habrá de verdad en esta historia?»; debe de haberlo leído a los quince años, cuando estudiaba para maestra.

Sin duda se habrá sentido turbada como yo, sor Assunta, por las altas orillas blancas del Estrecho; tétrica e inmutable la costa; el agua innaturalmente límpida. Me acordaba, en aquellos días pasados en Fuerte Bulnes, de los versos de Dante sobre «*il folle volo*» hacia la misteriosa isla del Purgatorio; pues el agua me daba un escalofrío espectral, allí donde el canal se ensanchaba desbordando hacia una planicie extensa de apariencia acuosa, tan calma que tenía el aspecto de un enorme espejo de cielo gris.

He visto el rostro de sor Assunta en algunas fotografías: la nariz afilada entre dos pómulos fuertes; la frente atravesada por una arruga profunda hundida en la piel espesa; la boca delgada de la cual salía aquella voz singular sin inflexiones; un breve cuello sobre las espaldas anchas. Encuentro violento el contraste entre la diafanidad de la voz escuchada en la grabación y los fuertes rasgos del rostro. Uno de esos rostros delante de los cuales nos preguntamos si han sido diseñados por la naturaleza o por la vida. En su caso, sin embargo, frente a esta pregunta puedo responder con una cierta seguridad, porque de sor Assunta tengo diferentes imágenes. Por ejemplo, una tomada antes de que partiera para América: un primer plano de un rostro más bien anguloso pero fresco, la frente lisa, la boca abierta a una sonrisa de dientes fuertes. Las otras dos, de las cuales he podido hacer una copia, las he encontrado en el archivo del museo etnográfico Ambrosetti en Buenos Aires. Se trata de imágenes de apenas diez años después, en los tiempos en que vivía en la Misión Dawson: en una, sor Assunta se destaca por su estatura juvenilmente imponente delante de un escuálido cobertizo, en un descampado desnudo y helado donde muchos indios, hombres

y mujeres, están acurrucados como bestias aturcidas y resignadas a la cadena; la otra está en una pose más cercana: de pie y de cuerpo entero, tiene de la mano a dos niñas fueguinas. Y, en esta última foto, ella, sor Assunta, posee un rostro repentinamente viejo, con aquella arruga bien marcada sobre la frente que parece aludir a un enojo o un estupor ya bien radicado dentro de ella; a un sentimiento de miedo provocado por alguna desilusión indecible.

Es difícil explicarme, pero me parece encontrarme delante de algo oscuro. O tal vez la idea me viene del hecho de que sus parientes, hablándome de ella, movían la cabeza y terminaban por repetirme que estaba loca. «La pobre tía loca», decían. Y yo preguntaba: «¿Loca, en qué sentido?». Pero ninguno sabía responderme con claridad.

«Loca», es fácil decirlo... En la celda del pequeño convento donde se había relegado en los últimos años rechazando cualquier visita, intuyo que sor Assunta debía tener sus razones para querer pasar en extrema soledad el tiempo que le quedaba. Y que no tuviese deseos de decírselo a los otros, a los parientes, que durante toda la vida no se habían esforzado, no digo en entenderla, sino ni siquiera en aceptarla. Como su sobrina Tilde, a quien he escuchado a veces refunfuñar: «No había manera de hacerla salir de su habitación... Y sin embargo le habría hecho bien, cada tanto, hablar con alguien, ver a alguien». Pero sor Assunta, testaruda, no alteró nunca su decisión de no recibir más visitas: era 1953; murió diez años después.

Miro las tres fotos que tengo en una página de la agenda. Una vaga impresión de malestar. El aire frío de este lluvioso invierno *ortés* se cuele por la ventana, bloqueándome la respiración y los pensamientos; de esto se deriva casi un alivio que me ayuda a despojarme de mis sensaciones personales y acercarme a los recuerdos.

Pues hace tantos años que doy vueltas en torno a esta historia. Al comienzo me decía: cuando reúna las entrevistas que he recogido y los fragmentos descubiertos

durante mi viaje al Fin del Mundo, la narración vendrá por sí sola. Lo he intentado frecuentemente, tratando de ser fiel a las noticias reconstruidas, disponiendo los episodios de la vida de sor Assunta con un cierto orden, pero no lograba obtener nada «vivo». O tal vez sucede siempre así: la realidad se resiste a ser contada, el lenguaje escrito no puede resucitarla. Lo único que un escritor puede hacer es, paradójicamente, transfigurarla, reinventarla. Pero me ha tomado mucho tiempo entenderlo. Al principio trataba de hablar con todos los que la habían conocido, buscando saber sobre ella lo más posible. De la gran mayoría escuchaba repetir la misma solfa acerca de que, cuando la habían repatriado de América del sur, estaba loca. Otros no estaban de acuerdo: decían que había enloquecido ya antes, cuando decidió hacerse monja: «Tenía todo, incluso un noviecito, y quiso entrar a un convento», «Había estudiado para maestra, podía vivir aquí en su pueblo una vida tranquila, y pidió ir al otro extremo del mundo», «Extravagante había sido siempre, aún desde pequeña, como aquella vez en que hizo que escaparan todos los animales...».

Extraño: nadie ha sabido contarme nada sobre su infancia en Corconio, aparte del episodio tantas veces citado sobre la liberación de todos los animales de la casa. Por aquella época Assunta tendría unos seis años:

El hecho, como lo refieren las leyendas familiares, sucede una tarde, cuando la vieja doméstica duerme una siesta y los grandes han ido a Omegna para un funeral. Puedo imaginar que repentinamente la pequeña Assunta tiene hambre; un hambre perentoria, como suelen tener solo los niños. Tal vez el cacareo de una gallina le da la idea de ir a beberse un huevo en el gallinero, mientras espera que la sierva se despierte y le prepare pan con azúcar. Junto al jaulón de los pollos, espía desde una fisura de la puer-tita —la mano sobre el cerrojo, sin atreverse a abrir— para estudiar los movimientos del gallo que con su ojo redondo la escruta con hostilidad. Cuando Assunta se decide a

entrar, deja la puertita abierta, como para facilitar una eventual fuga; las gallinas se alborotan, el gallo se adelanta moviendo la cabeza con pequeños golpes rabiosos. ¿Pero qué importa? Ahora Assunta siguiendo una escalerita de madera ha llegado al jaulón superior, donde se depositan los huevos; y hay unos cuantos entre la paja. Aferra dos que guarda en los bolsillos del delantal; después, para evitar enfrentarse de nuevo al gallo, Assunta se desliza hacia fuera desde la parte opuesta, en el recinto reservado a los pavos. Pero también estos últimos, tal vez excitados por la bulla de las gallinas, le salen al paso abriendo el gran abanico de la cola y sacudiendo el racimo de barba roja colgada al cuello. De todos modos, Assunta gana la salida con rapidez.

Poco después, sentada sobre los escalones delante de la casa, la niña disfruta la merienda: basta un affilercito y el contenido tibio del huevo le alcanza la garganta, meliflugo y sabroso. Brik, el pastor alemán, ladra encadenado, Assunta lo desata para jugar, pues la tarde parece no terminar más. El perro y la niña se acercan al chiquero donde están encerrados los cerdos: los ojillos del macho los miran, inquietos; las orejas tiemblan; el hocico aplastado y redondo se agita en la sopa grisácea de su alimento. Más allá del comedero, la cerda, enorme y blancuzca, está tumbada en el barro: sus gruñidos parecen sollozos, mientras se ofrece apaciblemente al amontonamiento de los cerditos que, como en un hervidero, buscan el camino hacia las tetillas. Brik logra abrir la pocilga, pero es detenido por el llamado de Assunta que se dirige hacia el laguito cercado. Los patos, enloquecidos de miedo por la irrupción del perro y la niña, escapan al agua todos juntos, aleteando y sembrando sobre la orilla sus plumas ligeras. En las jaulas también los conejos se asustan por el alboroto, se refugian en el fondo, pateando, pero se acercan a la red cuando la niña abre las puertitas para arrojarles puñados de hierba.

Assunta juega a perseguir el perro entre las columnas del pórtico, pero la diversión se interrumpe bruscamente al aparecer un grupito de patos que chapotean en los

charcos del patio. Una sorpresa detrás de otra: ¿qué hace el cerdo junto a la cerca, entre los montones de basura? ¿y las gallinas? ¿por qué escarban entre los tulipanes de mamá?... Un par de conejos corren entre los macizos de flores, dos o tres se afanan con circunspección entre la verdura del huerto, la marrana con los cerditos paca en el prado inglés, el gallo canta en la escalera de ingreso. Un temblor pasa por la espalda de Assunta: se ha olvidado de cerrar las puertas de los jaulones y los animales han escapado. El resultado es una gran barahúnda, y será necesario mucho para reparar los daños provocados por aquella tarde de libertad desenfrenada.

Naturalmente Assunta es castigada ese mismo atardecer; de nada sirven sus excusas: pues la niña, memoriosa de las historias que ha oído con frecuencia contar sobre san Francisco —leyendas que conoce bien por las frecuentes visitas a las capillas del Monte Sacro de Orta—, proclama que los «hermanos animales» deberían estar siempre en libertad; palabra de santo. La dejan sola en su habitación hasta el atardecer del día siguiente.³

La historia de la larga tarde de libertad de los animales me hace sonreír; y el recurso fantasioso del ejemplo de san Francisco, más que un agravante, como opinaba la vieja Tilde que me ha contado el episodio, me ha parecido una de las más espléndidas mentiras que la férvida imaginación de una niña pudiera inventar. No más estrafalaria que el cuadrado *naïf* que está colgado en la capillita del jardín de Corconio: una tablita de madera dividida en dos partes. En la primera se ve una monjita asomada al parapeto de una pequeña nave, saludando a una multitud de parientes en el muelle;

3 En cursivas en el original. Se mantiene el procedimiento para la demarcación diferenciada de determinados pasajes.

en la segunda, la monja está en el centro de altas montañas nevadas, rodeada por un sinnúmero de niños desnudos, de una piel increíblemente negra.

Quién puede haber pintado esa fantástica tabla, no lo he sabido nunca. La partida hacia América, en cambio, puedo reconstruirla a través de los diarios de Antonietta, que era la más pequeña de sus hermanas:

Antes de partir para América, Assunta saluda a los parientes en Corconio, durante una última visita. Va a despedirse del párroco que la ha bautizado; ruega delante del altar de santo Stefano protomártir: «Oh glorioso santo, que golpeado por el granizo hasta que os hizo nadar en vuestra sangre, tuvisteis el consuelo de ver el cielo abierto sobre vuestra cabeza, concededme el estar siempre dispuesta a defender también con sangre la verdad de la fe»; y en tanto con los ojos acaricia el mantel del altar, que ella misma ha recamado cuando era una muchacha. Delante de la iglesia se detiene a recibir los buenos deseos de los paisanos; con todos esboza un gesto de saludo, sonrío: una apertura del rostro que sigue el sentido de las palabras que le son dirigidas, pero que en ciertos momentos parece desplomarse en el extravío de lo desconocido que la espera. Hace fiestas a los perros que ladran delante de la casa Bonola, la mirada se desliza por última vez sobre la frase «Iudex ante ianuam» dibujada en el frontón del ingreso.

Después del almuerzo va a despedirse de su cuarto: del lecho, del arca de la ropa blanca, de la María Niña de cera bajo la campana de vidrio en una selva de florcillas de papel plateado; una mirada a la ventana con vista al lago de Orta, frente a la cima del monte Rosa. En la habitación vacía Assunta escucha, lejanas, las voces de su madre, de la tía, de las hermanas, que la buscan llamándola desde la sala. Permanece inmóvil delante del marco de la ventana, los brazos caídos. No es el cansancio lo que la bloquea, sino el miedo repentino frente al próximo viaje. Vuelve a pensar en una noche

lejana en la que ha visto en sueños a don Juan Bosco que le ordenaba dejar todo para ir como Misionera a la Patagonia; no ha dicho jamás una palabra a nadie, sin embargo ahora se abandona a la pregunta: «¿Hago bien en partir?» en una pena neblinosa.

Una hora después camina con las hermanas por un sendero de bosques otoñales — casi de oro, con las manchas púrpuras de las zarzas salvajes bajo la torre de Buccione— hasta el alejarse definitivo hacia Gozzano. No es fácil, desde la ventanita del vagón de segunda clase, responder a las sonrisas y a las últimas recomendaciones. Sobre la vereda de la estación el pelotón familiar se ha desplegado en un orden instintivo y ella, a fuerza de mirar abajo, siente estar separada de ellos: como si estuviese dentro de la foto de un retrato —uno de esos que se mandan a los parientes lejanos— en el marco de la ventanita. Estos extraños pensamientos le vienen a la mente mientras responde por enésima vez: «Claro que escribiré». Luego, después del silbato del jefe de la estación, el tren parte. De ahora en más estará sola para siempre.

Una historia difícil de contar, no sé por qué: continuamente la trama se me complica, la fijeza de un único punto de vista me deja insatisfecha, el personaje de sor Assunta me habla a veces con su voz, pero más frecuentemente con palabras de otros. Y el caos de los hechos es difícil de amansar.

De todos modos, aun cuando en la carta encontrada en Corconio haya poquísimos indicios sobre su viaje desde Europa hacia América, entre turbas de emigrantes con sus bártulos y pañuelo oscuro al cuello, puedo imaginar su viaje con una cierta facilidad, porque he hecho el trayecto desde Bahía Blanca a Santa Cruz con un pequeño carguero que tenía el evocativo nombre de Pelagus. Cinco días de navegación — entonces deben de haber sido muchos más— mirando desde el mar las miserables y atormentadas llanuras de la costa patagónica extenderse en misteriosas soledades, con un nudo en la garganta y la violenta excitación de estar viviendo una experiencia

que pocos atraviesan. En cada puerto una parada de varias horas, según el estado de la marea y el humor del tiempo, casi siempre borrascoso. Tardes pasadas contemplando las maniobras de carga y descarga de la pequeña nave; sintiendo atronar en las orejas el concierto de las árguenas; en la nariz un olor de puerto; en los ojos el lustre del agua oscura y aceitosa. Puerto Madryn, Comodoro Rivadavia, Puerto Deseado, San Julián. La noche en la cucheta estrecha, a acunar el sentimiento de mi pequeñez insignificante frente al océano negro; el día a abrir los ojos de par en par maravillados frente a los surtidores de agua de las ballenas o la perfección del vuelo de los albatros. Deshecha por el fragor del viento patagónico que no terminaba nunca.

Sí, puedo verla:

Assunta está de pie completamente sola en la proa, un mascarón vestido de gris con los ojos fijos delante de sí; tan concentrada que casi no parece notar el grupo de orcas que acompaña la nave. Es como si la goleta siguiera su mirada, arrastrada por su deseo de llegar lo antes posible al sur. Pues allí está su futuro. La salpicadura de una ola le da un sobresalto; por un momento sus rasgos se dulcifican, los labios se entreabren. Una extraña escollera chata marca la línea de la costa, de norte a sur hasta donde se pierde la mirada, una meseta agujereada por miles de nidos de cormoranes y albatros. La nave está bordeando la costa desde hace horas sin que ella haya salido nunca de su inmovilidad. Es casi la puesta del sol cuando finalmente está a la vista el estrecho de Magallanes. Un marinero le muestra el faro de cabo Virgen.

El rostro de sor Assunta se anima. Es el Fin del Mundo del que hablaban las profecías de don Bosco: «Me parece encontrarme en una región salvaje. Era una inmensa llanura inculta, en la que no se divisaban ni colinas ni montes. Vi turbas de hombres, casi desnudos, de aspecto feroz...».

Los marineros y los otros Salesianos están apiñados junto a la borda, alrededor de ella. El estruendo del viento es tan fuerte que Assunta no escucha lo que dicen. Agudiza la vista mirando la luz del faro. «Y vi que nuestros Misioneros avanzaban hacia aquellos salvajes; les enseñaban y ellos aprendían con rapidez. Y entonces uno de los Salesianos entonó: Alabad a María, oh voces fieles, y aquella turba, toda a una voz, continuó el canto...» decía don Bosco. Y la tierra salvaje de la que hablaba era esta.

Viento y olas, dos sonidos que durante años debieron resultar familiares a sor Assunta. Pues en el Fin del Mundo el tiempo de los relojes no cuenta: es el frío el que regula las actividades humanas, el sol pálido, el viento que esculpe los árboles obligándolos sobre algunas pendientes a rozar la tierra. En los días que pasé en el Estrecho frente al resplandor del hielo de la isla Dawson —mirando, entre el lento agrisarse de las colinas, la luz menguante velar cada cosa con un misterio dorado— tuve, por primera vez, la intuición sobre cuáles habían sido los motivos del comportamiento de la vieja monja. Y me pareció fatal que yo hubiese llegado hasta allí en compañía del libro de Melville, con mi pasión por las cosas extremas. Aquel Estrecho me esperaba. Aquel mundo de hielo y vacío. Aquel silencio que está en el origen de todas las historias.

Macario pelaba papas, los ojos almendrados brillaban frente al reflejo del fuego. En la chimenea crepitaban junto a la turba ramas secas de calafate, convirtiéndose en llamas y chispas. La habitación estaba iluminada por aquella única luz, las sombras se agigantaban y volvían después a empequeñecerse según el lengüetear del fuego.

Le dije: «En cierto modo, he venido a recoger datos sobre el final de los indios del Estrecho».

«Imposible... Los indios no están más aquí. Han desaparecido hace décadas. O tal vez quede alguno, pero quién sabe dónde» respondió, señalando con la mano una

vaga lejanía: Luego agregó: «Mañana voy a Punta Arenas con el jeep: puedo llevarla conmigo, si tiene ganas de dar una vuelta». Siguió pelando, metódico, como si no le importase mi respuesta; sobre el vientre sostenía un canastito de mimbre al cual iban a parar las cáscaras. Bajo la mesa también el gato me miraba con ojos brillantes.

Releo las páginas que he ido escribiendo. Busco un cierto orden, pues una historia no puede entenderse sin una cierta cronología; pero esto no basta. Tanto más porque el personaje de sor Assunta me fascina sobre todo por las zonas de sombra de su vida, por sus mismas reticencias; como cuando, en sus últimos diez años, se encerró en un mutismo completo —a esto se referían principalmente aquellos que la tachaban de «loca»— como si bajo el peso de alguna desventura hubiese aparecido en ella un alejarse no solo del mundo, sino también de sí misma.

Estas eran para mí solamente hipótesis cuando partí hacia Punta Arenas para buscar noticias tuyas, aprovechando la invitación de Macario.

Ochenta kilómetros de camino costero, cada tanto el salto de un delfín austral. Del otro lado, ovejas.

Macario se puso a contarme acerca de cuando trabajaba en el matadero de Bories, en el golfo de Última Esperanza. «Prefería los días de niebla, entonces las ovejas parecían menos reales, como sombras por tierra cuando una nube pasa delante del sol. Mi trabajo era darles un golpe de maza, aquí detrás» e hizo una señal con la mano sobre la nuca. «Caían una a una en el canal que atravesaba el matadero, el agua que salía para desembocar en el mar parecía sangre. Uno que hace ese trabajo debe seguir adelante durante horas, tratando de no perder el ritmo: una oveja, otra oveja, así, mecánicamente, con la cabeza vacía... Éramos miles trabajando allí dentro, en verano hacíamos casi medio millón de cabezas.»

Se dio cuenta de que la cifra me había impresionado y se largó a reír. «Se imagina cuán larga es una fila de quinientas mil bestias. A un metro cada una, quinientos kilómetros...»

Después de una hora y media, he ahí la ciudad: un amasijo de casas bajas de chapa blanca y azul, los cipreses negros cortados en formas inquietantes, la colonia de cormoranes sobre el muelle, las calles en bajada directa hacia el rumor del puerto, los silos decrepitos, las grandes estructuras ruinosas que en un tiempo habían servido para embarcar y desembarcar animales; daba una impresión triste, casi de muerte, aquel amasijo de maquinarias herrumbrosas, inútiles. Sobre la playa sucia el radiador abandonado de una Buick. Sensaciones de fin del mundo, de fracaso comercial. A comienzos del siglo XX, en cambio, el dinero corría fácil en Punta Arenas. Y para dar testimonio de las enormes fortunas construidas por los magnates de la industria lanera, están sus palacios *art nouveau* que todavía se asoman sobre la central plaza Muñoz Gamero: como el espectacular invernadero del Club de la Unión con la pérgola de uvas y las palmeras más meridionales del mundo, o la casa victoriana de Sara Braun–Menéndez propietaria de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego que en la región llegó a poseer una estancia de un millón de hectáreas. En medio de la plaza el monumento dedicado al centésimo cuarto aniversario del viaje de Magallanes: el gran navegante domina desde el pedestal, hacia él alzan la mirada un Ona y un Tehuelche, representando la Tierra del Fuego y la Patagonia.

Pero, aparte de esto, el vacío.

A un costado de la grandiosa iglesia de María Auxiliadora, visité el museo salesiano «Maggiorino Borgatello», nombre del fundador de la Misión de San Rafael en la isla Dawson. Me asombró la inmensa colección de fósiles y animales embalsamados, así

como la enorme cantidad de material etnográfico proveniente de las comunidades de indios tehuelches, onas, yámanas y alakaluf, presentes en el territorio a inicios del siglo XX: pectorales de piel de guanaco adornados con plumitas coloreadas, redes formadas por nervios de foca, recipientes de corteza de árbol, amuletos de hueso. Pero fue el increíble testimonio fotográfico sobre los últimos indios del Estrecho lo que me dejó sin aire. Imágenes extraordinarias, tomadas por algunos Misioneros: caciques desnudos con el cetro de mando, mujeres con los ojos tártaros, cazadores de guanacos, pescadores en canoas de corteza, campamentos con mujeres y niños. La fotografía más terrible era aquella de un *remate*, una venta al mejor postor de un grupo de mujeres y niños onas capturados por los estancieros en la Isla Grande. Bajo la foto, un artículo de diario del 1899 en el que el más grande propietario de tierras de la época, José Menéndez, acusaba de hurto a los indios onas: le robaban cada año cerca de veinte mil ovejas. Al lado, una cortante desmentida de parte del jefe de los Salesianos, monseñor Fagnano: «¿Cómo puede decir esto, señor Menéndez? ¿Por qué no confiesa la verdad? Usted no ha poseído nunca más de veinticinco mil ovejas, por lo tanto, es imposible que los onas le hayan robado lo que asevera». No lograba separar los ojos del grupo de indios en venta, veía la escena delante de mí:

Hace mucho frío este sábado de julio de 1899, sin embargo, en la plaza central de Punta Arenas hay una fuerte excitación, porque esta noche se inaugura el Gran Teatro Menéndez con la «Lucia di Lammermoor» de Donizetti. El gran estanciero José Menéndez ha hecho venir a propósito desde Europa a la famosa Frida Ricci, para que cante para él y los huéspedes de su teatro privado. Pero hay también otra cosa, visto que sobre un tablado junto a la iglesia protestante de Saint James un pregonero está anunciando los precios de una subasta excepcional: mujeres y niños onas, completamente desnudos. A la orden de un grito, una a una las mujeres son empujadas adelante

hacia un grupito de hombres con capote y bombín que hacen un círculo alrededor del tablado. Cualquiera puede palpar la mercancía y llevarse a casa una de estas mujeres como esclava, a un precio simbólico. Una niña desnuda, empujada por un par de guardias, es obligada a girar y plegarse sobre sí misma, porque el comprador dice que quiere comprobar que no tenga defectos escondidos; al final el hombre sacude la cabeza: demasiado delgada, y además tiene un brazo roto...

Es entonces que en la esquina de la plaza aparece monseñor Fagnano, seguido por un par de Salesianos. Alcanza el tablado a grandes pasos: habla a grandes voces con el subastador, ofrece una cifra muy superior a aquella que se había propuesto en el remate. El vendedor está inseguro sobre lo que ha de hacerse: es cierto que estos indios no valen nada, y por lo tanto la cifra ofrecida por el Salesiano sería un buen negocio para él, pero tiene miedo de que no estén contentos ni los cazadores de indios que se los han dado ni los mismos estancieros; titubea, repite que no es posible.

Pero monseñor Fagnano es un hueso duro de roer. Es probable que se sienta responsable más de cuanto quiera admitir: ha sido él quien aconsejó a los estancieros, quince años antes, la cría de ovinos, porque —sostenía— la riqueza de la Patagonia estaba en la lana y en la carne; pero los criaderos han determinado el final de los animales silvestres cazados por los indios que ahora se ven obligados a robar ovejas para sobrevivir y en represalia por esto son aprisionados e incluso exterminados. La tragedia repercute desde hace tiempo sobre los Salesianos y sobre monseñor Fagnano en particular, que se siente «signo de contradicción» y sufre por ello. Es por esto que continúa insistiendo con el subastador, hasta que gana, y compra a todos los indios en venta.

Los burgueses de Punta Arenas miran desconcertados al jefe de los Salesianos levantar entre los brazos a la niña desnuda postrada en el piso; el brazo está claramente roto, los huesos fuera de lugar, pero de la boca de la pequeña ona no sale un gemido.

A las catorce, horario de cierre del Museo, pregunté en la boletería si existía un archivo salesiano y si era posible visitarlo, explicando el motivo de mi interés. El encargado me respondió que era necesario un permiso escrito, pero que tal vez podía intentar volver cuando estuviera el Padre C., después de un par de días.

Macario me había citado en un barsucho con el inverosímil nombre de Carioca. Delante de una empanada de pescado y un vaso de pisco, el bajo zumbido de la vida y de las charlas se rompe en migajas por un imprevisto «*El pueblo unido jamás será vencido*» a todo volumen; tanto como para recordarme que la Patagonia era tierra de revoluciones: aquí en los años veinte habían sido masacrados los anarquistas; aquí había sido elegido Allende; aquí, justamente en la isla Dawson, en la época de Pinochet, fueron confinados en un campo de concentración de máxima seguridad los opositores políticos considerados más peligrosos, entre ellos los ministros de Unidad Popular.

En el camino de regreso hacia Fuerte Bulnes, solo colinas áridas donde a veces, entre el gris de los arbustos espinosos, explotaba como por error el verde de un coihue. Darwin exploró a lo largo y a lo ancho este Estrecho, donde todavía se intuye cómo debía de haber sido el mundo al final de la última glaciación, cuando ninguna otra cosa existía sino glaciares, frío, vientos, piedras, volcanes, mar verde plumizo. En su diario de viaje el naturalista inglés sostiene que era inexplicable la fascinación que las llanuras áridas de la extrema Patagonia, sin habitantes ni plantas, ejercían sobre su mente. Es verdad, es increíblemente fuerte, lo he sentido también yo; probablemente suceda porque el vacío atrae: está lleno de poesía y abre horizontes inquietos en nuestra imaginación.

Inevitable que, durante el regreso, contase a Macario sobre la impresionante serie de fotografías vistas en el Museo, tanto más que, hasta comienzos del siglo XX, justamente sobre aquellas colinas desoladas, los alakaluf vivieron en paz hasta que fueron

exterminados por los cazadores pagados por los extranjeros: un tanto por cuero cabelludo. Esta era la praxis, pues luego, eliminados los indios e incendiados los caseríos, la concesión de tierras se obtenía rápidamente. «A *los gringos les gustaba matar*» dijo Macario, encogiéndose de hombros. Y aludió a las actividades de un escocés con el sobrenombre de Chanco Colorado, que entre todos los cazadores de indios era el más feroz: célebre por el hecho de que a quienes capturaba les cortaba los genitales para llevarlos después a los estancieros como prueba del número de asesinados. Y había también otro, compatriota suyo, que se vanagloriaba de usar correas hechas con la piel de los fueguinos.

Estábamos ya casi a la vista de Fuerte Bulnes cuando Macario dijo: «Esta región ha sido la más grande colonia penal a cielo abierto de todos los tiempos. Un territorio grande como el hambre, donde sacerdotes, soldados y aventureros han anticipado el último día del Juicio universal...», y me miró como desde una distancia kilométrica.

No lograba entender si quería hacerme sentir miedo. Me dejé ir, cansada, contra el respaldo. En tanto, pasada una curva, la isla Dawson estaba ya a la vista con su sombrío perfil helado. De nuevo se me ocurre pensar en la infernal ballena de Ahab y en un librito de instrucciones —*Manual del Misionero para evangelizar a los indios*— que había visto en Buenos Aires, en el Museo Ambrosetti: «Estad preparados. Los desiertos patagónicos que debéis afrontar tienen una manera muy propia para abatir los ánimos... La experiencia de estos espacios inhumanos primero frena, después sacude, finalmente devora... En estas tierras desconocidas solo tendréis dos seguridades: vuestra ignorancia y el poder del Creador... Solo la fe os salvará».

Para la cena, el pequeño José había preparado una excelente sopa de pescado. Pregunté por qué motivo había dos fusiles colgados en las paredes: ¿se cazaba en ese lugar? El padre y el hijo rieron. «Son para seguridad personal» explicó Macario.

«Aquí se está solo, esta es una tierra de hombres a la deriva y fuera de la ley. La gente desde siempre se ha hecho justicia por sí misma. Cuando era pequeño», recordó, «había, dando vueltas, un montón de bandidos».

«Butch Cassidy, Sundance Kid... » lo interrumpí, «he sentido hablar de ellos...».

Macario sacude la cabeza: «Pero no, esos robaban a los ricos, a los bancos. Los bandidos peligrosos son los que asaltaban las factorías aisladas y robaban los caballos». Contó sobre un tal Ascencio Brunel. Era un ladrón de animales, cien veces había estado preso y cien veces se había fugado: hasta que los indios del cacique Kankel, a quien había robado un gran número de caballos, lo rodearon, lo ataron de pies y manos y una vez cargado sobre una mula, lo llevaron al gobernador Tello. Como ya se había fugado varias veces, lo tenían encadenado, pero Ascencio Brunel pidió humildemente al cura que le diera un crucifijo; parecía un *agnus dei*. Así, como quien no quiere la cosa, aquella noche logró evadirse también de la comisaría... Los Tehuelches, que habían renunciado al placer de cortarlo en fetas para entregarlo a la justicia de los blancos, se sintieron defraudados. Naturalmente volvieron a buscarlo y, cuando lograron rodearlo, se hicieron justicia por mano propia abatiéndolo de un fusilazo.

Tierra de lucha, de hielo, de muerte. Y yo había ido hasta allí a tratar de entender por qué una muchacha piemontesa deja todo, atraviesa el mar y elige vivir justamente allí; y después por qué, una vez de regreso en Italia, se encierra en una celda, negándose a hablar incluso a los familiares. ¿Estaba realmente loca?

Aquella noche en Fuerte Bulnes me desperté con la impresión de que alguien lloraba cerca de mí. Era la lluvia, pero tan fuerte, tan insistente... La sentí arreciar sobre el techo de chapa. Y naturalmente pensé en Achab, en su cabina húmeda y fría, en las tinieblas que rodeaban su nave, en la lluvia que la acompañaba noche tras noche.

A la espera de regresar a Punta Arenas para tratar de descubrir algo en el Archivo Salesiano, fui al día siguiente con don José al punto más meridional del estrecho de

Magallanes: Puerto Hambre. Este lúgubre nombre recuerda el trágico destino del primer asentamiento español fundado aquí por Sarmiento de Gamboa a fines del siglo XVI con el pomposo nombre de «Ciudad del Rey Felipe». Durante meses los hombres de la expedición no vieron en torno de sí otra señal que los fuegos encendidos por los indios yámanas en la otra parte del Estrecho; con las manos petrificadas por el frío, temblorosos de fiebre escrutaban el mar a la espera de una nave. Pronto se cansaron incluso de hablar; asustados de contemplarse mutuamente los cráneos calvos por el escorbuto, las mandíbulas y los pies que se pudrían; en la mente, el vacío vítreo del insomnio y la nostalgia. «La expedición posterior, unos años después, los encontró a todos muertos» me contó José. «Estaban acomodados en sus lechos; algunos atados por sus compañeros, porque habían enloquecido. Mucha de la gente que ha venido aquí se ha vuelto loca».

La playa vacía bajo la luz blanquecina tenía algo de crepuscular. Los restos de una embarcación reciente se aherrumbraban medio sumergidos, cerca de la costa. Claro, no todos estaban en condiciones de resistir el Fin del Mundo, el silencio de los espacios, aquella inmensidad de agua y soledad. ¿Le había sucedido también así a sor Assunta?

En el camino de regreso, entre las pocas plantas de un breve declive al reparo del viento, José me mostró el canelo siempre verde, la leñadura cuyas hojas son ávidamente buscadas por los bovinos, el arbusto espinoso del calafate y de la mata negra. En un canal desértico y arenoso, frente a nosotros se abría una vega, una mancha verde que desde lejos tenía el aspecto de un prado, pero se trataba de un pantano fofo y húmedo. «Tierra insidiosa» explicó José.

«A los gringos les gustaba matar» me había dicho su padre, la noche anterior, hablando de los primeros años del siglo XX. Palabras que, recuperadas ahora por la memoria, transformaban el paisaje vacío de los alrededores de Fuerte Bulnes en una

vívida escena de crueldad, en la que puedo imaginarme resonar los disparos detrás de las colinas, una bandada de patos alzarse asustados mostrándome sus panzas violetas, y los indios alakaluf correr gritando, seguidos como animales salvajes, retorciéndose cuando los golpean o castran. Me pregunto también cuándo fue que los indios comenzaron a comprender la suerte que se preparaba para ellos:

Un grupito de jóvenes alakaluf ha venido a pedir consejo al chamán: ¿Quién sino él, que ha probado la pulpa de la vida, puede saber cómo comportarse con los Hombres Blancos?

El anciano brujo inclina la cabeza adornada de plumas blancas sobre el hoyo en el que se mantiene encendido el fuego ritual. Conoce el nombre de las estrellas, todos los tipos de raíces y de hojas, el canto de los pájaros; no le es desconocida ni siquiera la historia de la Gran Ballena que se transmite de una generación a otra como canto de consuelo y de inmortalidad. Pero, en relación con la pregunta que se le ha hecho, la respuesta es difícil, porque los Hombres Blancos no tienen un comportamiento lógico: vienen desde el norte en grandes barcas de alas blancas y sus bocas están sucias de mentiras. Además, no conocen ni el arco ni las boleadoras; sus armas son largas espadas embarazosas y bastones que hacen fuego: se escucha un golpe, se ve un humo, e inmediatamente después la persona que había sido puesta en la mira cae muerta a tierra. No son fuertes, no saben correr, tienen piernas demasiado blancas y delgadas, vientres flácidos. Ninguna mujer jamás los miraría de tan feos que son: y en efecto están sin mujeres. Sin contar que no se lavan, apestan y, para colmo de suciedad, no entierran ni siquiera los propios excrementos.

El viejo chamán se mece con los ojos cerrados, invocando con una cantinela a los espíritus-guía. Pasa revista a los Hombres Blancos que ha conocido: en el fondo, son pocos y débiles, sin embargo, hay algo en ellos que da escalofríos. Pues cuando

hablan parece que escupen; cuando se enojan, gritan y patalean rabiosamente, pero nadie puede saber qué es lo que los vuelve así blancos, feos y rabiosos. Tal vez un Espíritu maligno se ha apoderado de sus almas y esto los ha hecho enfermarse: y, contra las enfermedades generadas por los Espíritus adversos, el chamán en su larga experiencia ha aprendido que es inútil luchar.

El viejo sacude la cabeza con desánimo, sopla sobre las brasas para reavivarlas. «No se puede hacer nada: los Hombres Blancos son una enfermedad maligna» dice suspirando.

Mientras el sol caía, las sombras que se alargaban desmesuradas daban a cada cosa pequeña una forma gigantesca: una oveja se convertía en un bisonte, un caballo tomaba el aspecto de un dinosaurio, una roca aislada parecía una colina.

Daba miedo Fuerte Bulnes después del ocaso. En mi habitación el silencio era tan profundo que lo sentía vibrar amenazante, zumbiar en el aire como un sonido. Pero si abría la ventana, el soplo del viento traía consigo un eco lúgubre. Un paisaje que no estaba hecho a medida humana. Era natural que se sintiera un poco de depresión.

La primera historia que escuché acerca de sor Assunta es, como ya dije, aquella de un amigo que en esa época era niño; su historia, por lo tanto, está empapada de desorientación infantil: la oscuridad y el silencio del convento lo asustaron, y los comentarios sucesivos de los parientes acerca de la decisión de sor Assunta de no recibir visitas, seguramente lo influyeron. La idea más viva que en cambio me hice de este personaje me viene de la grabación de su voz por obra de un lejano investigador de historias orales, recientemente puesta en nueva versión con un soporte magnético. El original debe de haber sido grabado en los comienzos de los años cincuenta, porque después de 1953 sor Assunta rechazó hablar con quien fuera.

Nada en especial, además de las fechas de su partida y de su regreso de Sudamérica; aparte un par de recuerdos. Por ejemplo, habla de la Cruz del Sur: cuenta cómo había encontrado difícil aprender a distinguir aquella constelación y de cómo en Punta Arenas uno de los Padres salesianos se empeñó en indicarle el ángulo del cielo nocturno con aquellas cuatro estrellas; confiesa haber estado contenta de saber que en el cielo austral estuviese el signo sacro de la cruz.

Me gustó rápidamente su manera de hablar, aderezada por palabras un poco anticuadas, como de una persona no habituada a frecuentar las conversaciones desde hace mucho tiempo; aquel paisaje patagónico al que sabía aludir, todas distancias sin fin, flagelado por el viento. «Después de que una persona ha vivido una experiencia extrema, como la mía allí en el Fin del Mundo, llega a considerar la vida de una manera diferente» dice en la despedida.

Estas palabras me han quedado grabadas. Casi como una pregunta a quien la escuchaba; como a veces sucede con quien trata de sondear un parecido de sensibilidad con la persona que tiene enfrente... Quién sabe cómo sufrió, me pregunto ahora, el encierro en el convento piemontés después de los anchos espacios sudamericanos. «Quiero ser olvidada» ordenaba responder a quien solicitaba tener noticias tuyas; como si considerase las palabras menos que el polvo. Por esto en la familia murmuraban sobre una enfermedad mental.

Miro las tres fotos, me aferro a las tres fotos.

Tal vez no debería; me imagino que vos, sor Assunta, no aprobarías la incomprendible fascinación por la que me dejo poseer delante de tu imagen. Pero créeme: cuando en ciertos objetos se concentran las pocas huellas que quedan del pasado, es casi inevitable el sentido de reverencia que emana de ellas.

A la mañana siguiente, José me guio por el sendero; molestamos a los patos obligándolos a levantar vuelo con un gran batir de alas. El cielo era rosa y lavanda, el hielo del volcán Sarmiento era del mismo color del cielo.

Justo en el punto alto de la curva, a un centenar de metros, me senté sobre el borde de la cuneta: José me había explicado que antes o después pasaría un camión frigorífico que transportaba pescado a Punta Arenas y que sin duda me llevaría. Al camionero, para no hacerla larga con muchas explicaciones, le dije que venía de Buenos Aires. Sentí los ojos del hombre fijos en mí, admirativos: los argentinos eran para él hombres sumamente ricos.

«¿Ha venido para ver las torres del Paine?»

«No.»

«¿Para ir a Ushuaia?»

«Tampoco. Solo para ver Punta Arenas y Fuerte Bulnes. Estaba en Buenos Aires, tenía unos días libres y me tomé unas vacaciones».

«¡A quién se le ocurre!» se asombró el camionero. «¡Venir hasta aquí desde Buenos Aires!» Reía como un niño: «Dejar Buenos Aires por un lugar como este... Yo, en cambio, allá estaría tan bien... Ojalá pudiera hacer un trueque e ir en lugar suyo. Estuve allí ni bien terminé el servicio militar. ¡Qué mujeres! Por acá se dice que el mundo ha cambiado y que los hombres andan por ahí con misiles; aquí en el Fin del Mundo se vive como hace cien años».

Manejaba como un loco. Yo tenía el estómago sacudido por el camino que subía y bajaba continuamente. «¿No se podrá tal vez ir más rápido?» estallé, esperando que el otro entendiera la alusión.

«¡A sus órdenes!» respondió el camionero, hundiendo el acelerador. Nunca hay que bromear en el Fin del Mundo.

El Padre C. me recibió en un estudio repleto de animales embalsamados. Me mostró, con orgullo, ejemplares rarísimos: el pingüino crestado llamado macaroni, el papúa, la diomedea de cejas negras, el ciervo huemul, la otaria con crin.

«¿Sabe por qué me dediqué a este arte espléndido?» quiso explicarme. «Porque el embalsamamiento es capaz de conservar la vida, de darnos una idea de la eternidad. Entonces el pájaro deja de ser pájaro, el ciervo deja de ser ciervo... El secreto de un embalsamador es el de saber recrear el espíritu de aquello que se quiere conservar.»

Se dio cuenta de que lo miraba perpleja, por eso se acaloró: «Mire que esto de que le hablo no tiene nada que ver con aquellos que cuelgan trofeos de caza de las paredes. ¿Ha visto ya nuestro Museo? ¿Sí?... ¿Ha sentido la sensación de eternidad que emana de esas piezas? En medio de la desolación del desierto patagónico, los Salesianos hemos sabido conservar aquello que ahora no se puede ver en ninguna parte aquí en el Estrecho...».

Más escuchaba a ese hombre, más me daba cuenta de que sor Assunta, que había partido con la idea de la vida misionera como martirio, se debía de haber sentido desilusionada por Punta Arenas, con sus comodidades europeas y la vida que giraba alrededor de ese Museo. Nada más imaginarse: ¡poner en orden los animales embalsamados! Esto le habían encargado en los primeros meses después de su llegada a la Patagonia. En la carta enviada a su casa alude a la tristeza de ir con la pala y el balde a recoger fósiles en la playa:

Padre T. es un hombre corpulento, sus grandes botas de lluvia dejan pesadas marcas sobre la orilla. Ha interrumpido su trabajo de recoger fósiles, hundiendo la pala en la arena. Mira con la boca abierta a sor Assunta que de nuevo le ha hecho el pedido de ser enviada a la Misión San Rafael en la isla Dawson. El hombre sacude el cabeza

contrariado: «Allá no hay necesidad de otra monja, ya os lo he dicho. Aquí en cambio me hace falta una ayudante. Eso es todo. Y ahora, hermana, tomad el par de baldes que ya he llenado y llevadlos a mi laboratorio».

Sor Assunta querría continuar perorando por su causa, pero baja la cabeza y obedece.

Al regresar a la Casa de María Auxiliadora, se saca los zapatos embarrados. Pasa un momento por la capilla, para saludar a la Virgen —«Madre Santísima, ayúdame tú»—, una genuflexión, sus pasos crujen sobre el piso de madera flexible, el olor de la cera que ha aplicado unas horas atrás le llena las narices.

En el laboratorio una de las mesas está cubierta por un mantel sucio, que mañana seguramente ella tendrá que lavar. Suspira. En medio del lugar, en sacos de tela gruesa hay fósiles y conchillas de grandes dimensiones. Será necesario rasparlas con un cepillito especial para levantar las incrustaciones de tierra.

Sobre la mesa que está delante yace sin vida un pingüino real: lo han traído los cazadores esta mañana. El Padre S. está fotografiándolo y tomándole las medidas; anota los datos en su libreta. Se hace ayudar por sor Assunta para mover los animales, para fotografiar mejor la articulación del ala. La joven mujer aprovecha una pausa de silencio para repetirle también a él el pedido de ser enviada a la Misión San Rafael.

El Padre S. alza oblicuamente los ojos hacia ella: «Es necesario hablar de esto justo hoy ¿En este momento? ¿No veis cuánto tengo para hacer? Mejor, hermana, apuraos a preparar el material necesario para embalsamar».

Sor Assunta siente que la sangre le colorea las mejillas. «Está bien, Padre» dice. Sale del laboratorio con el deseo de lavarse de las manos la terrible sensación del contacto con aquellas plumas muertas.

Como si me hubiese leído el pensamiento, el Padre C. me hizo notar la importancia de la recolección naturalística y antropológica creada por los Salesianos a fines del siglo XIX. «Era una actividad que tenía también su dosis de peligro», sonrió y me contó cómo, en 1889, tres indios alakaluf se presentaron a los Misioneros para ofrecerles una piel de nutria y, mientras uno de los padres se inclinaba para examinarla, los visitantes le rompieron el cráneo con un terrible golpe de machete.

Entramos en una nueva sala del Museo, en el segundo piso; en la gran vitrina que ocupaba toda la pared estaban expuestas la fatal piel de nutria, la foto de un joven sacerdote italiano, un collarcito ensangrentado y una reproducción en yeso, de tamaño natural, de un indio alakaluf de aspecto feroz y trivial: mientras la expresión del Padre Pistone, el asesinado, era implacablemente soberbia y osada, la figura del indio — con aquellos ojos almendrados, la espalda un poco curvada hacia delante— tenían el sabor de la desconfianza animal.

«Unos brutos, esos tres: habían vivido en la Misión siete meses, cuidados por los Padres como hijos adoptivos. Pero contra el atavismo y el demonio no podemos hacer nada... De todos modos, otros fueron recuperados y transformados en buenos cristianos», dijo antes de dejarme sola.

Miré los lineamientos de orangután del indio; el contraste con la estatua de la Virgencita dulce y blanca, proveniente de la capilla de la Misión en la isla Dawson y colocada enfrente, apretaba el estómago. Había expuestas muchas fotos de indios ona y de Haush, indios de la extrema Tierra del Fuego; de Alakaluf, que cazaban en canoa en el Estrecho. Me detuve frente a la imagen de la Misión San Rafael edificada en 1889 en la bahía Harris de la isla Dawson: una capilla, dos casas de madera, una para los Padres y otra para las Hijas de María Auxiliadora, con la anexión de una escuela y cobertizos de trabajo, más unas quince casitas más pequeñas para los indios. Las piezas

más inquietantes eran unas sábanas recamadas por las pequeñas fueguinas, con la leyenda «Para agradar a Dios»; además dos cuadernos de ejercicios caligráficos y las fotografías de unos muchachos alakaluf que los habían compilado, con las frases en castellano: «El Salvador estaba aquí y no lo he reconocido», «Comerás el pan con el sudor de tu frente». Me dieron tristeza.

Cuando ya estaba por dejar el Museo, el Padre C. me alcanzó para darme un paquete: se trataba de la fotocopia de un diario que había llevado sor Assunta en el período de la Misión San Rafael. Agradecí, tenía apuro por irme.

En el bar hojeé rápidamente la copia del librito: sesenta y dos paginitas de escritura ordenada e inclinada hacia la izquierda. Poca cosa para contar los quince años pasados en la isla Dawson. Comencé a leer rápidamente aquí y allá, con una cierta desilusión:

«Estos hombres y mujeres parecen permanecer completamente indiferentes frente a los preceptos predicados. Quien escribe estas memorias no sabe explicar esto sino reconociendo la mano de Aquel que aflige y que consuela y que desde la guerra que el Maligno hace a la Iglesia sabrá de todos modos extraer el bien para sus fieles...»

«Así pasó también este año entre un continuo sucederse de luchas y de dolor. Pero vendrá el día en que este pueblo infeliz sabrá que solo los Salesianos abrigamos por ellos verdadero amor y voluntad de sacrificio...»

«Estamos en Navidad y del bien que he podido hacer y de las tribulaciones sufridas doy gracias a Dios y espero sufrir todavía más, si de mis congojas debieran derivar la prosperidad de la Iglesia y la firmeza de la fe...»

«Hoy es la Santa Pascua y gracias a Dios todo procede con la máxima tranquilidad...»

«He hablado con el Padre L. por la estatua de la Virgen. La que ha sido traída de Puerto Natales es demasiado barroca y no inspira por cierto devoción, además porque el Niño

que la Virgen sostiene en los brazos está representado en el acto de arrojar un rayo sobre la tierra. La estatua de la Santa Virgen debería en cambio inspirar confianza, amor...»

«Compra de una lámpara, de dos sacos de arroz y de porotos secos para pa...»

«Henos aquí a fines de 1899. Pocas horas más y luego este año borrascoso pasará entre los más...»

«El primer día del año, en vez de explicar la doctrina cristiana, Padre S. narró el origen de esta Misión...»

Anotaciones concisas, frases banales. ¿Dónde estaba el misterio de la vida de sor Assunta?

Volví al hospedaje donde había dejado las valijas, con una sensación de derrota; pero tal vez la culpa de ese malhumor era solo del cielo bajo que rebalsaba amenazante sobre el Estrecho.

No había encontrado el principio de nada. Solamente me resultaba más clara la determinación de sor Assunta de dejar Punta Arenas. Si una muchacha abandona su tierra y su familia por la Misión y el martirio, no puede resignarse a la mediocridad de hacer de cocinera a los Padres salesianos o de quitar el polvo a los fósiles de su Museo. Tenía una bella manera de representármela —ella, que de la vida animal tenía aquel sentido de alegría franciscana que le había hecho abrir todas las jaulas de Corconio— pero no podía verla como asistente del Padre embalsamador.

Como señala en la carta encontrada por mi amigo: «Me resulta cada vez más penoso permanecer en Punta Arenas sin desarrollar ninguna tarea verdaderamente útil, por lo tanto, hice una solicitud para ir a la isla Dawson donde los Padres salesianos fundaron la Misión San Rafael y pidieron al gobierno chileno que se les enviara a ellos cada indio capturado. Es cierto que a alguno de los Padres le molestó que yo me entrometiese. Tuve que insistir: si ellos enseñan a vivir civilizadamente a los hombres,

son necesarias varias monjas para enseñar algo equivalente a las mujeres. Al final gané yo y partiré el próximo mes con dos Singer que nos regaló un benefactor. No veo la hora de besar la tierra de la Misión, pues para esto he venido hasta aquí».

Me hace sonreír la idea de sor Assunta que, con regocijo, se embarca con su increíble botín de dos máquinas de coser; y que, apenas puesto el pie en la isla Dawson, se inclina para apoyar las manos y la boca sobre la tierra helada, como si quisiera impregnar de sí aquel mundo extraño.

Era una solitaria, sor Assunta. En los primeros meses que siguieron a su regreso desde Sudamérica, en el '49, cuando todavía se podía visitarla en el convento, los parientes seguían sus discursos sin lograr entenderlos bien. Después, en casa, comentaban: «No está más en sus cabales, pobrecita...». También yo, al regresar de América a los dieciséis años, experimenté un fuerte extrañamiento en medio de mis compañeras que no parecían entender el tipo de experiencia que había vivido. Tal vez a sor Assunta le había sucedido lo mismo: hablaba a los otros, pero después de un momento su mirada se alejaba, atravesaba los muros del convento, seguía la curvatura del horizonte, abajo abajo hacia el *Fin del Mundo*.

Pensar en mi aislamiento de adolescente y en su soledad de vieja monja me da una penosa sensación de opresión. La luz oxidada de este atardecer invernal sobre el lago de Orta me invade, me socava junto a donde nacen las lágrimas. Con un dolor que me cierra la garganta.

Quién sabe cómo lo vivías vos, sor Assunta, el cielo bajísimo del estrecho de Magallanes, aquella agua quieta donde la muerte domina más que la vida. Ni siquiera un árbol sobre la orilla: solo rocas desnudas y hielo. Playas grises punteadas por enormes montones de conchas: toneladas y toneladas, se ven desde lejos por el color verde de las algas que les crecen encima. Con el fondo de los glaciares que descienden hasta

el agua y el volcán Sarmiento resplandeciente de nieve. Un silencio de un espesor casi insoportable. Por su aspecto tenebroso los lejanos pasos entre los montes parecen conducir más allá de los confines de lo conocido.

Dicen que cada vida es un abismo de soledad. No sé si siempre es así, pero seguramente lo fue la vida de sor Assunta en la Misión.

Aquella noche, en el bar Carioca, rumiaba pensamientos parecidos, pero entonces llegó el mozo con un plato de congrio asado; así, por casi una hora, me dejé llevar por el sabor áspero del vino chileno y el placer de los sabores del mar, olvidando durante el tiempo de la cena a Salesianos y Misiones salvadoras. De aquel día leo en mi diario: «Una cama blanda y una estufa caliente parece que es lo que necesito para reconciliarme con el mundo; pues busco mirar mi viaje con ojo más desapegado. Sucede que se siente también esto y, sin embargo, una vez apagada la luz, no poder dejar de pensar que ahora en la historia de sor Assunta estoy metida hasta el cuello. El campamento de Saint James marca las horas, adiós al sueño».

Escribir una historia tiene que ver con el azar, pero sobre todo con el deseo: es su urgencia —diría casi: su obsesión— la que te empuja a seguir adelante. Por eso, al día siguiente, me dirigí a la estancia San Gregorio, sobre la ruta 255 que va hacia la Argentina: el Padre C. me había dicho que allí vivía uno de los sobrevivientes de la isla Dawson.

El autobús atravesó el paisaje gris y lunar de los pedregales. La radio del conductor funcionaba a todo volumen, en una estridente barahúnda de sonidos de los cuales surgió de improviso la voz de Pavarotti.

Llegamos a destino a mediodía. La estancia era inmensa, 90 000 hectáreas; pero solo el casco pertenecía todavía a los descendientes de la famosa y omnipotente familia Menéndez, el resto se había convertido en una cooperativa. De todos modos,

la mayor parte de los edificios de un tiempo —viviendas de los obreros, negocios y pulpería— habían sido abandonados, lo cual confería al conjunto el aspecto de una desolada ciudad fantasma.

Sobre la puerta del cobertizo para la esquila, que tenía todavía la inscripción «Menéndez» en caracteres dorados, un joven ovejero estaba fumando. Me dijo que la persona que buscaba, el viejo Custodio, vivía a un cuarto de hora de ahí, y me indicó con la mano un sendero.

La cabaña, situada hacia el sur detrás de un vallecito, parecía más bien ruinosa: en los huecos de las paredes y sobre el techo de chapa ondulada crecían mechones amarillos de líquen; el piso era de tierra apisonada y piedras. Al costado, un par de hayas raquílicas. La luz eléctrica no llegaba hasta aquí, el agua había que sacarla de un pozo, me explicó el viejo, encendiéndose un medio cigarro y soltando con gusto grandes bocanadas de humo.

Había traído conmigo pisco para tomar juntos. Como en el interior la estufa hacía mucho humo, nos acomodamos afuera bajo el pequeño alero.

«No podría imaginarse nunca cuántos años tengo...» dijo el viejo Custodio, guiñando un ojo. «Casi cien».

«Felicitaciones» dije yo.

«¿Y por qué motivo? Respirar no es en absoluto un mérito...» rio, mientras las arrugas del rostro se le triplicaban.

Sentada sobre una caja de madera, habrá sido por el pisco o el tono cálido de su voz que en un abrir y cerrar de ojos se transformaba en canto, que vi finalmente entrar en escena a los verdaderos indios. La mía es, naturalmente, una reconstrucción: él hablaba, acompañando cada frase con gestos y vivaces expresiones del rostro; yo ahora, después de dos años, escribo.

El viejo contó sobre la terrible disciplina de la Misión: «Las barracas de la isla Dawson eran estrechas, cada una ocupada por una familia. Usted busca una monja... No sé, había más de una, pero yo era chico. Recuerdo una monja, una mujer grande y gorda, que lavaba los platos con arena junto a otras mujeres; inclinada a la orilla de un torrente donde corría una aguanieve que helaba las manos. En invierno el hielo estaba en todas partes, en verano el terreno estaba constantemente mojado: no encontrabas jamás un pañuelito de tierra seca para sentarte».

Explicaba las tareas diferentes asignadas a hombres y mujeres: «ellos debían cortar la leña, no solo para la cocina y la calefacción, sino también para la construcción y el taller de carpintería de los Padres. Durante los trabajos había que recitar el *Credo*, para aprenderlo de memoria» sonrió sentencioso. «A la noche, una vez terminado el trabajo, había lecciones de catecismo y: cómo se levanta el sombrero, cómo se saluda a un superior, para aprender cómo se vivía en los países civilizados.»

«¿Y las mujeres?» pregunté.

«Las mujeres en el verano extraían la turba con los niños, luego la transportaban a los cobertizos donde se la ponía a secar antes de cortarla en ladrillitos. De la escuela para mujeres se encargaban las monjas: les enseñaban a usar la aguja, a coser vestidos, a tener limpia la casa, también a cocinar. A nosotros, los niños más pequeños, después del catecismo, se nos permitía ir a la playa a recoger frutos de mar: choros, cholgas, a veces erizos. Teníamos siempre hambre. Comíamos, cuando era la estación, los frutos del calafate: una especie de pequeñas moras rosadas que maduran entre enero y febrero. Pero esto solo si los Padres nos daban el permiso; pues cuando estábamos castigados, permanecíamos aparte en la escuela escribiendo cien veces: Soy una mala persona.»

Ninguna recriminación sobre una vida que, al sentirla contar, me parece realmente infernal; es más, en ciertos momentos tenía la impresión de que Custodio justificase los castigos que los Padres les infligían: muchos de los indios recogidos en la Misión San Rafael no estaban habituados a disciplina alguna, los Padres trataban de domarlos. Me contó, por ejemplo, de unas ochenta personas, hechas prisioneras por el ejército chileno, despojadas de sus antiguos adornos de plata y llevadas por la fuerza a la isla para ser bautizadas; intentaron escapar varias veces, pero siempre sin éxito. Por lo que se refería, en cambio, a su caso en particular, se había adaptado de buen grado al modo de vivir de los Salesianos; pero esto dependía del hecho de que ya su padre, Silvestre, había vivido en la Misión desde pequeño, estaba habituado a vestirse a la europea y a hablar en español: Silvestre, de chico, había viajado a Europa, me dijo con una cierta vanidad. Y, con un golpe de escena asombroso, sacó una fotografía que me dejó realmente con la boca abierta: en el pequeño rectángulo de papel, amarillento por el tiempo, había un muchachito de rasgos decisivamente fueguinos, vestido todo de punto, incluso con los zapatos lucientes, junto al Papa Leone XIII. Una fecha apuntada en el reverso: 15 de noviembre de 1892.

Custodio se regocijaba al constatar mi sorpresa. Sí, ese muchachito era su padre, Silvestre, llevado por los Padres salesianos a Génova para la Exposición Colombiana de fines del siglo XIX: en la capital de la Liguria, dentro de una muestra que ilustraba la actividad de los Misioneros en América, él y otros indios de Tierra del Fuego, hombres y mujeres, fueron expuestos a la curiosidad del público ansioso por ver con sus propios ojos cómo estaban hechos los salvajes; por la módica cifra de cincuenta centavos. Al final, antes de ser regresados a la Misión de la isla Dawson, fueron recibidos en una audiencia por el Papa.

«Y luego, ¿qué sucedió?»

«Nada. Mi padre regresó aquí, se casó con una india conversa. Yo nací en la Misión San Rafael.».

No lograba separar los ojos de la fotografía: recordaba la legendaria historia de Jemmy Button, el muchachito que el capitán Fitz Roy había raptado en la primera mitad del siglo XIX conduciéndolo a Inglaterra para enseñarle las «buenas maneras» de la vida civilizada; y, llevado de regreso a Tierra del Fuego, había vuelto a ser salvaje en poco menos de un año, tanto que fue incluso considerado responsable de una matanza perpetrada contra algunos Misioneros ingleses. La historia de Jemmy Button estaba en todos los libros que se ocupaban de la Patagonia, pero sobre esta de la Exposición de Génova para el cuarto Centenario del descubrimiento de América, jamás había tenido noticias. Trataba de imaginarme qué podía haber sentido el pequeño Silvestre arrebatado de su ambiente y expuesto, en su diversidad, a las fotografías y curiosos comentarios de los genoveses.

Ha aprendido rápido el pequeño Silvestre: los primeros días sabía decir solo No, Sí, Padre, Gracias. Ahora dice también Agua, Paja, Comer, Obedecer y Hora. Por lo demás, sin embargo, es difícil entender las frases que le dirigen: las palabras de los Hombres Blancos parecen accesos de tos, los sonidos naufragan en el estruendo de la ciudad. Lo han desconcertado el retumbar de las voces bajo las altas bóvedas de la Estación Marítima, la suciedad de hollín de los altos edificios genoveses, aquel desagradable olor a orina y pescado frito que rebalsa los vestíbulos, la enorme leyenda «Comercio y Progreso» que sobresale en letras doradas en la entrada a la Exposición: si pasa revista a los días que ha transcurrido en Génova, siente que se le aprieta tanto el corazón que casi le mueve el estómago. Aquí todo es realmente demasiado grande.

Los indios, mientras el Salesiano habla gesticulando, mueven la cabeza hacia adelante y hacia atrás, tratando de entender; pero Silvestre sabe que ninguno de ellos entiende gran cosa. Todos, sin embargo, hacen una señal de asentimiento con la cabeza, porque a los Hombres Blancos les gusta que se les diga que sí. Silvestre se limita a prestar atención a las manos del Salesiano cuando imitan el movimiento de comer: los dedos de las personas son casi el único lenguaje que logra comprender... Entonces ha llegado el momento de comer: pues entre los hombres blancos no se come cuando se tiene hambre sino cuando es Hora. Silvestre se apura a atarse una servilleta blanca al cuello, a empuñar un tenedor y a sentarse sobre una incómoda silla de paja. Así es, en efecto, que una monja trae una sopera humeante de fideos que los indios miran con desconfianza. El Salesiano sonrío, indicando con el dedo los tenedores y haciendo gestos de llevárselos a la boca.

A través de las aberturas del vallado del lugar en el que los indios están recluidos, Silvestre ve muchas caras que lo están mirando de reojo. Los primeros días los visitantes se acercaban mucho: los indios eran examinados atentamente, los cráneos palpados como si se tratara de extrañas esculturas de las que era necesario evaluar cada detalle. Cuando Silvestre se puso a gritar porque un hombre lo había aferrado por una oreja, uno de los Salesianos intervino con fuerza haciendo alejar al público; de allí en más los indios están en el recinto, los visitantes deben contentarse con mirar desde lejos.

Silvestre alarga el tenedor hacia la sopera, luego, después de algún tentativo fallido, aferra con los dedos un puñado de esta pasta blanca y pegajosa y la lleva a la boca; hace una mueca: tiene un sabor tan raro... Detrás del vallado se escuchan susurros, risas, un oh de maravilla. Las voces no terminan más; solo ya bien entrada la noche la gente se va y sobre el recinto cae un extraño silencio.

Pero tampoco entonces, cuando los visitantes se alejan, hay paz. Será por culpa del hecho de que en el mundo de los Hombres Blancos hasta el aire es diferente: la

boca no lo puede tomar con el mismo alivio con que se lo respira allí en el estrecho de Magallanes; tal vez porque, cuando se está encerrado en un recinto, el cielo no puede volverse ni alma ni carne.

Quería profundizar en la cuestión de la actitud de los Salesianos en relación con los indios recogidos por la Misión, por eso continué haciéndome preguntas. Custodio me habló de monseñor Fagnano: «Tenía un gran corazón, “el capitán bueno”: no obligaba jamás a ninguno a hacer aquello que no quería...»; fue mérito suyo si muchos indios se salvaron de la cacería despiadada de los estancieros: los llevó a la isla Dawson o a la Misión de la Candelaria en Río Grande; solicitó investigaciones gubernamentales contra el genocidio practicado por los propietarios de tierras... De todos modos, los cambios de vida impuestos por los Misioneros resultaban pesados, sin contar que algunos de los Salesianos eran personas muy rígidas. Así, sacudiendo la cabeza, Custodio comenzó a contarme su versión sobre la muerte del Padre Pistone. Tenía una manera muy suya de hablar, con calma y un mal encubierto placer en el momento en que debía elegir las palabras para narrar aquellos trágicos hechos. «Los indios no soportaban a algunos de los Misioneros: los había duros, que no tenían paciencia, que hablaban con tono de mando. Un día Gualichu convenció a Antonio Fueguino de matar a uno que lo había tratado varias veces con excesiva severidad.»

«¿Gualichu?»

«Sí, Gualichu, o mejor debería decirse Kawtcho, el Espíritu de la noche sin luna. Es un gigante con largas garras.»

Mientras tanto habían llegado desde la estancia otros dos hombres ancianos, se sentaron cerca de nosotros y Custodio recomenzó desde el principio con la historia de la dureza de la vida en la Misión San Rafael —castigos corporales, misas antes del alba, trabajos insensatos— con tal minuciosidad de detalles dolorosos, que a mí me

helaba la sangre, pero por los otros dos era recibida con comentarios satisfechos de macabra ironía.

La boca desdentada de Custodio sonreía como una cicatriz abierta, con una expresión de vieja zorra que en varias ocasiones había visto sobre sí a los perros, y logrado sin embargo alcanzar siempre la madriguera. La nariz afilada, los cabellos grises de largos mechones; los ojos mogoles parecían dos fisuras. Me mostró unas canoítas en miniatura hechas de corteza cocida con tendones de oveja: las vendía un tipo —«*gran ladrón*» rezongó Custodio— que tenía un negocio de artesanías en Ushuaia.

«Gran hombre, eh, el Custodio... Lástima que cuente mentiras cuando bebe demasiado» me dijo un muchacho de la estancia que esperaba el autobús conmigo en el cruce con la ruta.

«Ah, ¿sí?»

«Acá a quien bebe lo critican bastante, pero ¿qué quiere? Cuando uno es viejo, se vuelve loco.»

Chi invigìss al s'anmattiss,⁴ es un dicho de donde yo vengo; frase con la que los parientes de sor Assunta concluían los discursos sobre ella.

Mientras escribía estas líneas regresaron a mi memoria las fotos del museo salesiano: el final de la edad de oro de los indios nómades... Llegaron los blancos con su lógica de romperse la espalda de fatiga durante el día y tener sueños de perlitas coloradas durante la noche; cancelaron todo espacio de piedad para quien no se adecuaba o no lograba seguir el paso y eliminaron a quien se rebelaba, *claro*.

4 «*Chi invigìss al s'anmattiss*»: «*Quien envejece enloquece*». Dialecto lombardo.

¿Cuánto tiempo ha pasado sor Assunta junto a la gente de Custodio? Quince años están compuestos de tantos días y de tantas noches; tantos rostros de gente que nace y que muere. Si para cada uno de nosotros, como decía Losey en su film *Mensajero de amor*, «el pasado es una tierra extranjera», lo debe de haber sido todavía más para sor Assunta quien de sí misma, en su diario, no habla casi nunca. Y sin embargo, hay en cada vida un período decisivo que nos forma, y para ella los años vividos en la isla maldita fueron sin duda cruciales: era una joven llena de sueños cuando partió para América, una mujer atormentada cuando dejó la Misión.

Durante el regreso, el autobús atravesó una pequeña ensenada de agua lisa y negra; una fila de camiones y colectivos pasaba lentamente delante de un puesto de control de la policía chilena. Cuán calma debe de haber sido esa bahía en los tiempos de Custodio y sor Assunta, con el silencio interrumpido solamente por el rumor de los remos de las canoas de las mujeres sobre el agua:

Se ha puesto el sol, pero hay todavía mucha luz, no obstante sea ya tarde. El verano austral hace que el cielo permanezca por más tiempo de color naranja, con rayas rojas.

Por hoy el trabajo ha terminado. Después de la cacería del guanaco o del cormorán, los hombres vuelven a los toldos, pobres refugios compuestos por pocas ramas plantadas en el terreno, cubiertos muy imperfectamente por mechones de hierba. Estiran los cuerpos desnudos untados con grasa de foca; están habituados desde niños a estas frías temperaturas. Las mujeres se apuran a ir al encuentro de los hombres para masajearlos, restregando el cuerpo de sus compañeros con almizcle amarillo, muy mórbido.

También las mujeres han tenido sus quehaceres durante la jornada, recogiendo erizos entre los escollos; zambulléndose en las aguas profundas con un cesto entre los dientes. Los niños, azotando la superficie del mar con un sedal cebado sin anzuelo, han

capturado los pececitos que saltaban fuera de las aguas de la bahía. Junto al fuego, la familia está acurrucada en un círculo; el primer pedazo de carne de la comida de la noche es arrojado fuera de la cabaña con las palabras: «Esto es para Aquel que está en lo alto». Después lo que queda pasa de mano en mano: primero a los hombres, luego a las mujeres, recién entonces a los niños. Finalmente se bebe por turno.

Las madres amamantan a los más pequeños, los jefes de familia fuman en pipas cortas y suspiran recordando la fortuna de la que en un tiempo ha disfrutado la comunidad, la vez en que una ballena quedó varada en la playa y la gente tuvo para comer en abundancia durante semanas. Cosas que suceden raramente, porque las ballenas son protegidas por Xolas, el Gran Espíritu que aletea sobre el Estrecho y ha creado cada cosa excepto a los hombres blancos. El anciano del grupo golpea con una baqueta una madera redonda que pende del techo, siguiendo el ritmo del Canto de la Gran Ballena.

Poco después, todos se acuestan sobre el terre no helado, cubriéndose con pieles de guanaco. Dentro y fuera del toldo, todo es silencio.

Al atardecer lo pasé de nuevo en el Carioca. Era un local vasto, contra el techo alto y blanco rebotaba el rumor de las conversaciones. Una vieja máquina de café enorme y arruinada dominaba el mostrador ubicado en el fondo de la sala. Sobre las paredes, ménsulas repletas de botellas de cerveza, un calendario con el Salto Grande del Paine y una publicación de una marca de pisco.

Dije al mozo que no sentía mucha hambre.

«Es mejor comer» me reprochó el hombre. «Con la panza llena, el frío se soporta mejor.»

Lo miré y me dieron ganas de reír. Era un viejito amable; pequeño, delgado, con los cabellos todavía negros y brillantes tirados hacia atrás; ojitos almendrados. La campera oscura le quedaba enorme para sus espaldas estrechas.

Mientras esperaba el salmón frito, volví a hojear la fotocopia del diario de sor Assunta. Alguna frase sobre los indios aquí y allá: «Hay una barrera que nos separa de los indígenas», y más adelante: «Se parecen a los niños, no se puede tener una relación diferente con ellos». En una de las pocas anotaciones nombraba a una niña: «En los primeros días de este mes de febrero, no obstante no fuera la estación, cayó una abundante nevada y el frío aumentó excepcionalmente, razón por la cual debiéndose bautizar a una recién nacida, Severina Pikespul, hubo que romper el hielo del baptisterio con cincel y martillo y hacerlo derretir dentro de una sartén».

Oh, una niña...:

El parto se ha hecho de noche en una cabañita apartada, porque esta es la costumbre entre los indios, a la que sor Assunta se ha adecuado. Una niña, con un mechón de cabellos negrísimos en la cabeza, que ahora llora entre los brazos de la madre, la boca apoyada sobre el seno de ella. En un rincón ya está lista la cuna de piel de foca en la que más tarde la niña podrá descansar.

Más allá de la puerta hay luna, la nieve es luminosa. En el frío intensísimo la respiración del padre que espera es un bufido de vapor que pronto se condensa en escarcha. Sor Assunta suspira mirando el rostro del hombre, pintado de rojo, y las pulseras de plumas blancas que lleva en las muñecas: estos indios no cambiarán más, están tan ligados a sus tradiciones... Sabe que dentro de poco el hombre entrará en la cabaña, tomará el cordón umbilical y la placenta, con un cuchillo de piedra cortará un mechón de los cabellos de la madre, envolverá todo en la piel de animal que ahora tiene sobre la espalda e irá a enterrar el envoltorio en la playa, junto con las pulseras de plumas y un puñado de brasas encendidas. Ninguno de los Salesianos de la Misión ha logrado erradicar este ritual pagano.

Por la mañana, en la iglesita, el agua de la pila bautismal está helada. Es necesario un poco de trabajo para derretirla. Pero al final el rito es llevado a término: ha sido sor Assunta la que eligió el nombre de Severina, porque la pequeña que ha nacido esta noche tiene un aire así, enfadado.

Cuando acompaña a los padres hacia su cabaña encuentra allí al viejo Carlos quien en la comunidad, a pesar de que la mayor parte de los Padres salesianos lo hostigan abiertamente, desarrolla la función de Chamán. Sor Assunta lo ha escuchado más de una vez explicar a Padre R. que es por voluntad de Xolas, la Estrella, que el alma entra en el cuerpo de los niños quedándose allí hasta la muerte; después de esto se va al más allá donde, si se condujo bien en la vida, vivirá eternamente en una tierra verde en la que hay comida y descanso para todos. Padre R. discute continuamente con Carlos, pero sin perder jamás la calma: es uno de los pioneros de la Misión, convencido de que el Evangelio es «levadura» de culturas, capaz de encarnarse también en las más primitivas, si no es rechazado a priori. No todos los salesianos, sin embargo, tienen la paciencia de Padre R.; es más, muchos se lamentan por el hecho de que para los indios las oraciones aprendidas se detienen sobre los labios sin penetrar jamás hasta el corazón.

Sor Assunta querría llevarle de comer a la madre de Severina: una mujer que apenas ha salido de las fatigas del parto debe alimentarse, tanto más con este hielo. Pero sabe también que sería inútil: madre y padre ayunarán completamente durante dos días, hasta que el viejo Carlos, salmodiando, haya asignado a la niña su espíritu guía, Yéfacel, para protegerla de las enfermedades y de los infortunios. Se aleja con las espaldas encorvadas por los azotes del viento frío: es difícil ser una monja misionera entre esta gente, pero Cristo no ha dicho nunca que la vida de sus servidores debiera ser fácil.

Severina Pikespul... durante toda la noche ese nombre continuó a zumbarme en la cabeza. A la mañana siguiente me precipité en el Cementerio Municipal de Punta Arenas para tratar de encontrar algo. El mausoleo más grandioso era el de Sara Braun–Menéndez, propietaria de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, que en la región poseía una estancia de un millón de hectáreas. Tan omnipotente era la señora, que había donado una monumental puerta de ingreso al cementerio de la ciudad, con la cláusula de que fuese abierta solamente para su propio funeral y que después permaneciese cerrada para siempre.

En el listado de las sepulturas que el guardián amablemente me mostró, estaba el nombre que buscaba, si bien ligeramente modificado en la grafía. El hombre me indicó el camino: más allá del mausoleo de la comunidad yugoeslava, más allá del monumento que recuerda la masacre de los Onas, en el fondo de una calle con cipreses cortados en forma monstruosa. Cuando finalmente llegué me sorprendió el hecho de que las cruces y las lápidas de aquel grupo de sepulturas modestas estuviesen cubiertas por una techumbre hecha con dos chapas de zinc, de manera de formar una especie de casita, dentro de la que se conservaban algunos objetos del muerto: fotografías, una muñequita, un caballito de madera, postales, la reproducción de una nave, algo de café. Como si los difuntos viviesen todavía un poco de la vida de familia. La tumba–casita de Severina Piquespul —¿era la niña de la que hablaba sor Assunta o no?... de todos modos, la fecha de su nacimiento coincidía— no contenía fotos, sino solo un alfilerero de paño de un verde descolorido en el que había enganchada una aguja, una coronita de flores de papel de estaño, un largo peine y un plato vacío.

Pensé en el diario: había referencias a un curso de costura. Tal vez me encontraba realmente en el camino justo.

En un bar de la calle Bories hojeé la guía telefónica del distrito. Nadie en Punta Arenas tenía ese apellido, pero en Porvenir, del otro lado del Estrecho, había una usuaria que se llamaba Asunción Piquespul Guaos. Asunción, que es como decir Assunta. El hallazgo me pareció de buen augurio. Bueno, estaba decidido: iría de la otra parte del Estrecho.

Al atardecer, uno de los clientes del Carioca se me acercó para preguntarme qué hacía en Punta Arenas: una extranjera sola, que escribía sentada a una mesa de un pequeño bar del *Fin del Mundo*, no podía no atraer la curiosidad. Se llamaba Vladimir, me dijo, pero todos lo llamaban «el Negro». Hermoso hombre, de unos cincuenta años. Cuando le expliqué que me interesaba la isla Dawson, se asombró: durante la dictadura él había estado allí, prisionero durante dos años junto a otros compañeros de Unidad Popular.

«Nos tenían en un lugar que se llamaba Compingim: Compañía de Ingenieros de Infantería de Marina...» me contó. «Imagínese: cuarenta y dos en una barraca de treinta y cinco metros cuadrados. Para desentumecernos, caminando rápido para no quedar duros de frío, había un pequeño patio circundado por un alambre de púas, como en los campos de concentración de los nazis. Una trompeta nos avisaba del rancho: agua tibia y porotos, cada noche.»

Le pregunté si alguno de ellos había intentado alguna vez escapar: Me miró asombrado. «La Dawson era una isla completamente controlada por el ejército; tenga también en cuenta que está prácticamente deshabitada, y rodeada por un agua helada donde ninguno podría permanecer por más de cinco minutos sin morir congelado... Sabe, la isla Dawson tiene un clima que en el hemisferio norte corresponde al de Alaska o al de Siberia» me explicó. Agregó que continuamente aviones militares sobrevolaban el campo de concentración. «Apenas llegaba el primer avión de la jornada, nos hacían

colocar en posición de firmes para cantar el Himno Nacional. Era duro pronunciar ciertas frases; sobre todo aquella estrofa que dice: *Que la tumba será de los libres/ o el asilo contra la opresión*. Subrayábamos estas últimas palabras, alzando la voz...»

Bebimos juntos una cerveza *Cristal*. Le pregunté qué fin habían tenido los otros prisioneros. Algunos, me respondió, habían muerto: de edad avanzada, no lograron tolerar los rigores de la isla; otros en cambio habían regresado al norte; de todos modos se escribían de vez en cuando, porque la prisión había creado, entre todos aquellos que habían pasado a través de esa experiencia, un lazo fuertísimo: «*Compartir el dolor es un poderoso vínculo*».

Por la mañana temprano me trasladé a *Tres Puentes* para tomar el barco, el *Trasbordador Austral Broom*: dos horas y media para alcanzar la primera isla de la Tierra del Fuego chilena. Mar de color plomo, encrespado por pequeñas olas de espuma blanca. *Porvenir* apareció en el último momento, casi de improviso, escondida dentro de una ensenada.

Sobre la calle costanera se asomaban ruinosas casas victorianas con techos de chapa aherrumbrada, en irónico contraste con el nombre cargado de optimismo de la pequeña ciudad: en el fondo, no debía olvidármelo, *Porvenir* significa *Avvenire*... Tampoco el centro era más alegre. Por todos lados una penosa impresión de abandono, con caminantes de mirada desconfiada, como si hubiesen perdido el gusto por vivir. Al fondo de la costanera, un cartel con la indicación «*Bahía Inútil*» me pareció el único corolario posible.

Una vez que hube dejado la valija y la mochila en una pensión, me dirigí rápidamente al domicilio que me había apuntado. Sobre el letrero de plástico azul se leía: Asunción Piquespul Guaos, modista. Un pequeño taller artesanal. Cerrado obviamente, dado que era domingo.

Soplaba un viento irritante, con ráfagas secas y heladas, que la gente afrontaba caminando rápido, con la cabeza baja.

«¿Tiene un cigarrillo, *señorita*?» Un viejo mestizo de ojos almendrados me increpó con una suerte de desesperada imploración en la voz, pero cuando me di cuenta de esto ya había respondido que no con un movimiento de hombros y había avanzado bastante hasta retomar mi manera natural de caminar. Proseguí, con el propósito de ofrecerle uno al regresar. Pero cuando rehíce el camino en sentido inverso, el viejo había desaparecido.

Aquel anochecer las lámparas que iluminaban la plaza desértica emitían un tenue zumbido. El viento soplaba todavía más fuerte que antes, haciendo volar ruidosamente unos cartones.

Después de la cena, pregunté al patrón del *Club Croata* si conocía a alguien que pudiera llevarme a la isla Dawson. Me respondió que esperara a Heliodoro: en un rato más pasaría por allí, como todas las noches.

En efecto, poco después, ahí estaba: Heliodoro Mejías Gibbon era un tipo pecoso, con ralas pestañas coloradas y ojos de avellana claro. Tenía un pequeño avión, y no esperó más que un tris para contarme, delante de un bocal de cerveza, la gloriosa historia de los pioneros de la aviación del *Fin del Mundo* enfrentados a perturbaciones atmosféricas constantes. No, en la isla Dawson no se podía desembarcar, y además, ¿para qué diablos quería ir? No había nada interesante: zona militar, *off limits*, un desierto de hielo. En 1972, Allende, en el momento de aplicar la *Reforma Agraria a la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego* que poseía inmensas propiedades a lo largo del estrecho de Magallanes, había tenido la buena idea de donar esta isla a la Armada, y Pinochet, después del golpe de estado, hizo inmediatamente una prisión a cielo abierto.

Le expliqué sobre sor Assunta y la Misión salesiana.

Discurríamos arrellanados sobre los altos bancos del bar, encorvados sobre el mostrador. Heliodoro, impenetrable, parecía seguir mis discursos, pero tal vez no me escuchaba: tenía una expresión en el rostro difícil de descifrar. «Ah, la Misión San Rafael...» dijo al final. «¡Pero eso es cosa de hace cien años atrás! De todos modos, si le interesa saber algo sobre los indios de Tierra del Fuego, debe ir a visitar el museo en la plaza de Armas: allí encontrará a Popper» agregó misteriosamente. «Y si después le quedan todavía ganas de ver aquello que resta de las comunidades fueguinas — mestizos, entiéndame bien, no los habitantes originales— mañana la puedo llevar con mi avión hacia el sur: al lago Blanco, por ejemplo, o bien a la Cordillera Darwin».

Trato hecho.

Por la mañana temprano ya estaba en el museo *Fernando Cordero Rusque*: momias y calaveras selknam, instrumentos musicales usados por los indios de la Misión en la isla Dawson, máscaras chamánicas de forma cónica, en corteza de haya o piel de foca; en fin, una muestra sobre los uniformes de la policía chilena y otra sobre el enigmático Julius Popper, llamado «el dictador», un aventurero rumano que a principios del siglo XX, al descubrir depósitos de arenas auríferas, constituyó la compañía *Lavaderos de Oro del Sur*. Una gran medalla honorífica lo definía «precursor de las victorias de la civilización contra la barbarie y de la sociedad contra el desierto» y las fotos mostraban el carácter de su empresa civilizadora: en la primera estaba de pie junto a una máquina de su invención, la «cosechadora de oro», para lavar el material en bruto; la didascalía decía «115 kilogramos de oro en 27 días de trabajo». En la segunda foto estaba al mando de un grupo de sus mercenarios vestidos con las divisas prusianas: la mayor parte eran delincuentes escapados de la justicia. En la tercera estaba en un primer plano con el Winchester, en medio de una carnicería de indios. Pues gente

como Popper, o su compadre escocés Chanco Colorado, mal soportaba la lentitud de la eliminación de los indios a través de la difusión de vestidos infectados con viruela o la reclusión en campos para prisioneros donde los indígenas morían de tristeza; preferían el placer de la caza, esto es, de la supresión rápida de la comunidad indígena a golpes de fusil. Porque «a los gringos les gustaba matar», como decía Macario.

En los armarios del museo se exponían también el texto de una disertación de Popper sobre las características del «hombre primitivo» y sobre las «alarmantes tendencias comunistas» de los onas.

A las once estaba junto a la cancela de ingreso del pequeño campo de aviación del Porvenir, sobre la que curiosamente descollaba una mandíbula de ballena. Desde el hangar se asomaba la trompa de un minúsculo avión con la inscripción «Omar Page». Pregunté a Heliodoro el porqué de ese nombre; respondió que era en honor de un aviador francés, el primero en sobrevolar el *Fin del Mundo* en 1914, con uno de aquellos pequeñísimos aviones monoplaza cuyas ruedas parecen de bicicleta, como a veces se ven en los museos de la aviación: «Partí entre la música alegre de la banda de Punta Arenas, pero a quinientos metros de altura se congeló la nafta por efecto del frío...». Tragué saliva, sin animarme a preguntar cómo había terminado la historia.

Sin embargo, cuando Heliodoro me ajustó sobre la espalda un paracaídas, no pude evitar preguntarle por qué él no hacía otro tanto; rio, como de costumbre, arrojando una frase divertida: el único «paracaídas» que llevaba siempre era un amuleto de la suerte que había tenido consigo la vez que había tropezado con un ciclón sobre las Malvinas.

El espacio reservado para mí era tan estrecho que me pregunto todavía ahora cómo habría podido viajar un pasajero de talla superior a la mía. Me invitó a ajustarme un cinturón de seguridad, recomendándome no tocar con los pies ciertas palancas que tenía delante. Como inicio era más bien inquietante, de todos modos, no tuve mucho

tiempo para pensarlo, porque Heliodoro ya había subido al aeroplano: el motor aceleró y el aparato despegó con dulzura, en dirección sudoeste.

Era la primera vez que sobrevolaba el *Fin del Mundo*. En pocos minutos el aparato, alzándose rápido, alcanzó una altura notable. Las montañas se hundían rápidamente debajo de nosotros, mientras la costa desplegaba una gran variedad de fiordos, canales, islas, lagunas.

«Si acá abajo hubiese caminos, los turistas vendrían como moscas. La parte chilena de la Tierra del Fuego es mucho más bella que Ushuaia; sin contar que aquí la vida es bastante menos cara» me explicaba la voz de Heliodoro, en los auriculares.

El avión saltó varias veces en la bruma que rodeaba de niebla los contornos de la isla Dawson. El hombre me contó que aquellos bosques de antiquísimos cipreses estaban en peligro, por un proyecto de la *Trillium Corporation* de Estados Unidos que pretendía deforestar enormes parcelas y se encontraba ahora en un buen punto de entendimiento con las concesiones del gobierno.

El panorama era realmente grandioso. Parecía que tocábamos la isla Dawson. Más allá estaba Puerto Harris: distinguía la iglesita de la que me había hablado Vladimir «el Negro» dos noches antes, el prado verde claro, casi amarillo. Un sentido de vastedad y calma.

Ráfagas de viento embistieron nuestro frágil aeroplano, haciéndolo oscilar fuertemente; esto unido al estrépito del motor, me dejaba casi sorda. Pensaba en *Vol de nuit* de Saint-Exupéry, que por cierto no exageraba en absoluto las dificultades del vuelo en el *Fin del Mundo*. Me sentía aterrorizada y feliz al mismo tiempo: el mundo visto desde lo alto aparecía perfecto.

Nos encontrábamos sobre el canal que separa la Tierra del Fuego de la isla Dawson cuando de repente sentí que el aparato se hundía velozmente en el vacío, como si las

alas no funcionaran más. Durante cincuenta, cien metros fue una tremenda impresión de caída, un aturdimiento... Pero ya el avión se alzaba otra vez volviendo a ganar altura.

Más allá, en un desgarrón de nubes, apareció el volcán Sarmiento, que cegaba con el resplandor de la nieve; luego, glaciares agrietados, suaves extensiones de nieve acuñadas entre bastiones rocosos, ventisqueros que alcanzaban el mar. Finalmente, el canal de Beagle, que debe su nombre a la goleta de Fitz Roy y Darwin; hasta la época en que ellos recorrieron la zona, en los mapas había un espacio en blanco con la inscripción «inexplorado».

Un pedazo de un glaciar resbaló en el agua; advertimos el eco de un retumbo, como si se tratara de un terremoto. Los bloques de hielo que se habían desprendido empezaron a flotar en el mar hirviente; su enorme mole vítrea resplandecía al sol, con tintes cambiantes entre el verde y el azul.

Sobrevolamos la estancia Camerón, antigua posesión de una familia irlandesa. Calma perfecta. Y he ahí finalmente el pueblito de Timaukel, cercano al lago Blanco. Luz y soledad.

El aterrizaje sobre el prado fue de nuevo increíblemente suave. «Piense que la pista del aeropuerto de Ushuaia la construyeron los detenidos condenados a "*perpetua*"...» me dijo Heliodoro encaminándose hacia algunas casas de madera, en una cuesta devastada por los vientos. Surcos y pozos me impedían caminar libremente, tanto más porque el viento levantaba molinillos de nieve a nuestro alrededor.

Difícil dar el nombre de pueblo a ese informe grupo de casas: no existían calles ni tampoco senderos dignos de este nombre. Alguno nos miró desde detrás de los vidrios de la ventana, con sonrisas y saludos. Heliodoro dio la mano a unos viejos que se asomaban a las puertas: «¿Cómo anda todo?».

«Muy bien.»

«Bueno, me alegro. Basta que haya salud...»

«Acompáñeme que le muestro» me invitó.

La gente se hizo a un lado para cedernos el paso y en silencio nos dirigimos hacia el lago. Dos niños nos siguieron. A causa del viento casi perdí el equilibrio, mientras trepaba con dificultad entre las rocas.

«Venga. ¿No tendrá miedo?»

Las olas golpeaban en la orilla con un rumor sordo. El bosque, las montañas, la luz irreal: todo era extraordinario.

«¿Qué le parece?» preguntó.

Gritando debido al viento, respondí obviedades. Pero una pena me apretaba el corazón, el pueblo irradiaba una belleza demasiado triste.

Junto a la estufa, bebimos pisco; los dueños de casa me observaban curiosos y reservados. Una niña se me había parado adelante, sin abrir la boca.

Los hombres hablaron a Heliodoro con acento monótono, como si salmodiaran una letanía; me cansaba siguiendo las cadencias de la conversación. Breves frases interrumpidas por larguísimos silencios. Pero Heliodoro parecía estar cómodo, debía de estar acostumbrado.

Los observé. Esta era entonces la gente por la cual sor Assunta había partido; hombres y mujeres como estos con los que había vivido quince años. En su diario se leía: «Hablando del carácter propio y especial de estos indios, el Padre S. sostiene que son apáticos y que se parecen a los ilotas de la antigua Grecia». Ahora, mientras escribo, me pregunto si esa apatía no sería una cierta desconfianza hacia los blancos.

En la habitación vecina, tres viejas estaban sentadas, las manos sobre el regazo, en una inmovilidad tan perfecta que era inquietante; con la impasibilidad de los mamíferos arcaicos. Cloto, Laquesis y Átropos.

Continúo relejendo: «Su lengua primitiva es de pocos sonidos. El Padre S. dice que es poco más del lenguaje de las bestias». El mundo subhumano de la no comunicación, infante, salvaje. «Padre S. me ha contado que alguien le había referido que había visto una vez a un indio matar sin pestañear a un niño de dos años, golpeándolo contra un escollo como si fuese la criatura de una foca. Le he respondido que era imposible, porque los indios que viven entre nosotros son muy tiernos con sus pequeños.» Qué extraño, algunos salesianos dudaban que los indios conocieran la diferencia que hay entre una foca y un ser humano: debe de haber sido esto lo que los dividió irremediamente de los indios, porque es la certeza de ser hombres, de tener la humanidad en común, lo que nos hermana. En cambio, muchos Padres se lamentaban porque los indios permanecían impasibles cuando los Misioneros hablaban, como si no entendieran nada; de la misma manera en que Darwin había clasificado a los Fueguinos en el último escalón de la escala de valores humanos, por el simple hecho de que no sabían hacer largos discursos... Pero la incredulidad de sor Assunta sobre este argumento crecía a medida que el tiempo pasaba.

En lo que a mí respecta, aquella tarde en el lago Blanco, tuve la sospecha de que, mucho más sencillamente, entre los hielos del Fin del Mundo el arte de la conversación era totalmente desconocida:

En uno de los cobertizos de la Misión San Rafael, una mujer ona pinta el rostro de sus niños porque al día siguiente será Klóteken, fiesta grande. Cada pincelada diseña sobre la piel un pedazo de historia:

– Este círculo rojo del cual sale una línea curva es una boca con su lengua: porque en tiempos antiguos todos los seres hablaban, tanto hombres como animales. Así los creó Temáukel, Aquel que está en el cielo, Padre de todas las cosas, también de los

pequeños arbustos de calafate y de los inmensos bosques de cipreses: por esto el hombre debe tratar cada cosa como hermano o hermana, que entiende y siente sus mismas emociones; pues cuando una persona muere, Temáukel llama rápidamente a testimoniar a los animales y a las plantas que lo han visto crecer.

– Esta espiral azul verde y amarilla, en cambio, es la familia en la que todos debemos ser solidarios, con el pacto de hacerse a un lado cuando ya no se es más útil a la comunidad: por esto los viejos indios del Estrecho se alejan del grupo para dejarse morir, cuando están demasiado enfermos para trabajar.

– Estos puntitos blancos y rojos son los Espíritus de las piedras blancas de las cuales sale el fuego que arde en las cabañas, que se deja siempre encendido y al reparo, incluso durante los largos viajes en canoa. Los puntitos verdes son en cambio los espíritus de los árboles vivos, hijos de la Gran Haya.

– Y, en su conjunto, todos estos dibujos son palabras sinceras: verdades muy diferentes de los discursos confusos y complicados de los Hombres Blancos que hablan de superstición y no conocen una maldita cosa de lo que está más allá de aquello que ven con sus débiles ojos...

Sor Assunta mira la expresión concentrada de la mujer que pinta el rostro de sus niños y que no podría hablar de ninguna otra manera. Suspira, como si dentro de ella se le anudara algo más pesado que las pobres palabras que querría decir. Bajo la luz que filtra por la ventanita se pueden ver en el rostro de la monja los sentimientos que la agitan: ¿ha hecho bien al permitir a las indias volver a exhumar estos rituales primitivos? ¿Cómo lo tomarán los Padres?... Es el corazón el que le pesa en el pecho.

A la salida de la casa, me siguió de nuevo un grupito de cuatro niños. El campo-santo estaba a unos doscientos metros. Allí las cruces de madera no se refugiaban bajo techos de chapa como en Punta Arenas: se trataba de un cementerio desnudo

como el paisaje circundante, sin flores, sin cruces, sin nombres, donde las tumbas estaban excavadas directamente en la tierra y se distinguían solo por una simple montañita de piedras. En el lago Blanco también la muerte era anónima: solo la tierra gélida y vacía, como será en el día del Juicio Universal.

Una niña me tiró de la manga. «¿Ya te vas?» preguntó con una expresión desilusionada.

«Volveré otra vez» dije. Una mentira piadosa, de esas que se dicen a los niños.

«Apúrese, que está por levantarse un temporal del sur» me gritó Heliodoro dirigiéndose hacia el aeroplano.

La niña me miraba con fijeza, sin escuchar. De golpe, cuando menos me lo esperaba, se largó a llorar. Fue una cosa tan imprevista que me dio trabajo entender las razones de tanta tristeza. Me apretó la mano entre las suyas. Una mujer, tal vez su madre, la tironé de un brazo: «Termínala, ¿no ves que molesta a la señorita?».

Sentía un nudo en la garganta, subí al avión sin mirar atrás.

De mi diario de aquel atardecer: «Es cada vez más fuerte dentro de mí la conciencia de haber llegado a un límite. Sentada a la mesita del bar que da sobre el Parque Yugoslavo, espío el amontonarse de nubes hoscas sobre el Estrecho rabioso y despiadado. También el cielo parece un océano agitado, mientras Porvenir ha caído en uno de esos silencios de espera que preceden el desatarse de una tormenta: una extraña luz amatista embebe el aire, los cormoranes vuelan desordenadamente alrededor del muelle. Medito sobre todo lo que ha sucedido en los últimos días, pienso otra vez en lo que todavía me falta ver, o que quizás he dejado escapar. He empezado este viaje alegremente, casi con ligereza caprichosa, y de improviso descubro que no ha terminado aquí. Macario, don C., Custodio y su padre Silvestre, el asesino del padre Pistone, el camionero enamorado de las bellas mujeres de Buenos Aires, la niña del lago Blanco y sus lágrimas brillantes e incontenibles, Popper, Heliodoro, las tres Parcas inmóviles; y

la lista de mis personajes no ha terminado por cierto... Hubiera podido encontrar otros, pero la historia sería siempre la misma. Igual, probablemente, mi confusión».

Habían pasado solo pocos días desde que había llegado al *Fin del Mundo*, pero me parecía que había transcurrido un tiempo larguísimo. Tal vez era el efecto de ese paisaje lívido y grandioso, tan fuera de toda dimensión.

Una de las pocas reflexiones personales de sor Assunta: «Cada alma es en sí misma un pequeño mundo, con sus cumbres, sus fiordos, a veces con sus tétricos bosques sin luz. Especial, única, conocida solo por Dios». No había jamás pensado en Dios como en un gran Cartógrafo que desde lo alto de sus nubes se inclina sobre los pequeños detalles que ha diseñado.

Es una de las últimas anotaciones. En las páginas que se refieren al último año, en cambio, solo grises notas sobre labores de costura y sobre una comida de la que logro descifrar las primeras dos letras «pa...»; después listas de turnos de vigilancia nocturna alrededor de la cabaña de las mujeres y de castigos para infligir: Mammona estaba al acecho, pero los Salesianos vigilaban.

«Estas mujeres parecen no escuchar lo que digo, a veces olvidan lo que les he enseñado el día anterior.» Estaban en vilo entre el mundo de las reglas de los blancos y sus tradiciones oscuras: ¿qué otra cosa podían hacer?... ¿Es la habitual historia sobre la perversidad atávica de los fueguinos, como sostenían Darwin y el Salesiano de Punta Arenas?

Me atormentaba con dudas parecidas, aquel atardecer en Porvenir; contemplando desde la vidriera del Club Croata la tormenta que estaba disminuyendo, con la isla del faro que poco antes parecía desaparecer bajo la violencia de un apocalipsis de agua y viento, y repentinamente resucitaba de entre las olas, desnuda de nuevo, como después del diluvio. Inmersa en un enorme cansancio.

Releo más atentamente la copia del librito de sor Assunta: a medida que pasaban los años, el horror y la repugnancia por el comportamiento incomprensible de los indios fueron poco a poco sustituidos por la compasión. «Las indias deberían odiar su vida tradicional, hecha de silencios y atropellos; pues el frío, el hambre, la ignorancia, la dependencia total del macho, todo le causa tribulación y la atormenta. Y sin embargo parecen amarla, o por lo menos la afrontan con coraje, dispuestas incluso a tirarse al mar aun con un frío excesivo si su hombre lo ordena. Me dan pena porque les faltan las más elementales defensas contra los grandes peligros del vivir común.»

No fue fácil hablar con Asunción: sí, Severina Piquespul era su madre, nacida en la isla maldita y ahora sepultada en Punta Arenas. Me mostró dos fotos: una tomada el día del matrimonio con Agustín Guaos, la otra en el ataúd, con un collar de patas de pájaros en el cuello, según la costumbre de las antiguas viudas fueguinas. Sí, se llamaba Severina, pero el nombre verdadero que le habían dado sus padres era Oika, Lágrima, porque lloraba con frecuencia.

Asunción me medía con la mirada; al final dijo con amabilidad que debía terminar un trabajo de sastrería, pero que al atardecer estaría libre: podríamos vernos y conversar.

«Parecen tan indiferentes a todo, que algunas veces me dan hasta miedo. Ayer una mujer ha tenido el dedo traspasado por una aguja de coser y no ha dicho nada, ni siquiera un ay de dolor. Miraba el dedo como si no le perteneciera.» Se hace largo esperar el atardecer en Porvenir, por lo que me puse a leer con calma el diario de sor Assunta; me asomé al encontrar muchas frases en las que saltaba a la vista el instinto maternal que las indias le despertaban: por ejemplo, aquella indicación sobre la estatua de la Virgen que debía inspirar amor y no miedo.

Me la imaginé dedicada a esas labores de costura que, según declaraba, le quitaban el dolor de cabeza:

Unas indias sentadas en círculo. En el centro, sor Assunta explica el uso del dedal, manejando la aguja con armoniosa destreza. En pocos minutos remienda minuciosamente un corte de tela lisa, poniéndose a la cabeza del arreglo de una enredada maraña de hilos en desorden. Recuerda un trabajo de gran recamadora que ha hecho en el pasado: una carpeta decorada con lirios dorados colocada a los pies de Santo Estéfano, en Corconio; y luego el vestido de matrimonio de su hermana Matilde.

Un suspiro, y sor Assunta regresa al frío cobertizo del taller femenino de la Misión. El hielo y la escasez de luz la deprimen: Tiene la garganta quemada, la lengua como si fuese de madera. Qué lejana está la tierra en la que nació. ¿Dónde está su gente? Ha desaparecido. Ella está sola...

Tal vez por esto la monja levanta la voz para reprender a estas muchachas yámanas por el trabajo mal hecho. Pero, mientras está gritando, de golpe se calla, porque se da cuenta de que los ojos de algunas están llenos de lágrimas. Conmovida, baja el tono de su reproche: seguramente no llorarían si fueran realmente indiferentes como pretenden mostrarse. Al pensarlo, siente que algo se le retuerce en el vientre; y de pronto la tarde en el cobertizo de las mujeres adquiere un sabor muy diferente, de extraña dulzura. Ahora sor Assunta sonrío, se le ocurre incluso cantar:

Prinsi Raimund a s'vol maridé,
dama gentila se chièl vöi spusé,
l' è pa 'incur'n'an ca l'è maridé.
o che a la guèra ai tuca già 'ndé...⁵

5 Príncipe Raimund se quiere maridar, / una dama gentil quiere desposar, / non faze un año que se fo a casar, / que agora a la guerra le toca marchar ...

Cantinelas siempre en tono más bajo, más bajo.

Las indias escuchan en silencio la historia de la extrema crueldad del Príncipe Raimund; tienen una larga experiencia acerca de la fatiga y del sometimiento: para ellas la vida es como una playa del Estrecho, desnuda y helada. Inclinan la cabeza frente a las tristes palabras del canto, como si entendieran hasta la última palabra.

«Ella trataba de enseñar a la gente alguna palabra» empezó a contar Asunción, después de haberme servido un nescafé doble. «A veces cantaba en su lengua» agregó.

«¿Su madre recordaba alguna palabra de sor Assunta?»

«Sí» y rio mientras los ojos almendrados se le transformaban en dos rendijas. «En la isla Dawson sor Assunta hacía para las fiestas el arroz con porotos y le agregaba un hongo redondo que crece junto a las hayas: es amarillo brillante, elástico, con la superficie lisa y un perfume dulzón; las mujeres y los niños de la Misión iban a recogerlos a propósito para esto. Y ella decía que el arroz cocinado de esta manera se llamaba *paniscia*.»

Nuestra *paniscia*,⁶ llegada hasta la lengua yámana. Me golpeé la frente con una mano: esta era la palabra que no lograba descifrar en el diario de sor Assunta.

Esta noche, delante de la pantalla de la computadora, me parece bella la imagen de mi monjita del Cusio que, con un aire de maestra de escuela, del otro lado del mundo habla en piemontés a un grupo de mujeres silenciosas con ojos mongoles, mientras fuera de la habitación helada grita el viento del Estrecho.

6 Comida típica lombarda.

La historia que me contó Asunción tenía reveses trágicos. La mayoría de los indios, me explicó, sufrían en la Misión: solo querían volver a su vida anterior, a su nomadismo en canoa de una isla a la otra, siguiendo focas y lobos marinos. Pero cuanto más pasaba el tiempo, más los Padres se endurecían: por lo que, a partir de un cierto día, no se les permitió más alejarse de la Misión San Rafael. Habría que imaginarlo: quitarle a un fueguino la posibilidad de salir al mar es como torturarlo... Con frecuencia los indios se negaban a trabajar y entonces los Padres los castigaban duramente.

Nacidos nómades, debía de ser difícil para aquellos indios aceptar los estrechos confines de la Misión. He podido leer en estos días una copia reducida de un diccionario en lengua yámana. Asombra la cantidad de palabras empapadas por la obsesión del espacio. Dos ejemplos: el verbo *wejna*, que significa ser libre o «fácilmente transportable como un hueso roto»; o bien el verbo yámana, que puede traducirse como respirar, ser feliz, estar sano, moverse en canoa...

En un momento dado, sin embargo, los Padres comenzaron a notar que los indios no se rebelaban más: acá hay gato encerrado, deben de haber pensado; tanto más porque los hombres estaban muy cansados durante el día, a veces se dormían incluso sobre los bancos del cobertizo de carpintería o en el catecismo. Así, sin dejarlo ver, algunos Padres comenzaron a espiarlos, y descubrieron que de noche muchos hombres salían furtivamente de las cabañas para dirigirse al bosque.

En la isla Dawson, la zona boscosa era tan tupida en aquella época que para orientarse era necesario confiarse a una brújula, para no hablar de la fatiga de moverse hundiéndose hasta las rodillas en el suelo cubierto de materiales pútridos. Fue difícil, por lo tanto, para los sacerdotes salesianos seguir a los indios sin hacerse notar, pero al final, después de muchos intentos fallidos, un ayudante lo logró e hizo un descubrimiento terrible: en la oscuridad, noche tras noche, los hombres habían excavado a escondidas un tronco de árbol para hacer una gran canoa, que de día permanecía

oculta bajo un montón de ramas; estaba lista, burdamente calafateada con barro, hierbas secas y sebo. Evidentemente querían llevar la embarcación hasta la orilla y después utilizarla para huir de la isla Dawson. Habían empezado lentamente a abrir una pista secreta a través de la espesura de los árboles; todavía medio kilómetro los separaba de la playa, pero sobre el terreno ligeramente en bajada el peso de la canoa les ayudaba a abrir el pasaje: todas las resbaladas y caídas iban en la buena dirección. La fatiga, sin embargo, era enorme: los indios lograban mover la barca solo pocos metros por vez, puesto que, siendo primavera tardía, la noche era muy breve.

En efecto, se aproximaba la Navidad; por lo que los Padres pensaron que la fuga en masa sucedería después de la fiesta, tanto más que para aquella ocasión se había prometido a los indios una ración doble de comida.

Asunción contaba lentamente, con la sabiduría de las grandes narradoras. Trato de respetar el color de su voz, mientras reconstruyo lo que ella definió la «gran injusticia»:

Es la vigilia de Navidad. Se ha desatado una gran tormenta sobre el Estrecho. El mar tiene un aspecto siniestro: un desierto llano gris ondulado trémulo de nieve.

Y, sin embargo, esta noche hay fiesta. Los indios se han pintado el rostro con los colores de ceremonia, rojo y blanco. Sor Assunta se sorprende: la Misión no ha consentido jamás que se retomaran estas costumbres primitivas; una vez en que ella había permitido a las indias pintar el rostro de los niños ha sido severamente reprendida por uno de los Padres. Pide explicaciones a un sacerdote que le responde refunfuñando que esta noche los indios no deben ser contrariados en nada. Cosa de locos, piensa sor Assunta sacudiendo la cabeza: desde hace un tiempo no comprende el comportamiento de sus colegas masculinos, todos parecen esconderle un secreto.

En tanto los hombres bailan alegres en el descampado de nieve amarillenta, iluminado por la luz viva de las hogueras: divididos en dos filas que se enfrentan, avanzan

a pequeños pasos hasta tocarse recíprocamente con los vientres, luego retroceden y recomienzan. Los niños agitan sonajas de corteza; algunos jóvenes restriegan toscos arcos de tendones de foca, Carlos sopla en una flauta de hueso. En medio de ese estruendo salvaje, la carcajada a borbotones en las gargantas de las mujeres exaltadas que en este momento se mueven ondulantes como si fuesen un solo cuerpo. Sor Assunta no las ha visto nunca tan felices, pero seguramente parte de la insólita alegría provienen también del vaso de vino que los Padres han distribuido entre todos los adultos. También este es un hecho fuera de lo normal, con el que sor Assunta no está en absoluto de acuerdo. A su alrededor beben hombres y mujeres volcando la cabeza hacia atrás, como si vertieran en la boca un puñado de bayas de calafate.

Ninguno se dio cuenta de que, mientras el baile continuaba, algunos Padres aprovecharon para alejarse: alcanzaron la canoa escondida y con una sierra la dejaron fuera de uso, efectuando un largo corte en el centro; astutamente llevaron diarios consigo con los que recogieron el aserrín e hicieron desaparecer las huellas del sabotaje.

«¿Entonces sobre este plan sor Assunta no estaba al corriente?» pregunté.

«No, lo hicieron todo ellos, los Padres» respondió Asunción. «A sor Assunta no le avisaron porque ella se ocupaba solo de la cabaña de las mujeres y los niños... Cuando los indios, terminada la fiesta, se dirigieron triunfantes a cargar la canoa y la arrastraron al agua, la embarcación se partió en dos.»

Pensar en aquella escena me dio escalofríos:

La canoa hundida es un fúnebre despojo en el agua helada. Los indios se amontonan en la playa para contemplarla, los pies tropiezan en la tierra endurecida por el hielo del alba. Algunos no pueden tenerse en pie, se tambalean, sacuden la cabeza, incrédulos con la testarudez de los borrachos. Durante un rato no se escucha una palabra.

Después sor Assunta asiste con el corazón que le salta en el pecho a la desesperación de los indios, a medida que fueron sabiendo que les sería imposible fugarse. Uno de los Padres le ha explicado brevemente lo que sucedió y ahora a grandes voces está advirtiendo al grupo de los hombres que los responsables del intento de fuga serán duramente castigados en la barraca de aislamiento, hasta la llegada del invierno; también las mujeres y los niños sufrirán castigos porque seguramente han sido cómplices.

El viento se lleva las cenizas ya frías de las fogatas nocturnas; en la bruma matutina del Estrecho la expresión de los rostros de los indios no tiene horizonte, vacía: la misma expresión de los niños abandonados en la oscuridad, en el dolor de la espera sin fin. Del rígido silencio del hielo aflora poco a poco un lamento que se vuelve coral. La fiesta se ha transformado en una burla que humilla: aquello que en el frenesí de la danza parecía un sueño, en el umbral del cobertizo de los Padres se transmuta en un pecado que se debe expiar.

Está desolada sor Assunta, no sabe qué hacer. Cierto, el descubrimiento del intento de fuga de los indios es una desilusión; la complicidad de las mujeres le hace sufrir, pero el modo de actuar de los Padres —ese proceder a escondidas suyas, tejiendo la terrible trampa— la deja perpleja. Siente piedad por las indias que lloran y ahora se niegan rabiosamente a probar la perfumada paniscia de arroz y porotos que ella había preparado para la fiesta de Navidad; tuercen la boca, incluso los niños la escupen.

Con lentitud sor Assunta lava del rostro de la pequeña Severina Pikespul los restos de la tintura con la que había sido engalanada para la fiesta; los dibujos coloreados estaban ya medio deshechos por las lágrimas congeladas. Le sirve el plato de paniscia, insiste frente a su negativa; hasta que el rostro de Severina enrojece y de repente, llorando, la niña capitula engullendo una cucharada detrás de la otra de esa nadería de caldito que está en el arroz y los porotos.

Después de que todas las niñas, empujadas por el hambre y el ejemplo de Severina, han terminado de comer, sor Assunta canta:

A l'ha grupà la dama gentil
tacà la cùa del caval grisùn
e tantu fort cum lu fasìa 'ndé
le pere 'd la vila i fasìa tremé... ⁷

Canta hasta que la pequeña Severina se duerme con la carita bañada por el llanto entre los mechones de cabellos negrísimos. Un poco de saliva que le sale de la boca entreabierto humedece el cuello de la monja.

Y fue necesario sobrevivir a aquel día de ira, de desilusión, de amargura. Luego, después de aquel día, vinieron otros: cortos, helados, tristes; pues las enfermedades diez-maban a los indios, como si de golpe su proverbial resistencia física se hubiese agotado.

Sor Assunta hubo de prodigarse en el hospitalito improvisado en el antiguo taller de costura. En la misa, algunos de los Padres sostenían que se trataba de un castigo de Dios; otros, más misericordiosos, hablaban de una prueba, de aquellas que Dios a veces nos manda para probar nuestra fe; la felicidad habría venido solo después, y si no en este, seguramente en el otro mundo.

Y, ya fuese castigo o prueba, no le quedó más que una cosa a sor Assunta: rezar.

En tanto, mientras Asunción relataba, había empezado repentinamente a nevar. Todo blanco, color de muerte, de guerra o de rabia para los yámanas. Melville tenía razón.

⁷ A grupas llevaba a la dama gentil / atada a la cola del caballo gris / tan fuerte galopaba al pasar / que a las duras piedras fazía temblar...

Me mostró un fajo de sobres amarillentos dirigidos a su madre Severina. Caí de las nubes: eran ni más ni menos que de sor Assunta, la escritura igual a aquella del diario, toda inclinada hacia la izquierda... Le pedí a Asunción si podía leerlas, le prometí devolvérselas al día siguiente.

Dentro de poco amanece, estiro la espalda endurecida delante de la computadora. Siempre me ha gustado el alba: la luz descolorida, los rumores opacados que filtran desde las ventanas todavía cerradas... En la cabeza me dan vueltas las palabras de las cartas de sor Assunta que he releído esta noche.

«Mi corazón está allí, junto a ti, querida Severina, en el Estrecho. Cuando regresé a Italia, me volví vieja de golpe. Querría haber hecho más. Pues para mi sorpresa —una sorpresa que me da escalofríos en la espalda— sé que he sido culpable con vosotros: no he sido capaz de defenderos lo suficiente.»

La mano que Asunción me tendió cuando regresé para devolverle el fajo de cartas era afectuosa, la voz le tembló en el saludo.

«Tengo siempre en el corazón el día en que debí irme de la Misión San Rafael; estaba tan triste, pero una monja no es libre de elegir casi nunca: la obediencia a los Superiores es, entre nosotras, el voto más importante. Sin embargo, cuando tú viniste a hacerme una caricia, a tocarme el brazo, he temblado ante la idea de abandonarte» he encontrado escrito. Seguramente la pequeña Severina habrá lanzado miradas de envidia a la monja que dejaba la isla–prisión; habrá llorado, ella, que tenía las lágrimas fáciles... Pienso en ciertas fotos del museo salesiano, si quiero imaginarme los rostros de las indias que fueron a la playa a saludar a sor Assunta; habrá habido un clamor en torno a la barca que partía. Me agrada imaginar que alguna de las mujeres o de las niñas le haya susurrado una frase tomada de la monja–maestra, tal vez la palabra

paniscia, antes de que sor Assunta se alejase para siempre. Hasta que la lancha que la llevaba estuvo lejos de la orilla, y ella no distinguió a nadie más. Y quizás para sor Assunta aquel momento fue como el despertar de un largo sueño.

Después siguieron los largos años sin historia en un instituto de Buenos Aires; finalmente, ya anciana, el regreso a Italia en 1949 y el retiro en el convento piemontés donde terminó sus días, como una extraña, una extranjera. Sin embargo, desde su celda de reclusa siguió escribiendo a Punta Arenas, hasta que, a comienzos de 1953, le llegó la noticia de la muerte de Severina; justamente en la época en la que dejó de recibir visitas: desde aquel momento, desaparecida la persona que le era más querida en el mundo, se dejó llevar por la tentación de no hablar más, de dejarse hundir en el blanco del silencio de sus indias.

Quién sabe cómo la carcomía el no estar segura de que cuanto había hecho hubiese servido para algo.

Historia quiere decir búsqueda, itinerario en otra parte. Y ahora estoy realmente en el final; con la acostumbrada sensación de asfixia que me asalta cada vez que termino de escribir.

Sor Assunta me mira desde una de sus fotos del museo Ambrosetti, con la ambigua autoridad de los muertos, recluida en la definición de la leyenda al pie: «Hija de María Auxiliadora»; como si me estuviese dictando personalmente su verdadera acta de nacimiento y releyese por sobre mis espaldas las páginas que he escrito sobre ella.

Adiós, sor Assunta.

El universo mediocre de la publicidad me situó de nuevo en el hall central del aeropuerto de Punta Arenas. Casi como para recordarme que el análisis y el ahondar dentro de uno mismo son, en nuestro mundo actual, una pena pasajera. Otras cosas

sostienen el hoy, otros son los ritos que cuentan, ligereza y superficialidad son las características triunfantes donde quiera que sea.

Para estar en paz con mi conciencia, sin embargo, antes de dirigirme al aeropuerto, me detuve en el Cementerio Municipal y, bajo el techito de la tumba de Severina Piquespul, dejé un saquito de arroz y de porotos secos.

¿En el Paraíso se come *paniscia*? Yo creo que sí.

La voladora⁸

Lo primero que percibió, al volver en sí, fue el olor ácido de la orina. Un calor sofocante pesaba en la habitación.

¿Estaba viva todavía? ¿Cómo era posible?... Se movió ligeramente advirtiendo en las muñecas atadas las pulsaciones de la sangre, en el vértigo ondulante de recorrer los sentidos. No lograba explicarse cómo había sobrevivido a la larga sesión de tortura. Los recuerdos de las últimas horas le afloraban confusos.

«Y no te hagas ilusiones de poder escapar. Mientras estés acá, vas a hacer lo que yo quiera, vas a vivir cuanto yo quiera. Porque aquí dentro yo soy Dios» le había dicho aquel al que llamaban el Cuervo. Con una voz malvada, diabólica, por lo que a sor Alice le pareció evidente que experimentaba placer al atormentarla.

«¿No adivinás quién soy yo?» había preguntado el Cuervo, después de un momento de silencio.

¿Y cómo hubiera podido? Desde que la habían secuestrado, la tenían encapuchada; los pies atados con una cadena, las manos esposadas a la espalda. La venda no se la sacaban ni siquiera para comer: se limitaban a pasarle hacia delante las manos esposadas. Le pareció que aquella tiniebla artificial le incendiaba la mente.

«Vamos a ver cuánto tiempo te va a llevar reconocermé» había agregado la voz.

Entonces él no era un desconocido... ¿Pero quién era, en nombre de Dios? Se le había abalanzado encima, arrancándole los vestidos; la había violado mientras otros la sujetaban. Sor Alice temblaba al pensarlo, le estallaba la cabeza.

8 «La voladora» en *L'uovo di Gertrudina*, Parte I, cap. III. Italia: Rizzoli, 2003, pp. 131–150. [Traducción: Gabriela Romairone].

«Te prometo, de todos modos, que lo último que vas a ver, antes de reventar, va a ser mi cara», la risa del Cuervo llevó su angustia a lo indecible.

Le dolía todo el cuerpo. Recién la habían llevado nuevamente a Capucha, como había oído llamar la celda de detención. A su alrededor, sor Alice percibía un murmullo hecho de lamentos, un hedor a cuerpos sucios y silenciosos que adivinaba encapuchados. Hermanas y hermanos de los que no conocía ni los nombres ni los rostros: desvanecida cualquier diferencia entre ellos, sus facciones mudadas en una única idea de desesperación repetida al infinito.

Si con cierto esfuerzo movía los ojos para mirar debajo de la capucha, lograba entrever solo una línea del piso: cemento sucio de sangre, de vómito, de excrementos. El calor le pesaba, como si lo que restaba de sus vestidos fuera de plomo. El cuerpo empapado de sudor.

Trató de hablar, de preguntar en voz alta: «¿Está sor Leonie entre ustedes?», pero la frase le salió vacilante, sílaba por sílaba, la voz débil e insegura. Aunque evidentemente las palabras eran un lujo que una prisionera no podía permitirse, porque sintió a sus espaldas el grito de un vigilante: «¡Callada, de lo contrario hago entrar a los perros!» Nuevamente sor Alice experimentó una sensación que por aquellas horas se le estaba convirtiendo en habitual; una oleada de espanto y de indignación frente al extraordinario poder que tiene el hombre: crear el sufrimiento con nada, con una sola frase.

Hay algo que en mi cuerpo todavía se rebela, el cerebro trabaja a ritmo lento, todo se ofusca, siento el zumbido de una mosca, el sabor de mi saliva, ferruginoso, debe de ser sangre: sangro, luego seguramente existo. El latido debilísimo del pulso en mis muñecas esposadas, como si me corriera polvo por las venas. Y en los oídos un estruendo confuso, tal vez sea todavía el eco de los disparos bajo la bóveda de la iglesia de Santa Cruz, donde nos han arrestado. Cuando deje de sentirlo, estaré muerta.

Estaba en una habitación con cielorraso altísimo, hacía frío, la niebla escondía el perímetro del local; sin embargo se dio cuenta de que el piso se inclinaba peligrosamente hacia un lado. Estaba desnuda, no sabía con qué cubrirse, pero lo que más la preocupaba era el dolor que sentía en el bajo vientre y los calambres en los músculos del cuello.

Si no logro salir lo antes posible de esta habitación me voy a enfermar, pensaba. Debo moverme, escapar.

Y, sin embargo, y esto era inquietante, otra parte suya le aconsejaba no moverse, permanecer donde estaba sobre ese piso inclinado: habría podido sucederle algo peor. Por eso se quedó inmóvil, la cabeza inmersa en la niebla.

Fue un grito de mujer, no obstante, el que la arrancó del sueño y volvió a poner en movimiento el curso de sus pensamientos: primero lejano y oscuro, luego más alto y estridente. Ya había sentido ese grito. Pero, misericordia, ¿dónde?

Movió lentamente las piernas, izquierda, derecha, izquier, derech. La niebla persistía, tal vez si hubiese abierto los ojos se habría despejado. Los abrió con esfuerzo, pero no encontró nada salvo la oscuridad de la capucha. La sacudió un escalofrío: estaba completamente bañada en sudor, por eso durante el sueño había sentido frío; y, si le dolía el cuello, era porque las muñecas esposadas detrás de la nuca eran un suplicio; el dolor en la ingle en cambio... En un momento volvió totalmente en sí. El piso no estaba inclinado, no había niebla: simplemente se había desvanecido después de la tortura.

Intentó rezar, pero en su cabeza vacía no encontró las palabras. Por culpa de esta oscuridad, se dijo: en la oscuridad los pensamientos siempre tienen un sentido diferente, y aún peor, tienen más de uno.

Oyó, lejos, un sonido de campanas. ¿Qué día era? Empezó a recuperar lentamente el movimiento de los músculos de las piernas, izquierd, derech. La memoria ahora emergía de nuevo desde la oscura confusión en que la mente se había precipitado. Luces,

sombras, emociones, imágenes que parecían transcurrir en un minuto hecho de innumerables días; como cuando en la pantalla se proyecta un film en tiempo acelerado. Su vida se había convertido en un único momento: este, en el que por casualidad se encontraba todavía viva, clavada al piso sucio de una celda; como en una sepultura anticipada.

Calculó cuánto tiempo hacía que estaba prisionera, debía ser casi Navidad. ¿Y qué había sido de Leonie?

Las habían arrestado en la iglesia de Santa Cruz, en Buenos Aires, junto a un grupo de Madres, mientras reunían dinero con el fin de pagar un aviso en un diario: para ponerse en contacto con quien tuviese noticias sobre las personas desaparecidas en los últimos meses... De golpe se encontró lejos, en la nave central de la iglesia, entre las filas de bancos, el altar en el fondo: recién había terminado el servicio religioso, ella estaba saludando a los familiares de los desaparecidos, entonces la persona que la abrazaba le fue arrancada de las manos, después alguien le caía encima golpeándola en la cabeza...

«¡Son un grupo de locas, *completamente locas!*» rieron los hombres que le habían hecho su primer interrogatorio. Las mismas palabras que las madres habían sentido repetir a la policía cada vez que presentaban una denuncia de desaparición: «Las personas que buscan no fueron secuestradas por nosotros. Habrán dejado el país para seguir a algún amante o para hablar mal del gobierno, porque se está armando un tremendo complot internacional contra la Argentina».

Al pensarlo de nuevo, se sintió insultada. ¿En qué clase de mentira vivía la gente que la tenía prisionera?

«¿Sabés por qué puse la música a todo volumen? Porque ahora vas a gritar, pero no te va a servir de nada: nadie afuera se dará cuenta. Pásenme una picana... ¿Sabés,

puta, ¿qué es una picana? ¿No lo sabés? Sos ignorante, además de puta... ¿La sentiste esta sacudida? Listo, ahora sabés qué es una picana.»

Por amor de Dios...

«Es un invento argentino, la picana: la usaban en los frigoríficos para forzar a las vacas hacia el matadero. Y nosotros la usamos con vos, porque todas las mujeres no son otra cosa que vacas.»

Dios te salve, María, llena eres de gracia...

«Si creés que me vas a conmovier con tus oraciones te equivocás absolutamente. Los militares somos verdaderos machos, unos duros. Nuevos cruzados, esto somos. Y el hierro con el que te estoy quemando, puta asquerosa, es para castigarte y salvarte. Los cruzados empuñamos la espada para derrotar el virus del comunismo del que ustedes están infectadas.»

Santa María, madre de Dios...

«¿Y sabés quién dice esto, que somos cruzados? Uno de ustedes: monseñor Tortolo...»

No es uno de nosotros, es el vicario de las Fuerzas Armadas...

«¡Callate, puta marxista! ¡En silencio, cuando te hablo!»

Se les pedirá que rindan cuentas por lo que me están haciendo...

«Un militar argentino se confiesa solo delante de Dios. Y a un ejército vencedor, como será el nuestro, nadie le va a pedir jamás que rinda cuentas de lo que hizo durante la guerra. Porque esta es una operación de guerra, itenelo bien presente!»

Me cuesta pensar, tratar de entenderlo. Y en verdad no lo entiendo. Esta ferocidad, esta barbarie... ¿Cómo puede ser que suceda en la Argentina católica apostólica romana, en la que todos los miembros de las Fuerzas Armadas, sin excepción, han

recibido la primera comunión, se han casado en la iglesia, y seguramente van a misa en cada fiesta de guardar?

Es una locura. Impensable. Y... hay muchas cuestiones en las que no logro pensar, hay siempre más, lo que me están haciendo es solo imaginable en Siberia, en uno de los calabozos de una policía sin-Dios.

Hubiera querido no haber entrevisto el colgante que pendía del cuello de su torturador: esa crucecita de oro con una piedra roja en el centro, esas uñas limadas como las de una mujer... Ha sido solo un momento, tal vez la capucha se había corrido por la sacudida que la picana había impreso a todo su cuerpo. Un momento solo, pero claro como un relámpago. Hubiera querido desvanecerse, olvidar la imagen que se le había impreso en la retina. Su mente balbuceaba un nombre.

Una crucecita de oro con un puntito rojo en el cruce de los dos brazos; una mano que la aferraba, con las medias lunas blancas en las uñas largas bien cuidadas. Raro cómo en un solo instante había podido apresar tantos detalles. En su cabeza la imagen era un rugido, una explosión, un aluvión.

Sintió pasos y supo que el hombre había vuelto a la habitación. De nuevo todo era negro a su alrededor, la capucha le cubría los ojos: seguramente la imagen había sido un mal sueño, no podía ser verdadera. El recuerdo era una llama dentro de la oscuridad en que sor Alice estaba inmersa.

En el horror de las sacudidas eléctricas, con la punta metálica candente que empezó a morderle el pezón derecho, buscó concentrarse en algo muy lejano, en el mundo de afuera, en una Navidad de cuando era pequeña, en una cancioncita infantil:

J'ai vu le loup, le renard et la belette,

J'ai vu le loup et le renard danser...

Era una cancioncita tonta que se cantaba jugando a la ronda con las otras niñas, quién sabe por qué la había recordado. La memoria era un largo túnel en que desfilaba su vida. Poder huir. Estar en otro lado. Alicia en el país de las maravillas grita: «¡Son solo un mazo de cartas!» y el miedo desaparece... No, no había visto esa crucecita de oro. No podía haberla visto. Sor Alice sabía cuánto los miedos podían crear apariencias confundiéndolas con la realidad. No, no.

El hombre le había metido la picana en la vagina. El cuerpo de sor Alice se arqueó, un sacudón después de otro. No se dio cuenta de que había gritado porque algo diferente había proferido dentro de ella un grito de ultraje. En la ola de terror que la arrollaba le pareció ver la escena desde afuera: espectadora impotente de una prisionera que se debatía en un camastro agitando los cabellos sudados en un constante sacudir la cabeza de un lado a otro. En los oídos el eco de los gritos inútiles de una pequeña presa sin vía de escape entre las garras de su depredador. En un mundo de loco terror, donde regía solo la ley de la jungla, anterior a cualquier grito humano; un universo de gruñidos, rugidos, aullidos. Por otra parte, sus torturadores se llamaban entre ellos con nombres de bestia: el Cuervo, el Ratón, el Lobo, el Sapo...

Pureza, pureza, un poco de tregua... Humillada por el estupro, sintió con espanto el propio cuerpo como una cavidad oscura. Tuvo la impresión de caer dentro de sí misma; y no había fondo.

Ayer pensaba: ¿Qué puede haber peor de lo que ya he debido pasar? Ahora sé que el nivel de degradación al que es sometida una mujer prisionera puede ser siempre superado.

Y no terminó, lo siento. He llegado... ¿cómo decirlo? ... a algo que va más allá de cuanto pudiera tener un sentido, por delirante que fuera.

Las horas pasaban —¿o se trataba de días? ¿de años?— y el silencio era como un espasmo del tiempo. Siempre el cuerpo a hacer de teatro del alma: con las violaciones que se sucedían, las mutilaciones con hojitas de afeitador, el arrancar las uñas. Sin contar con el terror de aquello que su imaginación anticipaba. El peso de las emociones contenidas pero violentas le hacía temblar.

El Cuervo parecía no saciarse nunca con el espectáculo de su tortura, como si para él fuese normal que la vida de los otros se convirtiera en escenario de muerte. Aún más, como si el dolor de sor Alice lo sedujese. Solo cada tanto estallaba en un grito: «¡Hablá, puta! ¡Decí la verdad!».

La verdad es un privilegio de la inocencia, pensó sor Alice. Un poco de dignidad le quedaba todavía, en algún oscuro rinconcito del alma, suficiente para no traicionar a los otros. Sabía que ella ya no contaba, que solo era una llave para abrir otras puertas. Una vez que el Cuervo las hubiese abierto, la llave no habría interesado más a nadie.

El infierno, comprendió, el infierno verdadero no es otro que este: además de este no puede haber nada; y, entonces, luchar —se dio cuenta frente al deseo que sentía crecerle dentro, de suplicar a su carnicero, de pedirle piedad— significaría solo hacerle el juego al diablo.

El calor era insoportable, tenía ganas de estornudar: en el sótano se habían infiltrado las cápsulas lanosas de los álamos. El aire era espeso. Y siempre ese olor metálico entre los dientes.

Ya no puedo llorar más. Frente a cada nueva tortura, un grito parece invadirme la garganta, por momentos siento pulsar la sangre más rápido, pero el dolor no logra después atravesar el muro de piel y músculos para desahogarse en el llanto.

Si no existiese esta oscuridad extenuante.

La cuestión de la crucecita de oro no le daba paz. ¿La había soñado solamente? Porque, si no había sido una alucinación, entonces el Cuervo era Gustavo Niño.

Pero no era posible que fuese él, se atormentaba sor Alice. Gustavo Niño, tan rubio, tan gentil: al volverlo a pensar, la turbaba todavía recordar su timidez de hombre, tan atento, y cómo me miraba, con cuánta desesperación... Aquella frente cubierta de rizos, los ojos vacíos, el estar lejos de todo: como una persona realmente sacudida por el dolor de un hermano desaparecido. Qué actor. Con esa carita de angelito se había ganado la confianza de todas las Madres. Escondido detrás de su armadura de belleza: un simulacro sin nada dentro, salvo el odio. Es realmente cierto que la vista no percibe la señal de Caín... Y había tenido la caradurez de presentarse al servicio religioso junto con ellas ese día, de acercarse a las mujeres una por una y besarlas en la mejilla... ¿Las habría besado para señalárselas a los secuestradores? Cobarde. Traidor. Judas.

Un presentimiento repentino y funesto: si el Cuervo es el hombre que se hacía llamar Gustavo Niño, ninguna de nosotras saldrá viva de acá... Trato de contraponer a este terrible pensamiento el recuerdo de algún momento feliz, y hacer con él un escudo. Pero no lo logro. Es todo absurdo si aquello que nos espera es el vacío total, como dice el *Eclesiastés*: «¿Al final qué le queda al hombre de todo su trabajo y de todo el afán de su corazón con el que se ha fatigado en la vida? Todo es vanidad. Busqué en todas mis memorias y no encontré nada, salvo oscuridad». Mi noche oscura. Un mal pequeño si solo afectase al cuerpo, pero que también la mente se disuelva... Tan lejano el soñar. Tan cercano el saber que no me queda ninguna esperanza.

Sintió que una lágrima se le desprendía de un ojo y se perdía bajo la capucha, corriéndole sobre la mejilla. Cerca de ella un prisionero apoyado en la pared susurraba, hablando de un hijo pequeño, cuatro años apenas, que los abuelos habían

logrado poner a salvo. Un verdadero milagro. Otro protestó, rabioso: «¡Que ninguno hable de milagros acá adentro!».

Sor Alice escuchaba desde una tremenda distancia.

La llevaron nuevamente al cuarto de torturas, sosteniéndola por las axilas, porque no se tenía más en pie. Otra vez le pareció ver la escena desde afuera, como si los dos guardianes —Pedro el Bolita y Pedro la Bruja— hubiesen de alguna manera entrado en ella y le prestaran sus ojos. Le pareció que la cabeza se le llenaba de niebla.

Al volver en sí, se encontró desnuda y atada al camastro de hierro. Provenientes de la parte opuesta del local, escuchó los gritos aterrorizados de otra prisionera a la que tres hombres, riendo burlonamente, introducían un ratón en la vagina. Pensó en las cárceles de la Inquisición, con sus prisioneros sin proceso; en la violencia bestial de los laboratorios del nazi Menguele; en los sótanos de la policía de Stalin. Sintió que arrastraban por el piso el cuerpo de la desconocida que gemía, lo golpeaban contra la pared. Le pareció percibir el resquebrajarse de los huesos del cráneo y que la vida se le iba entre sesos y sangre. Habría dado cualquier cosa con tal de no haberlo escuchado... Vomitó.

La dejaron sola. El silencio le pareció irreal, como la entrada en un espacio que no era diferente del que tal vez la otra prisionera había alcanzado, en una soledad incontaminada. Y se sintió culpable hacia ella, con vergüenza por haber asistido al acto indecente de su muerte. Se vio perdida, mientras el más allá se le aparecía por delante como una imagen de terror: otros hedores infernales de sexo, vómito, putrefacción, para la eternidad.

Hacía diez días que duraba la oscuridad. Santa María, Madre nuestra. Inútil pensar en el mundo anterior, fuera de la prisión: estaba totalmente anulado; o, si todavía

existía, era solo hielo. Madre nuestra. Se apoderó de ella el pánico de la irreversibilidad del tiempo, de las cosas perdidas. Moviendo con lentitud los dedos sucios de sangre trazó una pequeña cruz en la pared sobre la que estaba apoyada. Madre nuestra. Un terrible silencio, profundo y seco. ¿Se habían ido todos? Ningún lamento, ningún grito de dolor en torno de ella.

Madre nuestra.

Esperó que los torturadores la hubiesen olvidado ahí, como enredada en las pelusillas de los álamos.

Madre nuestra.

La sacudió la voz de aquel que con frecuencia sentía llamar el Sapo: «Inútil que reces, no te va a servir de nada. Yo hablo todos los días con *Jesucito*. Y si él me dice que tenés que morir, una de estas noches te doy un Penthonaval y te vas al cielo».

Cada palabra era un diente del engranaje que la estaba triturando. En la oscuridad de la capucha sentía vibrar la habitación, amenazante, en contraste con su inmovilidad de persona esposada.

Madre nuestra. Amén.

Ya no sentía más los brazos y las piernas, como quien ha pasado el umbral del cuerpo y ahora se encuentra más allá. ¿Qué era ese ruido que le martillaba la cabeza? Alice en el país de las alucinaciones: con un conejo que escapa y *la belette qui danse*; con un vaso inalcanzable y la garganta abrasada de sed. Una canilla que perdía agua en la oscuridad casi la hizo enloquecer. Invocó una gota de agua; pues la sed habría sido capaz de hacerle perder la razón, cosa que ni las torturas ni la certeza de la próxima muerte habían logrado obtener hasta ahora.

Miércoles por la tarde, *Pedro el Bolita* entró en *Capucha* con una lista de detenidos. «Por la desinfección», explicó. Entre aquellos que estaban en la lista se formó una fila india, la mano sobre el hombro de quien le precedía. También sor Alice fue arrancada de sobresalto a su letargo de bestia exhausta. Finalmente sabría de qué se trataba: porque de la «desinfección» del miércoles ninguno había regresado a la celda.

Se levantó fatigosamente, colocándose entre los otros. Juntos los hicieron salir de la celda, encapuchados y encadenados. Los que permanecieron en *Capucha* escucharon el chirrido de las cadenas de los prisioneros mientras bajaban las escaleras, que allí dentro se llamaban «*avenida de la felicidad*».

Se dio cuenta por el olor de que la habitación a la que los habían llevado era una especie de enfermería. «¿Qué nos hacen?» preguntó a un hombre que le había ensartado sin miramientos una aguja en el muslo.

«Es una vacuna: vamos a llevarlos a todos a un campo de trabajo en el sur, en Patagonia. Eh, no se puede decir que no somos humanos...» rio el guardia, con voz untuosa.

Sor Alice sintió que la espalda se le aflojaba, las piernas se plegaban; luchó contra el cansancio repentino que la inundaba induciéndola a dejarse ir. El cuarto comenzó a tambalearse violentamente, como si el piso se hundiera. Alguien la aferró para ubicarla en una silla. Respiró profundamente con la boca abierta, sintiendo a su alrededor gemidos y conatos de vómito. Tal vez la inyección contenía veneno. O tal vez no: quizás realmente los transportaban al sur del país. Debía estar atenta a no dejarse ganar por el pánico.

Pensó que también a los hebreos en el umbral de las cámaras de gas se les hacía entrever el jirón de esperanza de una ducha refrescante. Y sin embargo desechó este pensamiento negativo, no confiaba en los propios presentimientos, en la propia memoria, en la propia lucidez —el camino se dirige a su término, ¿cómo dijo Él? «Yo

soy el Camino, la Verdad, la Vida», pero lo han crucificado, si no lo hubieran matado, pero lo han hecho así que no hay esperanza, han transformado el mundo en un desierto, cuando era niña todo parecía diferente, cómo querría sentir todavía una vez aquella ronda: *J'ai vu le loup, le renard et la belette*, aquel puro diálogo de voces infantiles, angelicales—, se esforzaba por tranquilizarse: también sus torturadores al fin de cuentas eran seres humanos, católicos...

La hicieron salir al aire libre, sintió la caricia del sol en la piel. Se oía zumbar el motor de un camión de la Armada. Antes de que subiera, le quitaron esposas y capucha. Fue un deslumbramiento para los ojos, tan vasta le parecía la luz después de diez días de oscuridad. Mirando a su alrededor, fue invadida por el pánico al reconocer a duras penas los lineamientos desencajados de sus compañeros: como si la tortura y el incognoscible destino que estaban por afrontar les hubieran cancelado la identidad. El horror de la transformación del rostro que cada uno había sufrido —huesos que sobresalen, barbas largas, labios cortados, cicatrices, el hueco de la boca oscuro por la falta de dientes— le suscitó un gran deseo de llorar. No hacían falta los espejos: cada uno podía ver en el otro la propia palidez de zombi, los ojos vítreos cercados de violeta, las encías amarillentas. Cada uno intentaba sonreír, sin obtener otro resultado que una mueca de dolor. Escuchó su propio estallido de risa histérica como si fuese de otra persona, sí, por cierto, era algún otro quien reía, no ella. Se limpió el sudor de la frente.

Este es el último círculo del infierno, se dijo.

El viento del atardecer que sopla desde el Río de la Plata es un alivio después del hedor de la celda. A través de las bolsas sanguinolentas de los párpados, veo mi cuerpo deshecho. Con gran esfuerzo levanto la mano para pasarme los dedos entre los cabellos enredados y sucios... ¿Qué es este olor? ¿El aroma dulce de los lapa-chos? ¿Entonces en el mundo los árboles siguen floreciendo?

El perfume de los árboles en flor se expandía al sol. El aire parecía vibrar de vida. Una mariposa amarilla se posó sobre la charretera de uno de los militares que rodeaban el grupo de los prisioneros. Sin pensarlo, sor Alice movió los dedos todavía entumecidos por las esposas, como para tenderlas hacia aquella visión: oh, cierto que es así, existen todavía mariposas, seres de respiro delicado, ángeles... Pensó en una niña de tantos años atrás, que caminaba por una calle costanera junto al océano con un delantalito ligero; sintió una ráfaga de viento pegarle la ropita al cuerpo, escuchó el eco de una ronda:

J'ai vu le loup, le renard et la belette,

J'ai vu le loup et le renard danser...

Pero el soldado alzó con cólera la mano y aplastó el insecto con la palma. Sor Alice se sobresaltó, sin poder quitar los ojos de los dedos del hombre, sobre los que había quedado una huella de aquella belleza de polvo. La muerte se le insinuó en el corazón. Le pareció tener la mirada sucia de aquel doloroso color amarillo. ¿Inventé yo esa mariposa? se preguntó.

Le generó otro estremecimiento la vista de Gustavo Niño, de pie junto al camión verde: los cabellos rubios, los labios pequeños, esa sonrisa huidiza que no se sabía dónde nacía. Entonces era realmente él su torturador... Le faltó la respiración al oírlo llamar teniente Astiz. Miró con desprecio la crucecita de oro que le colgaba del cuello, la misma que quien decía llamarse Niño llevaba sobre la camisa cuando iba a las reuniones de las Madres a simular que estaba despedazado por el dolor. Bajo el estilete de la mirada de sor Alice, el hombre se cubrió la pequeña cruz con un movimiento instintivo de la mano. Como un jugador descubierto al hacer trampa.

A partir de ese gesto afloró de improviso la memoria del secuestro en la mente de sor Alice: el beso de Niño–Judas, los gritos de los secuestradores, el baúl del coche en el que había sido arrojada y encerrada. Y pensar que, después de haber sido torturada salvajemente, afligida por los otros secuestrados, en Capucha había preguntado varias veces en voz baja por la suerte de aquel *muchachito rubio*. Se reprochó su descabellada generosidad.

Le vinieron ganas de maldecirlo... *Dies irae*. Vendrá el día de la cólera en el que quien dice la verdad y quien escupe imposturas serán diferentes. ¿Vendrá, Señor, ¿y Tú juzgarás?

El camión salió de la ESMA y atravesó la ciudad, luego entró al Aeroparque desde un ingreso en la parte trasera. Sobre una pista apartada esperaba un Electra de la Armada, con los motores ya encendidos.

Sor Alice subió tambaleándose al avión, empujada por quienes la seguían. Se sentó en el piso, acomodándose cerca de la hermana Leonie que se balanceaba con cansancio. Cuando pudo mirarla mejor, se dio cuenta de que los ojos de ella se habían vaciado de expresión: la miraban con la triste indiferencia de quien ya no puede más. «Querida» le dijo: «Apoyá la cabeza sobre mi hombro».

«¿No lo has entendido todavía? Acá nos matan» farfulló Leonie, clavándole las uñas de la mano en el brazo derecho. Advirtió dolorosamente el abrir y cerrarse de su pecho en el acto de respirar.

La apretó contra sí. También la otra, con esfuerzo, trató de abrazarla. Era una despedida, dos muertas se decían adiós. Le aferró la mano acercándola a su propia mejilla, apretándosela convulsivamente. «No te dejo», más o menos así respondió, si bien tenía la absoluta certeza de que no había salvación, pero ahora pensaba que, si lograba entonar el motivo de la vieja ronda que le resonaba de manera confusa en algún rincón de la cabeza, tal vez no todo estaría perdido.

Un guardia —una oscura violencia anidaba en su cara flácida y pálida— estaba dando otra inyección a todos los prisioneros; a ella le dijo con una mueca indescifrable: «Te damos otro poco de Penthonal... así después volás al cielo» y rio. Solo entonces sor Alice entendió realmente que el cielo al que el hombre había aludido no podía entenderse como metáfora, sino como el verdadero destino de hielo y de muerte que la esperaba.

Leonie ahora había cerrado los ojos, también el resto de los prisioneros parecía sin vida. Los guardias comenzaron a desnudarlos uno por uno, haciendo comentarios obscenos frente a la desnudez de los torturados.

Sor Alice se resistió a las manos de sus carceleros, quiso hacerlo ella misma: con un gesto algo lento y de arrastre, arrojó sobre el piso aquello que restaba de sus vestidos hechos jirones. Con apenas un escalofrío. Sin cubrirse con las manos, pues el pudor allí dentro habría sido como una blasfemia.

Un capellán la apostrofó, severo: «¿A qué viene esa cara? En el fondo la muerte que están por recibir es caritativa, porque no les causará sufrimientos; un gesto de verdadera piedad cristiana que los criminales como ustedes no merecerían». Y refunfuñó sobre la necesaria separación del grano y de la paja, pero sor Alice giró la cabeza hacia otra parte: no por miedo o vergüenza, sino por el dolor de ser irremediablemente incomprendida.

Espero Tu manifestación, Señor. Que Tu mano los detenga. Espero, con ansia. Espero juntando las manos, con mi oración en los labios. Espero, temblando por el miedo de que ninguno responda a mi llamado. *Eli, Eli, lemà sabactani?*⁹

⁹ Eli, Eli, lemà sabactani?: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? En arameo. Nuevo Testamento (Mateo 27:46).

Cerraron la portezuela del avión. El aeroplano después de haber carreteado en la pista del Aeroparque levantó vuelo. Desde un ojo de buey sor Alice vio el color amarillo de las aguas del Río de la Plata; la inmensidad de Buenos Aires en la que se estaban encendiendo las luces del atardecer le pareció irreal, casi ajena. Le faltó el aire.

Leonie se lamentó desencajada, babeando. La muerte estaba ya trabajando en sus facciones. Sor Alice se inclinó sobre ella para limpiarle la boca que sintió como propia. La apretó entre los brazos, como queriendo permitirse una ternura que nunca se había concedido. Acariciando a Leonie que era todas las mujeres. Agachándose a besarla en la frente.

Los oficiales presentes en el avión —aquellos que los guardias llamaban «invitados especiales», que estaban ahí para asistir al final del grupo de prisioneros— la miraban asombrados, con el pánico de quien, no conociendo el amor, tampoco podía aceptar su expresión. Sintió, con agudeza acongojada, el murmullo de su desaprobación.

Se dio fuerza. «Dichosos aquellos que lloran, porque serán consolados» comenzó a recitar en voz alta sor Alice.

«Háganla callar» protestó uno de los oficiales, pero ninguno se movió.

«Dichosos los que sufren, porque heredarán la tierra.» Lloró, acunando la agonía de Leonie, compadeciendo la suerte de sus compañeros, invocando la fe de que existiese un Dios, más allá de sus simulacros de beatitud. «Dichosos aquellos que son perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.» Temblosa frente al pensamiento de haber llegado a su última hora, pero sin pensarlo verdaderamente. Cerrando los párpados para detener las lágrimas. Advirtiéndolo finalmente, después de tantos días de terror, la emoción de estar entera ahí, presente para sí misma.

El capellán se levantó; antes de entrar en la cabina del piloto, no pudo dejar de lanzar a sor Alice una mirada de reproche.

Afuera había descendido la oscuridad. Dos guardias abrieron la puerta y comenzaron a arrastrar los cuerpos de los prisioneros entontecidos hacia la abertura: una patada y desaparecían en el vacío.

El zumbido de este motor, el chillido del viento, los latidos de mi corazón. El llanto de todas las noches sin arrullos. El grito de los corderos inocentes delante del hacha. Los aullidos de todas las madres que paren con la boca abierta, en el dolor.

Desde el fondo ofendido de la propia mirada, sor Alice contemplaba la escena. Los ojos clavados sobre los gestos de los guardias; el desprecio de hasta hacía poco cediendo al horror.

«Dichosos serán ustedes, cuando los injurien y digan cosas falsas de ustedes por causa mía», la voz se le quebró. Basta de palabras. Lo que le quedaba era la mano de Leonie que tenía entre las suyas, esa comprensión de los cuerpos, el calor de su regazo: ¿o acaso el vientre de una mujer no es el primer lecho, donde morir equivale a nacer?

Abrazó con fuerza a Leonie, sintiendo propagarse en la propia carne sus sobresaltos y estertores. Entonces ha llegado la hora, debemos separarnos. Trató de recoger en las manos lo que restaba del calor de Leonie, de no dejar escapar ese último regalo.

Las arrastraron a las dos junto a la puerta. Su compañera fue la primera en caer. Ahora sor Alice estaba realmente sola. Qué pena, hubiera deseado tanto ser mirada por última vez por los ojos vivos de una amiga, sin los cuales no existía más para ninguno.

Un guardia se le acercó groseramente. Le leyó en los ojos el desconcierto de tener que vérselas con una persona todavía lúcida y le hizo señas de esperar: quería mirar aquel color negro debajo de ella, mar y cielo que sabía estar viendo por última vez. La prisión, los recuerdos, el miedo: cada cosa se recomponía como las olas se propagan en mar abierto. No hay ninguna diferencia en que vayas adelante o te retires, se dijo, ahora todo ha terminado.

Sin dudar más separó las manos del rostro y abrió los brazos como alas: se arrojó, buscando la noche y el silencio. Santa María, Madre nuestra, oh mamá.

Entre quienes sobrevivieron al secuestro y a la tortura de aquellos años hubo algunos que escucharon hablar a los oficiales de dos monjas, a las que llamaban las «monjas voladoras».

Por el secuestro de sor Alice Domon y Leonie Duquet, en diciembre de 1977, al que siguió su desaparición, el teniente de fragata Alfredo Astiz —alias Gustavo Niño, alias «el Cuervo»— ha sido procesado en Francia donde el 16 de marzo de 1990 fue condenado a prisión y se le dictó un pedido de captura internacional.

El Delta¹

Traducción: *Adriana Crolla*

Al Río de la Plata lo atravesé por primera vez un poco después de cumplir los catorce años bajo un espeso manto de neblina: desde Montevideo a Buenos Aires, por el río que Dino Campana llama «mar amarillo».

Así que esta es la América, me dije: este río limoso, las frías luces en lo alto de los hangares aduaneros, el lamento de las sirenas de los barcos...

Pero al río solo lo conocí de verdad algunos meses después cuando me llevaron al delta del Tigre. No fue uno de esos paseos «a un paraíso natural a dos pasos de la ciudad», como proclaman los folletos turísticos para los visitantes *fast and food* por Buenos Aires: una simple jornada de sol y mosquitos, entre el vaivén de lanchas-colectivos y embarcaderos sostenidos por tambores de gasoil, la fiesta roja de los ceibos florecidos y al final, la infaltable parada en el muelle de un restaurante típico para *churrasco con fritas*.²

No, delta es una palabra que resuena dentro de mí con algo de siniestro.

Nada de literario, entendámonos. Nada que ver con la combinación de veneno y whisky con que se suicidó el escritor Leopoldo Lugones en una de estas islas, ni el delito soñado en «Relato con un fondo de agua» de Cortázar. Si bien en el delta abundan historias lúgubres. Como la del chalet alemán donde estuvieron en época

1 // *Delta*. Inédito.

2 Todas las palabras en español en el original van en cursivas.

de Perón todos los nazis desembarcados en Sudamérica —desde Mengele a Eichmann— durante el tiempo necesario para aprender la lengua y cambiar la identidad. Y ahora reciclado a edificio turístico muy apreciado. O como la Quinta «El silencio» que fuera el centro clandestino utilizado durante la dictadura para esconder a los secuestrados de la ESMA, en ocasión de una inspección de la Comisión Panamericana de Derechos Humanos.

En cierto modo tiene que ver con la horrible muerte de un tío segundo, hermano de mi nono materno: *agusanado*, escuchaba decir cuando era pequeña, en la extraña mescolanza de lenguas que solían usar los paisanos que regresaban de la Argentina. Para mí, de niña, se trataba de una muerte «aguzada», como la punta de un cuchillo. Solo en la adolescencia, cuando aprendí el español, entendí lo terrible de una muerte lenta y asquerosa por los gusanos: se había roto una pierna, las moscas habían hecho nido en la herida, la carne agusanada se había podrido. Y esto había sucedido justo en el delta del Tigre, que para mí de niña, era un oscuro no lugar.

En todo caso este delta me enseñó la muerte. Podría haberlo aprendido también en otra parte, pero por destino o coincidencia o quien sabe por qué, lo aprendí en estas aguas que en mi memoria están indisolublemente envueltas en la bruma de una cierta noche del '66.

A la Quinta «La Trampa» nos condujo —a mi madre y a mí— una lancha decrepita que escupía humo cada vez que disminuía la velocidad para entrar en uno de los miles de arroyos en que el Río de la Plata se ramificaba. Llovía, el viento flagelaba las orillas, estábamos al cubierto en la cabina del conductor, incómodas entre bolsas de papas y cebollas, botellas de detergente y recipientes con aceite que se sacudían cuando una ola grande nos chocaba. A través de los vidrios rayados por la lluvia se veía solo un infinito acuoso color café con leche bajo una sucesión de relámpagos. La impresión de que podíamos hundirnos de un momento para otro contribuyó, creo que, en mucho, al

recuerdo oscuro de aquel viaje; además de la presencia de aquel *lanchero* silencioso que permanecía de espaldas, en pie junto al timón, y al farol delantero que chirriaba bamboleándose.

Desfilaba una selva de *ceibos* y bambú. Lugar de anacoretas en busca de penitencias severas o de locos furiosos.

Al final apareció un puentecito con una pasarela tambaleante.

El amigo de mi madre, que esperaba debajo de una especie de cartel que llevaba el nombre «La Trampa», desenfundó un paraguas y una media sonrisa que me pareció forzada —seguramente esperaba que mi madre llegase sola— y, a través de un suelo pantanoso nos guio hasta una casa en una loma. De golpe me sentí como una Gretel estafada por la vida —y por la madre— obligada a atravesar territorios y peligros con la esperanza de que al final del viaje hubiera un más allá mejor. ¿Una casita de mazapán entra en la esfera de los destinos plausibles?

Seis escalones de madera fueron el umbral entre Gretel y la vida soñada, para después descubrir que la vida es más fácil para los ogros que para las niñas y que las casitas de mazapán esconden jaulas y otras torturas.

Después llegó la cena a la luz de las velas con *milanesa* y *empanadas*, vino y mate amargo. Por último, el amigo de mi madre salió con la novedad de llevarme a dormir a una pieza adyacente presentando la cosa como una gran ventaja para mí que quedaría libre de hacer lo que quisiera. ¿Me tomaba por una estúpida? Libre quería quedar él, con mi madre.

La pieza, más que un *bungalow* resultó ser una choza sobre pilotes. «No saltés sobre el piso, porque si lo rompés te vas a encontrar en el río», fue la graciosa recomendación de aquel odioso. Encendió la lámpara de kerosene. Me dejó las velas con una provisión de fósforos y un farol, por cualquier cosa. Colgué el abrigo bordó en un clavo. «Como en los campamentos» comentó mi madre riendo.

Un extraño rumor arriba, afuera. «En el ático hay algunos murciélagos» anunció el hombre, fresco como una rosa. «Esta noche no pueden salir de juega... Pero son bichitos inocuos, no tengas miedo» precisó. Y cómo no: muertos de hambre y rabiosos por no poder hacer sus habituales paseos nocturnos, y yo como única compañía. *Alégher, l'è il di mort.*³

«Bueno. Ponéte cómoda, hacé lo que quieras» dijo finalmente el rey de los cretinos. Lo escuché reír con mi madre, mientras agarrados del brazo bajo el paraguas, regresaban a la casa.

Me senté a la mesa y miré alrededor. Viejos periódicos llenos de polvo, *Patoruzú*. Una estampita de la Virgen de Luján. Un armario de fórmica. Por todos lados las señales de una horrible humedad. Desde la ventana, a la luz de los relámpagos, el río daba miedo: un tronco corría arrastrado por la corriente.

Perdida en el vacío elemental del delta —el mundo civilizado a poco menos de cincuenta kilómetros, que sin embargo parecían infinitos— me sentí encapsulada en una atmósfera de castigo divino, *sursincòrda*,⁴ estaba encerrada en el arca de Noé con moscas y murciélagos.

No había lo que se dice una cama, más bien un extraño sofá de bambú a mitad camino entre una hamaca y una cuna para adultos. El colchón despedía olor a humedad, me parecía respirar agua, las colchas daban frío de solo mirarlas. No me desvestí. Intenté dormir, pero no pude.

Me levanté en mitad de la noche, abrí el armario de fórmica junto a la puerta: galletas, *yerba*, azúcar, un paquete de cigarrillos abierto, dos tabletas de chocolate, una botella

3 Cita del poeta Delio Tessa (Milán, Italia 18/11/1886– 21/09/1939). Trad. *Alegría, es el día de los muertos*.

4 *Sursincòrda*: contracción del latín «*sursum corda*». Trad. *arriba los corazones*.

de no sé qué licor de gusto no tan desagradable si a la vez se comía un cuadradito de chocolate. A una cierta hora oscura y sin nombre, todo deja de ser normal. Bebí.

Cuando me vuelve a la memoria esa noche en el delta, vuelvo a sentir el ruido de la lluvia sobre el techo de zinc y los golpes de las olas contra los palafitos; todo mezclado con el olor de mi ropa mojada. Desde la ventana vi pasar algo que tenía el aspecto de un largo cajón. Se bamboleó a algunos metros de la orilla para desembarazarse de un amasijo de bambú, la corriente jugó un poco antes de llevárselo. Pensé en un ataúd que el río impetuosamente arrastraba al mar, y no fue un pensamiento tranquilizante. Quizás grité.

Años después, mientras asistía a la proyección de *El viaje* de Fernando Solanas, en la escena de los ataúdes arrastrados por la inundación, reviví, grotescamente deformado, el escalofrío de aquella noche.

Esperaba caer desfallecida por el sueño, pero no venía. Traté de comprender la causa: no estaba habituada al alcohol, las líneas de la habitación huían en todas las direcciones. Apagué el farol esperando que no vería más bambolearse a los objetos, sin embargo, también la oscuridad seguía dando vueltas, sentía el estómago revuelto. Me quedé esperando que pasase. La oscuridad vibraba en la cabaña, me pesaba sobre el pecho, me chupaba hacia el piso. Sentía el hielo penetrarme, tosía sacudida por espasmos que me quitaban la respiración. El alba estaba todavía lejana cuando salí a la baranda haciendo esfuerzos para mantener el equilibrio: tenía que vomitar, librarme de ese grumo vomitivo que me retorció las vísceras. Arrodillada lancé todo lo que puede. En la loma la casita tenía todos los postigos cerrados. Ni una luz. Tuve la neta impresión de que la mañana nunca llegaría.

Di un paso en falso. Un tropezón de un par de metros y me encontré hundida en el barro hasta las rodillas.

Cómo logré volver a la cabaña y cuánto tiempo me llevó, se los ahorro.

Algunos días después, ya de regreso al tranquilo departamento de Buenos Aires — Córdoba y San Martín— conté un sueño en el diario: mi madre conducía una lancha en el delta, era una tarde fría y luminosa, me dejaba en un embarcadero y me daba la llave de una graciosa casita con techos rojos que se entreveía en el bosque, después se alejaba explicándome que tenía que comprar *dulce de leche* para el desayuno, que de todos modos volvería en veinte minutos, yo me encaminaba hacia la casita cuya chimenea humeaba. Para descubrir luego que se trataba de un horno crematorio.

El sueño lo encontré escrito en el diario del '66. No sé si lo tuve de verdad o si solamente —no pudiendo escribir la verdad de lo ocurrido porque mi mamá me controlaba los cuadernos— conté en forma velada la experiencia de aquella noche: una visión más verdadera que la realidad.

Expeler el horror de lo real escribiendo, aunque solo sea en modo fragmentario, es una experiencia que se abrió paso muy tempranamente en mi vida. La adolescente que era se inventó un sueño que no había soñado, imaginándose como Gretel abandonada delante de la casita de mazapán. Ese cuento era un regalo que me hacía a mí misma, como si me estuviese diciendo: más tarde, quizás, conquistaré las palabras para decir este secreto.

Ahora estoy segura: en aquella época escribí ese sueño para darme hoy, la posibilidad de contárselo a ustedes.

Sobre la autora

Laura Pariani · Se graduó en la Università degli Studi de Milán en Filosofía de la Historia. En los años 70 se dedicó a la pintura y a la historieta y desde los '90 sobre todo a la narrativa: *Di corno o d'oro* (Sellerio 1993), *Il Pettine* (Sellerio 1995), *La spada e la luna* (Sellerio 1995), *La perfezione degli elastici (e del cinema)* (Rizzoli 1997), *La Signora dei porci* (Rizzoli 1999), *Il paese delle vocali* (Casagrande 2000), *La foto di Orta* (Rizzoli 2001; Interlinea 2017), *Quando Dio ballava il tango* (Rizzoli 2002), *L'uovo di Gertrudina* (Rizzoli 2003), *La traduzione* (Rizzoli 2004), *Il Paese dei sogni perduti* (Effigie 2004), *Tango per una rosa* (Casagrande 2005), *Patagonia Blues* (Effigie 2006), *I pesci nel letto* (Alet 2006), *Ghiacciofuoco* (con Nicola Lecca, Marsilio 2006), *Dio non ama i bambini* (Einaudi 2007), *Milano è una selva oscura* (Einaudi 2010), *La valle delle donne lupo* (Einaudi 2011), *Le montagne di don Patagonia* (Interlinea 2012), *Il piatto dell'angelo* (Giunti 2013); *Nostra Signora degli scorpioni* (coautoría con Nicola Fantini, Sellerio 2014), *Il nascimento di Tònine Jesus* (Interlinea 2014), *Questo viaggio chiamavamo amore* (Einaudi 2015), *Per me si va nella grotta oscura* (Didattica attiva 2016), *Che Guevara aveva un gallo* (coautoría con Nicola Fantini, Sellerio 2016), «*Domani è un altro giorno*» disse Rossella O'Hara (Einaudi 2017), *Caddi e rimase la mia carne sola* (Effigie 2017), *La macchina-tigre* (coautoría con Nicola Fantini, Pelledoca 2018), *Di ferro e d'acciaio* (NNE 2018), *Il lago dove nacque Zarathustra* (coautoría con Nicola Fantini, Interlinea 2018), *Il gioco di Santa Oca* (La Nave di Teseo 2019), *Arrivederci, signor Čajkovskij* (coautoría con Nicola Fantini, Sellerio 2019) y *Aperti, mare!* (La Nave di Teseo 2021).

Su obra ha recibido numerosos premios y distinciones. Se destacan el Premio Grinzane Cavour (1994–2000), Premio Selezione Campiello (1998–2003–2010–2019), Premio Piero Chiara (1994–2003), Premio Elsa Morante (1996), Premio Mondello (2018).

Es autora de una veintena de obras teatrales puestas en escena tanto en Italia como en el extranjero. Participó en la redacción del guion de *Così ridevano* (*Leone d'oro* al Festival di Venezia, 1998).

Sobre las traductoras y el traductor

Adriana Crolla · Cavaliere dell'Ordine della Stella d'Italia (Presidenza dello Stato Italiano, 2015). Magister en Docencia Universitaria (Universidad Nacional del Litoral). Profesora de Letras y de Italiano (Universidad Nacional del Litoral y Universidad Autónoma de Entre Ríos). Directora del *Portal Virtual de la Memoria Gringa*, del *Programa de Estudios sobre Migraciones* y del *Laboratorio de Materiales Orales* (www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo). Directora del *Centro de Estudios Comparados* y de la revista *El hilo de la fábula*. Premio «Piemontesi nel Mondo» por la Regione Piemonte (Italia, 2012); Premio «Espacio Santafesino 2012», gobierno de Santa Fe por el proyecto *Altrocché!: espacios de la italianidad en la cultura santafesina*. Autora, editora y traductora de 20 libros y más de 100 artículos. Publicaciones relacionadas con la italianística: *Olor a Lluvia = Odore di pioggia*, de Rodolfo Alonso–Trad. Giuseppe Mascotti (2018), *Fortunato E. Nari. Cantata de las ceremonias y otras cosmogonías* (2017), *Mario R. Vecchioli. Una pipa, Una gesta y la reiteración de la poesía* (2016), *Italia y Francia en Santa Fe. diversidades, legados y reconfiguraciones* (2015),

Altrocché! Italia y Santa Fe en diálogo (2014), *Leer y enseñar la italianidad. Sesenta años y una historia en la Universidad Nacional del Litoral* (2013), *Las migraciones italo-rioplatenses. Memoria cultural, Literatura y Territorialidades* (2013), *Realidad y fantasía. Cine y literatura. Italia en el laberinto de sus múltiples moradas* (ADILLI, 2005), *La piel desnuda. Poetas italianas entre milenios* (Trad. y Comp. Laborde, 2001); *VIII Congreso de Lengua y Literatura Italiana* (1992), todas obras editadas por Ediciones UNL.

Gabriela Romairone · Profesora en Letras por la Universidad de La Plata y Traductora de Italiano. Desde 1991 enseña en la Escuela de Teatro La Plata en las carreras de Profesorado en Teatro, Tecnicatura en Actuación, Tecnicatura en Escenografía, Tecnicatura en Maquillaje, Tecnicatura en Vestuario. Dicta las asignaturas: Teatro y Literatura Dramática (niveles I, II y III), Historia del Teatro Argentino y Latinoamericano y Taller de Escritura. Integró el Centro de Estudios Italianos y dictó cursos en la Cátedra de Cultura Italiana (UNLP). Dictó clases de Literatura Italiana (4 niveles), Didáctica de la lengua y Taller de Lectura, Escritura y Oralidad en el Profesorado de Italiano «Alessandro Manzoni». Fue becaria de la Società Dante Alighieri di Camerino, Società Dante Alighieri di Roma, Università degli Studi di Genova, Università per Stranieri di Siena y de la Accademia della Crusca. Traducciones: Traducción en simultánea de conferencias en el ámbito de la UNLP; Poesías de Alda Merini; *El huevo de Gertrudina* de Laura Pariani (inédito) y *Vender el alma. El oficio de librero* de Romano Montroni (FCE, 2005).

María Luisa Ferraris · Profesora en Letras y Docente de Lengua Italiana. Excatedrática (Universidad Católica de Santa Fe y Universidad Nacional del Litoral). Becaria del gobierno italiano en Perugia y Siena. Miembro fundador y Presidente de la Asociación Dante Alighieri, Corresponsal Consular Honorario de Italia y Responsable Didáctico de la Certificación Internacional del Italiano como Lengua Extranjera (PLIDA) en Monte Caseros, Corrientes. Especialista en estudios sobre la inmigración italiana en la Argentina. Integra CD del Centro Piemontés de Santa Fe, de la Asociación de Mujeres Piemontesas de la R.A. (AMPRA) y de la Asociación Santafesina de Escritores (ASDE). Trabaja para el *Portal de la Memoria Gringa* de la Universidad Nacional del Litoral (Santa Fe). Distinguida por Comisión «Pari Opportunità» (COM.IT.ES, 2007), Diploma del Circolo dei Cavalieri de Argentina (2016), Premio Piemontés Nacional (Federación de Asociaciones Piemontesas de la Argentina, 2017). Libros publicados: *El malón y otros relatos. Il malón ed altri brevi racconti* (Dunken, 2015), *Árbol de lluvia* (Dunken, 2017). *Los bordes de la historia* (Acosta, 2021). Editora ebook *Conversaciones. Historias de Mujeres Italianas en la Argentina* (AMPRA, 2020).

Alberto Anunziato · Abogado y Traductor de Italiano. Docente en la carrera de Traductorado de Italiano (Universidad Autónoma de Entre Ríos). Tradujo al español, con introducción y notas, *La vida de Castruccio Castracani* de Nicolò Macchiavello (Quadrata) y *Olvidar los Alisos* de Graziella Semmachi. Coautor de *Traducción y derecho en el contexto argentino* (FHUMYAR Ediciones, UNR) y *Traducción y justicia en el contexto argentino* (Editorial UADER).

Valeria Ansó · Profesora y Licenciada en Letras (Universidad Nacional del Litoral y Università Ca'Foscari de Venecia), *Laurea Magistrale in Lingue e Letterature Europee, Americane e Postcoloniali*. Doctoranda en Humanidades con orientación en Letras (UNL) con una investigación acerca de la imagen del escritor Gastón Gori y su archivo personal. Desde el año 2008 se ocupa de investigar autores y temas relacionados con la literatura de migración y con la configuración del campo intelectual y literario santafesino en relación con la matriz cultural europea. Se desempeña como Profesora en las cátedras Literatura Francesa e Italiana de UNL y UADER, el Seminario de Literaturas Comparadas (UNL) y Letteratura Italiana I (UADER). También forma parte del equipo editorial de la revista *El Hilo de la Fábula*. Es colaboradora del *Portal Virtual de la memoria Gringa* y forma parte del *Laboratorio de Materiales Orales* (FHUC–UNL).

TRADUCCIONES

Laura Pariani es una escritora italiana contemporánea que ha entramado una larga historia con la Argentina. A pesar de una obra notable donde indaga ficcionalmente la parte argentina que le pertenece, Pariani no ha sido nunca traducida o publicada en versiones traducidas autóctonas.

Este libro tiene la intención de subsanar esta vacancia y acercar a Pariani a estudiantes y lectores de la literatura italiana traducida a partir de un trabajo corporativo de traductores locales. Todos los textos incluidos en la presente obra cuentan historias que tienen que ver con la Argentina, algunas de carácter autobiográfico y otras biográfico.

El libro incluye la traducción completa de la nouvelle *El plato del ángel*, de dos cuentos pertenecientes a épocas diferentes de su producción: *Tiruruqué* y *El Delta*, y de dos relatos: «El color del silencio» y «La Voladora», incluidos en su libro sobre historias de monjas, *L'ovo di Gertrudina*, cuya versión traducida en La Plata hace casi 20 años fue inexplicablemente postergada por el mundo editorial argentino.